

EVOCACIONES

Vivencias personales

Raúl Rojas Soriano



1
TOMO

PLAZA Y VALDES
P Y V
EDITORES

EVOCCACIONES. Vivencias personales es una obra en la que expongo principalmente relatos inéditos de mi infancia-adolescencia para que se comprendan mejor ciertas facetas de mi vida académica y sociopolítica.

Sólo a veces los relatos rebasan ese periodo, a fin de darle seguimiento a una narración, pues la realidad no se encuentra separada en bloques sino que es un proceso.

El anhelo por escribir estas vivencias, dedicando muchas horas a pulir la escritura a fin de que pueda divulgarlas, me ha llevado a un mundo de recuerdos que ha servido para reflexionar sobre situaciones difíciles que pusieron en peligro mi vida, o que aún me provocan risa, mientras que otras me causan un dejo de nostalgia.

Para relatar con cierto detalle las experiencias que aquí describo, debo decir que dediqué varios meses a preparar el fuego para que mis recuerdos vieran la luz y dejar, al menos hoy, de estar en el pasado para entregártelos, estimado lector. Estaré esperando tus comentarios que me servirán para alumbrar mi camino en busca de nuevos horizontes.

Raúl Rojas Soriano

ISBN: 978-607-402-708-2



9 786074 027082

EVOCACIONES
Vivencias personales
TOMO I

EVOCACIONES

Vivencias personales

TOMO I

Raúl Rojas Soriano

Primera edición: abril de 2014

Diseño de portada: propuesta por el Dr. Raúl Rojas Soriano. Las imágenes son de mi novela de la pubertad *La princesa enamorada*. Dichas imágenes se encuentran en la página electrónica: www.raulrojassoriano.com (Biografía: escritor y poeta en ciernes).

D. R. © 2014, Raúl Rojas Soriano
© Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

Plaza y Valdés, S.A. de C.V.
Manuel María Contreras 73. Colonia San Rafael
México, D.F., 06470. Teléfono 50 97 20 70
editorial@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.com

Plaza y Valdés Editores
Calle Murcia, 2. Colonia de los Ángeles
Pozuelo de Alarcón 28223
Madrid, España. Teléfono 91 862 52 89
madrid@plazayvaldes.com
ww.plazayvaldes.es

ISBN: 978-607-402-708-2

Impreso en México / *Printed in Mexico*

www.raulrojassoriano.com

Índice

1. Un acercamiento al origen y contenido del libro	11
2. Hurgar en el baúl de los recuerdos para hacer realidad los sueños de nuestra infancia y adolescencia	19
3. El patriotismo avasalló mi infancia	27
4. Mi padre, un trotamundos, poeta y sabio. Su influencia en mi formación	33
5. El encuentro de mi padre con un cacique cuyo poder le permitía invitar a su casa a un ex presidente de México	37
6. A los siete años de edad querían llevarme preso, junto a mi hermanito <i>Boni</i> , de cinco años	47
7. Una muerte infantil que hoy quizá se hubiera evitado	51

8. Un relato tenebroso en la primaria; también una vivencia de mi ignorancia léxica	57
9. Evocaciones que aún me provocan nostalgia, las cuales comparto contigo para caminar juntos por el sendero de la vida	63
10. “Un mundo azucarado” me hizo ver mi suerte dos veces	67
11. Mi concepción de la escuela durante la infancia, expresada en una poesía	73
12. Una obra hermosa que marcó mi niñez-adolescencia, la cual comparto contigo	79
13. Divulgación de las obras en las redes sociales. Reflexiones y compromisos . . .	87
14. Ahora sí, la tienda y el carácter de mi padre. Además, el día en que se presentaron en ella dos <i>realidades opuestas</i>	93
15. La poesía me permitió “filosofar” en la pubertad	99
16. Un día mi padre llegó con ella a casa; después, también sería mi <i>amiga</i>	105
17. Al fin tenía una <i>amiga</i> en casa	109

EVOCACIONES. VIVENCIAS PERSONALES

18. Era un dechado de virtudes, pero tenía sus defectos	115
19. Una cualidad de mi progenitor que marcó mi existencia	121
20. Viajar a través de la imaginación, con el apoyo del periódico y de las revistas . . .	125
21. Otros acercamientos a realidades lejanas a través de cursos y de concursos. Un solaz para mi alma.	131
22. El hábito por el ejercicio físico durante mi infancia-adolescencia se prolongó a la edad adulta	135
23. Mis sentimientos se expresaron a través de la poesía	139
24. Mi visión infantil sobre la mujer, alentada por el romanticismo	147
25. Mi imaginación me llevó a un <i>pueblo extraño</i>	151
26. El patriotismo invadió mi infancia, expresándose en poesías	155
27. Un hijo de rodillas ante su madre, y una madre de rodillas ante su hijo	159

28.	Mi tío, humillado por mi abuela, nos protegió de una amenaza de muerte	163
29.	Mi amor materno convertido en poesía	165
30.	La ingenuidad de la gente de mi pueblo, durante mi infancia, ante sucesos naturales	169
31.	Una <i>realidad</i> que no es realidad desde otra perspectiva. Un desafío a la razón científica	173
32.	Una experiencia sobre el proceso salud-enfermedad que desafía la práctica académica y profesional dominante	177
33.	Otra experiencia que desafía la comprensión científica de la medicina occidental	183
34.	Mi padre, pese a trabajar todo el día, cultivaba la poesía	185
35.	Dos hechos en la edad adulta me causaron indignación e hicieron que rememorara la infancia mía	193
36.	Mi tío Ángel y el encuentro con su destino, cuando ya había <i>pisado la raya</i>	201
37.	Mi tío Ángel “se hizo presente” en mi casa, durante su novenario	205
38.	La muerte de un ser humano, que no era <i>humano</i> , me causó mucha alegría	209

EVOCACIONES. VIVENCIAS PERSONALES

39. <i>Agonía</i> y recuperación de mi abuelita. Un hecho que desconcertó a todo el pueblo; después, mayor sería el desconcierto . . .	211
40. Rescate de una joven secuestrada en el estado de Morelos	217
41. Víctima de un secuestro exprés. Estrategias para sobrevivir y, luego, sonreír	225
Anexo I	231
Incluyo una comedia completa y dos novelas inconclusas escritas en la adolescencia	232
Anexo II	375
Algunas poesías escritas durante la pubertad	375
Anexo III	405
Algunas poesías escritas por Francisco Rojas García, mi padre	405
Anexo IV	417
Glosario de vocablos de uso poco común que utilizo en esta obra. Incluyo sólo la definición que resulta pertinente, de acuerdo con el sentido de la idea	417

Bibliografía 429

Apéndice I (versión electrónica de esta obra)

 Comentarios de los lectores sobre el libro

 Comentarios de Pedro Ticas y Lissette Monge

Apéndice II (versión electrónica de esta obra)

 Propuestas de los lectores para terminar mis
 dos novelas inconclusas

1

Un acercamiento al origen y contenido del libro

HABLAR de la vida personal puede resultar incómodo para muchos; por ello me resistí durante años a relatar las vivencias que sólo* he narrado en ciertas ocasiones durante la convivencia familiar, cuando surge la oportunidad.

Quizá las palabras que una profesora pronunciara en un acto académico en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, el 4 de abril de 2006 (publicado por la *Gaceta Políticas*), me convencieron finalmente de sacar a la luz algunas anécdotas de mi vida.

En esa ocasión, la doctora Guillermina Baena Paz “abordó el libro *El arte de hablar y escribir*, y mencionó que a Rojas Soriano lo conoce desde hace ya algunos años por lo que reseñó la historia del homenajeado

*La Real Academia Española, órgano rector de nuestra lengua, recomienda desde el año 2010 no ponerle tilde al vocablo solo. A pesar de esto, la tendencia es seguirlo acentuando, con el fin de distinguir sólo (únicamente), de solo (“único en su especie”, “dicho de personas sin compañía, etcétera”, *Diccionario de la Real Academia Española*).

dentro de sus aptitudes como *cronista viajero*, y apuntó: «a Raúl le queda pendiente el libro donde nos hable del Raúl ser humano (...) no el Raúl investigador...» (Gaceta Políticas, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, núm. 223, mayo-junio de 2006, p. 22).

Hago, por tanto, un paréntesis en mis actividades como académico a fin de escribir estas líneas, que pongo a consideración de mis lectores y del público en general.

Pretendo, indirectamente, que los relatos inéditos que aquí incluyo sirvan para contextualizar mi trabajo académico-científico, concretamente para destacar aquello que expreso en el aula y en mis libros, y que la vorágine del mundo moderno en el que vivimos nos lleva a relegar: la necesidad de considerar la parte humana de nuestra existencia.

En la presente obra expongo anécdotas de mi infancia-adolescencia. Sólo a veces rebasan ese periodo, a fin de darle seguimiento a una narración, pues la realidad no se encuentra separada en bloques sino que es un proceso. Otras experiencias que viví después de mi primera juventud, las publicaré en su momento.

Aunque todas las vivencias son personales, algunas anécdotas que relato en este volumen las he amarrado con un hilo conductor para que se lea su continuación en los otros tomos de *Evocaciones (Vivencias académicas y sociopolíticas)*.

Todos los relatos son *verídicos*; en cada capítulo narro uno o más sucesos *inéditos*, excepto dos, que

publiqué en el libro *El arte de hablar y escribir*, y que ahora considero importante incluir por su pertinencia al referirme a cierto tema.

La división de *Evocaciones* en las tres partes mencionadas es para que el lector sepa qué tipo de anécdotas le gustaría leer. En otras palabras, si solamente le interesan las cuestiones de la vida diaria que afectaron mi destino, puede quedarse leyendo el tomo de *Evocaciones. Vivencias personales*. En cambio, si le llama la atención mis experiencias académicas, éstas se encuentran en el volumen respectivo.

Habrán quienes deseen incursionar en mis andanzas por los caminos de la transformación social, y comenzarán la lectura por ese tomo (*Vivencias sociopolíticas*) y luego, quizá, decidan conocer otro tipo de experiencias.

Completo la obra con la publicación, en el anexo I, de una comedia con la que concursé, durante mi pubertad, en un certamen organizado por la Secretaría de Educación Pública (México). La carta de reconocimiento se encuentra en mi página electrónica (www.raulrojassoriano.com).

También en dicho anexo presento dos de mis *novelas*, las cuales dejé inconclusas, así como una propuesta que te hago, estimado lector, al final de cada una de ellas.

En el anexo II incluyo algunas *poesías*, hasta ahora inéditas, que escribí antes de cumplir los 15 otoños, excepto dos que compuse en mi primera juventud. Algunas las expongo en ciertos capítulos

por su relación con determinadas situaciones o hechos que describo.

El anexo III sirve para cumplir una promesa que me hice hace años, la de publicar la mayoría de las poesías de mi padre, cuya influencia fue decisiva en mi formación, como lo detallo en algunos capítulos.

Incorporo un glosario en el anexo IV, con los vocablos de uso poco común que utilizo en la obra, en caso de que tuvieras dudas sobre su significado.

* * *

Para ir finalizando esta especie de introducción es preciso reiterar que todas las narraciones tienen un sustrato básico: destacar la parte humana, sin importar si son cuestiones meramente personales, o tienen que ver con la academia, o con mi quehacer en actividades de transformación social.

A finales de 2014 se publicarán los demás tomos de *Evocaciones*, los cuales se divulgarán completos en mi página electrónica.

Espero, estimado lector, que estos relatos nos acerquen aún más en la búsqueda de nuestras raíces como seres humanos.

Asimismo, deseo que a cualquier lugar al que nos lleve nuestro andar por el mundo, el destino haga coincidir nuestros caminos para vernos personalmente y, entonces, conocer de viva voz tus valiosas opiniones, y que tú me narres las vivencias que han marcado tu existencia. Sin duda me servirán de alimento espiritual para seguir afrontando los desafíos

que se atravesasen en mi vida personal, académica, sociopolítica y deportiva.

Mientras llega ese momento, que desde ahora anhelo que sea cuanto antes, te dejo mis correos para que me hagas llegar tus ideas sobre esta obra, así como las experiencias más significativas de tu vida (raulrojassoriano@gmail.com y raulrojassoriano@hotmail.com).

Amparo, Minerva y Sofía, mi familia, han tenido la oportunidad de conocer casi todos los relatos que componen este volumen; ello sirvió para mantenerlos frescos en mi pensamiento, lo cual ha facilitado su redacción.

Mi reconocimiento a su comprensión, pues siempre escucharon amorosas mis vivencias del ayer, pese a contárselas en repetidas ocasiones. Las hice cómplices de mis recuerdos ya que en el fondo de mi corazón anhelaba que algún día vieran la luz. Ahora que los han visto plasmados en papel, sus opiniones muy atinadas me han motivado para publicar a la brevedad estas evocaciones.

Mi gratitud también para los pasantes en Sociología Maricela Alatríste Ortiz y Carlos Alberto Martínez Islas por su dedicación y entusiasmo tanto en la transcripción de mis escritos de la infancia-adolescencia como en la revisión meticulosa de cada uno de los párrafos y capítulos. El diálogo permanente que he tenido con ellos, así como sus comentarios críticos, me permitieron mejorar la organización de los materiales para hacer más amena la lectura.

* * *

De conformidad con el pensamiento de José Martí, Antonio Gramsci, Mario Benedetti, entre otros creadores de conciencia social y de belleza artística de un texto, solicité la lectura de esta obra a distintas personas para conocer cómo *sintieron* cada capítulo; ello con el fin de hacer más atractivo cada relato y, de este modo, facilitar la comprensión de las vivencias.

Así pues, mi agradecimiento profundo a la odontóloga María Elena Islas Balderas y a la profesora Luz María Ortiz Espinosa por el tiempo dedicado a leer la versión final de la obra; sus valiosos conceptos me motivaron para proseguir puliendo la escritura.

Cabe mencionar que en el apéndice I del libro, en su versión electrónica, se incluirán los puntos de vista de quienes deseen compartirlos; comenzaré con los que me han enviado las personas citadas en el párrafo anterior.

En el apéndice II aparecerán aquellas propuestas para terminar mis novelas inconclusas, siempre y cuando sean consecuentes con la trama.

Mi hermano, el ingeniero geólogo Humberto Rojas Soriano, no podía quedar fuera de estas páginas ya que él conoció de cerca varias de las situaciones que viví durante mi adolescencia y primera juventud. Su sensibilidad y valiosas ideas me han motivado para hacer realidad este proyecto.

Antes de recorrer los diversos pasajes de mi vida, expreso un sincero agradecimiento por sus comentarios a Alberto y Carlos Rojas Higuera, así como a

Nahúm Pérez Monroy, Christian Hernández Pérez, Graciela Chávez Olvera, Frida Montano Velázquez, Antonia Velázquez Iribe, Renata Zárata Villanueva, Yolanda Villanueva Ramírez, Carolina Zárata García y Xóchitl Morales Alcantar.

Aprovecho también el espacio para agradecerle a Vera Lubinka Andaluz su valioso apoyo en el diseño editorial de esta obra.

* * *

Queda pendiente la lectura crítica que tú realices, así como tus observaciones y propuestas. Muchas gracias.

DR. RAÚL ROJAS SORIANO
Abril de 2014.

2

Hurgar en el baúl de los recuerdos para hacer realidad los sueños de nuestra infancia y adolescencia

EL anhelo por escribir estas vivencias, dedicando muchas horas a revisar cada una de ellas a fin de que pueda divulgarlas, me ha llevado a un mundo de recuerdos que ha servido para reflexionar sobre situaciones difíciles que pusieron en peligro mi integridad física, o que aún me provocan risa, mientras que otras me causan un dejo de nostalgia.

Tales vivencias, sin duda, afectaron mi existencia en todas sus facetas, incluida la académica y socio-política; no podría ser de otra manera.

Para relatar con cierto detalle las experiencias que aquí describo, debo decir que dediqué varios meses a preparar el fuego que encendiera mi imaginación para acortar la distancia en el tiempo.

De este modo, hoy al menos, los recuerdos han dejado de estar en el pasado y los traigo al momento presente para que, con los errores y dificultades de

mi andar por el camino de la vida de ese entonces, aquellas evocaciones sirvan para continuar alumbrando el sendero que todavía me falta por recorrer.

Avivar la imaginación me ha llevado a recordar pormenores de antaño que me dejaron una impronta indeleble, la cual marcó para siempre mi modo de ser, de pensar y, en consecuencia, de actuar, teniendo en mente los anhelos de los otros, de quienes incluso sin conocerlos, sé que están ahí, deseando un mensaje de aliento, como yo, que también espero el suyo.

Aprovecho esta oportunidad para plasmar en papel algunos aspectos que quizá permitan comprender mejor mi manera de escribir cuando trato temas académico-científicos.

A través de estas líneas te tiendo mi mano, estimado lector, para que juntos recorramos el tramo que nos falta a fin de que nuestros sueños se vuelvan realidad, y así compartir nuestros afanes, obstáculos y triunfos. No entiendo la vida humana y social de otra forma.

* * *

Entre las evocaciones que se han hecho presentes al escribir estas líneas se encuentran mis escritos de la infancia-adolescencia que también salen a la luz. Espero que los leas con la curiosidad, envidia y anhelos del ayer, cuando comenzaba tu pubertad.

Te confieso que tardé muchos años para atreverme a hurgar en el baúl de los recuerdos y volver a contemplar el producto de las andanzas de mi imaginación, es

decir, las novelas y poesías que escribí en esa etapa de mi vida, que fue para mí la más bella, pero también la más complicada.

De una de esas novelas (*La princesa enamorada*) conservo todavía los borradores. Al verlos me doy cuenta de todo lo que hemos avanzado en cuanto a tecnología, pues hoy sólo en ocasiones procedemos como antaño, corrigiendo una y otra vez el texto escrito en papel, lo que representaba entonces perder, *aparentemente*, mucho tiempo. Desde mi punto de vista significaba, en cambio, *ir viendo, tocando, disfrutando plenamente* el producto en ciernes de mi imaginación.

Pese a todo el esfuerzo que implicaba llegar a la “última” versión del escrito, las cosas salían. Quizá las sentíamos más nuestras porque veíamos el proceso de ir superando los escollos de la redacción al tener frente a nosotros los borradores corregidos y vueltos a revisar hasta llegar al culmen de nuestra creación y, entonces, contemplar absortos el resultado de tantos desvelos.

No añoro todas formas de escritura del pasado; reconozco las ventajas de los avances tecnológicos que me han permitido escribir este libro en un tiempo relativamente corto; de lo contrario, hubiese tardado en ver la luz varios meses o años.

Sin embargo, no es sólo la disponibilidad de recursos modernos de escritura lo que ha facilitado la redacción de estas líneas. Aquellos son necesarios pero nunca serán suficientes.

Ha sido, principalmente, ese “algo” presente en cualquier escritor lo que me ha llevado a proseguir en la obra, al igual que les ha motivado a muchos escritores a seguir adelante pese a enfrentar a veces hambre, desvelos, exceso de trabajo y enfermedades, así como, en ocasiones, incomprendiones de nuestros seres queridos las cuales, en mi caso, afortunadamente nunca han existido.

Ese “algo” que nos estimula a perseverar en el empeño ha sido, es ahora y lo será siempre, la *pasión* por lo que hacemos. Sólo así puede surgir la *imaginación y creatividad* que nos impulsan primero a emprender y luego a escribir, escribir y escribir hasta concluir una obra, se disponga o no de los recursos apropiados (que en mi infancia y adolescencia eran sólo la pluma y la máquina mecánica). Por eso, *escribir es, sin duda, un proceso profundamente humano*.

Cuando la imaginación y creatividad surgen de la experiencia, nuestra musa se plasmará más fácilmente en el papel. Lo decía el más connotado artista e inventor que ha existido en la historia de la humanidad, Leonardo Da Vinci: “Mis obras son el fruto de la experiencia y no de las palabras de otros. La experiencia es la verdadera maestra de todos los que escriben bien” (María Eustolia Samaniego, *Los grandes. Leonardo Da Vinci*, p. 94).

* * *

Mis núbiles doncellas, es decir, mis novelas y poesías, anhelaban salir ya a la luz para tratar de embelesar

a algunos lectores (¿o a muchos?) que todavía conciben la vida en forma romántica, y sueñan a veces con exteriorizar sus sentimientos a través de la escritura para que se revele lo más íntimo de su ser.

¡Atrévase a leer poesías, o a escribirlas!, y disfruten dejando correr su imaginación para que se cristalice en una novela. Será un alimento espiritual que les llevará a descubrir la parte humana de su existencia.

Carlos Darwin, uno de los científicos más brillantes de la humanidad, y que desarrolló la Teoría de la evolución de las especies, llegó a plantear en su afamada *Autobiografía* (p. 92):

Las novelas, que son obras de imaginación, aunque de una clase no muy elevada, han sido por años un maravilloso alivio y placer para mí, y con frecuencia bendigo a todos los novelistas... Una novela, según mis gustos, no es de primera clase a menos que incluya algún personaje a quien se pueda amar por entero, y si es una mujer bonita, mucho mejor... Si tuviera que vivir mi vida de nuevo, me impondría la costumbre de leer poesías y escuchar música por lo menos una vez a la semana...

No temamos, pues, ser criticados o mal comprendidos al expresar libremente nuestros sentimientos. Dejemos que nuestra imaginación navegue por mares ignotos, o nos lleve a recorrer montañas y ciudades lejanas; será el primer paso para que vaya

haciéndose realidad aquella novela o poesía que añoramos escribir.

Si lo deseas, puedes también buscar en tu pasado y relatar las experiencias que consideres deban conocerse para que otros aprendan de ellas y se animen a redactar las suyas.

Como escritor o escritora en ciernes enfrentarás complicaciones para exteriorizar armónicamente tus pensamientos, vivencias y sentimientos; a otros escritores, ya consagrados, también se les ha hecho cuesta arriba.

Recuerdo lo que contestó Octavio Paz, días antes de recibir el Premio Nobel de Literatura, en 1990. Ante la pregunta del reportero Miguel Reyes Razo, del periódico *Excélsior*, el 5 de diciembre de ese año, respecto a las rémoras que vivía a la hora de correr la pluma, el insigne literato expresó que “hallar la primera frase seguía siendo lo más difícil del proceso: «paso un día, dos, hasta siete, buscándola. Vivo entonces una angustia espantosa»”.

* * *

Seamos nosotros mismos, sin ropajes artificiales o superfluos que sólo esconden la belleza espiritual de nuestro ser, y atrevámonos a plasmar en el papel las ideas, experiencias y anhelos que son parte substancial de la vida humana. José Martí, prócer cubano, expresaba que “la mejor manera de decir es *hacer*”.

En esta tesitura*, pensé que en la portada de la obra deberían aparecer ciertas imágenes que hicieran realidad mis evocaciones. Por ello, puse especial cuidado en el diseño de dicha portada para que estuviera en consonancia con el contenido del libro, ya que en éste se muestra la realidad sociocultural de mi infancia-adolescencia. No podría ser de otro modo si deseamos revelar sin cortapisas nuestros pensamientos, sentimientos y deseos.

*Tesitura: “Actitud o disposición del ánimo” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

Nota del autor. El significado de los vocablos de uso poco común a los que recurro para enriquecer nuestro caudal léxico se encuentra en el *Glosario* (anexo IV). Sólo incluyo la acepción que corresponde al sentido de las frases que utilizo en este libro. Otras acepciones puedes hallarlas en el lexicón antes referido.

3

El patriotismo avasalló mi infancia

Es común que la gente festeje la fecha de su cumpleaños; yo realmente no sé en qué día nací, al igual que la mayoría de mis hermanos. El dato registrado en mi acta de nacimiento es el 30 de septiembre.

Fue mi hermana la que hace algunos años me reveló que tampoco ella había nacido en el día asentado oficialmente, el 13 de septiembre; parece que descubrió el *error* al revisar su acta de bautismo. Otro de mis hermanos nació, supuestamente, un 10 de abril.

Mi hermanito *Boni*, que me acompañó parte de mi infancia, pero que no logró disfrutar su niñez pues la natura* truncó su vida según lo relato en otro capítulo, fue registrado el 8 de mayo, como su nacimiento oficial.

Surgió entonces a la luz la *osadía intelectual de mi padre* que era un hombre culto, con estudios profesionales de abogacía (cosa rara en nuestro país en esa época). Tenía un conocimiento amplio de la historia de

*Natura, apócope de *Naturaleza*.

México y, además, su fervor patriótico lo manifestaba de diversas maneras.

Refiero lo anterior para comprender la acción paterna a la hora de registrarnos en el municipio, orientada por su preocupación porque nos formáramos teniendo como base la *cultura histórica* legada por las luchas sociales de nuestro país y la forma de actuar de sus protagonistas.

La profunda identificación de mi progenitor con los valores patrióticos y por la defensa de nuestra soberanía nacional se expresaba de distintos modos, lo que ha influido sin duda en mi formación ciudadana, al igual que en mi desempeño académico y profesional.

Cuando mi hermana me reveló “su descubrimiento” comprendí, cabalmente, una frase que el sabio de mi padre me expresaba con cierta frecuencia durante mi infancia y pubertad, sin que ello resultara molesto para mí. Por lo contrario, me sentía tomado en cuenta por la figura paterna, lo cual me motivaba a perseverar en mis estudios:

“Hijo, tú naciste el día en que también nació uno de los personajes más grandes de nuestra historia: José María Morelos y Pavón; por eso serás un gran hombre”.

Y yo, infante al fin, ¡que me la creo!, por lo que desde pequeño me dediqué a estudiar cada vez con más ahínco para alcanzar la meta trazada por mi progenitor, aunque jamás la vi como una imposición.

El modo de hablarnos convencía al más reacio de los mortales.

En ese entonces ya leía el periódico *Novedades* que, por gestiones de mi padre, nos llegaba por el ferrocarril (México-Río Balsas, Guerrero). También disfrutaba la lectura de los libros y revistas que él atesoraba en su pequeña biblioteca, en donde no faltaba el enorme diccionario por medio del cual me adentré a un mundo inmenso de palabras desconocidas pero bellas, que utilizaría en algunas de mis novelas y poesías y, mucho tiempo después, en la obra que escribí sobre oratoria y redacción a la que me referí antes.

El hábito de la lectura se hizo presente en la mayoría de mis hermanos, pues mi progenitor se preocupaba por todos sin distinción alguna.

* * *

Seguramente, estimados lectores, se habrán dado cuenta de que los días mencionados al principio de este relato corresponden a ciertas fechas históricas:

- 8 de mayo: nacimiento del Padre de la Patria, Miguel Hidalgo y Costilla;
- 30 de septiembre: nacimiento del Generalísimo José María Morelos y Pavón, segundo Padre de la Patria;
- 13 de septiembre: muerte de los “Niños Héroes” en la defensa del Castillo de Chapultepec, durante la invasión estadounidense de 1847;

- 10 de abril: asesinato del General Emiliano Zapata, el Caudillo del Sur.

¿Coincidencia de nuestros días de nacimiento con esas fechas históricas, con la ayuda de la madre naturaleza? ¡No! Mi padre fue el *creador* de esas casualidades. En esa época los partos eran casi siempre con la ayuda de parteras empíricas; los progenitores registraban el hecho en la cabecera municipal semanas, meses o años después.

No me ha afectado el no saber el momento en que llegué al mundo; por lo contrario, disfruto tal desconocimiento ya que mi cumpleaños puede ser cualquier día del año, a lo mejor coincide con la fecha en la que naciste tú, estimado lector.

Lo que *sí me preocupó* fue aquello que pasó un día cuando *me quedé sin madre*, pues la desconocieron al dejarme sin el apellido materno. Relato a veces tal vivencia para reírme un poco de la vida, y terminar diciendo que yo “también tengo madre”.

Sucedió hace unos años, cuando le pedí a un primo que tramitara una copia original de mi acta de nacimiento en el municipio de Morelos al que pertenece el pueblo en el que nació. Le proporcioné los datos completos para tal efecto.

Una semana después me entregó el documento. Cabe decir que siempre me gusta revisar con cuidado los papeles que firmo o aquellos que hacen referencia a mi vida; por ello, pude notar de inmediato que habían quitado en el acta de nacimiento el apellido de mi

progenitora: ¡Ahora sí –le dije a mi primo– no sé cuándo nació y, por si fuera poco, me han dejado sin madre!

Hablé por teléfono al municipio para que rectificaran el acta. La empleada que me atendió me dijo, con toda la seguridad de quien conoce su oficio, que así, con un solo apellido, estaba yo registrado en el libro de actas. Mi desconcierto fue mayor ya que tenía en mis manos una copia simple del original en la que *sí* aparece mi nombre completo, evidencia que comuniqué a la trabajadora del municipio.

Me pidió entonces que le enviara ese documento; mientras tanto ella revisaría el registro oficial. El problema se superó al corregirse el acta; mi madre, por tanto, me sigue acompañando a través, entre otras cosas, de mi nombre.

Tal vivencia, aunada a muchas más que he tenido relacionadas con la cultura patriarcal, me ha llevado a pensar sobre esa decisión de la autoridad civil que considero injusta, la de colocar primero, en los documentos oficiales, el apellido paterno, relegándose a segundo término el de la mujer que nos dio la vida. En algunos países de plano se ignora el apellido materno.

Por ello, no me disgusta si mucha gente me llama usando este último cuando voy a dar una conferencia. No obstante todo el amor que siento por mi padre, que fue un dechado de virtudes como tendré la oportunidad de exponer más adelante, pienso que su apellido debería ir en segundo lugar y, así, mi nombre quedaría escrito en este orden: Raúl Soriano Rojas, en honor a mi madre.

4

Mi padre, un trotamundos, poeta y sabio. Su influencia en mi formación

SIRVAN las líneas siguientes para dar una breve semblanza de mi progenitor, Francisco, aunque él lo hizo ya, poéticamente, dando pinceladas de realidad para acercarnos un poco a su existencia. Así, en las poesías que escribió, entre ellas la que compuso para nosotros, sus hijos, se revela parte de su ser.

Conservé durante muchos años esos papeles amarillentos que dan cuenta de su forma de pensar y de actuar, cavilando siempre en el día en que deberían salir a la luz como un homenaje a su memoria. Hoy considero que es el momento oportuno para publicar algunos de sus escritos en el tercer anexo de esta obra.

Jamás supimos la fecha de su nacimiento. Fue siempre un misterio; a veces nos decía que un 18 de septiembre, pero *desconocía* el año. Nativo de Tulcingo de Valle, Puebla, llegó a estudiar hasta los primeros años de abogacía. Cuando cursaba el tercero

dejó la escuela a tiempo, antes de convertirse en un abogado amargado, pues lo que deseaba era ser médico.

En su época los padres decidían casi siempre el destino profesional de los hijos en el caso de que pudiera hacerse una carrera. Fue su abuelo paterno quien le pidió que estudiara leyes, ya que él sufragaría los gastos; al fallecer éste, mi progenitor le dijo adiós a su vida académica para empezar, desde abajo, a forjar su destino, a su manera, como él nos decía.

Las expectativas de su familia quedaron truncadas. Trabajó de arriero por un tiempo, cuidando el ganado, según nos contaba. En 1932 se alejó *para siempre* del pueblo que lo vio crecer, para irse de trotamundos a buscar fortuna y, como él dice en la poesía que nos escribió, la cual transcribo completa en otro capítulo:

“¿Y la despedida? Ah, sólo fue una,
me lancé por caminos polvorientos,
por último, vi donde quedó mi *cuna*
sin *lágrimas*, sin pena, sin lamentos”.

Volvió a su lugar de origen 25 años después de haber salido, presionado por mis hermanos mayores que le pedían conocer a sus primos pues sólo sabían de ellos por algunas cartas que llegaban de su pueblo natal.

Cierto día nos dio la noticia del viaje planeado, cuando algunos de sus hijos eran adolescentes, otros éramos niños. Mi padre alquiló un taxi para que nos llevara al poblado donde nació, colindando con los estados de Guerrero y Oaxaca. Fueron doce horas

de camino, el cual era de terracería la mayor parte; tuvimos que atravesar un ancho río, de escasa profundidad. Tanto tiempo había pasado desde que se alejó de su terruño que mi padre no se acordaba bien de la ruta y en determinado momento nos dijo que parecía que “sólo estábamos dándole vueltas al mismo cerro”.

Algo que se me quedó grabado de ese viaje fue que en el trayecto nos detuvo un retén militar. Los centinelas preguntaron si habíamos visto a Rubén Jaramillo (luchador social que continuó manteniendo enhiestos los ideales de Emiliano Zapata, nuestro Caudillo del Sur). Pocos años después, el 23 de mayo de 1962, Rubén Jaramillo y su familia serían asesinados por fuerzas gubernamentales en las ruinas arqueológicas de Xochicalco, Morelos.

* * *

Al llegar al pueblo mi padre fue recibido como un héroe por todos los familiares y amigos que se acordaban de él. Hubo música y muchas invitaciones para ir a comer, para platicar con él y conocer a su familia, es decir, a nosotros.

Esa experiencia maravillosa, pese a mi corta edad, aún la recuerdo como si hubiese sucedido ayer, la de ver a mi progenitor como un triunfador, que llegaba a la cita con su destino con la “frente en alto”, como él solía decir.

Ahora que leo de nuevo sus poesías extraigo de una (*¡Trabajo!*) los versos siguientes porque bien lo amerita la ocasión:

“No hace gracia el que con fortuna nace,
como no lo hace el que vence a un cobarde,
se admira al que fortuna, terco, hace,
¡vence obstáculos y triunfa, aunque tarde!”.

De ahí la recomendación que señala en la parte final de otra poesía que nos dedicó, en caso de que decidiéramos salir del pueblo a forjarnos una vida mejor, situación que él experimentó en carne propia: “¡*Sin triunfo*, no emprendan el regreso!”.

5

El encuentro de mi padre con un cacique cuyo poder le permitía invitar a su casa a un ex presidente de México

REGRESÉMONOS en el tiempo para ver qué sucedió antes de esos momentos en los que mi padre volvió a su terruño natal, 25 años después de su partida. Ello con el fin de mostrar cómo sus enseñanzas me fortalecieron intelectual y espiritualmente para proseguir en la búsqueda de nuevos horizontes, según lo detallaré en algunos capítulos.

También sus experiencias, narradas con la amenidad de la que hacía gala, al igual que su inclinación por la lectura y la poesía, contribuyeron para que mi imaginación infantil me llevara por tierras lejanas en pos de las aventuras más increíbles.

Con la idea de retornar triunfante a su pueblo recorrió el país como un verdadero trotamundos, aunque siempre llevaba en su veliz (ahora se llama maleta, mochila) su machete y azadón, así como

su calzón de manta, para trabajar de campesino en cualquier momento y lugar, pues jamás vivió de *sueños guajiros**. Quiso, al contrario, alcanzar sus quimeras trabajando honradamente, sin descansar ni siquiera los fines de semana, como lo comprobé durante muchos años.

Cierto día, en 1938 o 1939, estando en la Ciudad de México, se embarcó en el tren que iba rumbo a Río Balsas, Guerrero. Al pasar por la ciudad de Cuernavaca, Morelos, se percató de que había buenos cultivos de maíz y de caña de azúcar, así como de arroz, entre otros.

En una de las estaciones del ferrocarril, Tetecalita, se bajó a probar suerte. Mi padre vestía de pantalón y usaba guayabera, cosa que en esa época no se acostumbraba en los pueblos del México rural, pues la vestimenta común era el calzón y la camisa de manta.

La siguiente vivencia él la contaba años después, en la tienda que había levantado a base de mucho esfuerzo, con el apoyo de mi madre, Josefina. Al relatarla tenía como testigos a doña Chana y a su marido, Gumersindo, que eran dueños de una cantina situada a un lado de la estación del ferrocarril.

Cuando bajó del tren —platicaba mi padre— él encaminó sus pasos hacia esa cantina (pero no para lo que muchos están pensando, al menos eso decía él). Le pidió entonces permiso a la señora Chana para pasar la noche en su local, aunque durmiera en el suelo.

*Utilizo *sueño guajiro* con el significado que le dábamos en mi pueblo: “Sueños sin sustento en la realidad”.

Una de sus virtudes era, como dije, el don de la palabra; platicaba “hasta con las piedras”, valga la expresión. Por ello, convenció a la pareja y pasó bajo techo su primera noche en el pueblo de mi madre, Josefina, a quien conocería tiempo después.

“Un acomedido donde quiera cabe” era uno de los proverbios de mi padre. Y haciéndolo válido, al otro día muy temprano, se puso a *desjugar*, es decir a desyerbar el patio; luego fue al cerro a traer leña, utilizando para ello el machete que siempre llevaba en su veliz de trotamundos; también le dio de comer a los caballos que tenía don Gumersindo.

Su don de gentes* conquistó a esas personas, quienes le consiguieron trabajo de peón, como lo expresa en una poesía, la cual presento en el capítulo 34 cuando me refiero a su vocación de poeta: “Fui al surco y también de arriero, soberbio a la lucha me lancé...”.

Trabajó *a medias* algún tiempo (un campesino le prestaba el terreno, mientras que él se encargaba de sembrar, e iban a medias: 50 por ciento de la cosecha para cada quien). Un cultivo que iba a causarle problemas era el de la caña de azúcar, en donde prevalecía la política de José Neri (J. N.)** el cacique de la zona, quien alteraba en su favor el pesaje del producto.

* En este modismo y en otros, como el “dicho de las gentes”, que no están sujetos a reglas gramaticales, se acepta que el vocablo *gente* se escriba en plural (*Diccionario de la Real Academia Española*).

** He cambiado el nombre completo del cacique porque no interesa éste, sino los hechos.

Ese individuo también fungía como gerente del ingenio azucarero* de Zacatepec, Morelos, y era el dueño de varios camiones de pasajeros que hacían el recorrido de Cuernavaca a Tetecalita, donde ahora residía mi padre.

En la fiesta de la población que tenía lugar cada año, la cual iniciaba el 21 de septiembre y duraba tres días, J. N. se daba el lujo de llevar a un pelotón de soldados para mantener el orden.

Su poder rebasaba el estado de Morelos. Tuvo como invitado en su casa al ex presidente de la República Pascual Ortiz Rubio. Éste fue un verdadero acontecimiento en el pueblo y, a la vez, la demostración del poder que poseía el cacique.

Era todo un personaje, ya que se decía en voz baja que en su haber tenía ya varias muertes. Sin embargo, en su favor, debe reconocérsele que era un cacique *ilustrado*, pues mostraba interés porque el poblado tuviera una escuela en buenas condiciones. Su nieta fue compañera mía durante la primaria y la secundaria; ésta la estudiamos en la cabecera municipal, distante siete kilómetros de Tetecalita.

El cacique puso una corrida de camiones para que fuera a la 1:30 pm a recoger a los estudiantes tanto del

* Tiempo después, el 9 de noviembre de 1975, quien escribe estas líneas encabezaría a decenas de pueblos, junto con otros líderes, para *tomar* ese ingenio azucarero con el propósito de que se pagara el precio justo a los campesinos productores de la caña. Esta experiencia la relato en *Evocaciones. Vivencias sociopolíticas*.

pueblo como de otro, cercano al mío, para llevarnos a la secundaria; la siguiente corrida partía del municipio a las 7:30 pm, para regresarnos.

A fin de comprender mejor la ostentación de su poder, mi padre nos relataba, haciendo la comparación, una anécdota sobre otro cacique originario de Chila de la Sal, estado de Puebla. En cierta ocasión, al estar dicho sujeto en un convivio que se efectuaba en otra población, presencié el siguiente hecho: Un fuereño reconoció al déspota y, para quedar bien con éste, le preguntó: “¿Es usted Roberto Palafox, de Chila de la Sal?”. El encumbrado le respondió, muy seguro de sí: “Se equivoca amigo, Chila de la Sal es de Roberto Palafox”.

* * *

Volvamos a la realidad que vivía mi progenitor antes de 1940, fecha en la que todavía no se casaba con mi madre.

En cierta ocasión, a la hora de pesar la caña de azúcar, al ver que el ayudante de J. N. no lo hacía correctamente, mi padre le exigió que anotara el peso exacto. Fue entonces cuando su suerte estaba ya echada, pues alguien le “recomendó” que *le bajara* (como hoy dicen algunos) a sus reclamos.

Mi progenitor estaba solo y sin el respaldo de familiares; ante la amenaza, decidió sabiamente dejar de sembrar caña de azúcar y abrió una pequeña tienda en la que se empeñó por sobresalir y ser el mejor comerciante. En otro capítulo me refiero a ella.

Años más tarde, en la poesía mencionada plasmó su forma de ser, expresada en la perseverancia y honradez, valores que fueron los ejes rectores hasta el final de su vida:

“Preguntan de mi *espada* su solidez,
sonriendo contesto a su curiosidad:
su *brillo y barniz*, ‘*la honradez*’
¿*El yunque**? El valor y la tenacidad”.

Pese a ya no estar directamente en la línea de fuego del cacique, mi padre era considerado un *fuereño* y más cuando su negocio empezó a prosperar, lo que generó, obviamente, muchas envidias. Por ello, hábilmente, se hizo compadre de ese personaje. A todos los hermanos nos llevó a bautizar J. N.

Con tal acción trataba de evitar que lo *perjudicara*, si usamos un eufemismo para *suavizar* un hecho o, en términos llanos: lo mandara matar.

También mi progenitor tenía una *cultura de hacer política*. Por eso trató de tocarle las fibras del corazón al cacique *ilustrado*, conducta de la que fui testigo muchas veces: siempre le proponía proyectos para mejorar la escuela, como pintarla, dotarla de bancas y de material para los niños, hacer trámites para aumen-

*Yunque: “Prisma de hierro acerado..., encajado en un tajo de madera fuerte, y a propósito para trabajar en él a martillo los metales” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

tar el número de grados, pues sólo se había conseguido tener maestro hasta el segundo año de primaria, entre otras cosas.

Como ya señalé, J. N. tenía estudiando a su nieta en la escuela “Modesto Rangel” (cabe mencionar que nunca nos dijeron quién fue ese personaje). Por ello, creo que era real su preocupación por la educación de la niña, al menos eso aparentaba.

Mi padre se “ganó” la simpatía del cacique, y éste llegó a respetarlo. Jamás la persona que me dio la vida bajó la cerviz ante ningún poderoso, y ésa no iba a ser la ocasión.

Fue una de sus grandes enseñanzas para la vida que nos inculcó con los hechos, y que ha sido una línea de conducta en mi existencia personal y profesional (sólo me gusta inclinarme ante la naturaleza cuando paso a propósito debajo de las ramas bajas de un árbol).

Mi padre expresaba su forma de pensar y de ser, así, poéticamente:

“... Soy un guerrero que no teme ni se enfada
hasta no empuñar la rama del *laurel*”.

Él sobrevivió alejándose de las actividades del campo y concentrándose en su pequeña tienda, la cual creció y se diversificó por el empeño que siempre mostró.

Como mi madre vivía frente a la estación del ferrocarril, fácil es de suponer que se conocieron al poco tiempo, y en 1940 se casaron, aunque sólo por lo civil, pues si bien mi padre era creyente, su espíritu de *libre-*

pensador sobresalía más fuertemente en él.

Podría hacer una historia de su vida, y quizá no bastaría un libro para adentrarme en sus múltiples facetas.

Dejaré para otra oportunidad tal deseo, por lo que en algunos de los capítulos siguientes sólo mostraré ciertas formas de su ser que tamizaron su vida, y la de toda la familia, como el afán por la poesía, y su amor por la tienda. Sobre ésta, recuerdo que el surtido de mercancías maravilló a un forastero, y más porque en ella se presentaron, en menos de una hora, dos *realidades opuestas*, lo cual aún me hace gracia por la expresión de sorpresa del fuereño, como lo relato más adelante.

* * *

Concluyo este capítulo con unos versos* que nos declamaba mi padre para mostrar su forma de pensar respecto a la degradación moral de la sociedad:

“En el tiempo de las bárbaras naciones,
de las cruces colgaban los ladrones;
hoy, en el siglo de las luces,
del cuello del ladrón cuelgan las cruces”.

Esta poesía la completaba con la del trovador mexicano Antonio Plaza, que retrataba fielmente lo que ya

* Poesía popular publicada en 1862 por Tomás Segarra en el libro *Poesías populares*, p. 59. Esta versión tiene ciertos cambios. Fuente proporcionada por la Mtra. Minerva Rojas Ruiz.

sucedía en el siglo XIX en México, y que hoy en día resulta más evidente en la clase política del país.

“Nunca vistas con descuido
porque a la corte deshonra;
más vale una mancha en la honra
que una mancha en el vestido”.

Mi progenitor utilizaba estos versos de Antonio Plaza para criticar duramente la conducta superflua de muchas personas que les interesa sólo vestir bien, dejando de lado la honradez.

6

A los siete años de edad querían llevarme preso, junto a mi hermanito *Boni*, de cinco años

BONIFACIO era su nombre completo, aunque siempre le dijimos *Boni*. Lo recuerdo con su pantaloncito corto, tal como aparece en la única fotografía familiar que nos quedó luego de su partida.

Yo le llevaba sólo dos años, cuatro meses y 22 días, según mi acta de nacimiento. Él me seguía a todas partes, explorando nuestro pequeño mundo que era el terreno relativamente grande donde aún se ubica la casa familiar, al pie de una pequeña loma, de escasa inclinación.

Trepábamos a los árboles y correteábamos a las gallinas que tenía mi madre en el corral; disfrutábamos de la vida sin preocuparnos por nada más. En tiempos de lluvia cantábamos los siguientes versos: “ya viene el agua por los cerritos, ahora se mojan los becerritos”.

A veces evoco un bello regalo que nos hizo a *Boni* y a mí una tienda de Cuernavaca que vendía alimentos para aves de la cual nuestra progenitora era clienta frecuente. En alguna ocasión nos llevó a comprar el alimento para nuestras gallinas. La dueña del negocio nos obsequio dos lindos patitos, uno para cada uno. Ya te imaginarás, estimado lector, la alegría que esto nos ocasionó. Jugábamos con ellos y los vimos crecer. Eran nuestro entretenimiento y, a la vez, nuestra responsabilidad, misma que asumimos con regocijo pues recuerdo bien que los alimentábamos y bañábamos sin esperar las órdenes de nuestra madre.

Cierto día nos atrevimos a explorar la calle, frente a la casa, para jugar en la cancha de basquetbol que servía también de *asoleadero* (la gente ponía a secar sus granos en ese lugar). Mis padres lo permitían pues rara vez pasaban vehículos; como era de terracería y con muchos baches, iban despacio.

En esa ocasión, al salir a jugar al *asoleadero*, escuchamos unos quejidos que provenían del lugar en el que estaban unos barriles que veíamos enormes, siendo niños; en ellos guardaba mi padre el petróleo que vendía en la tienda.

Al acercarnos a investigar encontramos a un señor entre los bidones con una herida en la cabeza, de la cual emanaba sangre. Estábamos todavía viviendo esa insólita experiencia cuando de pronto, y sin percatarnos de su presencia, escuchamos la voz acusadora de un hombre que nos inculpaba de ese hecho, y más porque

de nuestros cuellos colgaban las supuestas armas asesinas, unas resorteras con las que cazábamos pajaritos.

Se acercó a nosotros amenazadoramente, diciendo que nos iba llevar presos al juzgado* por haber herido con nuestras resorteras al sujeto, quien no dejaba de quejarse. Fue entonces que mi hermanito y yo cobramos, seguramente, conciencia de lo que estaba sucediendo (si a esa edad se le puede llamar así) y empezamos a llorar a gritos, los que fueron escuchados por mis tías y mi madre, que de inmediato llegaron a “echarle montón a la autoridad” para auxiliarnos, y “poner orden” a su manera.

Convencieron a gritos al encargado del orden de que nosotros éramos incapaces de hacer un daño de esa naturaleza. La superioridad numérica de las féminas se impuso; por ello, mi hermanito y yo no fuimos arrestados por ese delito que nunca supimos quién lo había cometido.

* * *

Años más tarde, en mayo de 1973 las circunstancias me pusieron en el lado contrario al hecho que acabo de relatar: liberé, con la ayuda de la gente, a un niño de 11 años de edad que estaba preso en la cárcel situada en la planta baja del Palacio Municipal de Emiliano Zapata, Morelos. Pero ésta es otra historia que narro en el tomo *Vivencias sociopolíticas*, de *Evocaciones*.

*Lugar en los pueblos de Morelos en el que despacha el ayudante municipal y está el *bule* (la cárcel).

Una muerte infantil que hoy quizá se hubiera evitado

EN el capítulo anterior mencioné brevemente a mi hermanito Bonifacio, *Boni*, que no consiguió ir a la escuela porque primero lo alcanzó la muerte, la cual siempre consideré injusta como seguramente así lo pensó toda mi familia.

Padecía un mal renal congénito. En esa época no se conocían los trasplantes de órganos (y aunque los hubiera, la economía familiar no daba para pagar una cirugía de este tipo por su alto costo). La medicina de entonces nada pudo hacer ante lo ineluctable de su destino.

Boni también tenía un ojo *pichi*. Así le decíamos porque uno de sus párpados estaba un poco caído, pero no se veía como defecto a esa tierna edad.

Mi hermanito no era consciente de esta pequeña anomalía de la naturaleza; me parecía más bien que su rostro angelical se veía más atractivo, idea que siempre tuve al contemplar la única fotografía de estudio realizada en Cuernavaca, Morelos en la que aparece él, junto a nuestra madre y, a los lados, nosotros, sus hermanos.

Su llegada como el nuevo miembro de la familia posiblemente no me afectó pues no me sentí desplazado en el afecto de mis padres y hermanos; los recuerdos que tengo van en el sentido de que siempre lo tenía como mi acompañante.

Durante mi infancia y adolescencia, luego de su partida, añoré su presencia; quizás hubiese sido el primero a quien leyera mis poesías y novelas, y hacerlo cómplice de mis aventuras con princesas en castillos medievales. Un dejo de nostalgia viene a mí, ahora que escribo estas líneas.

Éramos *inseparables* en nuestras andanzas. Además de lo dicho en el capítulo anterior, nos dedicábamos a cazar lagartijas o pájaros con nuestras resorteras, tumbar baquetillas (panales) para robarle la miel a las abejas, a perseguir las mariposas que se posaban en los charcos de agua que se formaban en la época de lluvias.

Él me seguía cual Sancho Panza a donde le dijera, para conquistar el mundo estrecho en el que vivíamos que, como dije antes, no pasaba del terreno amplio donde estaba situada la casa familiar, así como de aquél en el que vivía mi abuela, ubicada después de pasar un billar.

En esa época no teníamos televisión. Nuestra única compañía era la radio que representaba ya un lujo, pues tenía pocos meses que la electricidad había llegado al pueblo. Luego de la sobremesa mi padre nos contaba alguna de las anécdotas de su vida; era un excelente conversador que nos cautivaba con su charla.

Venía después el momento por todos anhelado, el de oír la radionovela que nos llevaba a un mundo distinto, a conocer otras formas de vida; a veces la trama nos hacía sufrir o reír; otras, enojarnos.

Una noche de primavera, después de la cena, llegó a nuestras vidas el esperado pero, a la vez, el indeseable frío del invierno, lo recuerdo bien. Estábamos con algunas de mis tías en el rústico comedor, que utilizábamos también como sala, para deleitarnos a partir de las nueve de la noche con la radionovela “Semillas de odio”.

Disfrutábamos de la trasmisión cuando entonces llegó el momento previsto por el médico, pero que mis padres deseaban que nunca se presentara, pues siempre esperaron por “un milagro”. La naturaleza ya había dictado su sentencia; viviríamos un hecho que enlutaría a la familia y a mí, en particular.

Nos encontrábamos absortos oyendo la radionovela mientras que mi madre cuidaba en la recámara a mi hermanito que se había puesto mal horas antes. Ella nos tuvo que gritar con tal fuerza, que a veces la recuerdo, para llamar nuestra atención; nos urgía para ir con *Boni* que agonizaba. Dejamos la comedia para empezar a vivir el drama de la vida real que se anunciaba, la muerte inminente de mi compañero de aventuras. Los gritos de dolor de mi madre y su llanto perenne inundaron mi alma por mucho tiempo.

Al otro día mi padre, con su pena auestas, marchó a Cuernavaca a comprar el ataúd; era blanco como el alma de *Boni*. Siempre recordaré sus ojos ya cerrados para siempre; nunca más le diría que tenía un

ojo *pichi*. Parecía que dormía tranquilamente por la forma serena de su rostro bello. Estaba vestido con su pantaloncito blanco; su camisita y calcetines eran del mismo color, como el del féretro. Entre sus manos, que estaban sobre su tierno pecho, mi madre le colocó un pequeño crucifijo.

Por la tarde se organizó la procesión que salió de la casa por la calle principal del poblado que era de terracería. Fue mucha la gente que nos acompañó para dejar a *Boni* en donde no queríamos que estuviera. La tristeza, aún recuerdo, se notaba en quienes llegaban al camposanto para darle el último adiós al ser hermoso cuya vida la natura truncó irremediablemente.

Todavía hoy rememoro esos momentos sombríos, el de ver cómo descendía en la fosa su blanco y pequeño ataúd en medio de las paredes de una tierra casi negra, y cómo caían sobre él las primeras paladas de tierra seca, mientras que todos, mi madre más que nadie, dejábamos caer abundantes lágrimas sobre la tierra que, poco a poco, terminaba de cubrir el féretro. El polvo que se levantaba cubría también a quienes permanecíamos a un lado de la fosa, contemplando sin creerlo la partida de nuestro *Boni*. El llanto, y los gritos de desesperación de mi madre, que eran más bien reclamos hacia su Dios, hacían más angustiada la despedida; el sonido de las campanas ubicadas en la cercana iglesia envolvía tétricamente el llanto de familiares y amigos. Luego, el silencio aterrador al salir del panteón y dejar a *Boni* solo.

* * *

Días después mi padre le mandó a hacer una tumba de concreto, con una lápida en la que aún se leen, aunque borrosas, las fechas del nacimiento y muerte de *Boni*.

Nuestro progenitor se resignó al mandato de la naturaleza; mi madre, ¡no!, ya que consideraba que alguien era responsable de su dolor. ¿Lo buscó, después del entierro de *Boni*, en su concepción divina de la vida, según la religión católica que profesaba? Nunca lo sabré. Fui testigo, en cambio, de aquella actitud férrea que mostró al exigir una explicación en el ámbito terrenal, por lo que días después de la muerte de *Boni* me llevó con ella a Temixco, cerca de Cuernavaca, para ver al médico que atendió su enfermedad.

Vi el contraste, entre mi madre abatida por la tragedia, y la madre enfurecida ante un hecho que, según ella, nunca debió haber sucedido. Todavía recuerdo cómo su enorme pena se convirtió en un verdadero clamor, en un cuestionamiento indignado hacia el galeno, exigiéndole a gritos una explicación. El médico gentilmente buscaba dársela, pero ella no quedó satisfecha; nunca se resignó a perder al ser amado.

Durante meses la vi llorar en silencio; me llevaba al panteón para estar cerca de nuestro *Boni*. Encontraba un poco de consuelo al rezarle y dejarle flores en su tumba, las cuales mi madre cultivaba amorosa en nuestro rústico jardín; luego, volvíamos a casa con la tristeza como compañía. Era morir día a día...

Pocos años después, tres para ser precisos, su amargura cedió ante la llegada de un nuevo ser que surgía de su vientre, mi hermanito Humberto, quien le daría fuerzas para seguir viviendo.

Nunca me sentí desplazado por él; por lo contrario, me alegró mucho su compañía; su nobleza ha sido una de sus muchas cualidades, así como su dedicación para cuidar a nuestros padres.

Jamás olvidaré a *Boni*, a su vida malograda. Sirvan estas palabras *In memoriam*.

Cuando ha muerto algún familiar y lo entierran en el mismo panteón (pues no hay otro en el pueblo), me doy mi tiempo para visitar la tumba de *Boni*. Los ojos se me nublan y para que no asomen las lágrimas me alejo del lugar donde aún reposan los restos de mi hermanito.

* * *

Tiempo después, en diciembre de 2000, mi madre ya no lo dejaría solo y estaría, como en la fotografía*, junto a él para siempre, acompañándolo, en una tumba que mandamos cavar justamente al lado de la de *Boni*, para que ambos compartieran la misma tierra, el mismo destino, y también para que él, mi pequeño e indefenso hermano, tuviera a nuestra progenitora cuidándolo a fin de que no perturbaran su descanso eterno.

*La fotografía familiar en la que aparece *Boni* se encuentra en la sección "Documentos personales" de mi página electrónica (www.raulrojassoriano.com).

8

Un relato tenebroso en la primaria; también una vivencia de mi ignorancia léxica

LA vida tenía que seguir y, como niños, nuestro deber era ir a la escuela “a forjarnos un mañana” como decía mi padre. En el pueblo se cursaba, en esa época de mi infancia, hasta el segundo grado de primaria, no había más.

Atendía el plantel una sola maestra que era también la directora del mismo, la profesora Esther Garfias Páez. Como mi padre platicaba mucho con ella, pronto la hice mi familiar. Así, cuando cierto día ella me pidió que escribiera el nombre completo de mi progenitor yo, muy orondo, cambié el segundo apellido de él, García, y le puse el de mi maestra: Garfias, pues se me hacía, a esa tierna edad (¡vaya! no me mido) que eran *iguales* ambos apellidos. La mentora, riendo, me hizo ver el gazapo que yo había cometido.

Como sucede con todos los niños y niñas, la curiosidad invadía mi ser. Por ello, ponía oídos atentos para enterarme de la conversación de mi padre con otras personas, en especial con las charlas que tenía con la maestra Garfias, pues ella se sentía “a sus anchas” platicando con él.

Siempre recuerdo algo *tenebroso* que relataba la preceptora. Dado que el transporte de Cuernavaca al pueblo era escaso, ya que en ese tiempo se disponía solamente de una corrida, ella decidió quedarse a vivir en el local que el plantel tenía para dar alojamiento al director.

No había ruidos externos en las noches pues los vehículos rara vez pasaban. En aquel entonces luego de las ocho de la noche la gente se refugiaba en sus hogares, algo que todavía pasa en los poblados pequeños.

Nos contaba la maestra, mejor dicho le relataba a mi padre, que ciertas noches “estando en completo silencio”, como solía decir, la despertaba el ruido que provenía de los salones; empezaba a oír cómo arrastraban las bancas de los salones. Valientemente (no me cabe la menor duda) iba a ver qué o quién movía los muebles. Cuando se acercaba a los salones, que eran tres, el ruido cesaba. Nunca –por lo que decía– sintió miedo y siguió con su vocación, dejándonos enseñanzas que contribuyeron decisivamente en mi formación. Quizá por eso jamás olvidé su nombre.

Dejemos de lado esa narración que, por venir de una persona seria y *mayor*, siempre pensé durante mi infancia que era cierto el ruido que escuchaba en las noches silenciosas.

Si bien el plantel contaba con tres salones, había únicamente una educadora, como he dicho. Cabe mencionar que hoy en día todavía existen en nuestro país muchas escuelas de primaria que cuentan con un preceptor para dos o más grados al mismo tiempo. Esta situación era algo normal en los planteles rurales de mi época.

Los pedagogos han expresado las limitaciones que tiene para el proceso de enseñanza-aprendizaje el hecho de que un maestro se haga cargo de dos o más grupos simultáneamente, pues los programas de estudio son distintos y, por ende, cada clase requiere de su correspondiente educador.

Sin embargo, para mí fue una gran ventaja que la escuela primaria del lugar contara con un solo grupo en el que estaban los niños de primer y segundo grado.

Como no había jardín de párvulos, cuando yo tenía cinco años de edad mi padre le pidió a la maestra Esther Garfias Páez, profesora del grupo único, que me admitiera como oyente en primer año, pues ya conocía el abecedario y llegaba a contar hasta el número 100.

Un pasillo en el salón separaba a los educandos de ambos grupos. Mi hermano Enrique cursaba el segundo ciclo; por tanto, se sentaba del otro lado del pasillo. Cabe mencionar que los pupitres eran para dos alumnos. Como yo quería estar siempre con mi hermano, afloraron desde el primer instante mis sentimientos. A los pocos días la maestra Garfias Páez no tuvo más remedio que sentarme con él para que

mis lágrimas no inundaran el salón o, más bien, creo, para que la dejara en paz.

Como se deduce de esta vivencia, estar en un grupo único me favoreció: como no había registros oficiales, a la mentora se le olvidó que yo cursaba el primer grado, y me quedé en el segundo año, “volándome” el primero.

* * *

Relato ahora un gazapo que cometimos mi hermano y yo con la profesora mencionada, el cual aún me hace sonreír. Lo publiqué en el libro *El arte de hablar y escribir* (p. 157):

Cuando mi hermano y yo cursábamos el primer año de primaria, decíamos *ansina*, en lugar de “así”. La maestra nos impuso una tarea para corregir nuestro vicio de dicción: escribir cien veces el vocablo *así*. Al concluir el “castigo”, plenos de exultación nos acercamos a la preceptora para recibir su reconocimiento por haber cumplido; le preguntamos: “¿*Ansí* está bien?”. Ante el nuevo yerro podrás imaginarte el sermón que nos espetó la mentora, por no decir que *nos la mentó**.

*“Nos la mentó” es un juego de palabras que utilizo para alterar deliberadamente el vocablo: *mentora*. En México significa, en este contexto, que “nos mentó la madre”, es decir, que “nos insultó”, lo que sinceramente no creo que haya sucedido.

Años después, en quinto grado, tendría como profesora a Diana Guillermina Amaro González, quien también contribuyó a mi formación. Hoy, 1 de abril de 2014, acabo de hablar por teléfono con mi maestra, luego de varias décadas de no saber de ella, desde que salí de la primaria. Vive en el estado de Morelos.

En cuanto salga impreso el libro la iré a visitar. Siempre he recordado su belleza física y espiritual. ¿Me acompañarías, estimado lector, en este reencuentro con mi infancia? Las evocaciones vuelven a mí...

**Evocaciones que aún me
provocan nostalgia, las
cuales comparto contigo para
caminar juntos por el sendero
de la vida**

EN una población pequeña como era la mía, que tenía menos de 500 habitantes durante mi infancia, no había las distracciones de los centros urbanos, lo cual nos favorecía a los niños y adolescentes del lugar pues *convivíamos* más con la naturaleza.

En un capítulo anterior relaté algunas travesuras infantiles (robarle la miel a las abejas, cazar pajaritos y perseguir mariposas). Pude contemplar en un monte el nacimiento de un “ojo de agua”, un espectáculo inolvidable. También un chico, Arturo, nos enseñó dónde había un árbol de chicle, y nos mostró la técnica para hacernos la deliciosa golosina. Quizá por ello, rara vez llego a mascar el chicle industrial.

Una vivencia que siempre rememoro era bañarnos en las “fuentes cuatas” que estaban situadas al sur del

pueblo, cerca del terreno que tenía mi tío Fernando. A un lado de esos manantiales crecían árboles cuyos productos al frotarlos (unas bolitas del tamaño de canicas) nos daban el jabón para bañarnos; todo un lujo. Ahora esas bellezas naturales han desaparecido por el avance de la “civilización”.

Con los amiguitos íbamos al cerro a matar con resorteras a las tortolitas. Teníamos una rutina: mientras que algunos las desplumaban, otros hacíamos una fogata. Antes de comer la carne del avecilla, realizábamos otro ritual: usando la sangre de nuestra víctima nos pintábamos, con el dedo índice de la mano derecha, una cruz en la muñeca de la mano izquierda, para tener más puntería.

Ahora, veo como una práctica bárbara tal hecho, y más porque desde agosto de 2008 soy totalmente vegetariano (vegano), pero en ese entonces era una acción normal.

Ya de adulto hacía *repelar* a mi madre cuando le decía que “como en la infancia no teníamos nada que comer, nos enviaba a cazar tórtolas para alimentarnos”. Ella se defendía diciendo que siempre había en casa qué comer, aunque fueran frijoles y tortillas.

Por cierto, en el cerro también cortábamos la palma para hacer cordeles para amarrar los manojos de leña. Me hubiera gustado aprender a elaborar *chiquihuites* (tortilleros), pero no era una práctica artesanal en el pueblo, pues se compraban en Cuernavaca. Evocaciones que vuelven a mí a la hora de comer cuando veo en la mesa un *chiquihuite* moderno, de plástico o de unicl.

Recuerdo también cuando íbamos con las primas y las tías a cosechar lo que la naturaleza nos ofrecía gratuitamente. Era una delicia ir por los caminos de terracería a cortar guamúchiles (sabíamos a ciencia cierta qué árboles daban el fruto amargo, y cuáles eran dulces). Por otro sendero, por donde corría el apantle (arroyo) crecían plantas de mangos, aguacates y guayabas.

Como había más personas que productos teníamos que estar al pendiente para cortar cuanto antes los frutos; así, aprendí a comer verdes los mangos y guayabas. Todavía hoy los disfruto cuando apenas están “de pinta”.

Las ciruelas criollas eran otro manjar, pero para conseguirlas teníamos que ir a ciertos terrenos. Había dos tipos de árboles, los de ciruelas agridulces, y aquellos que las daban agrias. Éstas se ponían a secar y con ellas mi madre preparaba un delicioso atole que al recordarlo, se me hace “agua la boca”.

Cuando escribo estas líneas es el periodo de cosecha, así que ya se imaginan que he estado redactando este capítulo disfrutando de mi fruto preferido, a las cuatro de la mañana. Es una forma de volver a mis raíces pueblerinas.

Cuando llegó la “civilización” en los años 80 del siglo pasado, se pavimentaron las carreteras, y se construyeron unidades habitacionales donde antes había cañaverales.

Por eso, quizá, rara vez voy al pueblo, para no ver el desastre al que ha llevado la ambición de empresas

y personas que se han dedicado a acabar con la naturaleza, creando un panorama desolador muy distinto al que yo conocí en mi infancia.

Dejemos esta impresión poco agradable y viajemos de nuevo hacia aquella época.

En la tienda disfrutaba comer galletas de “animallitos”. Hoy mi familia, cuando quiere agasajarme ya sabe cómo hacerlo: me compra esas galletas que saboreo de verdad como el más exquisito manjar. Hace unos días, vi algo semejante en una serie policiaca estadounidense: un agente le ofreció galletas de animalitos a su compañero mientras vigilaban en el carro, y entonces se me antojó dicha golosina.

Estas evocaciones, si bien me traen nostalgia, sirven para recordar cómo fue mi crecimiento físico, mental-emocional y espiritual. Ahora que vuelven a mí (o yo voy a ellas), dichos recuerdos me hacen sentir profundamente *humano*, pese a la vorágine de la vida moderna.

Espero que pronto, estimado lector, escribas tus vivencias y me las envíes. Así, ambos compartiremos nuestros anhelos y desesperanzas, pensando siempre en construir un mundo mejor para todos. Tú ya tienes mis correos electrónicos.

* * *

Disfrutar mis golosinas favoritas no siempre iba a terminar bien, como lo revelo en el siguiente capítulo.

“Un mundo azucarado” me hizo ver mi suerte dos veces

OTRA delicia era comer la caña de azúcar; mi apego a ella me iba a llevar a una situación que puso en riesgo la integridad física de la *palomilla* con la que andaba. Antes de referirme a ese suceso, señalo que dicho producto constituía antaño una de las siembras principales en la zona donde se ubica mi terruño.

Una de las faenas más pesadas en el campo era el corte de la caña de azúcar. Los campesinos del estado de Morelos se negaban a participar en ella, por lo que tenían que venir peones de otras partes para realizar dicha labor. Les decíamos los “güichos”.

Antes de cortar la caña, ésta se quema para facilitar el trabajo. Por el tizne que surge de ese proceso, las ropas y cuerpos de los cortadores se ponen negras. Mi padre siempre nos enseñó a valorar esa actividad ya que, como dije en un capítulo anterior, él fue labriego varios años.

Cuando en mi infancia se quemaba un cañaveral situado cerca del pueblo me entretenía ver cómo el cielo

se cubría de un manto gris, y en ocasiones parecía que era un eclipse parcial pues ese manto de partículas, que se desprendían de la caña, llegaba a oscurecer un poco el lugar; luego caían y me gustaba atraparlas, como mariposas, acción que me dejaba sucias las manos y la ropa. El aire me traía el aroma dulce de la caña quemada.

Esperábamos la zafra porque podíamos entonces disfrutar de la caña de azúcar, aunque a veces nos animábamos a cortarla subrepticamente antes de la quemazón en algún cañaveral situado a la vera del camino.

Tendría 12 años de edad cuando sucedió uno de los hechos que narro en este capítulo.

Con algunos de mis hermanos y amigos nos poníamos a la “caza” de los camiones cañeros que transportaban en grandes manojos la caña de azúcar que pesaban más de una tonelada cada uno; su destino era el ingenio de Zacatepec, Morelos, en el que se realizaba la molienda, y así obtener los productos como la melaza, el azúcar y el alcohol, entre otros.

Había un lugar, a unos cien metros de mi casa donde esos camiones disminuían su marcha para dar vuelta en el *guardaganado* (puente hecho de vigas metálicas construido sobre el apantle que surtía de agua al pueblo).

Justamente cuando el chofer casi detenía la marcha del vehículo para pasar el puente, y enfilarse hacia la carretera, salíamos de nuestro escondite y corríamos hacia él para cortar las cañas. Por lo general cada camión

transportaba tres manojos amarrados con cadenas: dos abajo y el otro encima de éstos, que pesaban, como ya dije, más de una tonelada cada uno. Jalábamos las cañas por las puntas utilizando las cadenas, que servían para amarrar los manojos, como punto de apoyo para doblar las cañas.

La recompensa de tal “hazaña” era mascar el producto y disfrutar del jugo dulce. A veces, en Cuba, me he detenido en el camino, donde hay cañaverales, a comprar un vaso de jugo en los puestos que se instalan a un lado de la carretera. Vuelvo entonces a revivir esas travesuras de mi infancia.

En cierta ocasión seguimos la misma rutina, pero algo pasó, pues en el momento en que estábamos “robando” las cañas a un camión, el enorme manajo que iba en la parte superior empezó a rodar hacia nosotros, sin que nos diéramos cuenta de ese hecho, entretenidos en cortar las cañas, hasta que alguien por suerte advirtió que se nos venía encima la mole y gritó ¡cuidado!, a tiempo apenas para ponernos a salvo con todo y nuestro susto, momentos que aún recuerdo como si hubiesen ocurrido ayer.

El manajo de más de una tonelada de peso cayó estrepitosamente al suelo levantando una pequeña nube de polvo; el chofer detuvo su marcha y se bajó a ver qué había pasado. Nosotros ya estábamos lo suficientemente lejos para librarnos de su furia, aunque no habíamos sido los culpables de que rodara esa mole al suelo, que de habernos caído en encima no estaría escribiendo estos relatos. Seguramente colocaron mal

el tercer manajo y resbaló cuando el camión daba la vuelta en el puente.

* * *

Años después viví con mi hermano Enrique otra experiencia similar; por unos cuantos centímetros nos salvamos de una muerte segura. Fue en mi época de preparatoriano. Mi padre nos había comprado una motocicleta Carabela.

Estudiaba el bachillerato en el turno matutino de la Universidad de Morelos; mi hermano, en el vespertino. Como yo no alcanzaba a regresar a tiempo al pueblo para darle la motocicleta a mi hermano a fin de que se trasladara a Cuernavaca, él me hacía el favor, todos los días, incluso los sábados, de llevarme a las 5:30 am del pueblo a un crucero (de Tezoyuca*) en donde pasaba el autobús que venía de Zacatepec o de Emiliano Zapata, rumbo a Cuernavaca.

Tenía que estar en ese crucero, todavía a oscuras, a más tardar a las 6 am, para llegar a tiempo a la escuela una hora después, cuando iniciaba la primera clase.

Cierto día, en el trayecto de Chiconcuac* a Tezoyuca vimos a la distancia los faros de un vehículo. El camino estaba pavimentado, pero era muy angosto, ya que apenas cabían dos carros.

Nunca pensó mi hermano, quien conducía la motocicleta, que se trataba de un camión que transportaba caña

*Chiconcuac, Tezoyuca, son nombres de pueblos que existen tanto en el estado de Morelos como en el de México. Aquí me refiero a los de Morelos.

de azúcar, pues la oscuridad reinante ocultaba su carga; los manojos sobresalían cerca de un metro de la carrocería, por ambos costados. Cuando ese tipo de transporte se topaba con cualquier otro vehículo, ambos debían disminuir su velocidad y hacerse lo más que pudieran a su derecha respectiva, cuidando no irse a la cuneta, para poder pasar.

Como en ese tiempo hacía frío, llevábamos puestas nuestras gorras. De pronto sentimos que “algo” nos arrancó las cachuchas de la cabeza, las cuales volaron por los aires, y nosotros fuimos a dar al suelo: habíamos pasado justo debajo de un enorme manajo, y las cañas nos habían quitado las gorras. Como pudimos nos paramos y seguimos hacia el cruce de Tezoyuca, distante unos doscientos metros.

Nunca mi hermano y yo nos dijimos lo que ambos, sin duda, pensamos: si la motocicleta hubiera ido corriendo unos cinco centímetros hacia la izquierda, seguramente no hubieran sido sólo las varas más largas (las que nos arrancaron las gorras), con las que nos toparíamos, sino con el grueso del manajo. Sinceramente, no sé qué habría pasado ante el golpe brutal de esa mole en nuestras cabezas. Bueno sí, ya sé lo que hubiese sucedido: estas líneas no estarían publicadas.

Pienso humorísticamente, *para reírme un poco del destino*, sobre lo que pudo haber sido una tragedia, “que la caña de azúcar se *vengó* por haberla tirado al suelo años antes (aunque nosotros no fuimos los culpables en aquella ocasión); tiempo después, ella hacía lo mismo con nosotros”.

11

Mi concepción de la escuela durante la infancia, expresada en una poesía

MI padre me inculcó, al igual que a mis hermanos, el amor por la escuela, ya que siempre nos alentaba para proseguir en nuestra formación, pese a las dificultades que a veces enfrentábamos como la de tener que ir, durante meses, a un pueblo vecino distante un poco más de tres kilómetros, para cursar el tercer año, pues este grado ya no se impartía en el plantel del lugar donde nació.

Durante las lluvias la terracería se convertía en un verdadero lodazal; incluso así, nunca dejamos de ir a clases. Mi madre se esmeraba siempre en nuestro aseo personal, y en prepararnos lo que comeríamos en el recreo. Su amor maternal se expresaba tanto de ésa como de otras formas, las cuales hicieron más agradable nuestra infancia y adolescencia.

No viví, por ello, la escuela como algo impuesto, ni como la veía Carlos Darwin, al que me referí en el

segundo capítulo, quien decía que “la escuela como medio de instrucción era un vacío” (*Autobiografía*, p. 6).

Por lo contrario, para mí el hecho de asistir a clases, pese a tener maestros exigentes que nunca faltaban, significaba una oportunidad valiosa para aprender siempre cosas nuevas.

Hoy habría que investigar qué piensan los niños y adolescentes acerca de su estancia en el centro escolar: cómo la viven, qué les aporta para su desarrollo académico e intelectual y, en especial, como seres humanos.

En mi caso, las vivencias que tuve durante mi educación primaria y secundaria me llevaron a reconocer a la escuela como el espacio en el que se forjaron las bases fundamentales de mi existencia.

Ahora que escribo estas líneas rememoro algunos versos que nos escribió mi padre (la poesía completa la incluyo en el capítulo 34):

“La lucha empieza para *ustedes hijos* míos,
son *cadetes* de primer ingreso...”.

La dedicación que manifestaba un educador de mi pueblo natal hacia la enseñanza inspiró a mi progenitor a correr la pluma, como una muestra de gratitud. José Martí, prócer cubano, se hacía presente en su pensamiento a la hora de poetizar: “La enseñanza, decía Martí, es un acto de amor”.

Surgió así otra poesía de la musa de mi *apá*, la cual recitó una niña de mi pueblo, en una ceremonia del “Día del Maestro”. Incluyo dicha composición

en el anexo III, al igual que el resto de sus escritos. Aquí sólo escribo un verso por la sabiduría que encierra: “No es maestro el que sabe, sino el que enseña”.

Seguramente el valor que le otorgaba al trabajo del magisterio, expresado poéticamente, contribuyó a cincelar mi vocación por la docencia.

Tal inclinación me llevó a escribir en la primaria una poesía en la que, como desafío, me impuse la tarea de componerla *con palabras que iniciaran, todas, con la letra “e”*. Del baúl de los ayer extraigo los versos que dediqué a la *escuela*, para ponerlos a tu consideración, estimado lector.

El uso de ciertos vocablos “elegantes o bonitos”, como yo solía decir, tanto en esta poesía como en otras que aparecen más adelante, son producto de lo que aprendí de mi padre: la consulta permanente del diccionario para enriquecer nuestro caudal léxico.

Escuela

Escuela es el emblema evidente,
en ella están esenciales esperanzas
edificadas en el esfuerzo eficiente
en eficaces, eruditas enseñanzas.

Ésta es el elixir en el estudiante
enorme escudo es en esta existencia,
ella encauza estudio en el existente,
él, estudiando, extrae enorme esencia.

En él, el esencial estudio empeña;
ella el enorme estudio enciende,
eficaz es, en el educar... ella enseña,
eterna en estudios, éstos él emprende.

Escaso es el elemento esencial,
existe en exceso el elemento escolar,
el esmerado estudiante es excepcional,
el estudioso es el emblema ejemplar.

Ella, en el escolar, el error evita,
él ese erudito estudio emprende...
encerrado en esa eterna estampa erudita
ésta en él, eternas esperanzas enciende.

Ella es eterna estrella esplendente*,
esenciales enseñanzas eruditas entraña;
en él están esos estudios eminentes,
él, esas enseñanzas eficaces extraña.

¡Escuela! eterna efigie educativa,
en esos educadores ella encierra...
esa enseñanza esencial efectiva,
ella en él, el escepticismo entierra.

*Esplendente, “de *splender* (úsase más en poesía: [significa] resplandecer” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

Ésta es enorme efecto en el escolar,
es el espejo eminente en esta existencia;
ella es el eterno eco en el estudiar;
en ella está esa educativa esencia.

El escolar envuelto en enciclopedias
engrandece esta elevada eminente época;
ella encabeza esas eruditas eminencias,
en ellos, ese esencial estudio enfoca.

Esperanzado escribo esto, excepcionalmente,
el encabezado es escudo eminente...
empeñado en empezar en “E” especialmente
escribo esta esmerada escritura evidente.

Errores en ella en exceso están
es evidente, escasa es esta escritura;
el enorme esfuerzo enfocan
en entrometerme en elevada estatura.

Una obra hermosa que marcó mi niñez-adolescencia, la cual comparto contigo

HAY libros que se leen para cumplir con un propósito específico, por ejemplo, pasar un examen. Estas lecturas obligatorias dejan una huella poco profunda en nuestro ser.

Otros textos son también parte de la bibliografía de un plan de estudios, e incorporamos su contenido a la formación académica. Sin embargo, sólo algunos perduran en nosotros por décadas, hasta el fin de la existencia misma.

En la primaria leí dos obras que siempre recuerdo tanto por las enseñanzas que me dejaron como por su lectura amena, las cuales tocaron las fibras más sensibles de mí ser; por ello, las sigo rememorando hasta hoy en día.

Uno de esos volúmenes era *Sobre las nubes de América*; el otro: *Cielo, tierra y mar*, ambos de Valentín Zamora Orozco, a quien siempre quise conocer para agradecerle, además de la claridad de sus textos, el estilo cautivador de su escritura.

Quiero referirme en esta ocasión únicamente al segundo, que era obligatorio en sexto de primaria (*Cielo, tierra y mar*).

Tengo en mis manos dicha obra que consiguieron Amparo, Minerva y Sofía, después de varios meses de andar buscándola en las “librerías de viejo” de la Ciudad de México (hace años les había dicho que pensaba poner un anuncio en los periódicos para buscarla, y que quien la tuviera, me la vendiera).

Cuando mi familia me entregó el libro, con las visibles huellas del tiempo, la emoción invadió mi ser todo, y un dejo de nostalgia se hizo presente. Volví a leerlo como cuando era niño. Sentí la pasión que otrora despertó en mí ese texto, que me llevó a escribir mi novela *La isla del amor*, la cual puedes leer, con la propuesta que te hago, estimado lector, en el anexo 1.

En la publicación que comento, *Cielo, tierra y mar*, se narra la historia de dos alumnos de primaria a quienes, por su destacado aprovechamiento escolar, el gobierno mexicano les sufraga un viaje a París para reunirse con los niños sobresalientes de otros países.

Alfonso (*Poncho*) y su hermana Gela se trasladan en avión a esa bella ciudad. Sin embargo, en el océano Atlántico una tormenta derriba la aeronave, cayendo al mar, muy cerca de una isla, que se encuentra desierta como después descubren los protagonistas.

Poncho y Gela, buenos nadadores, logran llegar a tierra; salvan al único sobreviviente, además de ellos, el copiloto Mauricio, que estaba herido.

La corriente de simpatía que inicialmente se da entre los chicos y el aviador se debe en gran parte a que éste es un hombre culto y, encima, posee el don de la palabra.

Luego de los primeros días, posteriores al accidente, en los que buscan un lugar donde guarecerse y organizar su nueva rutina, Mauricio se dedica a contarles anécdotas a los niños. Los entretiene para hacerles menos pesada su estancia incierta en esa tierra desconocida.

La belleza del texto se revela cuando Mauricio muestra su amenidad como buen narrador y empieza a relatarles pasajes de la historia universal y de la ciencia, en particular, por ejemplo: cómo se lograron varios hallazgos científicos.

Cada noche el copiloto les habla de algún personaje para despertar la curiosidad de sus acompañantes y mantenerlos optimistas ante la posibilidad de una larga permanencia en ese lugar.

Mauricio mantiene cautivados a los chicos pues ellos esperan ansiosos la llegada de la noche para oír una historia nueva. La exquisitez de su charla permite que los niños sigan con atención sus palabras llenas de colorido. Les relata la vida de Pasteur, de Fleming, descubridor de la penicilina, así como de Tomás Alba Edison, y de genios como Miguel Ángel y Leonardo Da Vinci.

La obra *Cielo, tierra y mar* nos brinda varias enseñanzas:

- 1) Con un lenguaje sencillo, claro y ameno logra que el lector disfrute de la historia, de la geografía, y se adentre en los campos de la ciencia y del arte, entre otras áreas del conocimiento;
- 2) Además de proporcionarnos información precisa sobre descubrimientos y aportaciones que han hecho diversos personajes en variados ámbitos, el libro tiene la virtud de que va más allá del propósito de ofrecer conocimientos. Es una obra formativa que nos brinda elementos para incorporarlos a nuestra vida diaria;
- 3) Al tener de nuevo en mis manos *Cielo, tierra y mar* no dejo de acariciar sus páginas amarillentas. Recuerdo ahora la lectura apasionada de aquel entonces, cuando significó un hito en el devenir de mi existencia, y me inspiró para dar mis primeros pasos titubeantes como escritor en ciernes.

Su redacción, como decía, atractiva, incita a leer el volumen sin detenernos, disfrutando cada línea y cada párrafo, hasta que *sentimos* que estamos en esa isla desierta, al lado de Poncho, Gela y Mauricio.

Pero también la escritura amena de *Cielo, tierra y mar* me lleva a evocar las palabras que desde el presidio le envió Ricardo Flores Magón a su hija adolescente: “Tú eres inteligente y linda y sabrás entusiasmar si pones en tus palabras el fuego de tu corazón” (*Epistolario y textos*, p. 183).

Igualmente, viene a mi memoria la preocupación al escribir que mostraba el italiano Antonio Gramsci

quien, también desde la prisión y con ocho enfermedades encima, critica a los autores que redactan en forma rebuscada, con un lenguaje de muy difícil comprensión (*Cuadernos de la cárcel. Literatura y vida nacional*, pp. 50, 107, 127).

Gramsci recomendaba que al correr la pluma deberíamos “conocer la psicología del público particular al que se quiere conquistar [con nuestro escrito]”. (*Cuadernos de la cárcel. Los intelectuales y la organización de la cultura*, pp. 158-159).

La obra que comento, *Cielo, tierra y mar*, avivó mi imaginación infantil pues me llevó por lugares ignotos. Disfruté plenamente cada momento de la estancia de Poncho, Gela y Mauricio en la desierta isla, deseando (contradictoriamente al anhelo de los náufragos), que su presencia en ese lugar se prolongara más para solazarme con la conversación del copiloto, formador de espíritus científicos con proyección social.

* * *

Ojalá que los escritores nos preocupáramos realmente por hacer que nuestras palabras dejen una impronta indeleble en los pensamientos y sentimientos de los lectores. Entonces la lectura se volvería un verdadero placer a la vez que sería un alimento para nutrir sabiamente nuestro espíritu. Anhelo que este libro se acerque a dicho propósito.

Al diseñar la portada de *Evocaciones. Vivencias personales* incluí imágenes que aparecen en una de mis novelas de la pubertad (*La princesa enamorada*) las cuales se encuentran en mi página electrónica: www.raulrojassoriano.com (pestaña: Biografía. *Escritor y poeta en ciernes*). Asimismo, mi afán era poner también la portada original de la obra que aquí comento, *Cielo, tierra y mar*, pero no ha sido posible localizar a los familiares de quien la escribió, Valentín Zamora Orozco, para tratar lo correspondiente a los derechos de autor.

También el propósito inicial era publicar en mi página electrónica ese volumen que utilicé el último año de primaria cuando todavía no se había instituido el libro de texto obligatorio*, para que disfrutaras su lectura tanto como yo, ahora que lo he vuelto a releer. Sin embargo, por el motivo indicado en el párrafo anterior no podré hacerlo por ahora.

Deseo que algún lector pueda ayudarme a localizar a los familiares del maestro Zamora Orozco para que

*Tiempo después, en septiembre de 1992, en Ciudad Victoria, Tamaulipas, el contenido y la forma como se escribieron en el gobierno salinista los textos de educación primaria, concretamente los libros de historia, me llevó a sostener una polémica con dos funcionarios del gobierno federal, uno de ellos era el coordinador de estos últimos volúmenes, el historiador Enrique Florescano. Dicha polémica la publicó en esa ciudad el periódico *La verdad*, el 4 de septiembre de 1992, el cual se encuentra en mi página electrónica. Esta experiencia la narro en *Evocaciones. Vivencias académicas*.

pueda difundir su contenido en mi página electrónica. En caso de no saber de su paradero, actuaré de conformidad con lo que expongo en el siguiente capítulo, pues seguramente así lo hubiera querido dicho autor.

Divulgación de las obras en las redes sociales. Reflexiones y compromisos

DURANTE la infancia-adolescencia mi pasión por escribir novelas y poesías, además de ser un alimento espiritual, se veía acrecentada por un sueño: que el “mundo entero me leyera”. Como escritor y poeta en ciernes, jamás pensé en los derechos que tendría como autor por permitir que otros divulgaran mis modestas creaciones. Los escritores de esos ayeres no tan lejanos nunca imaginamos tener los recursos de los que hoy se disponen, como las redes sociales, para la difusión de cualquier texto.

En aquel entonces, concretamente en los años 60 del siglo pasado, la única oportunidad para dar a conocer más ampliamente una obra era a través de su edición por alguna de las pocas editoriales que existían, cuando éstas consideraban que podían obtener utilidades. El fotocopiado, que empezó a utilizarse en México a partir de los años 70, y otros procedimientos rústicos de impresión, no eran opciones viables por su alto costo.

Pese a contar hoy en día con medios para divulgar nuestros productos intelectuales a todos los rincones del planeta, los autores que deseamos utilizar las redes sociales enfrentamos un obstáculo legal cuando ya está publicado un libro o se piensa editar por medios impresos: las editoriales poseen los derechos de divulgación. Por tanto, se afectan sus intereses si los textos se difunden por otros medios.

Los escritores que anhelamos socializar nuestras publicaciones sin cortapisa alguna estamos contra esa medida legal, lo cual significa ser iconoclastas, es decir, romper con las normas establecidas, y navegar contra la corriente, ya que prácticamente todas las editoriales buscan defender los derechos de divulgación, es decir, sus intereses, amparándose en los contratos firmados con los autores.

Ante esta situación, exteriorizo las siguientes reflexiones y decisiones:

Al escribir estas líneas contemplo dos ejemplares que son *ediciones piratas** de mis obras, lo cual me lleva a pensar que dicha actividad subrepticia debe desaparecer para que se socialice realmente el conocimiento sin limitaciones.

*Se trata de una *edición pirata* cuando se publica un texto con el nombre de su autor, pero se desconocen sus derechos de autor, por ejemplo, no se pagan las regalías. Un *plagio intelectual* es, igualmente, un acto ilegal en el que una persona se apropia de ideas e información que han sido desarrolladas o elaboradas por otros, sin darles los créditos correspondientes.

Las nuevas formas de divulgar un texto, como el formato electrónico, que no existían en México a principios del presente siglo, me han permitido modificar mi modo de pensar respecto a los derechos de difusión de los productos intelectuales*. Por ello, en una rueda de prensa realizada en abril de 2010, di a conocer una noticia, la de que mis obras se divulgarían *completas* en Google Books (periódico *La Jornada*, 28 de abril de 2010, p. 7^a). Desde diciembre de 2013, aparecen también, sin cortes, en mi página electrónica, excepto una, por el momento.

Cabe mencionar aquí, de conformidad con lo antedicho, que decidí, *motu proprio*, que uno de mis textos editado en portugués, en Brasil, apareciera en mi *ciberpágina*, aunque no cuente con el permiso correspondiente de la editorial que lo publica desde el 2004. Te mantendré al tanto, estimado lector, de los problemas legales que surjan de dicha acción, si es que los hubiere.

En esta tesitura quiero aquí hacer pública una decisión que seguramente será cuestionada por casi todas las editoriales, así como por la inmensa mayoría de los autores consagrados de los diferentes países:

A partir del momento en el que salga impreso este libro:

1. Hágase válido mi siguiente testamento respecto a los derechos de divulgación de mis textos:

*Las pláticas con la Mtra. Sofia Rojas Ruiz contribuyeron para consolidar mi nueva forma de pensar respecto a los derechos de divulgación de los textos.

otorgo permiso para que todas mis publicaciones, excepto (por el momento) la que se indica en mi página electrónica, puedan divulgarse por cualquier medio, sin pagar derechos de autor, respetando únicamente el diseño original de la portada* y la presentación del contenido.

2. Sólo requiero que se me comunique la fecha y el lugar de edición, utilizando para ello los correos electrónicos que se indican en esa página, o en el presente volumen. Esto con el fin de informar sobre cambios o agregados a mis libros, para que se tomen en cuenta en futuras ediciones.
3. Si fuese una impresión en papel, la única exigencia sería que la editorial reduzca el precio de la obra, para beneficiar siempre al lector puesto que ya no se tendría que pagar derechos de autor (regalías). Además, la casa editora que publique por vez primera el libro en cierta ciudad o país (cuando éste fuese pequeño), tendrá el derecho exclusivo en ese lugar.

Éste es, por tanto, mi testamento respecto a la divulgación de mis obras: no recibir regalías para que puedan divulgarse sin mayores trámites que los indicados en los tres párrafos anteriores.

*Excepto cinco portadas de mis libros, el diseño de todas las demás, al igual que la presentación de su contenido, lo hizo quien escribe estas líneas, con el apoyo de un especialista. Revisando las obras en mi página electrónica tú sabrás, estimado lector, cuáles fueron esas portadas.

Que quede claro: los derechos de autor son míos y, por tanto, los cedo en los términos antes referidos.

Invito a los autores y editoriales de todo el mundo a proceder de la misma forma, a fin de socializar realmente el conocimiento para ser consecuentes con lo que hoy en día se pregona en el sentido de que vivimos en una sociedad del conocimiento y de la información.

De este modo ya no habría ediciones piratas, y evitaríamos tener más textos en línea en los que se ocultan varias páginas o capítulos a fin de obligar a los lectores a que los compren, medida que debe des-terrarse ya, puesto que *¡los libros son de quienes los leen!*, parafraseando al General Emiliano Zapata, quien nació en mi estado natal (Morelos) en el que enarboló su bandera revolucionaria en favor de los campesinos: “La tierra es de quien la trabaja”.

Recuerdo siempre esta frase, y más porque en 1985 su hijo, el Sr. Mateo Zapata, me apoyó en uno de los movimientos campesinos que dirigí en esa entidad federativa. Su carta se encuentra en la sección: “Documentos personales” de mi página electrónica.

**Ahora sí, la tienda y el carácter
de mi padre. Además, el día en
que se presentaron en ella dos
*realidades opuestas***

DURANTE toda mi infancia la tienda familiar se llamó “La Confianza”. Estaba ubicada casi frente a la estación del ferrocarril. Seguramente su nombre respondía a la manera de pensar y de actuar de mi padre: la confianza que tenía en alcanzar sus sueños trabajando con tesón.

En los años cincuenta del siglo pasado aún no se conocían en la entidad los supermercados. De ahí mi admiración por la visión comercial que tenía mi progenitor, la cual le llevó a organizar de tal forma la tienda que no solamente vendíamos todo lo relacionado con los abarrotes, sino también una extensa línea de mercancías de otros ramos: perfumería, mercería, zapatería, ferretería, sombrerería y de electricidad. No faltaba un surtido de camisas y pantalones.

También el cliente podía encontrar hierbas de olor, medicinas (tanto alopáticas como homeopáticas), útiles escolares, cohetes para las fiestas del pueblo, entre otras muchas cosas, incluyendo agujas para coser y mamilas (biberones, para ser más elegantes con el léxico).

Era una tienda bien surtida pues mi padre se las ingeniaba para que no faltaran nunca los productos, además de que siempre cuidaba que los precios fueran los más bajos posibles, para poder competir con los comercios de la capital del estado.

Fui testigo de cómo diversos establecimientos de Cuernavaca llegaban hasta la tienda para ofrecer sus mercancías. También, en la Ciudad de México, mi progenitor se abría créditos “por la palabra”. Al respecto, él nos decía “que su palabra valía más que mil firmas”.

En el tomo de *Evocaciones. Vivencias sociopolíticas* doy cuenta de una actitud similar que tenía un líder con dimensión latinoamericana, actitud que me describió en 2009 otro dirigente cubano que vivió cierto hecho engorroso con aquel personaje, en 1958. Tal relato, que sucedió en la Sierra del Escambray, Cuba, me llevó a recordar a quien me dio la vida.

La *honradez* de mi progenitor fue, pues, otra de las cualidades que marcó para siempre la existencia mía, al igual que la de mis hermanos. Por ello debíamos siempre pagar las deudas a tiempo, “lloviera, tronara o se viniera el cielo a pedazos”, como él decía.

Esta forma de pensar y de actuar la dejé plasmada en la poesía que nos dedicó a sus hijos, la cual transcribo más adelante.

* * *

Recuerdo también otra cualidad relativa a su personalidad, misma que describo mejor si narro las siguientes anécdotas.

Cierta vez el dueño del primer supermercado que se abrió en Cuernavaca, “Súper Gloria”, quien tenía un carácter jocosos similar al de mi padre, le comentó que pensaba abrir otro establecimiento, de abarrotes, ramo que mi progenitor conocía muy bien; por ello le dijo al empresario, en son de broma:

“Don Alfonso, no se preocupe, si quiere le puedo apoyar con su negocio: yo pongo mi experiencia y usted el capital. En un año, le aseguro, que usted se queda con mi experiencia, y yo con su capital”.

En otra ocasión presencié el diálogo entre una clienta, doña Julia y mi padre. La señora llegó agitada a la tienda y, a bocajarro, le preguntó: “Don Francisco, ¿tiene usted *cabeza de indio*?”. De inmediato le contestó, pues era muy hábil para las respuestas rápidas cuando el momento lo requería: “Oiga doña Julia, ya ni la burla perdona, ¿acaso ve que tengo la cabeza de español?”.

Entonces la clienta, riéndose, le dijo: “¡Ay, cómo es usted!, ¡yo le pregunto por la tela *cabeza de indio*!”. La señora venía corriendo porque si no había en la tienda ese tipo de trapo podía ir a comprarlo a Cuernavaca, en el camión que estaba a punto de partir del pueblo.

Mi padre nos contaba varias anécdotas sobre otros vendedores, que muestran cómo un hábil negociante

puede cambiar rápidamente las cosas que tiene en contra, para navegar con el viento a su favor.

Un día, en Cuernavaca, al estar con un comerciante que le surtía de pantalones, éste vio que se acercaba a la tienda una señora con cara de “pocos amigos” acompañada por un niño cuyo pantalón dejaba ver sus tobillos (pues se había *encogido*). Antes de que empezara con sus reclamos, el vendedor se le adelantó, y con una gran sonrisa le dijo: “¡Señora, la felicito, mire cuánto ha crecido su hijo en tan pocos días!”. La cliente no tuvo más remedio que sonreír; luego se hizo el cambio de la prenda para satisfacer a la compradora.

Mi padre decía, y así se lo hacía sentir al cliente, “que éste siempre tenía la razón (aunque no la tuviera, a juicio del vendedor)”. Era parte de la filosofía que orientaba su vida como comerciante.

Él tenía un carácter que le evitaba llegar al regaño. Lo experimenté varias veces como aquel día en la tienda cuando, siendo yo un niño, se me cayó una bolsa de azúcar regándose en el suelo su contenido. Como es natural, la vergüenza se apoderó de mí; entonces mi padre me dijo, en tono comprensivo: “No te preocupes *mijito*, ve por la escoba y el recogedor”.

Este “defecto” mío, el de a veces soltar sin querer las cosas que tengo en las manos (que según un neurólogo que consulté no tiene un origen orgánico), me permitiría años después, durante el Movimiento Estudiantil Mexicano de 1968, *escapar* cuando ya había sido detenido por las fuerzas policiacas. En *Evocaciones. Vivencias sociopolíticas* narro esa experiencia.

También puede leerse en la sección "Blog" de mi página electrónica.

Sirva este preámbulo para contar una anécdota, relacionada con la tienda, de la que fui testigo, durante mi adolescencia.

Como señalé antes, el negocio se ubicaba casi frente a la estación del ferrocarril (México-Río Balsas, Guerrero). En cierta ocasión llegó un inspector que había descendido del tren procedente de la Ciudad de México.

Era una revisión de rutina la que hacía cada determinado tiempo para conocer los problemas del transporte. Como tenía que esperar al ferrocarril que venía del sur, de Río Balsas, Guerrero, decidió encaminar sus pasos hacia la tienda para comprar un refresco.

Como he dicho antes, mi progenitor tenía el don de la palabra y, además, era un hombre culto; por ello no le resultó difícil hallar tema de conversación para platicar con el inspector mientras llegaba el tren en el que el visitante debía marcharse a la Ciudad de México.

Al poco rato de la plática llegó una señora en *estado interesante* (como todavía se dice en muchos pueblos); compró biberones, ropita para el bebé que estaba por nacer, entre otros productos.

Tiempo después hizo su presencia en la tienda una señora triste, con los ojos llorosos, para adquirir las cosas que utilizaría en la mortaja de su padre, es decir, la ropa para vestirlo apropiadamente. Se hizo también de un rosario, café para los asistentes al velorio, cohetes para anunciar la misa, entre otras cosas.

Cuando a lo lejos silbó el tren anunciando su llegada a la estación de Tetecalita, el inspector exteriorizó sus impresiones sobre lo ocurrido minutos antes, mostrando sorpresa y, a la vez, satisfacción por las vivencias que había tenido en tan escasos minutos.

Entonces le dijo al padre mío, mientras le extendía la mano para despedirse:

“Don Francisco, le comento que he viajado por toda la República pero nunca he visto una tienda tan bien surtida como la suya..., y cómo no va usted a hacer negocio *¡si agarra a las personas desde antes de nacer, y después de muertas les da el último trancazo*!*”.

**Trancazo* significa en este caso, desembolso: “Entrega de una porción de dinero efectivo y al contado” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

La poesía me permitió “filosofar” en la pubertad

EL interés de mi progenitor porque sus hijos crecieran “siempre con un libro bajo el brazo”, permitió crear un ambiente propicio para la lectura del periódico *Novedades*, y de revistas semanales como *Confidencias* donde había una sección de poesía. Además, era asiduo lector de los poetas mexicanos del siglo XIX, como Antonio Plaza, Juan de Dios Peza, Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo, Manuel Acuña, entre otros.

Al releer las poesías que escribió mi padre encuentro una (“Efecto desconocido”) que resulta pertinente aquí. De ella extraigo algunos versos:

“Es luz del náufrago en mar bravío,
es consuelo del que en su lecho gime;
está con el preso en su porvenir sombrío;
en muchos es como voluble balanza,
¿quién eres *misterio?*, por favor dime;
sonriendo contesta: *¡Soy la esperanza!*”.

Tengo ahora en mis manos los libros de poesías que mi padre leía para alimentar su espíritu de trovador.

Se encuentran ya sin pastas; sus hojas revelan el transcurrir de los años. Al releer los poemas que lo cautivaron siento que él está ahí, entre las páginas marchitas, dándole vida a los versos que hablan del amor, de la existencia, al igual que de la muerte. A mi memoria vienen los que escribió Manuel Gutiérrez Nájera (“Para entonces”):

“Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca un sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo”.

Su filosofía se expresaba a través del lenguaje de la poesía, como puede comprobarse al leer las que escribió, mismas que incluyo en el anexo III. Al releerlas, ahora que preparo estas líneas, evoco lo que decía el pensador revolucionario Antonio Gramsci, en la prisión italiana: “Todos los hombres son filósofos porque en su lenguaje se expresa una concepción del mundo y de la vida” (*Cuadernos de la cárcel. El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, p. 11).

* * *

Fácil resulta imaginar que en el hogar, al lado de mi progenitor, encontré un campo fértil para entregarme a la reflexión y a la poesía. Fue así como mi imaginación trascendió el mundo estrecho en el que vivía.

Él me enseñó las técnicas básicas para iniciarme en ese género literario: la métrica, la rima, la cadencia y, sobre todo, la pasión que ponía al escribir cada verso. Disfrutaba realmente de la escritura, como lo haría yo tiempo después, cuando me atreví a navegar por el mundo, sin ataduras y sin miedos, para hacer, así, mi entrada en la literatura como escritor y poeta en ciernes.

Mi imaginación dio entonces sus primeros resultados. Al leer hoy esas hojas que escribí en mi infancia-adolescencia disfruto otra vez aquellos momentos, cuando comenzaba una novela o una poesía. Pensaba siempre que algún día podrían publicarse.

La timidez, así como la preocupación durante la infancia por los problemas del mundo, alentada por la lectura del periódico a corta edad, me llevaron a acentuar mi introversión, y a expresar mis sentimientos y la forma de “ver la realidad” a través de la poesía.

* * *

Antes de cumplir los quince otoños la musa llamó a mi puerta para llevarme a poetizar los momentos de “reflexión infantil” sobre el futuro de la vida mía.

Dejo en tus manos, y en todo tu ser, mis versos que permanecieron muchos años encerrados en el alma (otras poesías relativas al tema están en el anexo II).

El arquitecto de mi destino

¿Soy yo el arquitecto de mi destino?
¿Hubo alguien que horadó mi voluntad
y llevome por tan espinoso camino?
¡Oh, tan espantosa será mi soledad
para decir con arrepentido acento:
quiero formar parte de la humanidad!

Imposible, tarde es ya, y mal momento,
ahora el mundo de mí se olvida
como yo me olvidé de su aliento,
pues sólo pensé en mi propia vida;
sin consolar la pena del ser humano
no vi lo que en su corazón se anida.

Fue mi amarga vida, vivir en vano
y viviendo así, del mundo me olvidé
y el mundo me consideró “lejano”.

Porque nunca supe y siempre desdeñé
saber, ¿quién era, dónde estaba?,
y sólo respondía: “yo no sé”.

No supe qué hacía y qué pensaba,
y me negué a creer en la existencia
pues el escepticismo de la vida conservaba.

Veo ahora con tardía experiencia,
“el misterio de la vida tan profundo”
que descifrar no puede la gran ciencia
y vedado está al sabio mundo,
y aunque desee conocer el arcano:
¡imposible!, su fracaso será rotundo.

Todos los esfuerzos serán en vano
porque jamás se sabrá el gran secreto
que rodea el misterio del ser humano;
tratar de saberlo sería un reto.

Postrado estoy, y mi corazón invoca
la divina y celestial ayuda;
un favor pido con esta impura boca
¡ayudad a mi desdichada alma muda!

* * *

*Tarde triste**

Termina el día
con la tarde triste
pues la lluvia persiste
en mantenerla fría.

* Algunos versos de esta poesía los incluí en mi libro *El arte de hablar y escribir*.

Ningún ruido
perturba la calma,
sólo el rugido
se escucha del viento
que hiere al alma
con su lamento.

Termina el día
la noche ya viene
y nada contiene
a la lluvia fría.

Todo está muerto
como mis ilusiones
que dejado han al corazón
triste y desierto.

Ya nada existe
ni siquiera una ilusión
que dé aliento al corazón.

¡Mas, ay!, la lluvia persiste
e insiste el viento
con su cruel lamento
que taladra el corazón.

**Un día mi padre llegó con ella
a casa; después, también sería
mi *amiga***

CIERTO día, cuando yo era todavía un niño, llegó mi padre de Cuernavaca, pero con una compañia. Si bien era de un color más oscuro que mi piel morena, él la cuidaba con esmero, pues el color de su *ropaje* la hacía verse más elegante.

Mi madre la veía con indiferencia y a veces con recelo por las atenciones que mi padre le prodigaba, y porque además no la había consultado sobre la decisión de llevarla a casa; por eso, desde que llegó, le puso el mote de “la negra”.

Mi progenitor pasaba con ella cuanto tiempo podía, aunque sin desatender la tienda. A veces escuchábamos su voz emocionada cuando estaba con su *amiga*, como él le decía. Tiempo después también lo sería mía. Sólo oíamos la voz entrecortada de mi padre que, como un murmullo, llegaba hasta nosotros, que estábamos haciendo nuestras cosas.

Él cerraba la puerta cuando estaba trabajando con ella. Había “valores entendidos” en nuestra familia, en este caso, el de no interrumpir el solaz de mi padre; por ello nunca nos atrevimos a importunarlo.

Oíamos que hablaba sobre algo que estaba escribiendo, pues como ya dije en otro capítulo, él “conversaba hasta con las piedras”, valga la expresión.

Era su “orgullo” ya que la cuidaba como a una reina, aunque, cabe decir en su defensa que nunca desatendió a sus hijos, y creo que tampoco a mi madre.

* * *

No sé en qué momento le supliqué a mi padre que me dejara estar cerca de la recién llegada, pues me inspiraba el placer que se le notaba cuando salía del cuarto que utilizaba para escribir sus poesías.

Pensaba yo que si estaba cerca de ella crecería mi inspiración y empezaría a dar los primeros pasos de poeta. Ansiaba tener más años para que no hubiera pretextos para estar con ella, sobre todo de parte de mi querido progenitor. Éste siempre compartió con nosotros, sus hijos, tanto los anhelos que palpitaban en su ser, como el producto de sus esfuerzos. Ésta no iba a ser la excepción.

Recuerdo bien la imagen que después me acompañaría en mis noches de soledad. Me parecía que tenía un color oscuro, como si fuera negra, y que pesaba un poco más de lo que podía yo cargar a esa tierna edad, aunque para mi padre ese “pequeño defecto” no

representaba ningún problema, pues tenía otras cualidades, como el de ser muy fuerte, además de que le ayudaba a inspirarse.

Por eso no me importaba el físico de “la negra”, apodo que le endilgó mi madre, como dije antes.

Deseaba, pues, estar con ella y empezar a hacer realidad mis sueños que crecieron desde que llegé a casa.

Su frente revelaba el origen extranjero que traía; pensaba que sería algo fría si la tocaba, aunque oía que era muy ruidosa. A mí esto último no me molestaba, pero creo que mi madre no estaba muy contenta con la “intrusa” por el ruido que hacía cuando la tocaba mi padre. Yo, en cambio, anhelaba escucharlo, y ver la satisfacción plena de él al dejar correr su musa. Era, quizá, un niño precoz. ¡No lo sé!

* * *

Por fin, cierto día se hizo realidad mi sueño pues mi padre me permitió acercarme a ella mientras él atendía el negocio. Me hizo muchas recomendaciones para estar con “La negrita”, como yo le decía de cariño. Su *rostro y apellido* lo pueden mirar en la portada de este libro.

* * *

No, estimados lectores, no es la cara de *María*, protagonista de la novela de Jorge Isaacs, que tu curiosidad te llevó a ver. No es ella la elegida de mi padre, sino que es la máquina de escribir a la que me refiero, en cuya *frente* estaba el *apellido* extranjero, es decir, su marca: *Underwood*.

Él la había comprado en los años cincuenta del siglo pasado y pesaba, de verdad, muchos kilos. Además, sus teclas de metal hacían mucho ruido, sobre todo cuando mi progenitor escribía de prisa aquellas ideas que fluían perennemente en su mente como un río caudaloso. Yo no lo percibía como un ruido molesto; por lo contrario, significaba para mí un fondo musical que me llevaba a soñar con nuevos horizontes.

Tenerla en casa representaba realmente un lujo en ese tiempo. Ver desde niño a mi *apá* escribir en la máquina fue una inspiración, y antes de los diez años ya me entretenía con ella para superar mis momentos de tristeza, pensando en alcanzar mi sueño, el de convertirme algún día en escritor.

Su compañía me brindó muchos momentos de satisfacción. La convertí en mi *amiga*. Por eso le dedico el siguiente capítulo, pues se lo merece, ¿no lo creen ustedes, estimados lectores?

Al fin tenía una *amiga* en casa

LA *Underwood* se convirtió en mi compañera en ciertas horas de la tarde, cuando no ayudaba en la tienda. También me refugiaba en ella después de hacer mis tareas escolares, o en las noches luego de cenar. Entonces me dedicaba a escribir mis novelas y poesías, aunque jamás dejé de usar la pluma. Creo que ambas formas de escritura se complementaban maravillosamente.

Estar con ella significaba un solaz para el alma; me hacía sentir bien. Era un ritual meter en la máquina las dos hojas en blanco, y en medio de ellas colocaba el papel carbón para conservar una copia. Esta acción insignificante representaba un momento supremo para mí, cuando la inspiración se hacía presente a fin de transformar los pensamientos y quimeras en palabras escritas. Era el comienzo del recorrido por lugares maravillosos, con doncellas que anhelaban ser incluidas en mis novelas y poesías.

Con cada golpe de máquina me acercaba más y más al horizonte que pensaba alcanzar, el cual vislumbraba cerca de mi mano cuando contemplaba extasiado

cómo cobraban forma las ideas. El ruido que hacían las teclas era como una caricia para mi alma que vivía atribulada por las causas que relato párrafos adelante.

Al terminar de escribir una página me sentía cerca del cielo, siempre soñando en que algún día alguien se interesaría por publicar el producto de mis *delirios*.

Todavía vive en mí la sensación de gozo que experimentaba cuando concluía una poesía o cierto capítulo de una novela, luego de varios intentos en los que corregía a mano el escrito. Se encaminaba a su final la obra que yo, en mi niñez-adolescencia, consideraba *maravillosa*, digna de ser leída por todo México. Eran quimeras infantiles que nunca encontraban lastres pues dejaba libremente volar la imaginación; mi creatividad se hacía presente, sin cortapisas.

A los 12 años de edad, aproximadamente, el acné hizo presencia en mi rostro, lo que me convirtió en un ser taciturno; pero también la naturaleza se ensañó en mí de otra manera, haciendo más arduos mis días infantiles y de adolescente, y más cuando tenía que hablar con los clientes en la tienda: *sufrió un problema en el habla, y empecé a tartamudear*.

Fueron horas, días, meses, años difíciles que me llevaron a convertirme en un ser todavía más introvertido de lo que ya era en mi primera infancia. ¡Cuántas veces en las clases deseaba vehementemente preguntar algo, o exteriorizar una duda, o responder a las preguntas que hacían al grupo mis maestros!, mas callaba, por temor a hacer el ridículo.

Fue entonces cuando me refugié en mi máquina de escribir; era mi amiga, la que me acompañaba en mis tardes y noches de soledad. Por ello, tan sólo verla me excitaba; al acariciar sus teclas surgía un vínculo más estrecho con mi compañera de andanzas. Sin tanto pensarlo mis dedos iniciaban el recorrido acostumbrado para convertir en escritura los pensamientos, anhelos y sentimientos que afloraban impetuosos de mi ser.

Al teclear los tipos de la *Underwood* me olvidaba del mundo, de mis problemas, y me enrolaba en un viaje fantástico, lejos de mi terruño, en donde no había penas, sólo la dicha de estar cerca de la *doncella añorada* que la convertía en una mujer *real* a quien le contaba mis deseos y desventuras. Esta forma de ser en la vida cotidiana la trasladé a varias de mis novelas y poesías, las cuales se encuentran en los anexos I y II, respectivamente.

* * *

El romanticismo se apoderó de la existencia mía, de mi pensamiento, y penetró en todos los poros de la piel, hasta lo más profundo de mi alma.

Sin embargo, lo duro venía después, cuando debía ayudar en la tienda de mi padre, o ir a la escuela, y entonces el encanto se rompía, pues tenía que tratar con personas; el acné y la tartamudez hicieron más sombríos mis días. Sólo el refugio que encontraba en mi fiel amiga y cómplice, mi *Underwood*, hacía menos pesada la carga.

Aún recuerdo el ruido de sus teclas al ir dejando impresas las letras para formar palabras, luego oraciones, y poco después ver “nacer” un párrafo, o un verso, que me acercaban cada vez más al horizonte que me había propuesto alcanzar, ya sea terminar el capítulo de una novela o componer una poesía.

En aquel tiempo me parecía que la máquina de escribir compartía conmigo el propósito que alimentaba mi espíritu: ver escrito un texto lo más cercano a la letra de imprenta que utilizaban, otrora, en las editoriales. Además, cuidaba que el contenido estuviera organizado adecuadamente y, lo que resultaba importante para mí en esa época, que el conjunto de hojas se viera como algo que se pareciese físicamente a un libro.

Para conseguir ese *efecto*, antes de escribir, doblaba las hojas por la mitad, de cuatro en cuatro, por lo que cada cuadernillo contenía ocho hojas; para evitar traspíes tenía cuidado en la manera de escribir en las medias cuartillas, para que, al terminarlo, continuara sin problemas escribiendo a máquina en las páginas del siguiente cuadernillo, hasta ver mis anhelos cristalizarse en una obra imperfecta, quizá, pero era *mi obra*.

Para que ésta tuviera más colorido, en ocasiones ponía en la máquina el carrete con tinta azul para que las letras fuesen de ese color. Además, incluía en los capítulos fotografías de mujeres o imágenes de castillos, playas y de otros lugares, las cuales recortaba

de revistas y periódicos, para así visualizar mejor los distintos personajes y escenas de mis novelas.

Procedí de esa forma, por ejemplo en *La princesa enamorada*. Algunas hojas, copiadas del original, las presento en mi página electrónica, en el rubro: *Escritor y poeta en ciernes*, que está en la Biografía.

Volvamos a la confección rústica de mis *libros*. En la segunda página, que es hoy la página legal donde están los datos para el reconocimiento oficial del texto, escribía lo que veía en las obras, pero referido a la situación en la que se encontraba mi creación, por ejemplo: *Printed in Tetecalita*, y el año de *edición*, entre otras cosas.

Pensaba en todas las formalidades para que se viera mi libro como los demás. En ese entonces no había el ISBN (*International Standard Book Number*), que es el registro de un trabajo, para su control, por parte de los organismos encargados de cuidar los derechos de autor, la UNESCO, entre otros. Por ello, no incluía ese dato.

En la siguiente página de mi novela siempre escribía el seudónimo que más me gustara, según la inspiración o el tipo de novela de que se tratara: “El pensador azteca”; “El pensador inmortal”, “El príncipe soñador” eran algunos de ellos.

Me ayudaba en este afán de “hacer un libro” el taller de encuadernación que llevé en el primer año de secundaria; aprendí a empastar libros, y esto lo aproveché con mis propias *obras*, cuyas portadas me esmeraba en hacer lo mejor posible para que quedaran

bonitas, a fin de que no desmerecieran ante los volúmenes impresos en una editorial.

* * *

Las dos cosas que me hacían la vida cuesta arriba eran, como ya dije, la tartamudez y el acné. El primer *defecto* lo superaría, transitoriamente, tiempo después. Sucedió en uno de los últimos días del mes de noviembre, al finalizar mi primer año de estudios universitarios. Por una hora, y durante una semana, me convertí en el centro de atención de todo el grupo, que era muy grande (140 estudiantes).

Viví en esa fecha mi día de gloria pues superé durante 60 minutos la tartamudez que me agobiaba. En el volumen *Evocaciones. Vivencias académicas* narro ese hecho que llenó de luz, por unos días, la existencia mía.

Dos años después, a principios de octubre de 1968, el acné que padecí en mi infancia, adolescencia y en una etapa de mi juventud, que me martirizó y *acabó con mi vida*, valga la expresión, me salvaría de morir o de ser herido o, quizá, lo más grave en esa fecha, el de caer..., como lo relato en otro tomo (*Evocaciones. Vivencias sociopolíticas*).

Era un dechado* de virtudes, pero tenía sus defectos

RELATÉ ya algunas de las actividades que disfrutaba hacer de niño, como cortar frutos en el campo, o ir con mis hermanos de *cacería* al cerro llevando nuestras resortereras. Sin embargo, durante la pubertad mis deseos de salir de casa se vieron afectados por los dos problemas antes mencionados. Además, había pocas cosas que llamaran mi atención en el pueblo polvoriento y sin entusiasmo en el que vivía.

Así se expresaba un vecino del lugar, Juan, cuyo mote era “el foco”, pues carecía de un “faro”, como decían las personas “que se llevaban con él”. Ese señor se sinceraba al decir que no le importaba tener un solo ojo, “ya que no había mucho que ver”.

Mi padre nunca nos prohibió andar en la calle, pero había “valores entendidos” en el sentido de no pedirle permiso pues *adivinábamos* cuál sería su respuesta.

*Dechado: “Modelo, ejemplo” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

Además, teníamos la responsabilidad de la tienda, la cual cerrábamos a las ocho de la noche, inclusive sábados y domingos. A esa hora cesaba la escasa actividad pueblerina, y el silencio se apoderaba del lugar.

Por si esto fuera poco, mi terruño no contaba con espectáculos; únicamente había distracciones cuando era la fiesta del pueblo o se organizaban bailes algunos sábados, frente a la casa, en el *asoleadero*, del que ya hablé en un capítulo anterior. Pese a la cercanía del baile, nunca fui a ninguno, y no porque, al igual que mis hermanos, no lo deseara. Sin embargo, el acné y la tartamudez, al igual que la forma de pensar de mi padre, limitaron, en mi caso, tomar la iniciativa para asistir a ese tipo de diversiones.

Ya he dicho que no teníamos televisión, pues él decía, *no tan sabiamente*, que no la compraba porque “sólo *perdía* a la gente”.

Posiblemente en el fondo no era su intención mantenernos en un castillo alejado de las tentaciones mundanas, pero así nos parecía, desde nuestro punto de vista de infantes-adolescentes deseosos de un poco de entretenimiento, como el de platicar o bailar con las muchachas del lugar.

Digo ahora, irónicamente, que a lo mejor deseaba que su familia se conservara impoluta, o quizá más todavía (como lo indica la etiqueta de las botellas del aceite de oliva), que su familia fuera: *extra virgen*.

Tampoco había cine fijo. En ocasiones iba de la cabecera municipal el cine “Radar” que aprovechaba que a un kilómetro y medio estaba otro pueblo para

tener una doble función, con dos películas en blanco y negro, sobre todo, mexicanas.

Sus operadores ponían una película en mi pueblo (ya fuera en la escuela o en el local del billar), y a toda velocidad se dirigían al siguiente para exhibir el otro filme. Cuando terminaba la película en mi terruño, enrollaban la cinta y, de nuevo, partían raudos a la localidad vecina para hacer el cambio.

Mientras se llevaba a cabo este proceso, que duraba más de 20 minutos, los lugareños que tenían la fortuna de ir a la función aprovechaban el tiempo para platicar. Por suerte no había comerciales, según recuerdo, pues sólo fui dos veces, si no me equivoco.

Esta posibilidad de disfrutar del cine sucedió por la combinación de tres factores: 1) mi padre salía de viaje a México, que duraba tres días (a comprar mercancías para la tienda); 2) coincidía la llegada del cine con su ausencia, y 3) cuando la función era en la escuela.

Si se daba esta triple coincidencia, entonces mi madre se hacía nuestra cómplice y nos daba permiso para ir al cine con los tíos. Había un acuerdo tácito: mi progenitor no debería enterarse de esta “violación a la norma”. Hacer coincidir esas tres condiciones era como pensar en la posibilidad real de que se impac-tara un meteorito contra la tierra.

Nunca lo dijo abiertamente pero lo sabíamos: a él no le gustaba que fuéramos al cine (aquí comienzan ya a verse algunos de sus defectos, dirán ustedes). Pues, sí, así es; era un ser humano.

A veces recuerdo un hecho que, si bien era parte de nuestro modo de vida, no deja de causarme un poco de tristeza, aunque luego supero ese momento al tratar de comprender las razones que él seguramente tenía.

Cuando había cine en el billar que, como ya he dicho, estaba a un lado de nuestra casa, ni soñar con ir a la función. Teníamos, por tanto, que conformarnos sólo con oír la película, pues mi padre consideraba que a ese lugar no deberíamos entrar ni siquiera para ver una película; él decía que únicamente acudía al billar “gente sin oficio ni beneficio”.

Dicho local tenía un techo de lámina de cartón, el lienzo de tela que servía de pantalla se colocaba muy cerca de un desnivel que había en el terreno nuestro, que nos permitía tener al alcance el techo del billar. Podíamos, por tanto, fácilmente escuchar la película, pues ese tipo de techos deja a veces algunos huecos por donde pasa la luz del sol y, en este caso, nos dejaban oír el sonido de la película.

* * *

El hecho de haber vivido mi pubertad casi siempre dentro del hogar por las razones mencionadas, pues sólo salía para ir a la escuela o para hacer algún mandado (cuando mi madre me decía que me fuera por la *sombrita* para protegerme del sol), me ha llevado a no sentir que estoy *encerrado* si he pasado el tiempo trabajando o descansando en casa, ya que no siento la necesidad de salir al mundo externo. También me

quedé con el hábito de volver temprano, cuando salgo a la calle.

A veces al platicar con ciertas personas les digo, para hacer placentero el rato si la ocasión se presta, que frente a esa forma de comportarnos en el pueblo, a la que éramos obligados por las circunstancias descritas, la conducta que muestra la Cenicienta, según su cuento, estaría fuera de lugar para mis hermanos y para mí, pues ¡sería una *descocada** por tener la posibilidad de llegar tarde a casa, cerca de las doce de la noche!

* * *

*Descocarse: “Manifiestar desparpajo y descaros” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

Una cualidad de mi progenitor que marcó mi existencia

En este capítulo me refiero brevemente a una cualidad, entre muchas, que tenía mi padre, y que inculcó a sus hijos: era la de siempre mostrar respeto hacia la mujer.

Su conducta *antimachista* se expresaba en distintas formas. Por ejemplo, criticaba a los hombres que permitían u obligaban a sus esposas a que fueran al apan-tle (arroyo) para surtirse de agua, cargando grandes cubetas, mientras aquéllos estaban cómodamente sentados platicando en el asoleadero que se encontraba frente a la casa.

Por ello, él impidió que mi madre hiciera esa faena. Junto con nosotros, sus hijos, realizábamos dicho trabajo que era mucho, pues había que regar a diario las plantas de nuestro jardín.

Asimismo, nos enseñó a mantener siempre limpios los espacios internos y externos de la tienda pese a las burlas de que éramos objeto por parte de nuestros compañeros de la primaria. Ante esto, mi progenitor

nos decía que “vergüenza no era barrer, sino vivir en la basura”. Para contrarrestar los improperios, me nombró, muy hábilmente, “gerente en jefe de la limpieza”.

El machismo predominante en aquel entonces, y que todavía existe en todos los sectores sociales, me llevó en una ocasión a pelearme a golpes, después de clases, con un alumno de la primaria, mayor que yo, por las burlas de que era objeto a causa de barrer y trapear la tienda y la parte externa de la misma.

Años después, el 12 de marzo de 1973, en Chiconcuac, estado de Morelos, los hijos de ese muchacho me acompañarían, junto con cientos de alumnos y alumnas de las escuelas primarias de varias comunidades de mi estado natal, en un mitin para exigir agua potable a las autoridades federales y estatales.

Esta experiencia, inédita en América Latina, la relato en el libro *Evocaciones. Vivencias sociopolíticas*. Tengo fotografías de aquellos momentos, así como la crónica del periódico *La Extra* en la que se narra cómo el gobernador de Morelos, Felipe Rivera Crespo, “perdió los estribos” ante cientos de niños que exigían agua potable, mientras que el subsecretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos del gobierno federal, “sonreía maliciosamente”.

Esos documentos aparecen en mi página electrónica: www.raulrojassoriano.com (Biografía: *participación en actividades de transformación social*).

La formación *antimachista* que recibí de mi padre me llevaría también a buscar, en aquel año (1973) y en los siguientes, la participación activa de las mujeres

en los movimientos campesinos que dirigí en el estado de Morelos, al igual que cuando intervine en algunos aspectos de la bienvenida al EZLN a la UNAM, específicamente a Ciudad Universitaria (México), el 21 de marzo de 2001. Esas experiencias las relato en la obra citada en la página anterior.

Viajar a través de la imaginación, con el apoyo del periódico y de las revistas

UNA forma de “viajar” era estudiar diversos cursos a distancia. Por ello, durante mi niñez-adolescencia me empeñé en enviar cartas a todas las instituciones nacionales y extranjeras que ofrecían estudios de corta duración en el periódico que leía en casa (*Novedades*) y en revistas como *Confidencias*, entre otras.

Pude así, durante esa etapa de mi vida, recibir algunos diplomas que aún conservo. También tuve la posibilidad de intervenir en concursos literarios, como en el que participé con una comedia teatral. Dicha obra escrita en mi pubertad puedes verla en el primer anexo de este volumen.

En mi página electrónica presento la carta de participación que me expidió la Secretaría de Educación Pública (México), junto con algunas páginas originales de las novelas que escribí.

Del mismo modo, me llamaron la atención cursos de periodismo como el que ofrecía a distancia una escuela de Buenos Aires, Argentina. Mi padre siempre apoyó mi inclinación por estudiar todo lo que me gustara, por lo que me pagó los estudios. Un año después de haberme inscrito recibí el diploma correspondiente, que aún conservo.

Quizá esta experiencia me llevó a elegir años más tarde la carrera de periodismo, cuando me inscribí en el concurso de ingreso a la UNAM. En esta decisión influyó la sugerencia de una amiga que había conocido a través del periódico en el que ambos habíamos colaborado en nuestra etapa de adolescentes, rotativo del que hablo más adelante. Guillermina Baena Paz me recomendó, en una carta, que estudiara esa licenciatura. Dicha carrera se convirtió después en Ciencias de la Comunicación.

Un año después me cambié a Sociología, aprovechando que el primer año era un tronco común para las especialidades que ofrecía la entonces Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. Hoy suelo decir en mis clases y conferencias, que quien desee estudiar Sociología debe ser un(a) excelente comunicador(a).

Volvamos a mi empeño por realizar cursos a distancia. Me inscribí en la North American School, una institución de Los Ángeles, California, para estudiar el idioma inglés, cuando apenas tenía 12 años de edad.

Trece meses después, una vez cubiertos los requisitos escolares, recibí mi flamante diploma que también

guardo celosamente, como un recuerdo importante de mi infancia; dicho reconocimiento se encuentra, igualmente, en mi página electrónica.

Los conocimientos que me dejó ese curso me llevaron, meses después de haberlo concluido, a escribir un libro para la enseñanza del inglés, en el que incluí capítulos sobre diversos temas; al final de cada lección proponía los ejercicios respectivos.

Esta obra la elaboré siguiendo el proceso que describí en otro capítulo. También lo empasté elegantemente y destacué su título con cierto tipo de letras para que la portada se viera elegante. Realizaba este trabajo con mis propios recursos, pero lo hacía como a mí me gustaba, a fin de sentirme satisfecho.

Todavía ahora, al diseñar la portada de una obra, dedico varias horas con el experto para concretar mi propuesta.

En este proceso considero la belleza de las imágenes que deben incluirse o, si no son de mi agrado, diseño alguna(s) con el apoyo del especialista. Cuido también el tipo y tamaño de las letras para que la obra resulte atractiva desde el primer momento.

Igualmente, me preocupo por la distribución adecuada de los espacios y la combinación pertinente de los colores; todo con el fin de cautivar al lector.

En la portada de esta publicación volví a trabajar con ahínco, pensando en ti, estimado lector. Por ello, tres de las imágenes que elegí son las que aparecen en una de mis novelas de la pubertad, como puedes comprobarlo al ver mi página electrónica, en la pestaña

Biografía: *escritor y poeta en ciernes*. La otra imagen la incluí para mostrar el entorno sociocultural de mi pubertad.

Siempre he dicho que un escritor (o un investigador) debe ser también un artista o, al menos, debe intentarlo. Por ello rememoro lo que plantea Antonio Gramsci: “El exterior de una publicación debe ser cuidado con la misma atención que el contenido ideológico e intelectual; en realidad son dos aspectos totalmente inseparables” (*Cuadernos de la cárcel. Los intelectuales y la organización de la cultura*, pp. 158-159).

* * *

Volvamos a la obra de inglés que escribí en mi infancia-adolescencia. Regalé el producto de mi esfuerzo e imaginación a una chica de mi pueblo que cursaba la secundaria y que tenía problemas con el aprendizaje de dicho idioma. Espero que lo haya aprovechado. Siento mucho su pérdida, porque los libros son como los hijos, los creamos con mucho amor cuando realmente nos importan, y no queremos que se alejen de nosotros aunque sepamos que deben seguir su camino.

El deseo por hacer explícito mis conocimientos del idioma referido me llevó, meses después de terminar la *obra* que obsequié, a enviar al suplemento infantil del periódico *Novedades*, “Lucero”, una colaboración (como hoy se dice) en idioma inglés. El suplemento se editaba a colores ya que estaba destinado a los niños-adolescentes. En esa época era muy raro ver una publicación así.

Enorme fue mi gusto cuando, al revisar el suplemento dominical, vi publicado mi breve trabajo escrito en inglés. ¡Imagínense ustedes lo que significó para mí, que vivía en un pueblo aislado del mundo, ver escrito mi nombre encabezando un trabajo mío en un diario de circulación nacional! Éste fue, sin duda, un alimento espiritual para alcanzar mis quimeras.

Por esa razón conservé en el baúl de los recuerdos, durante muchas décadas, ésa y otras “colaboraciones periodísticas” a fin de divulgarlas en mi página electrónica, solicitando de ustedes, estimados lectores, su comprensión por las fallas que encuentren.

* * *

Los Rosacruces* no se salvaron de mis inquietudes de la pubertad y sufrieron el bombardeo de mis cartas pues deseaba ingresar a esa organización, ubicada en San José, California, Estados Unidos. No me aceptaron porque apenas tenía 14 años de edad, como me lo hicieron saber amablemente en una misiva.

*"La Orden Rosacruz AMORC, presente en todo el mundo, es una Fraternidad no sectaria de hombres y mujeres dedicada a la investigación, estudio y aplicación práctica de las Leyes Naturales y Espirituales. El propósito de la Organización es ayudar a todos para vivir en armonía con las Fuerzas Cósmicas Creativas y Constructivas para el logro de Paz, Salud y Felicidad. La Orden es conocida como LA ANTIGUA Y MISTICA ORDEN ROSAE CRUCIS A.M.O.R.C." (véase: <http://logialewisamorc.blogspot.mx/p/musica-para-meditar.html>). Fuente consultada el 1 de abril de 2014.

Otros acercamientos a realidades lejanas a través de cursos y concursos. Un solaz para mi alma

COMO venía diciendo en el capítulo anterior, me deleitaba revisar las publicaciones que llegaban al hogar, a fin de “cazar” aquellos anuncios de cursos o de concursos. No perdía tiempo pues de inmediato enviaba la solicitud para participar. Era una forma de sentirme “vivo”, de viajar lejos del pueblo, para hacer realidad mi anhelo, el de prepararme cada vez más y mejor, a fin de conquistar el mundo.

En cierta ocasión me llegó información sobre algo en lo que yo no tenía la más mínima idea de lo que se trataba. Ese envío que recibí, lo recuerdo bien, era de Nueva York. Se trataba de un concurso para componer música. Mi preparación no daba tanto pues desconocía la composición profesional de música clásica, por lo que, obvio, tampoco pude concursar. Pero no me desanimé. Persistí en el empeño, y seguí enviando cartas para solicitar información sobre

cursos y concursos. Era como una botella que lanzaba al mar con un mensaje, esperando que alguien lo leyera.

En las tardes esperaba ansioso al cartero (*rondero* le decíamos en el pueblo). Ver un sobre que venía de lejos con mi nombre me hacía sentir bien, pues pensaba que algún día quizá llegaría a conquistar mi sueño, un sueño que en ocasiones veía cerca; en otras, la realidad me ponía los pies en la tierra, lo cual me llevaba al desánimo, acongojando mi corazón.

La poesía de Francisco Villaespasa, “¡Adelante!” que nos leía mi padre, y que incluí en la página 57 del libro *El arte de hablar y escribir*, me servía para persistir en el empeño (unos versos los puse en alguno de los capítulos de esta obra).

No faltó el curso que se refería al acondicionamiento físico, que se ofrecía también desde Nueva York, por lo que en mi casa hizo acto de presencia el otrora famoso Charles Atlas (1893-1973), “El hombre más perfectamente desarrollado del mundo”. Su curso se intitulaba: “Tensión dinámica”. Complementamos esa forma de ejercitarnos físicamente con otra: mis hermanos y yo decidimos construirnos unas pesas.

Utilizamos para ello dos botes de mole poblano de cinco kilogramos, cada uno, los cuales llenamos de cemento. Antes de esto, colocamos un tubo de metal que debería ir justamente al centro, para que quedara “amarrado” en ambos lados por los dos botes llenos de cemento. ¡Y ya está!, teníamos nuestras pesas que, aunque rústicas, nos sirvieron “para cuidar el físico”.

No faltó el proyecto de la bicicleta. Como sabíamos que nuestro padre estaba limitado de dinero, decidimos los cuatro hermanos construirla con los propios recursos disponibles.

Fuimos al cerro a cortar una horqueta en forma de manubrio, cuidando que fuera de un palo resistente. Buscamos también el tronco más ancho de los árboles que había en las partes del monte que conocíamos bastante bien, y serruchamos el árbol para *construir* las ruedas. Los pedales y el asiento los hicimos, igualmente, de madera. De una bicicleta inservible de un amigo obtuvimos la cadena.

Al poco tiempo ya teníamos *nuestra bicicleta*. Uno de mis hermanos más grandes se ofreció para ser el primero en subirse para estrenarla, aunque los demás queríamos también ocupar el lugar de honor.

Nuestro remedo de vehículo no funcionó, pues casi de inmediato terminó con sus partes en el suelo. No intentamos rehacerla ni construir otra; era demasiado trabajo y, además, nos dimos cuenta de que sería difícil que funcionara con nuestra rústica *tecnología* y mano de obra no calificada.

* * *

Ese descalabro como noveles inventores sirvió para que valorara desde entonces la decisión de hacer realidad el sueño que tenía, el de ser alguien importante en la vida de mi pueblo, o de mi estado natal, si fuese posible. Mi imaginación se vio favorecida

por ese hecho y por otros muchos que viví en mi infancia-adolescencia.

Por ello, hoy no me cuesta trabajo participar en actividades de carpintería, albañilería, herrería, plomería, jardinería, entre otros oficios. Me convierto en el *chalán** de los *maestros* cuando acuden a trabajar a casa; disfruto realizar esas actividades como cuando era niño.

Las actividades manuales me permiten olvidarme aunque sea por algunas horas del trabajo intelectual, a la vez que me sirven para valorar esos oficios y participar, aunque sea brevemente, en la transformación de la naturaleza.

Mi participación en la albañilería me llevó a sufrir un accidente en mayo de 2014. Esta experiencia me permitió vivir una confrontación entre el modelo biomédico dominante y el enfoque social de la medicina. Puede leerse esa vivencia en mi página electrónica (www.raulrojassoriano.com), en la sección "Blog": "Participación en un ultramaratón (84.4 km)", numeral 18.

* En México utilizamos el vocablo *chalán* como sinónimo de ayudante de los *maestros* (expertos en los diferentes oficios).

El hábito por el ejercicio físico durante mi niñez-adolescencia se prolongó a la edad adulta

COMO es de suponer, en el medio rural los niños y niñas tienen más posibilidad de realizar ejercicio físico por las condiciones en las que viven, en comparación con los chicos de las ciudades. Muchos trabajamos durante nuestra niñez-adolescencia. Por ello, en mi caso y en el de mis hermanos las actividades físicas eran normales, como cargar bultos, cavar hoyos para plantar árboles, acarrear agua del apantle (arroyo), darle *mano* a la milpa (quitarle el *jegüite*, es decir, la yerba que crece a su alrededor para ponerle tierra), etcétera.

El ejercicio estaba integrado a nuestra vida diaria como algo natural. Por tanto, desde que llegué a vivir a la Ciudad de México traté siempre de evitar las escaleras eléctricas y los elevadores, y busqué caminar mucho. Asimismo, me gusta utilizar el transporte público como el *metro* y el trolebús, por lo que dejo el carro sólo para casos indispensables.

Mi inclinación por el ejercicio físico durante la infancia-adolescencia me llevaría años más tarde a enfrentar situaciones extremas en la pista, al igual que en el gabinete, cuando decidí en 2008 seguir un entrenamiento deportivo más riguroso.

Antes de incrementar la actividad física me hice, en agosto de ese año, la *prueba de esfuerzo* de acuerdo con el Protocolo de Bruce, el cual puedes consultar en Internet. Este modelo precisa que el aparato *tome* ocho electrocardiogramas cuando el cuerpo se encuentra en movimiento, incrementándose la velocidad del ejercicio y la inclinación de la caminadora en cada una de las siete etapas de que consta dicha prueba.

Mientras la realizaba, el cardiólogo dejaba escapar frases como “¡no lo comprendo!”, “¡nunca había visto esto!”, “¡es la primera vez que observo esto!”, etcétera. En esa ocasión suspendió la prueba, contra mis deseos, en la sexta fase, por “seguridad”, ya que mi organismo se comportaba de modo diferente a lo que él esperaba, de conformidad con su experiencia profesional.

Cinco años después, en mayo de 2013, me hice otra prueba de esfuerzo, con el mismo cardiólogo. Le solicité que me dejara realizar las siete etapas de ejercicio indicadas por el Protocolo de Bruce, haciéndole ver que asumía toda la responsabilidad de lo que sucediera en caso de que fallara mi sistema cardiopulmonar. Le enfatiqué al galeno que mis familiares estaban como testigos de mi deseo.

Les solicité que videograbaran la prueba; los comentarios del médico fueron en el mismo sentido, mientras

aumentaba el ejercicio por la velocidad e inclinación de la caminadora. Tuvo una duración total de 21.04 minutos.

Dicha prueba, según nos comentó de acuerdo con su experiencia profesional de más de 20 años, sólo la habían terminado, en su consultorio, dos atletas de canotaje y ninguno de los deportistas olímpicos de todos los que se sometieron a esa prueba de esfuerzo. ¡La satisfacción, como es natural, invadió mi ser!

Algo sucedía con mi organismo que desconcertó al cardiólogo, pues “al llevarlo al máximo esfuerzo no se ajustaba a los parámetros establecidos por la ciencia biomédica”. En el libro: *Deporte, nutrición y salud* detallo esta experiencia con las pruebas correspondientes.

Siempre he recibido el apoyo de Amparo, Minerva y Sofía, mi familia, en mis actividades académicas y profesionales. En esta ocasión, me ayudaría para intervenir en los últimos años en más de 25 carreras. De ellas, tres han sido de montaña (a los volcanes Nevado de Toluca e Iztaccíhuatl, y el otro al Cerro del Cubilete); más de diez carreras fueron medios maratones (21.095 km), y tres maratones (42.190 km).

La prueba máxima a la que sometí mi organismo fue participar en una carrera de alta resistencia, un *ultramaratón* (84.4 km), el cual se realizó en León, Guanajuato (México), el 9 de julio del 2011. Dicha experiencia la narro en la sección "Blog" de mi página electrónica.

No está demás decir que guardo con mucho celo la medalla de ultramaratonista que me otorgaron al llegar a la meta, con las plantas de los pies destrozadas por el esfuerzo después de once horas de correr-trotar con el sol a cuestas y, en la última hora de la carrera, enfrentar una fuerte lluvia que me llevó a vivir momentos extremos durante el ultramaratón, como relato en el libro mencionado en la página anterior.

Las demás carreras han sido de 10 y 15 kilómetros. Algunas fotografías de esas participaciones las presento en mi página electrónica (www.raulrojassoriano.com).

El tema del ejercicio físico relacionado con la salud y la nutrición lo trato en el libro antes mencionado (*Deporte, nutrición y salud*), el cual se publicará a finales de 2014.

* * *

Mis andanzas en las pistas como deportista me llevan a veces a recordar los caminos de la vida que recorrí para perseverar en la búsqueda de mi vocación de la infancia-adolescencia, la de escribir novelas y poesías. En el capítulo siguiente pongo a tu consideración, estimado lector, algunos productos de mi musa.

Mis sentimientos se expresaron a través de la poesía

EL romanticismo de las novelas y poesías del siglo XIX, y de otras épocas, se apoderó de mi vida, como expresé en uno de los capítulos anteriores. En mi pueblo había muchas horas para la lectura y la meditación, y también para iniciarme en la escritura. Afortunadamente no había televisión en el hogar ni otras distracciones.

La casa en la que vivía está, como ya dije, ubicada en un terreno que comienza al pie de la calle principal del poblado y se extiende cuesta arriba, en la ladera de una pequeña loma. Por ello, me escapaba, siempre que podía, a la parte más alta de la misma, y en una piedra, que aún se encuentra en el mismo lugar, me sentaba a mirar el valle, así como a las poblaciones que se veían a lo lejos, en lontananza, como yo decía en esos ayer.

Un monte situado del lado derecho de mi “puesto de observación”, y que era el más alto de la zona, me causaba el deseo perenne de subirlo para ver qué había del otro lado. Pensaba que algún día iría a los

pueblos que seguramente habría detrás de dicho cerro. Mientras tanto, me conformaba con contemplarlo para alentar mi imaginación.

Muchos años después tuve la oportunidad de viajar por carretera al lugar arcano de mi niñez y, entonces, el enigma desapareció. Hoy hubiese preferido que el *misterio* se mantuviera incólume.

En la tarde-noche contemplaba en el horizonte las luces de Cuernavaca, la capital del estado de Morelos. Soñaba con salir algún día de mi terruño para estudiar en esa ciudad, a la que sólo iba cuando acompañaba a mi madre al médico, o para realizar algunas compras para la casa.

Estar en contacto con la naturaleza sirvió de inspiración para que surgieran mis primeras poesías dedicadas a las mujeres protagonistas de las novelas que leía, o que me imaginaba existían en algún lugar del planeta; pensaba que algún día las conocería.

Mi imaginación se alimentaba con la lectura, como ya dije, de las novelas románticas, como las referidas en el capítulo anterior. Los poemas de Manuel Acuña, Antonio Plaza, Salvador Díaz Mirón, Fernando Celada, entre otros muchos trovadores, me acompañaron durante mi crecimiento físico, mental-emocional y espiritual.

De las poesías que disfrutaba en mi pubertad destaca una, de Fernando Celada (“La caída de las hojas”):

“Cayó como rosa en mar revuelto...
y desde entonces a llevar no he vuelto
a su sepulcro lágrimas ni amores.

Es que el ingrato corazón olvida,
cuando está en los deleites de la vida,
que los sepulcros necesitan flores...

Espera, —me decía suplicante—
todavía el desengaño está distante...
no me dejes recuerdos ni congojas;
aún podemos amar con mucho fuego;
no te apartes de mí, yo te lo ruego;
espera la caída de las hojas...”.

Este ambiente cubierto por poesías románticas fue el techo que cobijó mi existencia. De ahí que en los últimos años de la primaria y durante la educación secundaria surgieran de mi imaginación pueril, poesías y novelas, aunque la mayoría de éstas quedaron inconclusas.

Los productos de mi alma de trovador que divulgo en este capítulo hacen su aparición en público, como doncellas tímidas que se despiertan luego de un sueño que se prolongó varias décadas en el baúl de los recuerdos. Su presentación en sociedad tiene sus riesgos, pues estarán sometidas a la crítica.

Otras doncellas a medio vestir, mis novelas en ciernes, también me forzaron a liberarlas de su encierro de muchos años.

Pese a mi reticencia para exponerlas a las miradas curiosas de lectores que hoy en día ven quizá de otro modo a la vida y, en particular, al amor y al arte poético, he decidido que es hora de que ellas contemplen ya la luz de los días que transcurren envueltos en las prisas, en la incomunicación en que vive la gente a pesar de la variedad de medios para relacionarse con distintas personas en cualquier parte.

En este mundo, que se caracteriza por el individualismo y la competencia así como por la deshumanización, todo lo cual nos lleva a ignorar, relegar o a rechazar la visión romántica de la existencia humana, sí, en este mundo, hacen su presentación mis adoradas princesas.

Con este preámbulo expongo aquí sólo algunas de esas núbiles doncellas, mis poesías de antaño; las otras se encuentran esperando por tu visita en el anexo II, al igual que mis novelas inconclusas; ellas también salen a ver la luz, en el anexo I. Estimado lector, solicito tu benevolencia para que me ayudes a culminar el empeño, el de vestirlas con elegancia. Al final de cada novela concreto esa petición. Cabe mencionar que las poesías y novelas fueron escritas en cierto periodo de mi existencia, tamizado por el romanticismo.

Por lo anterior, para entender mejor su sentido, te recomiendo leer las novelas: *María*, de Jorge Isaacs y *Atala*, de Francisco Renato de Chateaubriand.

También acercarse a los poetas ya mencionados, entre otros, servirá para comprender el producto de mis desvelos. He aquí algunas de mis poesías de la infancia-adolescencia. Las otras, como dije, aparecen en el anexo II.

¡Se ha ido!

Se ha ido ya
la dulce amada,
y con ella también
se han ido
las esperanzas mías
de vivir los sueños y quimeras
de mi inquieta juventud.

¡Oh!, ya sin ella nada quisiera,
sólo la muerte en cuya quietud
borrara recuerdos y quimeras
de mi ya malograda juventud.

Mis ojos a contemplar
ya nunca volverán
sus rubios cabellos
ni su gracioso andar,
y sus ojos bellos
ya jamás me mirarán.

Se ha ido ya
la dulce amada
se ha ido
¡para no volver jamás!

* * *

¡Te amaré...!

Te amaré más allá
del tiempo y del espacio,
pues tu trasciendes
los confines del universo.

Te amaré aunque el sol
nunca más salga,
pues tú eres el sol
que da vida a mi ser todo.

Te amaré hasta el último
momento de mi existencia,
pues amándote viviré
más allá de la muerte impía.
Te amaré siempre
sin pedirte que me ames...

* * *

*¡Ven mi niña...!**

¡Oh, niña de mi ilusión!
mi corazón necesita
para calmar su pasión,
para calmar su desvelo
tener contigo una cita
bajo el diáfano cielo.

¡Oh, ven mi dulce niña,
en esta noche oscura
mi pasión te desea!;
dejad que mi mano ciña
por el talle tu figura
y cerca, muy cerca vea
de ti, esos divinos ojos.

Nota: Esta poesía se presenta completa en el apéndice II.

*¡Atala**!*

Atala, tierna belleza,
en ti todo es amor,
conservas la pureza
y de virgen el candor

*Algunos versos de esta poesía los publiqué en el libro *El arte de hablar y escribir*.

***Atala*, protagonista de la novela de Francisco Renato de Chateaubriand.

Linda y joven rosa,
eres blanca y pura,
en tu cara reposa
la sutil hermosura.

¡Oh, beldad de princesa,
joven de mis anhelos,
eres con tu belleza
dueña de mis desvelos!

Nota: Esta poesía se presenta completa en el anexo II.

Mi visión infantil sobre la mujer, alentada por el romanticismo

LAS personas somos producto de nuestro medio sociocultural, el cual nos lleva a actuar de determinado modo en la vida académica y personal. También dicho ambiente nos impulsa a leer cierto tipo de textos, de novelas y, hoy en día, a ver programas de televisión o asistir a espectáculos acordes con nuestros intereses y deseos.

En mi caso, lo que más me apasionaba era la lectura de libros de aventuras y, en especial, las novelas de las que ya he hablado antes, y que me dejaron leer en la secundaria (*María* y *Atala*, entre otras).

Por ello, mi concepción sobre la manera en la que “deberían” comportarse las doncellas presentes en mi imaginación debía corresponder con el medio rural en el que crecí, con mi timidez, y con la clase de lecturas que eran mis predilectas.

Con la siguiente escena, que tomé de la máxima expresión del romanticismo latinoamericano, *María*,

la novela de Jorge Isaacs, traducida a 31 idiomas (quien la escribió entre 1864 y 1866), quizá muestre mejor mi forma de ser.

La trama se desarrolla en una hacienda del Valle del Cauca en Colombia. Protagonistas: María, de 15 años de edad, prima de Efraín, de 19 años, y los padres de éste (pp. 197-198):

— *¿No es cierto —volvió a preguntarle mi padre— que prometes a Efraín ser su esposa cuando él regrese de Europa?*

*Ella volvió, después de unos minutos de silencio, a buscar mis ojos con los suyos, y ocultándome de nuevo sus miradas pudorosas** respondió:

—*Si él lo quiere así...*

—*¿No sabes si lo quiere? —le replicó casi riendo mi padre.*

María calló sonrojada, y las vivas tintas que en sus mejillas mostró ese rubor no desaparecieron de ellas aquella noche.

Mirábala mi madre de la manera más tierna que ojos de madre puedan mirar...

—*Tú sabes que lo quiero así, ¿no es cierto? —le dije.*

—*Sí, lo sé —contestó con voz apagada.*

—*Di a Efraín ahora —le dijo mi padre, sin sonreírse ya— las condiciones con que tú y yo le hacemos esa promesa.*

*Pudorosa: “Llena de pudor (recato)”. (*Diccionario de la Real Academia Española*).

—Con la condición —dijo María— de que se vaya contento..., cuanto es posible.

—La otra es que estudie mucho para volver pronto... ¿no es?

—Sí —contestó mi padre, besándole la frente—; y para merecerte. Las demás condiciones las pondrás tú...

Mi madre se acercó a nosotros y abrazó nuestras cabezas, juntándolas de modo que involuntariamente tocaron mis labios las mejillas de María, y salió dejándonos solos en el salón.

* * *

El hombre es producto de sus circunstancias socio-históricas, no me cabe la menor duda. De ahí que el medio rural en el que vivía y las lecturas como la mencionada me llevaron a exagerar mi puritanismo, lo reconozco. Téngase en cuenta esto al leer la siguiente poesía.

“A la mujer que se dice moderna”

Epigrama

Mujer, ya no te importa la pureza,
el candor y ese, tu inmaculado sexo;
borras tu tierna y divina grandeza
con dar por sólo el placer un beso.

Si la mujer del pretérito inerte
se levantara de su tumba fría
al ver el pudor de ella en la muerte
de tanta vergüenza al pasado volvería.
Hoy, por parques y hasta en la calle
las jóvenes a manchar su hermosura...
llegan; y sin cuidarse de tal detalle,
hasta al engaño caen, por añadidura.

Mujer, ¿es que ya no sientes la pureza
si dices que eres una tierna y linda rosa?
¿Por qué entonces caes en la torpeza
si crees que en ti la virginidad reposa?

Si tus antepasadas el candor tuvieron
y dices que tienes de ellas la pureza,
por qué no piensas en lo que pregonaron
y te das cuenta que no todo es belleza.

N. del A. Esta poesía la escribí como un *epigrama*: “Composición poética breve en que con precisión y agudeza se expresa un solo pensamiento principal, por lo común festivo o *satírico*” (*Diccionario de la Real Academia Española*). El énfasis en el vocablo *satírico*, es mío). Satírico, de *sátira*: censura, ironía.

Mi imaginación me llevó a un *pueblo extraño*

S IEMPRE me ha gustado leer libros de aventuras las cuales se sumaban a los relatos de trotamundos de mi padre; me imaginaba, por tanto, viajando a lugares ignotos y apasionantes. De ahí mi afán de niño por conocer un pueblo que se mencionaba, junto con otras poblaciones, en los dos costados de los camiones que iban de Cuernavaca y *pasaban* por mi terruño.

Con tal anuncio se indicaba la ruta, es decir, los pueblos que abarcaba el recorrido: Temixco, Acatlipa, Tezoyuca, Tepetzingo, Tetecalita (mi pueblo natal) y terminaba la lista con un pueblo que anhelaba conocer pensando en descubrir ahí un lugar de ensueño.

Mi inocencia infantil no me permitía preguntar a mi padre sobre ese poblado que era el último de la ruta de los camiones que hacían el recorrido dos veces al día. Pensaba seguramente que era un pueblo perdido en los lugares recónditos de mi estado, Morelos, y por tanto no estaría en el grueso diccionario que tenía mi *apá*.

Tampoco exterioricé a mis hermanos mayores mi interés por saber dónde estaba ese pueblo, que tenía seis letras y que al pronunciar su nombre, escrito al final de la lista de poblados, me resultaba chistoso y llamativo.

La inocencia era tan grande que me llevaba a pensar que ese misterioso lugar no debería estar muy lejos de donde vivía, pues el camión regresaba rumbo a Cuernavaca cuando mucho una hora después por la misma calle de terracería (pues no había otra) que atravesaba el polvoriento pueblo. Pero *una hora* se me hacía mucho tiempo de camino considerando el mundo tan chiquito en el que vivía.

Por eso, cada vez que oía la llegada del camión dejaba lo que estaba haciendo y corría a la cerca de la casa que daba a la calle para mirar el paso del camión, que llevaba pasajeros a ese misterioso destino. Pensaba en las personas que irían a ese *pueblo* que se anunciaba como el último del recorrido de los destartalados camiones, siempre deseando subirme en ellos para hacer realidad mi aventura que ya tenía organizada en el pensamiento.

Esa manía me quedó cuando llegué a estudiar, años después, a la Ciudad de México: si veía pasar un autobús cuya ruta era foránea, miraba de inmediato la parte delantera y superior para conocer la población a la que se dirigía, pensando en que algún día viajaría a ella. Entonces, un dejo de nostalgia invadía mi ser, pues anhelaba ir cuanto antes a ese lugar que se indicaba como destino del transporte, y que tendría seguramente que cautivarme, aunque pocas veces hubiera escuchado su nombre. ¡Qué manera de razonar!

Pero volvamos a mis preocupaciones infantiles. Mi interés fue tanto que le pedí a mi padre que cuando fuera a Cuernavaca me guardara el boleto que le daba el cobrador, en donde estaban escritos los poblados que recorrían los camiones.

Un día mi progenitor me dio uno de los mayores regalos de mi existencia infantil: no me llevó su boleto, sino que el cobrador del camión le dio para mí todo el talonario de boletos ya usados, una de cuyas partes se quedaba con el empleado.

No sé cuándo fue que se cayó la venda de mis ojos, pues supe al fin *qué* era ese pueblo, que tenía un nombre raro, y que era el último de la lista de los poblados escritos en los costados de todos los camiones.

Fue algo similar a lo que nos ocurre, de niños, cuando descubrimos quiénes son los “Reyes Magos”, pero incluso así, seguimos manteniendo vivos nuestros sueños. También quedó explicado el hecho de por qué tardaban una hora en volver de ese pueblo extraño (los choferes y cobradores tenían que desayunar o comer, según el horario del viaje, en el rústico comedor de doña Hermelinda).

Éste es el listado de poblaciones que se anunciaban en los costados de los camiones, cuya última palabra me llevó por lugares ignotos durante mi infancia:

*“Temixco, Acatlipa, Tezoyuca, Tepetzingo,
Tetecalita y Anexas*”.*

**Anexas*, término que utilizaba la empresa camionera para referirse a poblaciones aledañas o intermedias que se encontraban en el recorrido.

El patriotismo invadió mi infancia, expresándose en poesías

COMO mencioné en otro capítulo, los valores patrióticos que mi padre nos inculcó formaban parte de nuestra vida cotidiana, y se manifestaban en aquellas fechas especiales de la historia de nuestro país.

Él colocaba banderas en la tienda y en los zaguanes que daban a la calle. Siempre nos hablaba sobre sus lecturas relativas a las fechas patrias. Por ello no podrían quedar fuera de mi pluma los héroes nacionales ni el lábaro patrio.

De ese fervor surgieron algunas poesías que te comparto, estimado lector. Una la incluyo aquí; otras, en el anexo II.

Antes de mostrarte los poemas que al respecto escribí, anhelo revelarte algo. Dado que no había una escuela secundaria en el municipio al que pertenecía mi pueblo, mi padre estaba preocupado ante la posibilidad de que se suspendiera nuestra educación. Dos de mis hermanos, obligados por las circunstancias, se marcharon a la

Ciudad de México para estudiar la secundaria en la Escuela Militar de Clases de Transmisiones.

Por mi parte, en una revista vi la publicidad de un plantel particular que me llamó la atención. Como ya mencioné en un capítulo anterior, que enviaba cupones a todas partes, aquí no lo dudé. Lo hice de nuevo, pues pensé en estudiar la secundaria en la ciudad de Puebla (México). La Academia Militarizada “Ignacio Zaragoza” me envió la información requerida.

Mi interés por estudiar en una escuela “para servir a mi patria” creció por la influencia de mis hermanos mayores que ingresaron al plantel militar referido. Igualmente, lo ocasionó el patriotismo que nos inculcó mi padre y las lecturas sobre la Guerra de Independencia y la Revolución Mexicana. Evoco aquí la emoción que me invadía de niño, y que aún siento, al escuchar en la radio los honores a la bandera, o al estar presente en alguna ceremonia en la que se realiza dicho acto.

A causa de la precaria situación económica de la familia no fue posible matricularme en ese plantel de Puebla; además, coincidió que meses antes de que terminara el sexto año de primaria se abrió una escuela secundaria particular en la cabecera municipal.

Muchos años después, el 2 octubre de 2012, viviría en un hospital una situación contradictoria, en la que estaba presente uno de esos dos hermanos. Ello me afectaría emocionalmente al contemplar nuestro lábaro patrio a media asta, el cual estaba en el patio del nosocomio, mientras que dentro de éste se libraba una lucha para salvar de la muerte a uno de mis seres queridos... Narro

esta experiencia en el segundo tomo de *Evocaciones. Vivencias personales*. A continuación comparto contigo una de mis poesías que revela mi formación cívica.

Nuestra Independencia
Acróstico*

¡Hidalgo héroe del pueblo mexicano!
Iniciaste el movimiento de rebelión,
Desconociendo el peligro del tirano
Abriste el camino de la liberación.
La envanecida Corona de Castilla
Grande se sentía en su imponente faz,
Oprimiendo a nuestra raza sencilla.

Hizo la esclavitud de que fue capaz.
E terno yugo de México siempre se creyó
Respetada por su poder, falso orgullo...
O caso, nunca en él pensó porque selló...
¡Esclavitud! para callar todo murmullo.

Desde entonces nuestra querida nación
Estaba en manos de aquella monarquía,

* Acróstico: “Composición poética en que las letras iniciales, medias o finales de los versos forman un vocablo o una frase” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

No soportando su terrible opresión...
Usó su fuerza contra la cruel tiranía.
Encabeza la rebelión el gran Costilla
Septiembre fue la escogida fecha,
Tembló la tirana Corona de Castilla
Retenerla no pudo, el enemigo acecha,
Ardiente fue el tronar de la metralla.

Izando el inmortal escudo de la rebelión
No pocos quedaron en el campo de batalla
Dando su sangre por nuestra liberación.
Este perenne movimiento liberador
Permaneció en guerra por muchos años;
Esto fue para el ambicioso opresor...
¡Nebuloso! porque de aquí, creíanse dueños.
Después que el reinado del cruel tirano
Enterrado estaba, y México en la gloria,
Nuestra Patria fue ya para el mexicano,
Con los héroes escritos en su historia.
Inmortales héroes enarbolaron su bandera,
Antes, ella no era nuestra Patria...

Un hijo de rodillas ante su madre, y una madre de rodillas ante su hijo

DURANTE mi infancia siempre vi a mi abuelita como un ángel pues nos cuidaba cuando mi madre, por estar ayudando a mi padre en la tienda, no tenía mucho tiempo para estar con nosotros.

En la casa de mi abuela materna, que estaba a unos cuantos metros de la mía, ella y mis tías nos mostraban su cariño de diversas formas. Por alguna casualidad siempre llegábamos a visitarlas a cierta hora, cuando estaban en el patio echando las tortillas en el comal. Les poníamos sal y limón; disfrutábamos entonces de un verdadero manjar.

Ya por la tarde regresábamos cuando volvían de la faena mis tíos y el abuelo. Discretamente nos asomábamos a sus bolsos para ver si les quedaban algunas memelas (tortillas con frijoles, dobladas por la mitad). Las comíamos frías pues así sabían mejor; el paladar se deleitaba con ellas, además de que saciábamos nuestro apetito voraz propio de la edad infantil.

Uno de mis hermanos nos aconsejaba que le dijéramos a nuestra abuela que nos envolviera en una servilleta de tela varias memelas para irlas *a pasear* al campo a fin de gozar de una exquisita comida. Hoy recuerdo esa parte de mi vida, como si fuese ayer: el placer enorme al comer tortillas con sal y con limón, o los tlacoyos, entre otros alimentos propios de nuestros pueblos.

Con sus nietos mi abuela era un *ángel*; sin embargo, con sus hijos era un *diablo*, pues les pegaba mucho, por cualquier motivo, salvo a uno de ellos que se llamaba precisamente, y con toda justicia, Ángel, del que hablaré en el siguiente capítulo, pues su vida se truncó trágicamente cuando *pisó la raya*, según decían las personas mayores.

Por razones obvias no doy a conocer el nombre del otro tío que vivió la disciplina férrea que imponía mi abuela, aunque siempre le decíamos *abuelita*, pues a nosotros, sus nietos, nos trató de manera diferente, como ya he dicho.

El patio de su casa daba a la calle; el tecorral de escaso metro y medio dejaba ver desde afuera lo que sucedía dentro del patio; no había intimididad. Esto, sin duda fue más humillante para ese tío, que en cierta ocasión nos protegió de un sujeto que nos amenazó con su rifle poderoso (una retrocarga), hecho del que hablaré más adelante.

Volvamos a ese momento, que seguramente fue muy denigrante para él, que entonces tenía menos de 18 años de edad. Resulta que cometió alguna falta

(nunca supimos qué fue). Su madre se encargó de disciplinarlo con crueldad y lo peor, exhibirlo ante sus familiares, amigos y gente que pasaba por la calle.

Eran como las tres de tarde; el sol caía a plomo; el calor a esa hora era intenso, y más en una zona como en la que vivíamos. Sin miramiento alguno su madre, mi *abuela* (no mi abuelita) lo hincó con las manos estiradas por encima de la cabeza; en ellas colocó dos grandes piedras para que las sostuviera. No debería moverse; mantuvo el castigo por más de una hora.

En ese entonces, y en la inconsciencia de nuestra niñez, veíamos ese hecho, indignante para mi tío, como un espectáculo, y muchos niños esbozábamos en la calle una sonrisa burlona.

Es algo de lo que me he arrepentido siempre, pero para ubicar esa actitud nuestra debe considerarse que en dicha época se veía como algo normal ese tipo de castigos, propios de una sociedad sumergida un tanto en la barbarie.

Años después, en mayo de 1973, viviría en carne propia un hecho totalmente opuesto: mi madre se postró ante mí, y de hinojos llorando, por la angustia que la acongojaba, me suplicó cambiar mi decisión..., pero mis ideales me llevaron por el camino que había elegido, y la dejé de rodillas, derramando lágrimas de madre afligida, mientras que yo iba en busca de mi destino...

En el libro *Evocaciones. Vivencias sociopolíticas* me refiero a ese hecho, el cual se divulgará en los últimos meses de 2014 en mi página electrónica (www.raulrojassoriano.com).

Mi tío, humillado por mi abuela, nos protegió de una amenaza de muerte

CUANDO era niño iba con mis hermanos a los terrenos que había a la salida del pueblo, donde pastaban las vacas y becerros.

En cierta ocasión fuimos a una tierra que estaba cientos de metros alejada de la principal calle de terracería (que pomposamente tenía el nombre de *Avenida*). Dicho campo de pastoreo se encontraba situado en la parte superior de una pequeña loma. Como siempre, sin preocuparnos por saber a quién pertenecía el ganado, pues sólo nos interesaba divertirnos, cada quien eligió un becerro para montarlo.

Estábamos tan entretenidos disfrutando de nuestra *actuación de bizarros jinetes* que no nos percatamos de la presencia de un sujeto que se acercaba a nosotros, y cuando menos lo esperábamos, escuchamos un insulto, recordándonos a nuestras madres, y simultáneamente oímos un fuerte sonido, un disparo, lo que nos llevó a dejar la diversión y a correr como nunca lo habíamos hecho, para ponernos a salvo.

Dado que era de bajada, corrimos más rápido impulsados por la pendiente; entonces a lo lejos vimos a mi tío, el que había sido humillado por mi abuela, según relato en el capítulo anterior. Regresaba con el ganado que había llevado a pastar; nos reconfortó su presencia pues sentimos que por tener mayor edad evitaría que el maloso nos agrediera físicamente. Al contarle nuestra aventura nos dijo que los becerros que habíamos montado eran de una familia muy mala...

Pocos meses después comprobaría la veracidad de sus palabras. Una tarde, en el pueblo en el que vivía mi adolescencia, el sujeto que nos encañonó y disparó al aire emboscó, con la complicidad de su padre, a familiares de su novia. Resulta que el hermano y el progenitor de la chica no estaban de acuerdo con esa relación, y éstos fueron asesinados arteralmente.

Esa acción traicionera quedó impune pues los criminales y el resto de su familia se fueron para siempre del pueblo.

Debo mencionar que ese joven muerto por manos impías era el más grande amigo de mi tío Ángel quien, como decía en el capítulo previo, era el único al que mi abuela realmente amaba. Quizá, sin que esto justifique su desamor por los demás hijos, ello se debía a que Ángel era bondadoso y, además, responsable y trabajador. La gente del pueblo lo quería de verdad porque era un ser que se ganaba el cariño de todos.

Sin embargo, su suerte estaba echada; muy poco tiempo después encaminaría sus pasos para encontrarse con su destino, pues *había pisado la raya*, decían en el pueblo...

Dejo la historia de mi querido tío Ángel para uno de los capítulos siguientes.

Mi amor materno convertido en poesía

MI madre, Josefina, tenía muchas virtudes, algunas de las cuales menciono aquí. Sólo pudo cursar el segundo año de primaria ya que en su pueblo únicamente había hasta ese grado. Sin embargo, sus aprendizajes fueron realmente para la vida, y por ello le sirvieron durante la formación de sus hijos (en total fuimos siete).

Mi progenitora era muy introvertida: poco hablaba. Su existencia había sido muy dura en su infancia y adolescencia, a lado de su madre, cuya forma de ser he narrado antes.

Su timidez era un lastre a la hora de comunicarse con la gente; tal actitud dificultaba su relación con los clientes en el negocio que mi padre, con la ayuda de mi madre, había levantado.

Muchas veces, al preguntarle qué estaba haciendo, respondía: *tristeando*. Hoy podría pensarse que era una persona deprimida. Esto nunca le impidió darnos sin reservas su amor, aunque no era fácil para ella

expresarnos su cariño; lo sentíamos de diversas formas, al estar siempre al pendiente de que a la familia no le faltara nada.

Algo que recuerdo muchas veces, y que revela el gran amor que me tenía (al igual que al resto de mis hermanos), fueron los dos años en los que cursé la preparatoria. Entraba a clases a las 7 am, inclusive los sábados. Debía, por tanto, salir de la casa a las 5:30 am.

Mi madre, pese a que era *dormilona*, siempre se levantaba a las cinco de la mañana para prepararme el desayuno y mi almuerzo para comer a media mañana (un bolillo con frijoles, queso cotija y rebanadas de jitomate). Para valorar aún más su amor, debo decir que con paciencia encendía la estufa de petróleo, acción que le llevaba varios minutos.

Aprecio más esta disposición de mi progenitora ya que jamás se quejaba aunque estuviese enferma, pues además de realizar las tareas del hogar, debía ayudarle a mi padre en la tienda de la que ya he hablado en otro capítulo. Ella decía que “la enfermedad se *anchaba* si le hacía caso”.

Su amor era más evidente cuando alguno de los hijos se enfermaba; sus cuidados y la ternura materna ayudaban a una pronta recuperación de la salud; de este modo se resentía menos la carecía de un médico en el pueblo.

Para honrar la memoria de quien me dio la vida le dediqué la obra *El arte de hablar y escribir*, misma que redacté en los últimos meses del año 2000. En ese periodo ella sufrió un derrame cerebral y permaneció en coma casi cuatro meses, del cual ya no se recuperó.

Como lo relato en el primer capítulo de ese libro, la redacción del mismo la realicé en circunstancias emocionales realmente difíciles.

El amor hacia mi progenitora me llevó en mi pubertad a escribir y, luego, a enviar una poesía al suplemento “Lucero”, del periódico *Novedades*, que la publicó cuando yo estudiaba la secundaria. Fue una de las mayores satisfacciones que tuve durante mi infancia, la de mostrar poéticamente mis sentimientos hacia mi madre. Cuando ella leyó mi poema esbozó una sonrisa de satisfacción.

La difusión de esos versos a escala nacional significó un paso importante para hacer realidad la quimera que tuve desde que empecé a escribir, la de ser algún día un escritor.

La publicación original de esa poesía está en mi página electrónica. Véase: *Escritor y poeta en ciernes*, en la pestaña *Biografía*.

Día de la madre

Madre, en este venturoso día
vengo para decirte ufano
esta pequeña y tierna poesía
escrita de mi puño y mano.

¡Oh, cuán grande es mi alegría
al verte cual reina alguna
en el trono de la dicha y armonía
luciendo los matices de la luna!

En este día el perfume del rosal
os brinda sus exquisitos olores,
y sus pétalos de reluciente cristal
se iluminan en tonos de mil colores.

Tengo por suerte el más grande tesoro;
ese tesoro eres tú, madre mía,
más pura que el codiciado oro,
y más grande que esta poesía.

Cuando refugiado en tu regazo
encuentro consuelo a mi tristeza
veo en tu sonrisa, acaso
la dulzura, de la divina grandeza.

Y por eso, en este dichoso día
estos versos te dedico, madre mía;
aunque no parezcan ser poesía,
yo te los entrego con alegría.

La ingenuidad de la gente de mi pueblo, durante mi infancia, ante sucesos naturales

LA ingenuidad de la gente respecto a la manera como se conciben los fenómenos naturales, pese al prodigioso avance de la ciencia, es algo que aún se manifiesta en la concepción de ciertos sucesos.

A veces algunas personas se aprovechan de tal candidez. El 7 de marzo de 1970 una población de Oaxaca (México), Miahuatlán, se convirtió en la “Capital Científica del Mundo”, a causa de un eclipse total de sol. En ese lugar dicho fenómeno natural podría verse mejor que en cualquier otra parte, según determinaron los astrónomos. Por ello, concurrieron cientos de especialistas de diversas partes del planeta.

La presencia de tantos visitantes significó una importante derrama económica para el pueblo, además de hacer sentir a sus habitantes que eran, en esos días, “el centro de la atención mundial”.

Recuerdo la nota un tanto humorística que publicaron varios periódicos de ese entonces respecto a la

conducta del presidente de ese municipio. Luego del fenómeno que maravilló “a propios y extraños” reunió a los lugareños y les prometió que si ganaba las elecciones del año siguiente haría lo posible a fin de que volviera a presentarse el mismo fenómeno para regocijo de aquellos vecinos del lugar que creyeron en tal promesa.

Persiste en mucha gente la idea de que el hombre puede cambiar a su antojo el curso de los acontecimientos naturales. Tal soberbia, la de pensar que la naturaleza debe obedecer la voluntad del ser humano, la expresó Simón Bolívar (1783-1830).

Cuando estuve en Caracas, Venezuela, en 2003, visité el sitio (La Casa Bolivariana) donde está escrita la frase que el Libertador de América, pronunciara el 26 de marzo de 1812, entre los escombros del Convento de San Jacinto, al cesar el terremoto: “Si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”.

Por eso, no es de extrañar la promesa fuera de lugar del alcalde de Miahuatlán, Oaxaca, mencionada antes, la cual muestra ese tipo de pensamiento, el de suponer que por nuestra voluntad es posible someter a la naturaleza, en lugar de pensar que podemos controlarla si conocemos científicamente sus leyes.

En el caso de la gente de mi pueblo, sobre todo de las personas mayores, recuerdo que en esa ocasión, el del eclipse referido, mi abuelita, y otras personas encendieron en sus patios varias fogatas “para ayudarle al sol”; era también una ingenuidad, pero de

otra clase. No podíamos decirle nada pues su carácter no lo hubiera permitido.

En ese entonces me tocó presenciar en mi pueblo otra conducta ingenua en la gente de mi comunidad (que todavía persiste en muchos pueblos del mundo).

Cuando se hacía más fuerte la canícula*, en el mes de agosto, la sequía afectaba a los sembradíos y al ganado. La población sufría —y sufre— mucho ante esta realidad. Sólo viviendo en las zonas rurales se percibe realmente este agobio que padecen los lugareños.

Por ello, se organizaban procesiones por parte del sacerdote. Los vecinos, fervorosos, acudían a ellas. Dejaban al *santo patrono* del pueblo, San Mateo, en el cerro para que intercediera por ellos, y así llegara la lluvia.

A veces sucedía “el milagro”, pero mi padre decía, con justa razón, que tal hecho, el de que pudiera llover a partir de cierto día era porque llegaba a su fin la canícula, y esto lo conocía bien el cura.

Quizá por la influencia de mi padre que era un *librepensador* (se decía creyente pero nunca iba a misa), nos negamos mis hermanos y yo a seguir asistiendo a ese acto religioso, el cual duraba dos largas horas y, como sacrificio mayor, era en latín.

Años después, en 1973, me vería obligado a recurrir a uno de los obispos más progresistas de América Latina para que apoyara desde el púlpito, en la Catedral

*Canícula: “Periodo del año en el que es más fuerte el calor” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

de Cuernavaca, Morelos, una lucha popular que dirigíamos para exigir que los gobiernos estatal y federal dotaran de agua potable a varias poblaciones de esa entidad.

Algunas fotografías y reportajes periodísticos de ese movimiento social aparecen en mi página electrónica. En el tomo *Evocaciones. Vivencias socio-políticas* me refiero al apoyo de ese religioso.

**Una *realidad* que no
es realidad desde otra
perspectiva: un desafío a la
razón científica**

ENTRE los textos que se utilizan a veces en Antropología y que más me han llamado la atención están los de Carlos Castaneda. He leído casi todos, pues sus relatos me remiten a la época de mi infancia, en mi pueblo.

Algunos de sus libros son *Viaje a Ixtlán*, *Relatos de poder* y, quizá, el más conocido *Las enseñanzas de don Juan*, cuyo prólogo escribió Octavio Paz. “Es una obra que desde su aparición provoca el desconcierto y la incertidumbre”, señala Paz en la presentación del volumen referido. Las narraciones de Castaneda desafían la concepción científica de la realidad.

Cabe mencionar que en el imaginario popular se mantienen *vivos* ciertos “hechos” que carecen de explicación desde una concepción “racional”, de conformidad con la cultura científica en la que me he formado.

No obstante, en los pueblos, no sólo de México sino de otras partes del mundo, mucha gente interpreta de otro modo ciertos sucesos. Algunas creencias, prácticas y rituales de nuestros pueblos mesoamericanos hunden sus raíces en el mundo prehispánico, tal como dice Octavio Paz en el prólogo citado.

Por ello, expongo a continuación sólo determinados sucesos o hechos, si así puede llamárseles, y que presencié, pero que hoy en día aún no encuentran “una explicación racional”, como la entendemos dentro de la cultura occidental. Téngase en cuenta el contexto cultural de los pueblos para ubicar adecuadamente los siguientes relatos.

Como ya dije en otra parte, mis padres se identificaban entre otras cosas por su amor a las plantas, entre ellas las flores; a mi madre le encantaban las rosas. También teníamos diversos árboles y plantas de papayas, de limones y chayotes.

Cierto día mi padre quería vender un rifle de cacería; para probar su funcionamiento permitió que un señor entrara a la casa. Fueron a la parte más alejada del terreno, por una vereda, en la que estaba un árbol cargado de limones, orgullo de la familia, pues eran tantos que teníamos que repartirlos entre los familiares.

Luego de examinar el arma, el señor salió de la casa y mi progenitor volvió a la tienda. Más tarde, cuando mi madre fue al patio a lavar los trastos regresó corriendo para pedirnos que fuéramos a ver el limonero.

Fui testigo de ello y en ese entonces no supe realmente qué había provocado el siguiente fenómeno: el arbusto de limones, cuya frondosidad era objeto de alabanzas, tenía, cuando fuimos a verlo a instancias de quien me dio la vida, las hojas marchitas “como si le hubieran echado agua hirviendo”, decían mis padres.

Mi abuelita nos aconsejó entonces que deberíamos ponerle un listón rojo a los árboles bonitos pues ciertas personas “tenían envidia”; tal medida era para protegerlos de quienes poseían “la mirada pesada”.

Dicha acción es parte de las creencias de mucha gente: días antes de que inicie la cosecha se coloca un listón rojo en algunas matas o árboles; sirve para “neutralizar” a quienes “hacen daño con la vista”, según las personas avezadas en estos rituales.

Meses después sucedió lo mismo con una planta cargada de chayotes, pero en esta ocasión fue una mujer la que entró a la casa para ver a mi madre. Esos dos casos que presencié han seguido presentes en mi mente y, hasta el momento, no encuentro una explicación científica, si así se le puede llamar, que me acerque a las causas que ocasionaron ese fenómeno, el de “secar” en pocos minutos un arbusto frondoso.

En mi pueblo se decía que había varias personas que tenían “esta cualidad”. Conocí a dos de ellas, Doña Maura y Doña Emma. Por eso, a los pocos meses de haber nacido Humberto, mi hermano menor, mi abuelita le dijo a mi madre que le pusiera al niño una cadena de oro en su muñeca izquierda, *una esclava*, le decíamos nosotros.

Cuando esas mujeres llegaban a la tienda y estaba mi madre con mi hermanito, “les pedía que le dieran una nalgada para evitar que le hicieran daño”. Esta acción era parte de la cultura del pueblo, y se conserva en muchos que conozco.

Queda, pues, pendiente una explicación racional sobre éstos y muchos otros fenómenos que dice la gente *ver* o *experimentar* en el medio rural e indígena.

* * *

En cierta ocasión, en un congreso en la Ciudad de México, fui testigo de cómo decenas de médicos enfrentaron un desafío ante una realidad insólita que no podía explicarse de conformidad con el modelo biomédico dominante. Ésta y otra experiencia que relato a continuación, me llevan a pensar que existen otros marcos culturales y académico-científicos diferentes de aquellos en los que vivimos y trabajamos.

Una experiencia sobre el proceso salud-enfermedad que desafía la práctica académica y profesional dominante

COMO expresé en el segundo capítulo, la realidad no se presenta en bloques sino que es un proceso. Por ello, tengo que ir, en este capítulo, más allá del periodo de mi infancia-adolescencia a fin de adentrarme en otros momentos de mi vida para relatar, además, cuestiones que se salen, aparentemente, del contenido de esta obra: *Vivencias personales*. De nuevo, insisto, la existencia humana es una trama en la que se cruzan múltiples y variadas situaciones y hechos que le dan sentido a nuestras vidas.

Por ello, narro aquí una experiencia referida a la medicina tradicional. La otra, que está relacionada con la acupuntura como alternativa médica, la expongo en el siguiente capítulo.

El antropólogo estadounidense Walter Goldschmidt, profesor-investigador de la Universidad de California, Los Ángeles (ucla), adelanta algunas ideas para poder

relatar las experiencias relacionadas con prácticas médicas diferentes a la dominante, que viví en dos medios culturales distintos.

En la presentación que hace al libro *Las enseñanzas de Don Juan*, de Carlos Castaneda, ya citado en el capítulo anterior, el antropólogo Goldschmidt plantea:

La antropología nos ha enseñado que el mundo recibe definiciones diferentes en sitios diferentes. No es sólo que la gente tenga costumbres distintas: no es sólo que la gente crea en dioses distintos y espere distintos destinos después de la muerte. Más bien, es que los mundos de pueblos diferentes tienen formas diferentes. Walter Goldschmidt [destaca]: Experimentando otros mundos podemos, entonces, ubicar el nuestro en su valor justo y de ese modo capacitar-nos para ver fugazmente cómo debe ser, de hecho, el mundo real, aquel entre nuestra propia estructura cultural y esos otros mundos... (pp. 25-26).

* * *

Justamente, por haber considerado las expresiones culturales de la medicina popular pude impartir un curso, en Palenque, Chiapas, del 29 de abril al 1 de mayo de 1999, a 45 técnicos médicos comunitarios, de extracción indígena, que provenían de distintas zonas del estado de Chiapas, México.

El relato completo de esta vivencia aparece en mi libro *El arte de hablar y escribir*, capítulo XXI, el cual puedes consultar en *Google Books*, o en mi página

electrónica. Aquí sólo transcribo unos párrafos a fin de que te prepares para leer otra experiencia que viví con la acupuntura, una práctica de la medicina alternativa que desafió la comprensión científica de más de 90 médicos.

Leamos ahorita un poco sobre lo sucedido en el curso que impartí en la ciudad de Palenque. Cito *in extenso*, como dicen los que quieren lucirse con un latinismo:

...Nadie se atrevía a hablar; fue en ese instante que rememoré ciertos padecimientos existentes en la comunidad del estado de Morelos, de donde soy originario, y el modo de atenderlos. Les hable de “el mal de ojo”, “el mal del aire”, “el susto”, “las espinas que caminan”, el empacho, y de otros males que en el medio rural e indígena aún se valoran como enfermedades o padecimientos.

Les relaté cómo se curan algunos de ellos en mi pueblo. Por ejemplo... “el mal de ojo” se cataloga como un padecimiento cuya etiología, se cree, puede ser la envidia que una persona despierta en quien posee la propiedad de “hacer daño” con la mirada. Su manifestación más evidente es un malestar indefinido sin una causa perceptible, a veces con elevación de la temperatura corporal (está “achacoso”, se dice).

Para esta clase de enfermedad las curanderas, y a falta de éstas las madres, usan una planta denominada “jarilla” o, como sucedáneo, un manojo de

ruda, y con un huevo fresco pasan éste y las ramas por todo el cuerpo de quien padece “el mal de ojo”, procurando, si son creyentes, realizar un movimiento en cruz. En tanto, la curandera reza...

Mientras describía tales experiencias advertí en los técnicos médicos comunitarios una metamorfosis en su actitud; sus rostros antes adustos exhibían ahora una leve sonrisa. Poco a poco fue desapareciendo la tensión en el grupo; sentí en ese momento un cambio cualitativo en la conducta de los asistentes al curso, toda vez que “hablaba ya en su mismo idioma” (El arte de hablar y escribir, pp. 254-256).

Muchas obras se han escrito sobre las tradiciones y creencias de nuestros pueblos. En mis viajes por toda la isla de Cuba en los que he visitado la mayoría de las ciudades, así como poblados del llano, la costa y de la montaña, varias personas, con estudios preuniversitarios y universitarios, me han relatado sus *vivencias* que desafían la comprensión científica de la realidad.

Para quienes deseen adentrarse, en forma siempre *crítica*, en este mundo que es parte del imaginario de nuestros pueblos latinoamericanos, y de otras partes del mundo, cito un libro *Santería cubana*, de Catalina Velázquez. Otras fuentes puedes localizarlas en Internet, siempre tratando de seleccionar y de leer *críticamente* los artículos y libros que al respecto se han escrito.

En mis conferencias y clases recalco que jamás dejen de escuchar las experiencias que cuentan las personas de ciertos lugares, por muy descabelladas que puedan parecer. Conforman el imaginario popular que es parte de nuestro objeto de estudio como científicos sociales.

Si existe “algo” que no encaja en el marco de interpretación del mundo y de los procesos sociales y naturales en el que nos hemos formado desde la perspectiva de la ciencia occidental, debemos esforzarnos por encontrarle una explicación científica o, al menos, que sea “más racional”. Tarde o temprano esos *misterios* dejarán de serlo.

Otra experiencia que desafía la comprensión científica de la medicina occidental

COMO científico social he narrado los hechos anteriores tal como sucedieron, pues fui testigo de ellos; no temo a la crítica de quienes piensan que su realidad comienza y termina en el ámbito académico-intelectual en el que se desenvuelven.

En otros “mundos culturales”, valga la expresión, hay múltiples experiencias diferentes de las que muchos vivimos en nuestra vida tanto profesional como personal. Una de ellas la viví en una reunión académica.

Sucedió en el Congreso Nacional de Sociología Médica, realizado los días 25 y 26 de julio de 1985, el cual organicé con el apoyo del Colegio de Sociólogos de México, A.C. y la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Ese congreso se llevó a cabo en la Antigua Escuela de Medicina, del Centro Histórico de la Ciudad de México.

Después del receso para tomar café, se inició la segunda parte de esa actividad académica, el día 25 de julio del año referido.

Como moderador de la sesión presencié primero el escepticismo de más de 90 médicos participantes. Téngase en cuenta, para valorar el hecho que relataré brevemente, que los convocados a dicho foro eran profesionales orientados hacia la medicina social y, por tanto, deberían, eso esperaba yo, estar más abiertos a escuchar experiencias sobre prácticas médicas alternativas.

Había invitado a la médica R.H.* a fin de que impartiera la conferencia: “La acupuntura, una alternativa médica para ciertas enfermedades y padecimientos”. Antes de que la especialista comenzara su disertación, ella notó, por la sonrisa que esbozaban sus colegas, la incredulidad ante dicha práctica. Fue entonces cuando expresó:

“Raúl es testigo de que me fui con muletas a China por la poliomielitis cuando fui a hacer la especialización...” (En ese momento la doctora R. H. se incorporó del asiento y caminó hacia el público compuesto por decenas de profesionales de la medicina), y continuó diciendo: “... en ese país me atendieron con acupuntura y ¡mírenme!...”. Para sorpresa del auditorio la doctora R.H. *¡estaba caminando de manera normal, sin muletas!*

Del escepticismo se pasó al asombro; la prueba era contundente, irrefutable. Presencié ese cambio en la actitud de los galenos ante un hecho insólito que no podría explicarse desde la perspectiva de la llamada medicina occidental. En el tomo *Evocaciones. Vivencias académicas* narro los pormenores.

*Excelente médica; omito su nombre porque lo que importa es el hecho.

Mi padre, pese a trabajar todo el día, cultivaba la poesía

YA he contado en otros capítulos la influencia que ejerció mi padre tanto en mi formación académica como en mi vocación como escritor.

Cuando no estaba en la tienda con un cliente, lo veía leyendo el periódico o un libro, o el diccionario; esta vivencia, de todos los días, fue un acicate para seguir sus pasos.

Siempre nos inculcó su filosofía: “aunque no sean profesionistas, deben estar preparados para ser el mejor en cualquier oficio que desempeñen para ganarse la vida”. Sí, era una formación distinta en la cual la cultura constituía parte de nuestra educación; por ello, siempre estábamos enterados, a través del periódico o de la radio, de lo que pasaba en el mundo. Los comentarios de mi padre sobre los acontecimientos más relevantes de la época permitían normar nuestros juicios.

Cabe mencionar que la radio empecé a escucharla a partir de los ocho años de edad, pues antes no había electricidad en el pueblo. El primer aparato era un Zenith de bulbos.

Cuando oíamos las comedias o radionovelas de aventuras (“Semillas de odio”, “Gutierritos”, “Una flor en el pantano”, “Porfirio Cadena, *el ojo de vidrio*”, entre otras) la curiosidad infantil nos llevaba, a mis hermanos y a mí, a revisar la parte de atrás de la radio para ver si había muñequitos, que hicieran el papel de los protagonistas de dichas radionovelas. Éstas nos entretenían de verdad luego de la charla amena de mi padre, después de la cena, como ya he contado.

Nuestra imaginación se desarrolló sin limitaciones al sentir que estábamos viviendo la trama de la radionovela.

También escuchábamos la transmisión de las peleas de Raúl *Ratón* Macías; la narración pormenorizada de los combates permitía que nuestra imaginación hiciera el resto: sentirnos como si estuviéramos en la arena, presenciando en vivo la contienda. Igualmente, fui testigo del *duelo* entre Pedro Infante y Miguel Aceves Mejía en los programas en los que ponían sus canciones, para que la gente votara por el cantante de su preferencia.

Una queja que entonces teníamos de mi padre, era que nunca quiso tener en casa un televisor, como lo dije en otro capítulo, pues eso “pervertía” a la gente. Quizá por ello tuve mucho tiempo para dedicarme a la meditación, a componer poesías y empezar a escribir algunas novelas románticas. No sé si lo hubiera hecho en caso de haber tenido muchas distracciones que hoy en día forman parte de la vida cotidiana de la mayoría de los adolescentes (televisión, videojuegos, *facebook*,

etcétera). Ustedes, estimados lectores, ¿qué piensan al respecto?

Frente a esa limitación, la de carecer de un televisor en casa, la naturaleza nos recompensaba con creces.

Recuerdo siempre que cuando llovía se formaban charcos en la calle, frente a la tienda de mi padre, y entonces sucedía un espectáculo que ya nunca más he vuelto a ver: llegaban cientos de mariposas de todos colores al charco, vivencia que ya relaté cuando hablé de mi hermanito *Boni*. La naturaleza se hacía presente en todo su esplendor.

También las carencias materiales que viví de niño se compensaban ampliamente con el amor de mi madre y la comprensión de mi padre. Tenía el “don de gentes”, y en la tienda podía hacer reír hasta a las personas más reacias, como ya lo he relatado.

Rememoro su preocupación por los niños y niñas del pueblo. La noche del 24 de diciembre, a instancias de mi padre, nos dedicábamos a preparar más de doscientas bolsitas con dulces y galletas para que las obsequiésemos al día siguiente, en Navidad.

Los infantes sabían que ese día tendrían un obsequio por parte de la tienda “La Confianza”. Era una manera de mostrarle a la población nuestro agradecimiento.

Si bien el regalo era modesto, los niños y niñas se formaban para recibirlo. Aún recuerdo sus caritas de alegría al recoger su bolsita. Sirvió de ejemplo para mi vida ese rasgo de amor hacia los demás que tenían mis progenitores.

En mi padre siempre estaban presentes los versos de Antonio Plaza, los cuales evocaba a menudo, y que fueron una guía para orientar su conducta cuando ponía en acto sus sentimientos de solidaridad. He aquí esos versos.

“Saber dar es gran virtud,
dar sin tacto, locura,
lo que se da sin finura
se acepta sin gratitud”.

En ciertas ocasiones, cuando lo juzgaba oportuno, nos recitaba la poesía de Francisco Villaespa que publicó en el libro *El arte de hablar y escribir* (pp. 57-58), y que fue divulgada en el periódico *Novedades*, el 20 de noviembre de 1949 (p. 6).

* * *

Ahora que estoy escribiendo estos relatos volví a ver ese periódico ya amarillento por el paso de los años, el cual me legó mi padre.

Por ello, y a su memoria, consideré oportuno citar aquí algunos versos de Fernando Villaespa que me ayudaban a superar los momentos sombríos que viví durante mi infancia-adolescencia (la poesía puede leerse completa en el texto referido, que se encuentra en mi página electrónica, o en Google Books):

¡Adelante!

“¿Qué te detiene, luchador? ¡Avanza!
¡avanza sin cesar!
mientras tu pecho abrigue una esperanza
no debes desmayar...”.

Rememoro también en este capítulo la influencia que mi padre tuvo en mi existencia a través de su filosofía, la cual expresaba mediante versos. Hacía notoria su perseverancia de muchas maneras.

Siempre recuerdo una que escribió seis años antes de morir, porque relata parte de su vida y lo que deseaba para sus hijos; otra se la dedicó al pueblo donde vivíamos (el resto de sus poemas aparecen en el anexo III).

A mis hijos 1973

Francisco Rojas García

Como os parezca pueden tomar esto
que aquí escribo con falta de talento;
de mi vida, es un relato modesto,
pero es la verdad, su complemento.

Fui al surco, y también de arriero
soberbio a la lucha me lancé;
como todo intrépido guerrero,
el número del enemigo no conté.
En mi flanco inútil fue la lucha,
por el otro lado sitié la fortaleza,

como un orate que razón no escucha
pensé sólo del triunfo la grandeza.

¿Y LA DESPEDIDA? Ah, sólo fue UNA,
me lancé por caminos polvorientos,
por último, vi donde quedó mi CUNA
sin LÁGRIMAS, sin pena, sin lamentos.

Preguntan de mi espada su solidez,
sonriendo contesto a su curiosidad,
su BRILLO y barniz, “LA HONRADEZ”
¿EL YUNQUE*? El valor y la tenacidad.

Cual un Fernández** que en prendas tira
para así el obstáculo vencer,
peligro no mide, ni enemigo mira
sólo quiso demostrar su poder.

*Yunque: “Prisma de hierro acerado..., encajado en un tajo de madera fuerte, y a propósito para trabajar en él a martillo los metales” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

**Mi padre se refería al primer presidente de México, Guadalupe Victoria, cuyo verdadero nombre era José Miguel Fernández y Félix. Durante la Guerra de Independencia, en 1812, para incitar a sus soldados a lanzarse al agua a fin de conquistar una fortaleza enemiga, Fernández, poniendo el ejemplo a su tropa, se arrojó al foso luego de expresar la frase: “¡Va mi espada en prenda, y voy por ella!”.

No he colgado todavía la espada
ni quitado las riendas del corcel,
soy un guerrero que no teme ni se enfada
hasta no empuñar la rama del LAUREL.

¿LA CIMA? No está cerca todavía,
no importa de mi espada lo mellado
aún sigo en la lucha noche y día:
llego, o quedo de frente acribillado.

Cuando en la lucha llegue mi deceso
no levantéis mi ESPADA con DOLOR,
estará mi cuerpo inerte, pero ileso
porque lo embalsamará el HONOR.

La lucha empieza para USTEDES hijos míos,
son cadetes de primer ingreso;
templar en el YUNQUE nuestros bríos,
¡SIN TRIUNFO, no emprendan el regreso!

Dos hechos en la edad adulta me causaron indignación e hicieron que rememorara la infancia mía

A principios de 2013, ocurrió un hecho en Villahermosa, Tabasco que causó indignación a mucha gente de todo el país, el cual se divulgó primero en las redes sociales y luego por la televisión. Cuando vi las imágenes se me nublaron los ojos y tuve que hacer un esfuerzo enorme para contener las lágrimas. Otra situación similar sucedió también en esa ciudad, en 1992.

Antes de referirme a esos hechos, quiero hacer un preámbulo para que se entienda mejor mi afectación y, por consecuencia, mi indignación.

El trabajo infantil es hoy una realidad que lacera a todos los países, especialmente a aquellos como el nuestro en el que cada vez hay más familias en la pobreza, lo que obliga a muchas mujeres y niños a salir a la calle a trabajar en lo que sea.

“La Organización Internacional del Trabajo (OIT) señaló en el Día Mundial contra el Trabajo Infantil

que de los 3.5 millones de niños que laboran en el país [México], cerca de 600 mil lo hacen en actividades riesgosas, como el campo, la minería y la construcción” (Patricia Muñoz Ríos, “Niños laboran en condiciones de esclavitud en regiones carboníferas: ONG”, periódico *La Jornada*, 12 de agosto de 2013, p. 15).

Muchos de los infantes que apoyan a la economía familiar pertenecen al medio rural, por lo que no podía yo escapar a esa realidad, la de trabajar a corta edad en la tienda de mi padre y, en ocasiones en el campo, o realizando diversas actividades en casa, además de atender a los clientes.

Como dice mi progenitor en una de sus poesías: *fui al surco...*, por ello, vi como algo natural participar en la siembra de maíz en el terreno de la casa, o en las tierras de mis tíos. Recuerdo muy bien lo que pasaba en el periodo de la cosecha.

Íbamos una parvada de niños a los sitios en los que habría la recogida de las mazorcas. Nos colocábamos atrás de los *pizcadores*, los hombres encargados de la pizca, es decir, de recoger el producto. Buscábamos las mazorcas ocultas entre la hierba o aquellas que, por descuido de los *pizcadores*, quedaban en las milpas. A esto le llamábamos el *titiche*.

A veces lográbamos juntar tres cuartillos de maíz (un poco menos de cuatro kilos) que vendíamos a doña Hermelinda por la fabulosa cantidad de 50 centavos cada uno.

También aprendí a hacer adobes para construir casas. Para ello se escogía el zacate apropiado que

se revolvía con la tierra arcillosa y mojada; hacíamos una masa compacta que depositábamos en la adobera, construida con tablas que formaban un rectángulo, de aproximadamente 10 centímetros de alto, por 30 de ancho y 40 centímetros de largo.

Cuando la masa endurecía retirábamos la adobera y ya teníamos el adobe; para hacer una pared se pegaba éste (y se sigue haciendo hoy en día) con el mismo tipo de masa, que era el cemento apropiado que nos brindaba la naturaleza. Estas experiencias en el arte de la construcción fueron de mucha utilidad al escribir una de mis novelas de la pubertad, tal como puedes comprobarlo en *La isla del amor* (anexo 1).

Como a mis padres les gustaba tener árboles frutales y plantas de ornato en el terreno donde todavía está la casa familiar, realicé actividades como la de sembrar arbustos; para ello había que buscar en el cerro la tierra apropiada, y luego regar las plantas todos los días, acarreando el agua desde al apantle (arroyo) que pasa todavía al otro lado de la calle que está frente a la casa.

* * *

A mi hermano mayor, Efraín, le gustaba, más que a los otros, la actividad comercial, por lo que se puso de acuerdo con mi padre para construir un pequeño cajón, de 30 centímetros de ancho, por 50 de largo, con un cordel para colgarlo del cuello.

Con el cajón a cuestas salíamos a vender al pueblo vecino, que no tenía tiendas. Aunque muchas personas

iban a comprar al negocio de mi padre, él deseaba llevarles hasta donde vivían algunos productos, como peines, espejos, cremas, ciertos abarrotes, etcétera.

Llenábamos el cajón con todas las mercancías que cupieran. Luego mis cuatro hermanos nos íbamos caminando hacia el pueblo vecino, a un kilómetro y medio de distancia. Eran mis hermanos mayores, de 12 y 13 años de edad, quienes cargaban el cajón, pues yo tenía alrededor de siete años; mi otro hermano, nueve años.

En dicho poblado la hacíamos de pregoneros para anunciar la mercancía que vendíamos.

* * *

Debo decir que en 2011 viajé a Villahermosa, Tabasco para impartir, el 27 de abril, una conferencia en el 8º. Congreso Nacional de Trabajo Social, intitulada “Políticas sociales en grupos vulnerables”. En esa ocasión, la licenciada en Trabajo Social María del Carmen Pérez Guillén me relató la experiencia que tuvo en 1992 cuando era jefa de Relaciones Públicas del Centro Médico del Instituto de Seguridad Social del Estado de Tabasco (ISSET), realidad que hoy se ha vuelto más común en la población de escasos recursos de esa entidad, y de muchas otras:

En el área de pediatría de ese nosocomio estaba internado un infante desnutrido que tenía una enfermedad gastrointestinal. Su madre se encontraba en el pasillo con su otro hijo, de seis o siete años de edad. Dicha funcionaria se acercó a ella y le preguntó que si ya había desayunado el niño. La señora le dijo que *no*.

Entonces la invitó a que pasara al comedor a fin de que su pequeño comiera algo, pues ya era tarde. La progenitora del menor le dijo *que no podía hacerlo*. Ante tal respuesta, la funcionaria quiso saber el motivo. La madre, compungida, le expresó lo siguiente: “¡Sólo puedo darle de comer a mis hijos una vez al día; si ahora le doy a este niño, se va a acostumbrar y yo sólo puedo alimentarlo una vez al día!”.

La pobreza lacerante que vive la mayoría de las personas genera desnutrición y diversas enfermedades. Además de la anterior, conozco muchas otras experiencias al respecto, una de ellas, que me llamó profundamente la atención, involucraba también a niños desnutridos, la cual sucedió en el Hospital Infantil de Morelia, Michoacán. Uno de los protagonistas fue el jefe de los Servicios Médicos, quien relató su experiencia dramática delante de 45 médicos pediatras, luego de mi conferencia en dicho nosocomio. Por falta de espacio, narro esa vivencia en el libro *Crisis, salud-enfermedad y práctica médica* (capítulo 30), mismo que se encuentra en mi página electrónica.

Con este preámbulo podrás, estimado lector, comprender por qué la acción de un empleado municipal, que se divulgó ampliamente en las redes sociales, al igual que en la televisión y en diversos periódicos, en julio de 2013, me resultó, al igual que a muchos, indignante.

Se trataba del caso de un niño indígena tzotzil de ocho años de edad que fue humillado en Villahermosa, Tabasco, por un inspector de mercados que lo

obligó a tirar al suelo la mercancía que vendía, la cual llevaba en una canastita del mismo tamaño que el cajón que mis hermanos y yo utilizábamos para vender en el pueblo vecino al mío, para ayudar a mejorar el ingreso familiar.

Mientras el sujeto se embolsaba parte de los productos del niño indígena, su compañera, otra inspectora, observaba el maltrato, dejando ver la máxima expresión de insensibilidad de un ser humano.

La vejación que sufrió el infante tzotzil me hizo rebelarme otra vez contra la injusticia; mis puños se crisparon y desee en ese momento, cuando veía las imágenes en la televisión, lo que muchos otros también pensaron: tener cerca a ese sujeto para hacerle ver su suerte. Seguro no me hubiera detenido para cobrarle cara la humillación que propinó al niño indígena.

Mas no sólo los empleados como los referidos son los culpables de esa discriminación y de la soberbia que muestran hacia la población. Sin duda, son los mismos gobernantes los que, con su arrogancia, alienan la prepotencia y el enriquecimiento ilícito, salvo sus escasísimas excepciones. Por ello, no era de extrañar que el gobernador de Tabasco se asignara en 2009, al igual que a sus funcionarios de elevado rango, un “bono de fatiga laboral”, además de todos los beneficios económicos de que ya gozaban.

El uso dispendioso de los recursos públicos afecta los programas sociales y, en especial el de atención a la salud, expuse en ese congreso al que me referí antes.

En aquella ocasión (27 de abril de 2011), en el Con-

greso Nacional de Trabajo Social, aproveché para relatar, con la autorización de la funcionaria referida, su experiencia con la madre y el niño desnutrido. Asimismo, recalqué la importancia de las actividades del trabajador social las cuales generan mucho desgaste mental-emocional, en especial en los hospitales. Entonces, les pregunté a los asistentes, en su mayoría mujeres, ¿si acaso no se fatigaban durante su jornada de trabajo?

La respuesta afirmativa y unánime de las profesionales no se dejó esperar, por lo que les sugerí que también solicitaran un bono de fatiga laboral, “a ver si el gobierno tabasqueño se los concedía”. La risa disimulada fue su respuesta.

El cuestionamiento a las autoridades estatales que hice en ese congreso de Trabajo Social fue en el sentido de “la malversación de los fondos públicos por parte del gobernador al asignarse para él y sus principales funcionarios, «bonos de fatiga», en tanto que se desatiende, por ejemplo, la necesidad de medicamentos en los hospitales públicos”. Dicha crítica la divulgó el periódico *El Heraldo de Tabasco*, el 29 de abril de 2011, p. 18A, el cual se encuentra en mi página electrónica.

Dos años después ese gobernante estaba en la cárcel acusado de varios delitos, entre ellos el de utilizar indebidamente los recursos financieros estatales y federales, encarcelamiento que resulta insólito en nuestro país, por la impunidad reinante.

Mi tío Ángel y el encuentro con su destino, cuando ya había *pisado la raya*

VOLVAMOS al pueblo en el que crecí. He dicho ya algunas de las virtudes de mi tío Ángel; además, era una persona muy sensible. Cuando mataron a su amigo tenía la misma edad que éste, sólo 26 años; ese hecho funesto entristeció su vida y lo volvió taciturno.

Antes de relatar un suceso que afectó seriamente a toda la familia, debo narrar algunas cosas de ese tío para mostrar la bondad de su alma.

Era un excelente jinete, pues montaba con maestría los caballos en campo abierto o en medio de cañaverales. Lo comprobé un día, cuando aún no cumplía los diez otoños.

Como me gustaba montar a caballo buscaba siempre la oportunidad de ir con él a acarrear el ganado que se metía a veces en los cañaverales. En esa ocasión iba “en ancas”, es decir, montado en la parte trasera de la montura.

Fue una experiencia que me gustó, pero también me llenó de miedo que aún recuerdo. De pronto mi tío forzó al caballo a dar su máximo esfuerzo y a toda velocidad atravesamos un cañaveral persiguiendo una vaca. Llevaba mi tío la rienda del caballo en la mano izquierda mientras que con la derecha me sostenía fuertemente para que no me cayera. No paramos hasta lazar al animal, ya que mi tío hacía también dicha tarea con relativa facilidad.

Cuando salimos del cañaveral mis brazos, que siempre los tenía descubiertos pues usaba camisas de manga corta, mostraban los cortes ligeros que me habían hecho las hojas afiladas de la caña de azúcar.

Meses después, mi tío se fue de bracero, aprovechando los acuerdos migratorios que habían firmado años antes México y Estados Unidos para proveer de mano de obra barata a este último país. Como era muy trabajador, al volver al pueblo un año después, traía el dinero que había ahorrado, además de una gorra aviadora, una gruesa chamarra y una pistola calibre 32, entre otras cosas.

Cabe aquí mencionar que mi tío Ángel participó como *extra* en la película “El Ciclón”, en las escenas que se filmaron en Morelos. Ése fue uno de los pocos filmes que llegaría a ver con mis hermanos en el cine “Radar” que llevaba funciones a mi pueblo, tal como lo relato en el capítulo 18.

* * *

Era un domingo, al poco tiempo de haber regresado de Estados Unidos, cuando el destino *llamó* a mi tío ya que *había pisado la raya*, al menos eso decían en el pueblo.

No tenía nada que hacer en la población vecina, distante un kilómetro y medio del nuestro; sin embargo, encaminó sus pasos hacia ese lugar para ver a un amigo. Algunas personas con las que se encontró en el camino lo quisieron persuadir de que no fuera, pues ya estaba cayendo la tarde, según contaron luego del funesto suceso. Él se empeñó en llegar a su destino. Su madre, mi abuelita, nos decía después, que desde el momento en que su hijo se despidió, se apoderó de ella un presentimiento.

Al rato llegó la noticia al pueblo; varias personas acompañaron a mi abuelito al poblado vecino a cerciorarse de la infausta noticia: en una cantina mi tío Ángel y su amigo habían sido apuñalados por la espalda, sin darles tiempo a defenderse; un sujeto drogado al que ni siquiera conocían los asesinó cobardemente.

El hecho criminal trascendió las fronteras de los dos pueblos y del estado de Morelos, pues la noticia la publicó el periódico *Excélsior* que aún se edita en la Ciudad de México.

La vida de toda la familia y del pueblo mismo se enlutó. Los presentimientos de mi abuelita se hicieron, desgraciadamente, realidad; ella trataba de resignarse en medio de su llanto y desesperación por haber perdido al hijo amado, el más bueno, según decía.

A veces, cuando se atrevía a hurgar en ese triste pasado, decía que Ángel no hubiera podido escapar de su destino pues ya había *pisado la raya*, ya que cuando alguien la pisa no puede evitar su muerte. La fatalidad se adueñó del alma de mi abuelita, y también de mis hermanos y de mí que aún no comprendíamos *a ciencia cierta* el significado de esa expresión propia de las personas mayores.

En la inocencia infantil entendíamos de otra manera dicha frase cuando apenas teníamos *uso de razón*, como se dice todavía en los pueblos. Por ello, evitábamos pisar las rayas que había en los escasos pisos de concreto de las casas o en ciertos lugares como nuestra escuela, por si acaso...

Al siguiente día del entierro de mi tío, se inició su *novenario*; asistió una gran multitud a rezar por el descanso del alma de mi tío, y también como una forma de sosegar el espíritu de los vivos. Sin embargo, una noche, después del rezo, mi madre y mi hermana vivieron una experiencia aterradora que me afectó durante muchos años, y seguramente a mis hermanos también, aunque nunca hablamos de ello para no revivir cosas que, al menos a mí, me llegaron a alterar emocionalmente.

Relataré en el siguiente capítulo esa experiencia tal como la narraron mi hermana y mi madre, cuando en su *novenario volvió* mi tío.

**Mi tío Ángel “se hizo presente”
en mi casa, durante su
*novenario***

S IEMPRE doy pruebas de lo que digo, pues mi formación en el campo de la ciencia me obliga a ello y a exigirle a los demás los elementos objetivos que confirmen la veracidad de los hechos que exponen o en los que se apoyan para fundamentar sus clases, conferencias o discursos. En esta ocasión no es dable hacerlo pues no fui testigo directo de un suceso que alteró durante muchos días la tranquilidad de la familia.

Como he relatado en uno de los capítulos, mi padre tenía una tienda; el almacén donde se colocaban las mercancías era como una pared que permitía formar un cuarto de un metro y medio de ancho en el cual dormía mi hermana. Era, pues, la trastienda, que servía además para colocar los bultos de azúcar.

Una noche, al volver mi madre y mi hermana del rezo que se hacía en la vivienda de mi abuelita, a dos casas de distancia de la nuestra, sucedió lo inesperado.

Cuando ellas entraron por la puerta del negocio encendieron la luz, como en los días anteriores; no obstante, permanecía en penumbras la parte de la trastienda. Al dirigirse al fondo de ésta, donde estaba la cama de mi hermana *vieron*, según ellas, la figura de mi tío Ángel, ensangrentada, encima de los bultos de azúcar. El grito de terror nos despertó a mi padre y a mí, que dormíamos en el cuarto contiguo. Todavía alteradas por la *visión* nos contaron su *experiencia con lo sobrenatural*.

Tal hecho me afectó seriamente durante años, y sólo pude superarlo cuando mi formación en el campo científico se impuso al iniciar mis estudios universitarios.

Antes, durante mi adolescencia, se me hacía cuesta arriba cuando mi padre cerraba la tienda para comer o cenar. Cabe mencionar que el comedor y la cocina estaban situados en otra casa; un pasillo había entre ésta y la tienda. Si mi madre me pedía ir por un producto al negocio, que estaba a oscuras, debía pasar por la trastienda; entonces un escalofrío invadía mi ser, lo reconozco, soy humano.

Al salir, del pueblo para iniciar en la Ciudad de México mis estudios universitarios, se impuso la concepción científica de la realidad, y ello me ayudó finalmente a acabar con la idea aún existente en los pueblos de América Latina y, seguramente, de muchas partes del mundo, de los *espantos*, *fantasmas* o *aparrecidos*.

Sin embargo, continuó respetando las creencias de la gente, pues quienes han vivido en algún pueblo comprobarán, en muchas pláticas de sobremesa, que los relatos como el que describo se consideran *algo normal* en la vida de los lugareños.

Años después toda la familia y amigos de mi tío Ángel seríamos testigos de un hecho que para muchos significaba que se cumplía el adagio popular de nuestros ancestros: “*El que a hierro mata...* “. En el capítulo que sigue doy cuenta de ese suceso.

**La muerte de un ser humano,
que no era *humano*, me causó
mucho alegría**

EL sujeto que mató a mi tío y a su amigo huyó del pueblo vecino, donde vivía. Se supo después que radicaba en el estado de Veracruz y al poco tiempo se casó. En un cruce de su borrachera con las drogas le reveló a su mujer el secreto infame: las muertes que debía en su tierra natal. La señora, según supimos, lo denunció a la policía y lo encarcelaron.

Pasaron los años sin preocuparnos ya por quien trunció la juventud de dos seres humanos. Pero en cierta ocasión se acabó la tranquilidad de toda mi familia pues el asesino había sido puesto en libertad y abrió la boca de más: “buscaría a la persona que lo mandó al *bule* (cárcel) por su innoble acción, para vengarse”. Y esa persona era, supuestamente, mi padre, quien tomó todas las providencias para hacer frente a tal amenaza.

Puso en la tienda, al alcance de la mano, el revólver calibre 38 que teníamos en ese entonces, pues jamás pensó cerrar la tienda y refugiarse en otra parte. Mi padre nunca se acobardó y esperó, preparado, al ser

humano, *que no era humano*; todos estábamos al pendiente por si se presentaba a cobrar venganza. Aunque no lo conocíamos físicamente, en los pueblos pequeños, como era el mío, fácilmente se detecta a los extraños.

También el regreso del criminal al pueblo vecino, donde él vivía, alertó a mi abuelito Eusebio que, si bien era un ser pusilánime, amaba realmente a su hijo, pues lo vi llorar en el sepelio.

Fui testigo de una plática que tuvo con don Crisóforo, su amigo de siempre, quien estaba de visita (¿o lo mandó traer?) en la casa de mi abuelo. Ambos estaban planeando la venganza; tenían la pistola calibre 32 que mi tío Ángel había traído de Estados Unidos cuando trabajó como bracero en ese país. Ellos no me vieron ya que yo estaba escondido detrás de unos bultos de maíz.

Mi abuelita se dio cuenta de lo que ellos tramaban. Pese a su dolor, seguía manteniendo su carácter enérgico, por lo que les exigió no llevar a cabo su venganza; se impusieron sus creencias religiosas.

Pocos meses después nos llegó la noticia que le devolvió la tranquilidad a mi familia, y en el fondo, nos alegró a todos: como el asesino de mi tío ya debía otras muertes, alguien no esperó más para hacerse justicia por su propia mano. Entonces, empezó a correr la idea, que se ha convertido en un proverbio popular y, por tanto, forma parte de la cultura de muchos pueblos del mundo: ¡El que a hierro mata... !

***Agonía y recuperación de
mi abuelita. Un hecho que
desconcertó a todo el pueblo;
después, mayor sería el
desconcierto***

CON la muerte de mi tío Ángel, mi abuelita vio derrumbada toda su existencia, y se volvió más dura, quizá para sobrellevar su pena. Como la mayoría de las mujeres de su tiempo, desde niña trabajó siempre, cumpliendo duras faenas tanto en el campo como en el hogar. Su cuerpo estaba ya acabado por el trabajo duro y por carecer de la alimentación apropiada para vivir sin problemas sus últimos años.

Era agosto de 1972. Yo estaba en el pueblo por las vacaciones de verano cuando mi abuelita cayó seriamente enferma; su situación se agravó aún más pues empezó a dar señales de que su recuperación resultaba imposible.

Me tocó presenciar cómo moría, poco a poco. Los vecinos del pueblo, y de otros lugares donde tenía familiares, la iban a ver para despedirse de ella. Había

razón para aceptar el desenlace inevitable pues la agonía se hizo presente un día de agosto de ese año, como a las cuatro de la tarde.

Ya en la noche los estertores de la muerte hicieron su presencia en el cuerpo agotado de mi abuelita, quien era analfabeta. Por ello, nos extrañaba cuando en esos últimos momentos de su vida empezaba a hablar, como si estuviera ya *en el umbral del paraíso*, según se dice en diversas religiones, idea que respeto aunque no la comparto.

No era su voz, ni sus palabras, pues utilizaba términos que jamás llegó a emplear; el tono en que pronunciaba las frases que salían de su boca no era el suyo: se refería a los pececitos de colores hermosos que veía, y describía con detalle sus otras *visiones*.

Ante la muerte inminente de mi abuelita llegaron muchas personas con veladoras pensando que había ya dejado de existir. Sin embargo, cesaron los estertores que, en muchos casos, preceden a la muerte. Poco a poco se recuperó; desapareció entonces la palidez y rigidez de sus manos que sostenían un cirio (que se coloca en las manos del moribundo en muchos pueblos, como forma de mostrar que está ya preparado para partir). Durmió la noche sin sobresaltos, mientras todos estábamos en vela.

Al otro día, temprano, fui testigo de que pidió que la sentaran en su cama y que le dieran sus frijolitos y tortillas, y entonces la tranquilidad volvió a la familia; pero en la tarde, casi a la misma hora volvió a presentarse el mismo fenómeno, la agonía de mi abuelita,

presagio de su fallecimiento. Sin embargo, volvió a recuperarse.

Fui testigo de su *agonía* y recuperación durante dos semanas; la naturaleza fuerte de su organismo pudo más y al menos en esa fecha alejó la muerte de su vida.

Ya de vuelta a la normalidad un día mis padres vieron a mi abuelita bajar del camión que iba de Cuernavaca al pueblo; la acompañaba un nieto.

Como la tienda estaba en un lugar en alto, y para evitar el calor, mis progenitores se sentaban, cuando no había clientes, a un lado de la puerta. Mi padre le preguntó a mi madre de dónde venía mi abuelita: “del entierro de fulano...”. Esa persona, recordaban mis progenitores, había asistido a *velar* a mi abuelita; ahora ella acudía a enterrarla “para pagarle la visita”, digo yo.

Así pasaron los meses y los años. Acompañada siempre de un nieto acudió, en total, a 19 velorios o entierros de los mismos lugareños que fueron a darle el último adiós, cuando ella estaba *agonizando*. Se dio el lujo de “llevarse por delante” a todas esas personas.

El relato, verídico, no termina aquí. Como preámbulo a un epílogo que entristeció mi vida, sirvan las siguientes palabras.

Mi padre era un hombre muy fuerte; hacía sin dificultad todas las actividades físicas propias de una tienda y, además, meditaba. También realizaba los ejercicios de Yoga que aparecían en el libro que le compré, de Indra Devi, *Yoga para todos*. Asimismo,

utilizaba el curso de Charles Atlas para ejercitarse físicamente, al cual me referí en otro capítulo.

Él tenía ya muchos años de no fumar y se jactaba siempre de ser un hombre saludable. Con su sabiduría y fortaleza física y espiritual, fue un gran apoyo para sobrellevar la muerte inminente de mi abuelita.

Por eso, concluyo este relato revelando algo que desafió nuestra seguridad en la fortaleza indomable de mi progenitor, quien jamás mostró padecimiento alguno.

Cuando menos lo esperábamos él enfermó de enfisema pulmonar y, en pocos meses, su voluntad de vivir fue vencida por la naturaleza maltrecha de su organismo. Un día de junio de 1979 dejó de existir, mientras mi abuela seguía viviendo, algo que al menos a mí me resultaba inconcebible, por todo lo que he dicho. Ella nunca supo de su muerte; se la ocultamos para que no la afectara, ya que realmente lo quería.

* * *

Al escribir estas líneas, que me llevan a evocar la muerte de mi padre, recuerdo los versos de su poesía, cargados de emoción, escrita en uno de los capítulos anteriores, y que me hacen suspirar.

Era un hombre maravilloso que debió vivir muchos años más para brindarnos su sabiduría y comprensión, y seguir alentándonos en la lucha cotidiana para no desmayar ante los nuevos desafíos. Transcribo aquí esos versos:

“Cuando en la lucha llegue mi deceso
no levantéis mi ESPADA con DOLOR,
estará mi cuerpo inerte, pero ileso
porque lo embalsamará el HONOR”.

Cabe rememorar aquí que luego de su muerte no hubo noche que no soñara con mi padre. Los sueños eran tan nítidos que me llevaron a cavilar en muchas cosas. Fue necesario que recurriera a una psicóloga para que tratara de darme una explicación racional, si es que la hubiera.

Finalmente, en septiembre de 1979, siete años después de su *agonía*, y a cuatro meses del deceso de mi progenitor, el cuerpo agotado de mi abuelita Concepción sucumbió a tantas carencias, no sin antes “llevarse por delante” a 20 personas que fueron a *presenciar su agonía*, entre ellos a mi padre.

* * *

Antes de finalizar este capítulo cabe revelar algo que me sucedió a mediados del 2013 cuando el proyecto de escribir *Evocaciones. Vivencias personales* estaba en ciernes: volví a soñar varias veces con mi padre. Entonces apresuré el paso... para acabar cuanto antes los relatos que ya casi termino de contar a fin de incluir, en un anexo, las poesías de mi progenitor, *In memoriam*.

Rescate de una joven secuestrada en el estado de Morelos

YA casi llegamos al final de este camino. Hagamos un alto para relatarte dos hechos que deberían ir en el segundo tomo de *Evocaciones. Vivencias personales*. Pero quizá tarde un poco en relatar las vivencias personales relacionadas con mi primera juventud y la edad adulta. Por ello, adelanto aquí, y en el siguiente y último capítulo de esta obra, algunas experiencias que pusieron en peligro mi vida. Comparto esos momentos contigo, estimado lector, como un preludio para la lectura del segundo tomo de estas evocaciones.

Anhelo que pronto volvamos a encontrarnos para proseguir con los relatos inéditos sobre mi existencia. ¿Puedes esperarme unos meses para que salgan a la luz?

* * *

10 de mayo de 1974. Son alrededor de las cinco de la tarde. El calor en mi pueblo natal donde me

encontraba en esos momentos era todavía intenso. Había llegado por la mañana de la Ciudad de México en mi *Maverick*, un carro potente, de ocho cilindros. Ese día, como sabemos, se festeja en México el “Día de la Madre”.

En la población donde nací la gente se reúne en la escuela primaria (en la que estudié) para presenciar la ceremonia organizada por los maestros y alumnos. El poblado tenía entonces, como ya lo dije, sólo una “avenida principal” que era de terracería y llena de baches. Mi casa estaba situada en esa calle, frente al *asoleadero* que también servía como cancha de básquetbol.

Aunque no es mi deseo referirme en este tomo de *Evocaciones* a la problemática sociopolítica en la que estaba envuelto en esa ocasión, debo hacerlo, para contextualizar los hechos.

Un año antes había dirigido los principales movimientos campesinos de mi estado natal (que detallo en mi libro *Teoría e investigación militante*).

Las circunstancias complicadas que yo vivía, por haber afectado intereses de los grupos dominantes de esa entidad, me obligaban a estar siempre armado, y cuando salía a alguna población, me acompañaban lugareños que fungían como guardaespaldas.

Además, la práctica política me enseñó a tener mi carro, un *Maverick* clásico 1970-71, siempre listo para salir de la cochera, de frente, no de reversa. Así, ahorra tiempo, en caso de ser necesario.

En esa ocasión, 10 de mayo, como decía al principio, hacía mucho calor y yo andaba en sandalias; además, ya había dejado el arma en la habitación. Cabe mencionar que mi tío Fernando vivía en una casa contigua a la de mi familia. Como se dio cuenta de que había llegado al pueblo fue a platicar conmigo antes de irse al festejo de las madres.

Salimos al patio de la casa para conversar sin tanto calor; nos recargamos en la barda de mampostería que limita con la calle de terracería.

Por los baches, los vehículos avanzan con cierta lentitud, y más si son “bajitos”. En cierto momento vimos que un carro *Volkswagen* se acercaba, sin que le prestáramos mayor atención. De pronto, y sin esperar, una mujer me gritó: ¡**“Raúl, ayúdame, me llevan a la fuerza”!**

En ese instante no supe de quien se trataba. Sin pensarlo dos veces le grité a mi tío que abriera el zaguán; de inmediato cumplió la orden y de nuevo le grité para que se subiera al carro, dejando el portón abierto, pues no había tiempo que perder. La adrenalina se elevó rápidamente, eso creo, ya que conducía el *Maverick* a toda velocidad por la calle de terracería, para tratar de alcanzar al vehículo en el que llevaban a la joven.

Como he dicho, mi carro tenía una gran potencia, lo que me permitió reducir rápidamente la distancia, y medio kilómetro más adelante, justo en una vuelta, al final del pueblo, sin medir el peligro, con el vehículo le cerré violentamente el paso al *Volkswagen*. La acción fue tan rápida que los secuestradores

se desconcertaron con mi sorpresiva llegada (aunque el más desconcertado luego sería yo por no haber medido las consecuencias); abrí con violencia la portezuela de su carro y ante su asombro, pues estaban armados, rescaté a la joven que se encontraba semi-inconsciente. En brazos la llevé al *Maverick* y a toda velocidad conduje de vuelta a casa para atenderla.

Aunque no la reconocí en el momento en que me pidió auxilio, por la rapidez con la que sucedieron los hechos, luego la identifiqué, cuando regresaba con ella. La joven I.* era novia de un amigo mío con quien estudié la secundaria; a ella la había visto con él en dos o tres ocasiones, en el municipio donde vivían.

Todavía sin darme cuenta cabal de todo lo que estaba viviendo en tan pocos minutos, le pedí a mi tío Fernando que buscara a mi madre para que trajera un analgésico y alcohol, y también para que nos ayudara a atender a la chica que había sido ultrajada sexualmente y golpeada por su ex novio, E. B.* a quien acompañaban otros dos sujetos, armados, según nos comentó la joven cuando empezó a recuperarse. También nos dijo que había sido secuestrada cinco horas antes, y que en ciertos lugares de otros pueblos por donde pasaron pidió auxilio; algunas personas quisieron ayudarla pero las armas de sus raptos las hicieron desistir.

La salida intempestiva de mi casa en persecución del carro, alertó a un amigo, Narciso, que estaba sentado frente a mi casa, en la cancha de básquetbol,

*Por razones obvias se omite el nombre.

junto con otros lugareños; esperaban el momento de trasladarse a la escuela primaria para el festejo del Día de las Madres. Narciso se acercó a preguntarme qué pasaba; lo puse al tanto de lo acontecido y del plan de acción para resguardar a la joven.

Luego de que tomara el analgésico y mi madre le diera una “friega de alcohol” en las partes adoloridas del cuerpo, le pedí a mi tío y a Narciso, quien vivía muy cerca, que fueran por sus pistolas, mientras yo hacía lo propio. Los tres llevamos a la chica a su casa, situada en la cabecera municipal, a siete kilómetros de distancia del pueblo.

Cuando llegamos sus familiares nos pusieron al tanto en el sentido de que ya la policía andaba buscándola para rescatarla; se había puesto en alerta a las fuerzas policiacas de otros municipios para que colaboraran.

Durante más de dos horas platicamos con los familiares y amigos de la joven que se habían reunido en su casa. Cuando regresamos al pueblo, mis padres estaban preocupados, pues nos dijeron que los secuestradores, repuestos de la sorpresa, habían ido a la casa a preguntar por la joven, mostrando discretamente sus armas.

Mi progenitor, creo que en fondo de su corazón, estaba orgulloso de la manera como procedí, pero ello no impidió la “reprimenda sutil” que me endilgó por la osadía de no medir el peligro. Fue entonces, una vez que la adrenalina volvió a su normalidad, que comprendí que el desenlace pudo haber sido otro.

La policía detuvo a las pocas semanas a los delinquentes; la Procuraduría de Justicia de Morelos me giró un citatorio para ir a declarar a Cuernavaca como “testigo de cargo”. Los secuestradores recibieron una justa sentencia. A la chica ya no la volví a ver, aunque a veces recuerdo su rostro que expresaba el sufrimiento por el ultraje sexual y los golpes, así como el relato de su pesadilla.

* * *

Meses antes, cuando el otoño dejaba caer sus últimos recuerdos, sucedió, en ese mismo lugar, de donde inicié la persecución para rescatar a la joven secuestrada, un hecho que tal vez relate con detalle algún día, en el invierno de mi vida, cuando la memoria aún no me falle: un mancebo soñador, al que poco conocía, pensó en hacer realidad su quimera con la cual quizá también soñara su virginal y hermosa quinceañera.

Cierto día, en el que el pueblo parecía desierto ya que apenas amanecía, ese hombre decidió, obligado por las circunstancias y en medio de la vorágine en la que vivía, raptarse a la núbil doncella para conocer los arcanos de su novia bella.

Emulando las hazañas de los caballeros de antaño, en su moderno corcel partió veloz con ella, llevando también sus anhelos y pensamientos; se enfiló entonces hacia la salida del pueblo por el camino polvoriento; se dirigió hacia un destino por demás incierto. Una nube de polvo envolvió su huida y seguramente

su existencia,... y la noticia se divulgó allende las fronteras de ese pueblo que vivía sin entusiasmo, y que horas más tarde saldría de su marasmo por el suceso inaudito..., ¡y en ese día, y en ese momento, también yo estaba ahí!

* * *

Quizá en el segundo tomo de *Evocaciones. Vivencias personales* revele la trama de lo que verdaderamente sucedió ese día “cuando el otoño dejaba caer sus últimos recuerdos”. No es una novela, pues lo que pasó en esa fecha fue verídico, totalmente real, recalco.

Si narro los sucesos podrás comprender, considerando también este capítulo y el que sigue, que la realidad supera muchas veces la imaginación del mejor novelista; por esta razón, desde mi adolescencia, ya no escribo novelas, pues...

Mientras llega ese momento te propongo que te adelantes e imagines la trama. Por favor, envíala a mis correos para que se publique con tu nombre completo, en el apéndice de la versión electrónica de esta obra. Un dato para descifrar lo que ocurrió en aquella ocasión se encuentra en uno de los capítulos del libro.

Víctima de un secuestro exprés. Estrategias para sobrevivir y, luego, sonreír

A veces la vida nos lleva a vivir situaciones opuestas a la relatada en el capítulo anterior, tal como me sucedió 24 años después de haber rescatado a una joven secuestrada, según lo narro en el capítulo anterior.

El 19 de febrero de 1998 fui víctima de un secuestro exprés. Viví entonces algo de la realidad que enfrentó esa chica. Serían como las siete de la noche. Venía de revisar una nueva edición de mi primer libro, y *tomé* un taxi *Volkswagen* para volver a casa. El conductor era bastante joven y se mostraba nervioso. Me preguntó dónde trabajaba. Le dije una pequeña mentira, pensando siempre en lo que se nos recomienda cuando hablamos con extraños, de no dar información personal. Le respondí que era “revisor de pruebas” en una editorial.

El viaje transcurrió sin novedad, pero justo cuando se detuvo en la esquina de la calle donde vivo se

subieron dos tipos en forma atropellada. De momento pensé que se peleaban por *ganar* el taxi, pero luego de sus improperios y los golpes caí en la cuenta de lo que se trataba. Uno de ellos, que se había sentado dentro del espacio que hay en ese tipo de vehículos cuando se les quita el asiento del copiloto, me preguntó en dónde trabajaba; le di la misma respuesta que al taxista; revisó mi portafolio y coincidió con lo que le dije: sólo había papeles...

Antes de continuar, debo mencionar que semanas atrás el director de la editorial que publica la mayoría de mis obras había sido asaltado en un taxi. Llevaba tarjetas de crédito y de presentación, un elegante traje y un portafolio de ejecutivo. Los delincuentes se ensañaron con él pensando en que debía llevar bastante dinero.

A causa de esa experiencia que me había contado, me propuse ir vestido de otra forma cuando fuera a la editorial a revisar algún libro. En esa ocasión, 19 de febrero de 1998, estaba trabajando en la Ciudad Universitaria (México) y tenía que ir a la editorial. Pese a la prisa que llevaba, me di tiempo para volver a casa a fin de “modificar mi apariencia”, y poder así viajar en el transporte público, *el metro*, situado de casa a 15 minutos de camino a pie.

Cuando volví de Ciudad Universitaria aproveché, pues, para dejar el carro en mi domicilio y cambiarme. Me quité el traje y me puse un saco *sport*; me deshice de la tarjeta de crédito y me llevé un portafolio más modesto, al igual que una cartera que había comprado

en el metro, de escaso valor. También cambié mis anteojos, por otros “viejitos”, un tanto anticuados.

El secuestrador revisó mi portafolio y encontró sólo hojas escritas, por lo que procedió a devolvérmelo, mientras que el otro asaltante me amagaba con un arma; me exigió entonces que le entregara el saco; vio los bolsillos, y me lo regresó. Con improperios me pidió mi cartera; tenía 260 pesos, retiró el efectivo y me la devolvió. Le tocó el turno a mis lentes; los revisó y un tanto molesto me los entregó. Después de media hora de amenazas, y de vivir momentos angustiosos por la incertidumbre, me dejaron en una zona con poca iluminación con la advertencia de que no debería voltear a verlos cuando me bajara del taxi pues si lo hacía me dispararían...

Logré llegar a la avenida; me subí a un taxi; el conductor me inspiró confianza y le conté lo sucedido.

Luego de que mis familiares me dieran el pago del viaje y entré a casa, me preguntaron si algo había pasado; les relaté lo del secuestro y robo, y cómo sucedió, refiriendo la “sorpresa” de los delincuentes al no conseguir el botín deseado. Entonces una de mis hijas, aún adolescente, esbozó una tierna sonrisa, y me dijo: ¡Ay papito, como te vieron *muy fregado*, se compadecieron de ti y por eso no te hicieron más daño...!

* * *

Con el anhelo, estimado lector, de volver pronto a encontrarnos por los caminos de la vida, concluyo esta primera parte de *Evocaciones. Vivencias personales*.

Lo hago con los siguientes versos que, como ya he dicho, nos dedicó mi padre, Francisco (la poesía está completa en el capítulo 34). Ahora te los entrego a ti, estimado lector, para que los guardes mientras que yo recorro el sendero que me llevará de nuevo a tu camino, si me lo permites. ¡Enhorabuena por haber llegado hasta aquí!

“Como os parezca pueden tomar esto
que aquí he escrito con falta de talento;
de mi vida, es un relato modesto,
pero es la *verdad* su complemento”.

Índice

Anexo I

- 1) Comedia completa y dos novelas inconclusas escritas durante mi pubertad. Por falta de espacio no incluyo otra novela 231
- 2) Al final de cada novela inconclusa te hago, estimado lector, una propuesta 308

Anexo II

Poesías escritas durante mi infancia-adolescencia. 375

Anexo III

Poesías escritas por Francisco Rojas García, mi padre 405

Anexo IV

Glosario con los vocablos de uso poco común usados en esta obra 417

Anexo I

Comedia completa y dos obras inconclusas de mi pubertad, mismas que fueron escritas directamente en la máquina de escribir, pues en la época en la que se redactaron se carecía de los recursos tecnológicos actuales que permiten fácilmente la corrección del texto infinidad de veces. Sólo en una de ellas se hizo una primera versión de algunas páginas, las cuales sirvieron de borrador.

Al final de cada obra inconclusa te presento una propuesta, estimado lector.

La siguiente comedia de teatro la envié a un concurso de la Secretaría de Educación Pública de México. Véase la carta de esta dependencia federal y la portada original, junto con algunas hojas de esta obra, en mi página electrónica: www.raulrojassoriano.com (Biografía: *Escritor y poeta en ciernes*).

Secretaría de Educación Pública
Dirección General de Acción Social
Departamento de Acción Educativa

Concurso de obras teatrales para alumnos de
secundaria

“La fuerza del amor”*

Comedia teatral de fantasía

Autor: “El pensador azteca” (seudónimo)

Tetecalita, Morelos, a 6 de enero de 1964

Raúl Rojas Soriano

*Se respetó la redacción y puntuación, así como la grafía y presentación original del texto.

“La fuerza del amor”

Comedia teatral de fantasía

Autor: Raúl Rojas Soriano
“El pensador Azteca”

Personajes que intervienen en esta obra:

DON JOSÉ SANTA MARÍA

DOÑA ANA GONZÁLEZ

DON LUIS GARCÍA

DIEGO GARCÍA

BEATRIZ (HIJA DE DON JOSÉ)

DON ANTONIO (HIJO DEL COMENDADOR)

EL COMENDADOR

Este acto se desarrolla en las orillas de una bella ciudad de España (Granada).

BEATRIZ, triste y melancólica, ha salido al jardín en una bella noche después de que sus padres se han dormido; la bella joven se siente sola por la falta de un verdadero amor que dé aliento a su vida obscura y triste.

ACTO PRIMERO
Escena primera

BEATRIZ.— ¡Heme aquí, noche serena
contemplando tu mágica belleza
y sintiendo mi amarga pena
que me mata de tristeza!
¡Oh, luna que en el cielo,
tu silueta siempre vaga...
ayúdame a conseguir mi anhelo
que es la luz que siempre apaga
la sed de amor ardiente!
¡Oh, noble y diáfano cielo
que de tal modo consiente
que se marchite mi juventud!
¡Oh, divina quietud,
os ruego con fervor
que me des una ilusión
y no me matéis de amor!
Me siento en la soledad
que se apoderó de mi corazón
y por eso tengo ansiedad
por tener una ilusión.
Ayudadme Dios mío,
para soportar mi pena
que a mi alma llena
de un amor para vos impío.
Sólo te pido con vehemencia
y con profunda humildad
que llegue a mi existencia
el que me ha de quitar la soledad.

¡Oh, luna divina!,
tú que ves el amor
que el cielo nos destina
decidme por favor
si hay el amor de un hombre
que ha de llegar a mí...

(Pausa. BEATRIZ quedase mirando hacia la reja del bello jardín por donde un apuesto joven la mira)

¿Quién sois el que está allí?

DON LUIS.— No os asombre bella joven radiante...

BEATRIZ.— ¿Qué hacéis allí? ¿Su nombre?

DON LUIS.— ¿Mi nombre?... Un amante de la gran naturaleza y a vos miraba.

BEATRIZ.— ¿Desde cuándo estabais allí?

DON LUIS.— Desde que usted al jardín salió.

BEATRIZ.— ¿Y decís que sois un amante de la gran naturaleza?

DON LUIS.— Sí, mas ahora un galante de su tierna belleza pues os admiro...

BEATRIZ.— Mas, ¿cuál es su nombre?

DON LUIS.— ¿Mi nombre?

BEATRIZ.— Sí, joven galante...

Escena segunda
“La llegada de Don Luis”

(Al levantarse el telón se supondrá que es de mañana)

DON LUIS.— ¡Hola estimado señor Santa María!, llegué ayer a la bella Granada y vine en este hermoso día para saludar a la mujer amada, pues mucho tiempo ha*, que pensaba venir a esta alegre y feliz ciudad para saber si Beatriz aún me amaba ya que sentíame en una amarga soledad.

DON JOSÉ.— ¡Hola Don Luis!, su cordial visita a esta morada será dichosa; pero pase que la familia os invita.

DON LUIS.— Gracias amigo mío, y que mi compañía para su familia no resulte penosa.

DON JOSÉ.— Descuide Don Luis, y por su llegada a esta maravillosa ciudad de Granada fiesta habrá en este exquisito día.

DON LUIS.— Gracias, no podría de sus labios escuchar negativa respuesta, mas** antes le digo que aunque soy un sincero amigo espero que no lo vaya a molestar.

DON JOSÉ.— Descuide Don Luis, pues sé quién es.

DON LUIS.— ¿En mí confía tal vez?

DON JOSÉ.— Claro, Don Luis ya que mucho consiento que sea de mi hija un amante.

DON LUIS.— Don José habla cual inspirado galante, pues amor por su bella hija siento.

*Ha, apócope de: *hace*

** Mas (sin acento): *pero*

DON JOSÉ.—Siendo de mi Beatriz un segundo Dante; espere Don Luis un breve momento, no me tardo vuelvo en seguida voy cual tormentoso y temeroso viento/ para prevenir su honesta visita a la familia que en este umbral habita pues en esta mañana bella y florida/ fiesta habrá por su cordial visita.

DON LUIS.—Gracias Señor Santa María por su amable recibimiento.

DON JOSÉ.—No tenga cuidado Señor García y espero que acepte mi ofrecimiento. (*Se vuelve para llamar a su mujer e hija*). Ana, Ana, mujer por Dios, ven con Beatriz para acá, pero pronto vengan las dos que un sincero amigo aquí está.

DOÑA ANA.—Un momento que estamos Beatriz y yo muy ocupadas, pero calma que ya vamos. (*Llegan las dos mujeres a la estancia en donde se encuentran los dos hombres*).

DON JOSÉ.—Pasen, pasen una gran noticia que nuestro sincero y fiel amigo Don Luis, hombre sin rasgo de malicia, ha aceptado esta casa por abrigo. Viene a nuestra humilde morada para saludaros, ya que su corazón una amistad profunda encierra y es que viene de lejana tierra por una secreta y sola razón. Preparadle pues un aposento en donde penetrar pueda el tibio viento que provenga del florido rosal, para que pase una noche feliz e ideal. (*Los cuatro se dirigen hacia el comedor*).

Escena tercera

(DON LUIS y DON JOSÉ *se hallan sentados en una rústica mesa*).

DON JOSÉ.— Sentaos Don Luis

DON LUIS.— Después de vos.

DON JOSÉ.— Servid vino del bueno Ana que por nuestra amistad brindaremos y en esta feliz y bella mañana por beber vino empezaremos.

DOÑA ANA.— Al momento Señores... (*La anfitriona se dirige y sale por una puerta y DON LUIS ve hacia el jardín*). (*Cual inspirado declamador empieza a hablar*).

DON LUIS.— ¡Oh, qué hermosa es su mansión! Un jardín con perfumadas y bellas flores, una fuente de linfa cristalina y pura en la cual parecen nacer tiernos amores. ¡Oh, numen* amado, dadme más inspiración! para cantar con dulce ternura lo que hay en mi pobre corazón. (*Prosigue moviendo un poco el rostro hacia un lado en donde habrán de hallarse montañas supuestas*).

Allá en lontananza, cerros que parecen al cielo darle un armonioso beso, más allá otros que la vista desaparecen. ¿Quién pudiera saber eso?

¿Quién osara penetrar en el arcano? y conocer el singular secreto que existe allende** aquel monte en donde el dominio del ser Humano se pierde confundido con el horizonte.

* Numen: *Inspiración*.

** Allende: *Más allá de*.

¿Quién quisiera hacer temible reto? y conocer do* los ambiciosos hombres no dominan, donde no hay esclavos, ni señores, ¡no existen nombres! Ni maltratos ni tampoco alabos. (*Extasiado se queda mirando hacia los supuestos montes*).

DON JOSÉ.— Don Luis... ¿En dónde aprendió Filosofía?
¿En Salamanca o en la hermosa Sevilla?

DON LUIS.— Nada de eso señor Santa María— pues es filosofía fácil y sencilla.

DON JOSÉ.— Bebamos pues el sabroso vino que ya se me acaba el paladar.

DON LUIS.— Bebamos y brindemos por nuestro destino que no nos sea adverso para amar.

DON JOSÉ.— ¡Salud, mi estimado amigo!

DON LUIS.— Salud y que el cielo sea testigo. (DON LUIS *se queda observando las blancas copas y exclama*).
Estas blancas copas hechas de fina Porcelana ¿Acaso fueron traídas de Barcelona?

DON JOSÉ.— Claro, Don Luis, claro que sí, esas bellas copas son de allí.

DON LUIS.— Pues bellos son sus relieves ni muy alterados ni tampoco leves. (DON JOSÉ *vuelve la vista hacia la puerta para llamar a su mujer*).

DON JOSÉ.— Más vino, Ana, que la ansiedad por beber casi me mata. Pero pronto mis órdenes acata, trae más de ese sabroso vino.

DOÑA ANA.— Un momento señores que ya voy.

DON JOSÉ.— ¡Bien!, y vuelve en seguida.

* Do: Apócope de *donde*.

DOÑA ANA.—No me tardo que en un momento aquí estoy con la fresca y sabrosa bebida.

(Se va y vuelve a entrar).

DOÑA ANA.—Aquí está ya y por cierto se ve muy exquisito.

DON JOSÉ.—Ya veo, pues aún no estoy muerto e invitarlo de nuevo me permito.

(Desaparece y entra BEATRIZ, hermosa hija de aquellos señores).

BEATRIZ.—Dispensadme señores... ¿mas pasáis ahora al comedor? puesto he en él bellas flores y todas de distinto color.

DON JOSÉ.—Ya vamos... bella hija Beatriz, sólo tomaremos un poco más.

BEATRIZ.—Papá, ¿acaso hoy eres muy feliz?

DON JOSÉ.—Claro hija mía, ¿y tú no lo estás?

(BEATRIZ sonrosada sale y los dos hombres beben un poco más y se dirigen hacia el comedor).

Escena cuarta

(Al levantarse el "telón" los dos hombres se encontrarán comiendo los exquisitos platillos regionales, en tanto que madre e hija estarán poniendo la mesa).

DON LUIS.—Muy sabrosas están las fresas de rojo y vivo color.

DON JOSÉ.— Y también de un exquisito sabor, pero más frescas están las cerezas.

DOÑA ANA.— ¿Gustáis DON LUIS un poco más? Pues fiesta tenemos hoy.

DON LUIS.— No, gracias estimada doña Ana, mas satisfecho estoy pues bebido hemos en demasía esta hermosa y feliz mañana.

DOÑA ANA.— ¡Bien!, y que en su mente quede este día de dicha y de placer.

DON LUIS.— Gracias y mucho os lo he de agradecer.

(Llaman a la puerta).

DON JOSÉ.— ¿Quién llama a esta hora para venirnos a molestar? Mas pase quien sea ahora, que algo importante ha de desear.

DON DIEGO.— Don José, soy yo Diego García, vengo de parte del Señor Comendador. *(Introduce la mano en el bolsillo y entrega a DON JOSÉ un papel).*

DON JOSÉ.— ¡Oh, esto me causa un agudo dolor! y en este dichoso día, que gozaba de su amable compañía.

DON DIEGO.— Señor... ¿qué respuesta llevo?

DON JOSÉ.— Diréis que iré como quien acata una orden del Señor Comendador y aunque ella mis intereses maltrata. Mas esperadme que con vos iré mancebo. Don Luis me voy... pero aquí en un momento ya estoy, salga mientras a tomar aliento y sienta de las flores su primor y confunda su pensamiento en la dicha de su bello y nuevo amor. Beatriz a Don Luis hazle compañía ¡pero salgan ya, que hace un bello día!

DON LUIS.— Gracias estimado amigo, voy con Beatriz para el florido jardín a oler el hermoso y exquisito jazmín ya que de mentir soy enemigo.

(Sale DON JOSÉ acompañado de DON DIEGO y se quedan en la estancia los dos jóvenes).

DON LUIS.— Bella Beatriz al jardín vayamos.

BEATRIZ.— Vamos Don Luis...

(Salen los dos jóvenes).

Escena quinta

(Al levantarse el “telón” habrá macetas y arbolillos representando un hermoso jardín).

DON LUIS.— De mí ya no te acuerdas dulce y hermosa Beatriz, aquellos tiempos no recuerdas cuando la brisa del viento pasamos una cadenciosa tarde y sin decir nada, casi sin aliento confundimos nuestras almas como las altas y verdes palmas en un beso, beso muy ardiente que aún siento que en mí arde cuál chispa de mi bella ilusión. Tal vez fui un cobarde, pues no pude vivir lejos de ti, hermosa y tierna Beatriz de mi corazón; tú eres para mí... el “ángel” de toda mi ilusión. Y es que por eso seguí tus pasos y tenerte otra vez entre mis brazos.

BEATRIZ.— ¡Oh, qué hermoso es este día! ¡Pues ha llegado el ser amado!

¡Oh, Don Luis García mi corazón siempre lo ha esperado!

DON LUIS.— ¡Oh, Beatriz de mi sublime ilusión! vuelve a nacer mi deseoso amor que me tenía sin dicha y sin razón; mas ahora soy dueño de una bella flor con todo y su hermoso corazón.

BEATRIZ.— Venga, Don Luis y atravesemos este hermoso pensil* para que allí mejor hablemos.

DON LUIS.— Vayamos pues joven hermosa y sutil.

BEATRIZ.— Mi vida ya no será oscura ni llena de amarga tristeza, pues muy grande es mi ventura de tener al ser amado; pero os lo diré con franqueza que esperando he estado porque no he tenido un amor que de dicha me consuma, mas llega la blanca espuma extendiéndose con esplendor.

(Ambos penetran en lo más florido de aquel bello jardín).

BEATRIZ.— Sentémonos en la fuente pura y dejémonos llevar por dulces ilusiones, pues desde ahora la dicha fulgura en nuestros dichosos corazones.

DON LUIS.— ¡Oh, cuán feliz y dichoso estoy, aún más que cualquier mortal, pues dueño y señor yo soy de una bella flor ¡angelical! con una bella y esbelta figura! ¡Una perfecta y majestuosa escultura de labios rojos de vivo coral!

Ven, no temas que de mi boca impura salga algo que manche tu hermosura; ven a mí, no temas dulce niña, deja que mi mano tu cintura ciña, y ya entre mis brazos confundamos llenos de amor nuestras bocas en

*Pensil. Significa aquí: *Jardín delicioso* (*Diccionario de la Real Academia Española*).

un ardiente beso, como símbolo de que mucho nos amamos y que nuestras mentes locas conserven siempre el embeleso.

(Se baja el telón).

Escena sexta

(Al subirse el telón los dos jóvenes se encontrarán sentados en típicas banquetas bajo frondosos árboles).

BEATRIZ.— ¡Oh, Don Luis, luz de toda mi razón! ahora mi amor se esparce con furor, mas no me dejéis morir en este día, pues muy lenta es la agonía del que se muere de amor.

DON LUIS.— ¡Oh, Beatriz de mi corazón! siento miedo, no tengo valor para contener esta mi pasión; mas preguntarte yo quisiera...

BEATRIZ.— ¿Preguntar qué, sincero amigo?

DON LUIS.— Que si conmigo te has de casar, pues es mi más grande quimera. Y si miento, que el cielo sea testigo, pero mucho os he de amar para desear el superior castigo.

BEATRIZ.— Don Luis, decidlo ahora no podría, pues mi padre de esto nada sabe. Pero mucha es mi alegría para que su propuesta alabe.

DON LUIS.— ¡Bien! Seré quien a tu padre diga que con vos me he de casar, mi corazón la esperanza abriga de que habremos de triunfar.

BEATRIZ.— Entremos Don Luis al corredor, que mi padre no ha de tardar de venir de casa del Comendador, de un momento a otro puede entrar.

(Entran en la casa).

Escena séptima

(Se quitan los arbolillos que se habían puesto para representar las escenas anteriores).

DON LUIS.—Ahora dulce y bella Beatriz a tu padre voy a esperar y que seas mi directriz para cuando la conversación acalorada entablemos.

Y si mucho tú me has de amar ruega a Dios ¡oh, Beatriz de mi corazón!, para que en nuestro amor triunfemos, pues mucha falta me has de hacer para no perder la razón si al escuchar su negación, mi mente se vuelve loca. Y sólo tú, Beatriz de mi corazón, salvarme toca. Te quedarás en la puerta.

BEATRIZ.—¿La dejarás un poco abierta?

DON LUIS.—Sí, para que entréis si llega la ocasión de socorrerme para no perder la razón.

(Llaman a la puerta, la estancia forzosamente tendrá dos puertas).

DON LUIS.—¡Pronto! ¡Salid por esa puerta! que tu padre puede ser.

¡Pronto, salid! Y dejadla un poco abierta para que desde allí me puedas ver.

(BEATRIZ sale por una puerta y Don Luis habla dirigiéndose a la otra puerta).

DON LUIS.— Pase, pase Señor Santa María.

DON JOSÉ.— Ya regresé estimado amigo, y espero que en este bello día, alegre y feliz haya vos estado.

DON LUIS.— Así es, pues Beatriz estuvo conmigo, y muy agradable fue su compañía. Todo este tiempo con ella he pasado. Y como antes dije, estuve muy contento.

DON JOSÉ.— Si es así, feliz me siento que durante mi ausencia dichoso y complacido haya quedado.

DON LUIS.— ¡Claro! Pues en esta amarga existencia llegó a mí un dulce aliento.

DON JOSÉ.— Sabía que mi hija Beatriz, dichoso le haría el día...

DON LUIS.— Y por cierto muy feliz con su amable y tierna compañía.

Pero sentaos Don José, que de este asunto quiero hablarle, y como usted ya ve, si es posible voy a rogarle, aunque sea por este día.

DON JOSÉ.— ¿Qué os pasa Señor García?, pero ¡hablad y decidme de que se trata!, dé a su mente ancha libertad, ¡hablad!, que por saber casi me mata esta curiosa y maldita ansiedad.

DON LUIS.— Os lo diré con franqueza, que amarga era mi vida, llena de soledad y tristeza, mas cambia con mi venida a esta dichosa mansión, pues de una fácil manera he hallado lo que se anhela cuando está triste el corazón.

DON JOSÉ.— No lo entiendo a vos, mas desearía que se explique y que el asunto no complique, pues hombres somos los dos.

DON LUIS.— Más claro os lo diré, que aquí he hallado a la mujer que siempre he amado, y agradecido le

estaré si con su bella hija Beatriz vos permite que me case, pues muy dichosa yo la haré, así como ella me hará feliz, y de este modo quedará el tierno enlace entre mi amor y su dulce amor, pues pienso en el matrimonio que nos hará unir a los dos aunque se oponga el Comendador o el más atroz demonio, ya que llevo delante a Dios y nadie me convencerá que Beatriz mía no será.

DON JOSÉ.— Calme Don Luis, no se altere, sé del amor que siente por mi bella hija Beatriz y también que ella a vos lo quiere y sé que usted la hará feliz. Mas antes quiero que se entere, y que todavía no aliente la dicha y la gloria, ya que lejos está la victoria. Aunque amor por mi hija siente dígole que Beatriz prometida es del hijo del Comendador, y sólo que la suerte cambie por esta vez. Mas, Beatriz con él no se casará pues sé que lo despreciará, pero dejad que Dios sea el juez. Antes quiero decirle la razón por la que fui a ver al Señor Comendador; me dijo si no le había de conceder la mano de mi hija Beatriz, pues su hijo casarse con ella quiere, dice que le profesa un tierno amor y que a Beatriz la hará muy feliz.

DON LUIS.— Don José quiero que me entere si es por ser hijo del Comendador.

DON JOSÉ.— Así es, pues tiene lo que él quiere con su justicia de terror. Dice que le profesa a mi hija Beatriz un tierno y fiel amor y esto siempre le confiesa, mas creo que todo esto falso es...

DON LUIS.— ¡Falso! ¿Por qué?

DON JOSÉ.— Pues no creo que ame a Beatriz, y casarse quiere por gusto ya que es hombre de mucha malicia.

DON LUIS.— ¡Mal rayo!, pienso darle un susto.

DON JOSÉ.— ¡No, Don Luis, pues su padre es el que representa la justicia! ¡Es el hijo del Comendador! y para mí tal vez peor será si no consiento...

DON LUIS.— ¡Oh, en mi sangre siento la infamia!, pero ¿tenerle pavor al hijo del Comendador? ¡No!, mas que sea Dios el juez, pues ya tengo en mi pensamiento cómo hacerme justicia.

DON JOSÉ.— ¿Y que corra por la ciudad la noticia?

DON LUIS.— Sí, pues voy cual tumultuoso viento para quitarle a ese hombre la malicia y hacer que se haga ¡justicia!

DON JOSÉ.— No, no, Don Luis no hagáis tal cosa pues muertos seremos.

DON LUIS.— Muertos, ¿por qué? Pero en nuestra libertad pensemos

DON JOSÉ.— Si su pensamiento osa en quitarnos tal yugo, sentiremos su justicia pavorosa.

DON LUIS.— Eso no, mas hoy a Dios yo juro que injusticias ya no habrá.

DON JOSÉ.— No digáis eso que pronto se sabrá.

DON LUIS.— No importa y os lo diré que cumplo lo que digo y que el cielo sea testigo de lo que haré; y si no puedo o no consigo hacer tal justicia, mi derrota no viviré, mas pensar no puedo, que vos así pueda vivir...

DON JOSÉ.— ¡Silencio, o hable quedo!, que desde afuera nos pueden oír.

DON LUIS.— Nada ni nadie ahora me detendrá pues todo se sabrá. Mas preguntarle yo quisiera, ¿si acaso no tiene un firme honor para que el Comendador lo

hiera pidiéndole esa cobarde maniobra y que el tierno y puro amor de su bella hija Beatriz se manche con tal temor?

DON JOSÉ.— Lo sé, Don Luis y de sobra, mas lo hago por la felicidad de esta honorable familia.

DON LUIS.— Lo cierto es que no posee una voluntad para alejarse de tales acciones.

DON JOSÉ.— Ya sabe todas mis razones por tal acción, pues no tengo libertad para actuar de acuerdo con lo que ordene mi mente.

DON LUIS.— ¡Así será toda esta pobre gente!, ¿pero, es feliz entregando el pudor de su bella hija Beatriz? ¿Acaso esto no le importa? ¿No le importa manchar el candor de Beatriz?, ¿esto lo soporta? ¿Por qué? ¿Acaso mucho es el pavor que le infunde el hijo del Comendador?

DON JOSÉ.— No, no puedo pensar en eso, es que Don Antonio es muy cruel y desalmado con todos aquellos que sus órdenes contradecemos, y en sus manos siempre morimos. Sí Don Luis, es muy cruel.

DON LUIS.— Tirano y desalmado será él, mas no me infunde pavor.

DON JOSÉ.— Tened cuidado Don Luis.

DON LUIS.— ¡Descuidad! Que por el tierno amor que tengo a la mujer de mi corazón lucharé con aliento y con valor, pero ayudadme para no perder la razón, decidme que hay una esperanza y que me daréis a su hija para la dueña de mi corazón.

DON JOSÉ.— ¡Claro, Don Luis, si la gloria alcanza!

DON LUIS.— Pues el destino a este juego me lanza y he de triunfar sobre él.

- DON JOSÉ.— ¿Aunque Don Antonio sea muy cruel?
- DON LUIS.— Aunque, y venceré al hijo del Comendador.
- DON JOSÉ.— ¡Bien! Os doy mi palabra de que así será.
- DON LUIS.— Gracias que pelearé por su bello amor.
- DON JOSÉ.— ¡Sea! Y en pie la oferta quedará, mas os advierto que se necesita valor para salir al camino por donde va el hijo del Comendador.
- DON LUIS.— Miedo no tengo y que el destino quiere que tenga suerte pues si no espero...
- DON JOSÉ.— Una segura y humillada muerte, mas pediré a todos los santos del cielo el triunfo sobre Don Antonio y de este modo se casará con mi bella hija Beatriz, pues ella siempre lo amará, será una pareja muy feliz. Pero siempre le advertiré lo perverso que es Don Antonio.
- DON LUIS.— Pues por quitárselo moriré ya que su deseo no consentiré, y voto a tal que así lo haré, enfrentándome a cualquier demonio, que el destino cambiaré si alguien desea para vos un mal.
- DON JOSÉ.— Sea estimado amigo.
- DON LUIS.— Y que el cielo sea testigo pues voy a necesitar su ayuda, ya veo la muerte huesuda y no quiero ser su presa.
- DON JOSÉ.— No lo será si por usted mi hija reza.
- DON LUIS.— Gracias, pues en mi triunfo tengo fe y como usted ve, ganaré de este peligroso modo, el dichoso y tierno amor de su bella hija Beatriz, mas pienso ganarlo todo para que seamos muy felices.

Fin de la primera parte

“La fuerza del amor”

Acto segundo

Autor: Raúl Rojas Soriano
“El pensador Azteca”

Personajes que intervienen en esta obra:

DON LUIS GARCÍA

BEATRIZ (HIJA DE DON JOSÉ)

DON JOSÉ SANTA MARÍA

DON ANTONIO (HIJO DEL COMENDADOR)

DOÑA ANA GONZÁLEZ

SOLDADOS

PEATONES

ACTO PRIMERO
“Los dos Rivales”

Escena primera

(El hijo del Comendador llega al día siguiente por la mañana para ver a BEATRIZ).

BEATRIZ.— ¿Quién sois... el que a la puerta toca?

DON ANTONIO.— Soy yo, Don Antonio.

BEATRIZ.— Abrid pues la puerta, que cerrada no está por dentro.

DON ANTONIO.— ¡Bien! ya entro.

BEATRIZ.— Sí pero dejadla abierta.

DON ANTONIO.— De vos tengo el permiso, llegaré en un instante de rodillas y sumiso ante el ser amante.

BEATRIZ.— Pase, pase os lo digo.

DON ANTONIO.— Dentro ya estoy... y veré si no consigo con lozanas y bellas flores enamorar hoy a la mujer de mis amores.

BEATRIZ.— Sentaos Don Antonio, de algo importante quiero hablarle.

DON ANTONIO.— ¿Acaso de nuestro matrimonio?

BEATRIZ.— No, pero una noticia quiero darle...

DON ANTONIO.— ¿Tan importante es la noticia?

BEATRIZ.— Sí, pero sentaos que falta os va a ser.

DON ANTONIO.— Sentado estoy... mas no creo que en ti esté la malicia, pero la palabra os voy a conceder.

BEATRIZ.— Don Antonio os digo que desde hoy prometi-da de vos ya no soy...

DON ANTONIO.— ¿Qué decís Beatriz? No te comprendo.
Sólo mentís.

BEATRIZ.— No, pues su prometida ya no soy.

DON ANTONIO.— ¿Qué?, me haces infeliz. Pero creerle no puedo y de terrible desengaño muero... A vos ordeno que abjures de tus palabras insensatas, y que me jures que en una broma me atas.

BEATRIZ.— No, Don Antonio ¡jamás! Pues ha llegado mi tierno amor.

DON ANTONIO.— Pero aún te atreves a más ¿acaso no infundo temor?

BEATRIZ.— No, y os lo diré que su prometida ya no seré.
Pues siempre he amado a un gran hombre y esperándolo he siempre estado.

DON ANTONIO.— ¿Y cuál es su nombre?

BEATRIZ.— Don Luis, el dueño de mi corazón.

DON ANTONIO.— ¡Conspiración!... bien lo hicisteis, pero os juro que caro me la han de pagar tu padre y todos los que vivan en esta morada, mas no perjuro. Permitirlo no puedo que sea de otro tu corazón y antes muerto quedo.

BEATRIZ.— No estáis en tu razón.

DON ANTONIO.— Lo estoy y a la fuerza os llevaré y con vos me casaré.

BEATRIZ.— ¡Nunca! Y la muerte antes prefiero que traicionar al ser amado.

DON ANTONIO.— Pero yo insisto y quiero que seáis mi esposa, pues enamorado de ti siempre he estado. ¡Oh, mujer tierna y hermosa!

BEATRIZ.— Jamás haré tal cosa.

DON ANTONIO.— ¡Bien! Si no aceptáis lo que os propongo, sentiréis mi justicia pavorosa y sobre la mesa las cartas pongo.

BEATRIZ.— Os repito que con vos no me casaré.

DON ANTONIO.— Maldición pero os juro que caro me la han de pagar. A la fuerza os llevaré y después me la pagarán todos los que en esta casa han de morar. (BEATRIZ *hace el intento de llorar* y DON ANTONIO *la toma de los brazos*). Aunque llores, de todos modos juro que conmigo te has de casar.

BEATRIZ.— ¡Oh, dejadme que me maltratas! ¡Me haces daño!...

DON ANTONIO.— Y tú, Beatriz, que con tal desengaño a mi corazón casi matas.

BEATRIZ.— Idse pronto de aquí. Mi padre puede estar por allí.

DON ANTONIO.— ¡Nunca!, te tomaré entre mis brazos... ¡Silencio! que oigo pasos... (*Apresuradamente trata de tomar a la joven entre sus brazos pero en ese instante entra DON LUIS, que al ver a DON ANTONIO que quiere raptar a BEATRIZ, firme ordena*).

DON LUIS.— Alto ahí, ¡Detente! Si eso haces quedará para siempre grabado en tu mente lo que con vos mi espada hará.

DON ANTONIO.— ¿Quién sois vos? que a tanto te atreves... (*Hace el intento de desenvainar su espada*).

DON LUIS.— Alto ahí que si te mueves mi espada os atravesará y como hombres somos los dos, a pelear vamos ahora...

DON ANTONIO.— Esperadme pues... que vuelvo dentro de una hora.

DON LUIS.— Y que no sea al revés.

DON ANTONIO.— ¿Pero acaso no te infunde pavor el hijo del Comendador?

DON LUIS.— Yo miedo a vos, ¡ja, ja, ja, ja!

DON ANTONIO.— Callad, mas os lo juro por Dios que esa risa os he de quitar.

DON LUIS.— Pues de Beatriz el amor yo soy y para defenderlo presto estoy.

DON ANTONIO.— Pues muy caro me la has de pagar.

DON LUIS.— Si algo intenta, el valor os ha de faltar ¡ja, ja, ja!

DON ANTONIO.— Maldito, verás que tienes temor ante el hijo del Comendador... volveré enseguida con un batallón de soldados y reiré con su huida.

DON LUIS.— Id pues, que aquí espero.

DON ANTONIO.— Y que tenga valor yo quiero.

DON LUIS.— ¡Id pues, que nuestras fuerzas mediremos!

DON ANTONIO.— No os burléis de la Justicia pues pronto correrá la noticia de que tienes miedo y pavor al hijo del Comendador. (*Cierra rápidamente la puerta y quedan solos BEATRIZ y DON LUIS*).

DON LUIS.— ¿Qué habéis hecho mi bella y dichosa Beatriz?

BEATRIZ.— Tiempo es ya de que sepas la verdad pues a ella tienes derecho y no podría nuestro matrimonio ser feliz por falta de honestidad.

Ya sabéis que era mi prometido el hijo del Comendador; ahora él ha venido ante mí con mucho y falso amor. Pero la verdad le dije diciéndole que de él no sería.

DON LUIS.— ¡Oh, esto más me aflige! Mi dichosa y bella Beatriz.

BEATRIZ.—Pues también le dije que antes me mataría porque solo soy del amor que me profesa Don Luis; ya que no me infundía pavor aunque fuera el hijo del Comendador.

DON LUIS.— ¡Oh, mi dulce y tierna Beatriz! Tu dichoso y puro amor hace sentirme feliz, mas, no me faltará el valor para ser tu directriz...

BEATRIZ.—Os lo pido para no morirme de amor. ¡Oh, Don Luis lo amo... con todo mi corazón! Mas, con esfuerzo calmo esta embriagadora pasión. ¡Oh, Don Luis, mi feliz galante!...

DON LUIS.— Beatriz volveré al instante pues voy a la calle para esperar el batallón, ruega al cielo que no me falle la luz de mi razón.

BEATRIZ.— Rogaré por el dueño de mi corazón.

DON LUIS.— ¡Gracias! En mi mente presiento que mucho al cielo voy a necesitar.

BEATRIZ.— ¡Oh, en mi corazón siento que una tragedia puede llegar! Tened cuidado y por vos al cielo rogaré, pues siempre lamentaré haber perdido al ser amado.

DON LUIS.— ¡Perded cuidado!... pues llevo firme la razón y abiertos los ojos. (*Cierra la puerta y queda BEATRIZ sola*).

BEATRIZ.— ¡Oh, Don Luis de mi corazón! Dueño de todos mis antojos, te amo con infinita y arrolladora pasión... ¡Que el cielo tu muerte no permita! (Se baja el telón).

Escena segunda

(Al levantarse el telón habrá peatones que cruzan rápidamente las calles pues se oye el clarín del puñado de soldados que vienen con DON ANTONIO. DON LUIS se hallará a lado de un puente, esperando al hijo del Comendador).

DON ANTONIO.— ¡Guardias a él, no lo dejéis escapar! Pues jamás consiento que con un terco atrevimiento mi nombre se vaya a manchar. Siento ya de la justicia el aliento; con ella lo voy a castigar.

¡Don Luís, rendirse, ya que estáis perdido! Ya que rodeado estáis de soldados.

DON LUIS.— ¡Rodeado estoy pero aún no rendido! Pues aunque estoy en tal estado a vos recordaré, que jamás tiemblo ni he perdido en batalla alguna, y ante el morir no me asustaré.

DON ANTONIO.— Pero os juro que antes que salga la luna a vos lo mataré.

DON LUIS.— Seguro no estéis, mas si pierdo que sucumba ante una gloriosa muerte.

DON ANTONIO.— Pues ya estáis al borde de la tumba y sólo con mucha suerte del sepulcro os has de salvar.

DON LUIS.— ¡Maldito! ¡Mas, por la mujer que amo con vos he de pelear!

DON ANTONIO.— ¡Bien! Una tregua os voy a conceder para llegar a mí rendido.

DON LUIS.— ¡Jamás, pues nunca olvido luchar, hasta la muerte no ver! No seáis un cobarde, ven hasta mí, que ya mi espada en mis manos arde.

DON ANTONIO.— Si eso os complace voy a ti y de mi habilidad haré alarde.

DON LUIS.— ¡Sea! Que aquí os espero y que demuestres el valor que tus palabras dicen tener. Ven, pues alcanzarte yo quiero, si es que mi espada no os causa pavor.

DON ANTONIO.— ¡Pues muy valeroso parece ser!, mas te voy a demostrar que con espada o con puñal a todos infunde pavor el hijo del Comendador.

(Ambos desenvainan sus espadas).

DON ANTONIO.— Ahora veréis quién es Don Antonio ¡El hijo del Comendador!

DON LUIS.— Miedo no tengo ni al peor demonio, y os enseñaré todo mi valor...

DON ANTONIO.— Vos tenéis miedo.

DON LUIS.— Equivocado estáis pues me bato con desnudo.

DON ANTONIO.— Mas al sepulcro vais.

DON LUIS.— De eso no estáis seguro, pues si a la muerte voy ¡que sea!, humano yo soy, mas mi derrota no os aseguro.

DON ANTONIO.— ¡Te falta valor! Y pronto la dicha y la gloria será para el hijo del Comendador.

DON LUIS.— Aún no cantéis victoria, pues mi espada con furor os atravesará el corazón.

(De pronto DON ANTONIO da una estocada hábil y DON LUIS cae...).

DON ANTONIO.— Os tengo en mis manos y os juro que con o sin razón, haré que me pidáis perdón, pues todos somos humanos...

DON LUIS.— ¡Qué decís Don Antonio! ¿Pedirle a vos perdón...? Por un cobarde pasaría, mas, no tendréis ese gusto.

DON ANTONIO.— ¡Maldición, pues miedo no le tuviste al susto y a matarte voy...!

DON LUIS.— Y preparado yo ya estoy...

(Levanta la espada y la va a descargar contra Don Luis. Rápido se baja el telón).

Escena tercera

BEATRIZ.— ¡Padre! ¿Quién esta mañana muerto fue? Pues mucho repica la campana...

DON JOSÉ.— Hija, explicarte no sé, y decirlo me apena mucho, pero has de saberlo....

BEATRIZ.— ¡Padre, os escucho!

DON JOSÉ.— ¡Beatriz, Don Luis muerto fue! Peleó con valor por tu dichoso y puro amor....

BEATRIZ.— ¡Oh, mal me siento por el amor que me profesaba Don Luis, pues ahora que creía tener el paraíso a mis pies abierto, el caprichoso destino quiso dejar mi corazón desierto!... ¡Oh, padre se hunde el suelo ante mis pies! ¡Oh, venturoso y divino cielo!, ¿por qué de esta manera me ves?

DON JOSÉ.— ¡Oh, hija me partes el corazón! Mucho me duele verte sufrir.

BEATRIZ.— Sí padre, pues grande fue mi pasión y sola y triste he de vivir. ¡Oh, me falta fuerza y valor! Don

Luis, no me dejéis morir en este día pues muy lenta es la agonía para el que se muere de amor. (*Cae desmayada a los pies de su padre*).

Escena cuarta

(DON ANTONIO va a ver a BEATRIZ).

BEATRIZ.— ¿Quién llama, pues de luto estoy? Mas espere que ya voy.

DON ANTONIO.— ¡Oh, Beatriz de mi corazón vengo a ofrecerte mi tierno amor! Y que lo aceptes te lo ruego con ternura y fervor y aunque esto parezca un juego, os diré que Don Luis la partida perdió en un sucio callejón. ¡Allí también perdió la vida! Y ahora lo llevan al panteón.

BEATRIZ.— ¡Oh, Don Luis de mi corazón!

DON ANTONIO.— No os pongáis triste... que desde ahora seré la luz de tu razón.

BEATRIZ.— ¡Jamás! Pues nunca os perdonaré lo que hicisteis.

DON ANTONIO.— Beatriz, te entrego todo mi amor.

BEATRIZ.— ¡Nunca aceptaré eso de vos!

DON ANTONIO.— ¿Aunque sea el hijo del Comendador?

BEATRIZ.— No, pues sois un cobarde y por testigo tenéis a Dios del cinismo de que haces alarde.

(*Cierra la puerta y se va. BEATRIZ se queda sola*).

BEATRIZ.— Muy grande fue la fuerza de su amor para poder aceptar el que me ha de dar el hijo del Comendador.

Escena quinta

(BEATRIZ, desde su balcón, ve pasar el cortejo fúnebre que lleva los restos mortuorios de DON LUIS, su amado).

BEATRIZ.— ¡Oh, Don Luis por qué me dejas? ¡Oh, luz de mi razón! ¿Por qué no escuchas mis quejas?

DOÑA ANA.— ¡Beatriz, hija de mi corazón! No habléis de tal modo.

BEATRIZ.— No puedo, pues he perdido todo...

DOÑA ANA.— No Beatriz, a tu vida llegará el amor, y la amargura y tristeza que ahora tu corazón refleja, ¡para siempre se apagará!

BEATRIZ.— ¡Oh, madre, grande fue mi pasión por mi amado Don Luis, el dueño de mi triste corazón!

DOÑA ANA.— ¡Oh, mi bella Beatriz! Me haces llorar...

BEATRIZ.— No lo hagáis. Pero llevaré un negro velo en señal de mi amargo luto y pediré con fervor al Santo Cielo que la muerte venga por mí.

DOÑA ANA.— ¡Oh, no hija, eso no me gusta!

BEATRIZ.— Tarde es ya, y la muerte no me asusta.

DOÑA ANA.— Beatriz, ¿qué hacemos?, de nostalgia puedes enfermar.

BEATRIZ.— Nada madre, pues muchos tenemos por compañía ¡la soledad!, después del dulce amar. Mas, pediré por triste consuelo que conserve su dulce amor, pediré al glorioso cielo con dulzura y con fervor que siempre tenga presente, al que dio luz a mi razón. ¡Oh, Don Luis de mi corazón!

Escena sexta

(Doña Ana y Beatriz van a la tumba de Don Luis; la tristeza y el luto embargan los rostros y corazones).

BEATRIZ.— ¡Oh, Don Luis, dueño de mi pasión! Grande fue la fuerza de tu amor que dio luz a mi razón, y aunque tu muerte me causa dolor, os juro que siempre estaréis en mi corazón, como yo estaré con vos en la soledad, para toda la eternidad... *(¡Cae desmayada ante la tumba!)*.

(Una música celestial se deja oír y poco a poco va cayendo el telón sobre la escena conmovedora).

Fin

La isla del amor*

Autor: Raúl Rojas Soriano

“El príncipe soñador”

Tetecalita, Morelos, a 15 de enero de 1965

* Se respetó la redacción y puntuación, así como la grafía y presentación original del texto.

“La isla del amor”

La excursión

Era una mañana de primavera de aquel año, en que estando yo en una bella ciudad de España, leí en un diario al salir del hotel, la próxima excursión a las costas de África, por el Atlántico. Tal anuncio me interesó, pues siempre he sido afecto a ellas.

Me dirigí esa tarde a la oficina de la compañía de veleros que organizaba dicha excursión, para pedir informes detalladamente.

Se me dijo que la partida era a fines del mes de abril, para ser más exactos el día 28. Me alisté en tal excursión, disponiendo y comprando todo lo necesario para ir bien preparado contra las inclemencias del tiempo, compré unos binoculares de largo alcance, dos pistolas con suficiente parque, y además surtí un botiquín de emergencia.

Faltaban escasos tres días para la excursión, así que dispuse todo, para salir el día 27 de dicho mes hacia el pequeño puerto de donde partiríamos, el cual estaba distante 30 kilómetros al norte de la pequeña ciudad en la que yo residía desde hacía tres meses.

Alrededor de las 5 pm llegué al puerto, dirigiéndome hacia un hotel cercano.

Me regresé luego de admirar la belleza de la playa, había algunos bañistas y veleros, entre ellos “El Patricia”, en el cual haríamos la excursión.

Estuve poco más de una hora en dicho lugar, para volver después al hotel, ya que tenía que levantarme a las 6 am pues la excursión comenzaría a las 7 am.

Cabe decir que éramos dieciocho los excursionistas, doce muchachos y seis muchachas, el barco tenía una vela mayor y dos pequeñas, con una longitud de 32 metros y 10 metros de ancho. El mástil mayor tenía 6 metros.

Había dos grandes cabinas, una para las jóvenes y otra para los muchachos.

Ese día fue muy cansado y dormí como un lirón.

Al otro día a temprana hora desperté, eran las 6 am y desayuné con una taza de café.

Arreglé mis cosas y salí con rumbo al puerto, cuando llegué ya había un gran movimiento de marinos y de barcos.

* * *

Pero detengámonos en este relato y narremos algunos datos acerca de mi persona: era joven, tenía 21 años, de complexión atlética, y estaba descansando en la bella España por una corta temporada, pues era yo de América del Sur. Por mis altas calificaciones en el colegio de la marina, había logrado que mis padres me dejaran un tiempo de descanso, ocupándolo, en descansar en la tierra de mis antepasados. Mi nombre, Daniel Robles.

Dejemos a un lado mis datos personales y lleguémonos hasta el barco en el cual va a ser la excursión, pues parece que sólo faltó yo.

El velero como ya lo he dicho antes se llamaba El Patricia, en él hay una gran animación, subo apresuradamente las escalerillas hasta llegar a cubierta, justo en el momento en que suenan las siete en la cercana catedral, ¡es el comienzo de una excursión, o tal vez de una aventura!

El capitán de la fragata, al confirmar que todos estábamos en la nave, dio la orden de desamarrar los cables que la ataban al puerto. Los amarres se soltaron y poco a poco El Patricia se fue alejando de la orilla, impulsada por un suave viento. Era como si un presentimiento embargara a todos al ver que la nave dejaba el puerto seguro y se internaba en el mar interminable, como una tumba gigantesca de agua. A todos se nos dio por llorar, pero ¿por qué? ¡Oh, misterios del alma, que presiente trágicos sucesos inevitables!

Todos los jóvenes se conocían, pues muchos formaban parte de una escuela, sólo yo no conocía a nadie.

Estuve solo, en un lugar de cubierta, mirando de cerca el trabajo de los marineros que llevaban la dirección del barco.

La tierra, conforme nos alejábamos, se fue confundiendo con las azules aguas de aquel mar, viéndose sólo una línea verde en el horizonte, que poco a poco sucumbía bajo la gigantesca porción de agua que era el mar.

La tarde estaba cayendo, el viento era agradable sobre cubierta, así que permanecí en ella para gozar del ocaso del sol en medio del mar.

Pronto descubrí que algo me llenó de sorpresa, y era que una hermosa joven no estaba en el grupo de los demás sino en un rincón apartado del navío, estaba pensativa mirando la gran mole de agua que parecía atrapar como un frágil muñeco el velero que nos conducía.

Era demasiado bella, con una delicada esbeltez, sus ojos grandes, de color café o negro, pues no los vi a primera vista, su cabello semilargo que le llegaba a sus desnudos y blancos hombros.

Era muy hermosa como para estar alejada de nuestro grupo, e intrigado me dirigí a ella disimuladamente.

— Señorita

— ¿Me habla a mí, caballero?

— Sí, pero por favor no lo tome como un atrevimiento de mi parte, es que la vi tan sola y pensativa que vine a hacerle compañía, si es que no le molesta.

— No, por supuesto que no.

— ¿Por qué está tan sola?

— Porque me encanta la soledad.

— Comprendo, mas dígame su nombre

— Me llamo LEIDA ESTÁNDAR.

— ¿Leida?

— Sí.

— Pero dígame su nombre.

— Mi nombre es DANIEL ROBLES.

Nos miramos significativamente, como si las miradas hablaran, luego añadí:

— Creo que vamos a ser buenos amigos.

— Sí Daniel, pero venga siéntese aquí.

— Muchas gracias, pero le agradecería que me llamara por mi nombre sencillamente suprimiera el usted, así como yo la llamaré sólo Leida, ¿me complacerá, verdad?

— Aunque apenas lo conozco, veo reflejada la nobleza en sus ojos, así es que lo llamaré por su nombre.

— Gracias Leida, pero dígame, ¿cómo supo de esta excursión?

— Mi tía me lo dijo.

— ¿Sus padres no vienen con usted?

— No, están en Madrid.

— ¿Cómo la dejaron venir sola?

— Mi tía iba a venir conmigo, pero se enfermó repentinamente. Creí que ya no iba a venir pero me dijo que podría venir con una amiga de confianza.

— ¿Y quién es ella?

— Aquélla, la del vestido color de rosa, que está entre las demás muchachas, creo que se ha olvidado pronto de mí.

— Así suele pasar, en cuanto uno halla a sus amigos, nos olvidamos de los demás.

— Tienes razón Daniel.

— Pero ¿cuántos años tienes Leida? Veo que eres demasiado joven.

— Sí, cumplí hace tres meses 17 años. Usted, digo tú Daniel, tendrás unos 20 años.

— Casi acierta, tengo 21 años.

Hubo un silencio y luego pregúntele:

— ¿De qué parte de España eres Leida?

— Nací en Valencia, pero me eduqué en Madrid.

— Dicen que todas las mujeres de Valencia son muy bonitas y candorosas, y veo que sí es cierto.

— Tal vez, pero usted parece ser mexicano.

— Es que viví muchos años en México, mi estimada Leida.

Hablábamos los dos como unos verdaderos amigos que simpatizábamos, y era verdad, lo dos habíamos hecho una gran amistad.

— ¡Oh Daniel, parece que el sol se está metiendo en el mar!

— No lo dudo, pues quiere refrescarse un poco.

— ¡Ja, ja, ja! Creo que tienes muy buen humor.

¡Oh, qué risa tan suave dejaron escapar sus labios rojos!

— Ya empieza a anochecer, vamos a cenar, Daniel.

— Permíteme que te lleve de un brazo.

— No por favor, podrían surgir comentarios. Daniel, perdóname, pero quizá en otra vez.

— Sí mi bella amiga, vamos.

* * *

Ambos nos dirigimos hacia un pequeño comedor, todos estaban ya allí, Leida y yo nos sentamos juntos para saborear los deliciosos platillos de aquella primera noche de travesía en el mar.

Terminada la cena, salimos a respirar el aire fresco de la noche, la luna pálida y bella vagaba en la inmensidad del espacio, iluminando tenuemente aquellos mares.

Leida y yo nos apartamos un poco del grupo para seguir conversando.

— Parece que sólo nosotros estamos sin compañía, Leida.

— Sí, Daniel.

— Desde ahora ya no estaremos solos.

— ¡Oh, mira Daniel, qué luna más hermosa!

— Sí, Leida, pero se opaca con tu belleza.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque es la verdad, pero dejad que mi musa cante a la diáfana luna que brilla tenuemente.

¡Oh, luna bella que en el cielo,
tu silueta siempre vaga,
ayudadme a conseguir mi anhelo

que es la luz que siempre apaga
la sed de amor ardiente...!
¡Oh, envíame un amor
que a mi alma aliente,
y que se lleve este impío dolor
que ahora siento...!

— Es usted un apasionado de la poesía.

— Sí Leida, amo la poesía.

— A mí siempre me estremece, pero nunca he escrito ningún poema, pues no había tenido inspiración, mas creo que la musa de mi corazón llega a mí.

— Dejemos eso por ahora, Leida, y hablemos algo de nosotros. Dime... alguna vez te has enamorado...

— Sí Daniel...

— ¿De quién?

— Del amor.

— Creí que de algún hombre.

— No, aún no lo encuentro, pero cuando se aparezca, lo amaré hasta la muerte, y le entregaré todo mi amor.

— ¡Oh, Leida!, ¿no tienes la esperanza de encontrarlo ahora?

— No, no lo sé.

— Durante unos minutos más seguimos charlando, hasta que ella agregó:

— Creo que nuestros compañeros se han ido a descansar.

— Sí.

— Vamos pues, Daniel.

— Nos encaminamos hacia su camarote y en la puerta nos despedimos...

- Que tengas hermosos sueños Leida.
- Los mismos te los deseo Daniel.
- Gracias, y hasta mañana.
- Adiós.
- Me quedé parado, viendo como entraba al camarote que compartía con las demás muchachas, era esbelta y demasiado hermosa.
- Con tales pensamientos me dirigí a dormir.

Un extraño sueño

Cuando desperté, la luz del sol penetraba débilmente en el camarote, me levanté y me lave la cara, para salir a dar un corto paseo por cubierta, reflexionando y recordando su imagen tan deseada por mí...

De pronto sentí que una mano se posaba sobre mi hombro... volví la cara y descubrí al capitán del navío.

- Hola joven, en qué pensaba.
- En nada señor Capitán.
- Creo que oculta la verdad, pero en fin, no voy a ser yo quien la descubra.
- Dígame Capitán, como andamos de tiempo.
- Hemos tenido suerte, pues el viento sopla en nuestra dirección y sólo algunas veces está en nuestra contra.
- ¿Para cuándo llegaremos a las costas africanas?
- Si el tiempo está como el de ahora, llegaremos pasado mañana.
- ¿Desembarcaremos?
- Según la compañía, sí, pues viene un guía con nosotros.

- Creo que nos esperan días bastantes pesados.
- Así es joven.
- El hambre empieza a torturarme Capitán.
- Es verdad, pues mi estómago pide algo.
- Espero que durante el transcurso de este viaje seamos grandes amigos, señor Capitán.
- Sí, muchacho, lo seremos.
- Hasta la vista Capitán.
- Hasta pronto muchacho, no olvides darte una vuelta por mi cabina.

Me dirigí a desayunar y después de una suculenta merienda fui a mi camarote y me tendí en mi camastro, pues deseaba leer una obra de El Manco de Lepanto.

Durante toda la mañana me estuve entreteniendo con un libro de caballería del señor Cervantes.

Cerca de la 1 pm comí opíparamente y me recosté un poco; sin darme cuenta, me quedé dormido...

De pronto gritos y voces se oyeron fuera del camarote, salí apresuradamente para ver qué ocurría...

Lo que ocurría... una furiosa tempestad se estaba desatando, el barco era como una frágil hoja en medio del mar, los elementos de la naturaleza amenazaban con devorar nuestra embarcación.

Lo que se temía pronto se hizo realidad, las encrespadas olas, crecían y se multiplicaban azotando el velero, pronto el torrente marítimo subió a cubierta y arrasó contra nosotros. El capitán daba órdenes desesperadas, los marinos corrían de un lugar a otro tratando de sacar el agua con baldes, todos los jóvenes ayudábamos en esta desesperante tarea, mientras que las muchachas estaban refugiadas en su camarote.

Pero todo era inútil, el barco se hundía...

Fuimos arrojados al mar por una gigantesca ola que barrió la cubierta. Grité lleno de angustia, pero nadie me oía, todo era confusión y desorden.

Así transcurriendo algunos momentos, cuando sentí que me movían, desperté sobresaltado, ¡oh, no era verdad, todo había sido una pesadilla!

— ¡Oh, qué pasa!

— ¿Por qué gritabas tan fuerte Daniel?

— No es nada...

— Pero muchacho, qué tienes, dijo el Capitán.

— Tuve una terrible pesadilla, soñé que nos hundíamos y...

— ¡Bah, hombre! No pienses en eso... y sal a cubierta para tomar el fresco de la tarde...

— ¿Qué horas son?

— Son las 6:10 pm.

— Creí que iba a descansar, pero no tanto.

— Ve a cubierta que una linda joven pregunta por ti.

— ¿Quién?

— Me parece que se llama Leida.

— Oh, sí, voy con ella.

— Anda, y no la dejes escapar.

Salí a cubierta, encontrándome en el lugar de siempre a mi bella compañera, con su radiante hermosura y delicada esbeltez, su cabello semicorto le caía sobre los hombros blancos, de su cuello pendía una medalla sostenida por un listón negro aterciopelado, era toda ella una imagen jamás antes vista por mis ojos.

— ¿Qué pasa Daniel, que no te he visto en todo el día?

— Nada Leida, es que en la mañana estuve leyendo una obra y en la tarde dormí una siesta.

— Y vaya que fue grande.

* * *

Nos llegamos hasta el mástil principal y ahí nos detuvimos.

— ¿Daniel, cuánto tiempo tienes en España?

— Cerca de tres meses, conozco el puerto de San Sebastián y algunas partes bellas de la costa Cantábrica.

— ¿Has viajado mucho?

— Un poco, conozco Inglaterra, Francia, Italia, los Estados Unidos y parte de África, pues a mi familia le ha gustado que viaje y yo he deseado conocer otros países y paisajes. Pero dime Leida, ¿has salido de España?

— Una vez, cuando salí a Francia con mis padres.

Sin darme cuenta, el tiempo transcurría en compañía de Leida.

— ¡Daniel!

— ¿Qué linda?

— ¿Tienes novia?

— No Leida, no tengo... Un suspiro escapó de sus labios rojos...

— Leida, pienso en que ambos simpatizamos en todo...

— Sí Daniel en eso he pensado, pero ahora quiero que me cuentes alguna aventura peligrosa en que hayas participado.

* * *

— Pues te relataré lo que me sucedió en una expedición a las selvas africanas, hace alrededor de dos años...

En una noche oscura, nos hallábamos en plena selva, cuando de pronto un sordo gemido partió de la cercana maleza.

Nos miramos unos a otros sin comprender nada.

Cuando por segunda vez lo escuchamos nos paramos al instante y nos dirigimos hacia el lugar de donde había partido el grito.

Atravesamos un pequeño arrollo y percibimos más claramente el quejido lastimero de alguien.

De pronto vimos sobre la maleza a un hombre boca arriba y en los estertores de la muerte nos habló entrecortadamente.

— ¿Quiénes son ustedes?

— Expedicionarios, respondió el guía.

— Pero qué le pasa, añadimos los demás.

— Me estoy muriendo por una ambición.

— Explíquese...

* * *

— Miren hacia allá, señaló el hombre...

— ¿Qué es?

— Allí hay una cueva, hay también una fortuna en joyas y piedras preciosas, yo traté de tomarlas pero no me di cuenta de que una víbora las cuidaba celosamente...

Volvimos los rostros hacia la cueva...

— ¡Una víbora venenosa! —exclamamos

— Aléjense de aquí, de este lugar maldito y jamás regresen, ni traten de tomar las joyas porque morirán...

Aquel hombre exhaló el último suspiro y dejónos

intranquilos, luego dimóсле cristiana sepultura y respetando su deseo nos alejamos de aquel lugar en el cual quedó *el misterio de las joyas* como ahora le llamo...

* * *

— ¡Oh, Daniel, ha sido una aventura peligrosa...!
— Sí Leida.

* * *

— Mira Daniel, el sol se ha internado entre las aguas y la luna no ha de tardar en aparecer. ¡Oh, que cansada estoy y quiero dormir!

— Vamos Leida, tu deseo es orden.
— Vamos Daniel.

* * *

— ¿Me permites que te lleve del brazo?
— Pero Daniel, que dirían...
— Nada, sólo que nos simpatizamos.
— Bien.

Balbuocé débilmente Leida.

Suavemente tomé su delicado y bien torneado brazo y caminamos cual amantes hechizados por la luz de la luna que ya empezaba a surgir despidiendo destellos de una blanca luz.

— Aquí Daniel despidámonos.

— Si así lo quieres... pero recuerda que mañana me permitirás estar unos minutos cerca de ti, de tu encantadora presencia, te deseo de todo corazón que tengas bonitos sueños.

— Eso mismo te deseo Daniel, adiós...

—Adiós adorada Leida, balbuceé levemente.

* * *

Ella penetró a su camarote y yo me dirigí al mío.

—Vaya me desea que tenga sueños bellos, ¡qué no sean como los de esta tarde...!

* * *

— ¡Oh, qué sueño tengo, voy a descansar!

— Penetré a mi camarote y me recosté pensando otra vez en ella, en su beldad, su arrobadora belleza, en lo que soñé esta tarde, y confundido con esos pensamientos me quedé profundamente dormido.

Simpatía o amor

El sol penetró levemente al camarote, era ya de día. Lentamente abrí los ojos.

Era el día 30 de abril, hacía ya dos días que habíamos partido de España.

Me lave la cara y fui a desayunar solo, pues los demás ya lo habían hecho. Tomé un vaso de leche y salí a cubierta, todos los muchachos estaban ahí, pero ¿y Leida?

Con la vista recorrí toda la cubierta encontrándola en el mismo lugar de la noche pasada, estaba sola, pensativa como siempre, exhalando un exquisito perfume y una encantadora hermosura.

Llevaba bajo el brazo mis binoculares. ..

— Leida, pequeña, ¿qué haces aquí?

— ¡Daniel!

— ¿Qué contemplas Leida?

— El mar y el cielo.

— ¿Y la tierra?

— Se ha perdido en el horizonte formado de agua,

— Pero no estés triste, ven, toma mis binoculares y ve si aún se distingue tierra firme.

Se los puso en el bello rostro y después de algunos instantes ella repuso:

— No Daniel, se ha perdido, sólo se distingue agua y más agua, pero hacia aquel lado veo un velero, tal vez esté pescando.

— No lo creo, permítemelos Leida.

Me coloqué los binoculares y efectivamente era un velero que se dedicaba a la pesca.

* * *

— Dime Leida, ¿dormiste bien?

— Sí Daniel, ¿y tú?

— También, soñando siempre en el amor.

* * *

— ¿Cómo ves el tiempo?

— Tenemos suerte Leida, pues el viento está soplando en nuestra dirección.

— El barco parece un vaivén.

— Tal vez pasado mañana estaremos cerca de las costas africanas, todo un continente lleno de peligros y de misterio.

— Me asusta pensar que desembarcaremos en tierra desconocida, donde reinan los peligros.

—No temas que nada sucederá, traemos a uno de los mejores guías para poder adentrarnos un poco en la selva.

—Ven Daniel, vamos hacia aquel lugar que el sol empieza a quemarme la piel.

Caminamos hasta el sitio que señalaba Leida. Esa mañana la pasamos platicando de mil y una cosas. Las horas cerca de ella pasaban sin dejarse sentir, eran para mí las más felices de mi existencia. Hubiera querido que el tiempo se detuviera allí para que jamás nos llegáramos a alejar y permanecer en su compañía, embelesado, pero no, el tiempo seguía su curso inexorable sin que nadie ni nada cambiara su ruta, y así llegó la noche iluminada tenuemente por la blanca luna que dejaba escapar destellos fugaces.

—Leida, ¿vendrás después de la cena para charlar un poco?

—No Daniel, perdóname pero estoy muy cansada y me acostaré temprano.

—Está bien, Leida, hasta mañana.

—Adiós Daniel y piensa un poco en mí.

—Siempre tu adoraba imagen está en mi cerebro.

Me dirigí al camarote pero antes de entrar volví el rostro y vi parada a Leida —la bella joven— que al verme, regalóme una sonrisa plena de juventud que escapó de sus rojos labios.

—¡Oh, qué feliz me sentí en aquel momento!, Leida me daba una tierna sonrisa, muestra de que le había simpatizado, empezaba ya a amarla tiernamente, pero ¿qué sentiría ella por mí?, ¿simpatía? o ¿amor?

—Aún no lo sabía, de lo que si estaba seguro era de que entre los dos había nacido ya una corriente de simpatía.

Penetré en el camarote y me tendí sobre el camastro pensando en ella, en la ya adorada Leida.

* * *

Al día siguiente desperté jovial lleno de dicha y salí a caminar por cubierta, miraba todo color de rosa, era inmensamente feliz.

Llégueme sin saberlo hasta la puerta de la cabina del Capitán de la cual él salía en ese instante.

—Hola muchacho, ¿cómo estás?

—Bien Capitán, pero dígame ¿cómo estamos de tiempo?

—La suerte nos favorece, aunque ha habido algún cambio en el viento, no ha contrariado mis planes de llegar a costas africanas para mañana alrededor del medio día.

—La suerte puede cambiar de un momento a otro, Capitán.

—Tal vez, pues esta calma en el mar siempre es presagio de tormentas.

Ambos seguimos platicando animadamente sobre diversos temas hasta que me despedí de él para ir al pequeño comedor donde ya estaba preparada la comida. Después de saborear un delicioso platillo con ostiones, decidí pasar la tarde en cubierta.

Era el tercer día de travesía en el mar; según los cálculos del capitán, mañana estaríamos en continente africano.

Todos los muchachos se hallaban charlando amablemente de distintas cosas, me dirigí a aquel lugar de siempre, pero no estaba Leida, la busqué por doquiera.

Leida no apareció por ningún lado, y para consolarme díjeme:

— Tal vez esté cansada y permanezca en su camarote.

Las horas lejos de ella pasaban lentas y monótonas, y aburrido vi aparecer las sombras, presagio de la noche, la luna apareció majestuosa en el firmamento, las radiantes estrellas también hicieron su aparición junto con la señora de las noches.

Fuíme al comedor, algunos cenaban ya, otros aún permanecían en cubierta. Allí estaba Leida y me acerqué a ella...

* * *

— Leida, ¿por qué no saliste hoy, al atardecer?

— Estaba cansada y me acosté un poco.

— No me negarás el placer de estar contigo esta noche, después de la cena, ¿verdad?...

— Trataré de complacerte, Daniel.

— Gracias Leida.

* * *

Después de la cena me dirigí al lugar de siempre, en el cual Leida y yo nos conocimos.

Esperé un buen rato, mirando hacia el camarote de donde en esos momentos salía radiante de hermosura mi adorada Leida. Su esbelto cuerpo se iluminaba tenuemente por la luna.

— Daniel, ya estoy aquí.

— Creí que ya no ibas a venir.

— Pero ya ves, he cumplido.

* * *

Ambos estábamos lejos de los demás muchachos, en un sitio que la luna alumbraba tenuemente.

Le tomé una mano y trémulo de emoción dije:

— ¡Oh, Leida, ya no puedo esperar más!

— ¿Qué tienes Daniel?

— ¿No lo adivinas mi bella Leida? Te amo con locura, con un puro amor...

— ¡Oh, Daniel!, yo...

— No Leida, no me des una desilusión...

— Pero es que yo...

— Dime, ¿merezco tu amor?

— Daniel, no sé si debo decirte que...

— Que me amas Leida.

— Daniel, tal vez lo que siento por ti no es amor sino simpatía.

— Leida, tú me amas.

— ¡Oh, Daniel, creo que tienes razón! Tú has sido mi único amor, eres la chispa que ha encendido mi corazón. ¡Oh, Daniel, te amo!

* * *

Jamás antes había escuchado palabras más bellas y dulces como las que ahora acababa de pronunciar mi adorada Leida, su voz era como una tierna canción bajada del cielo. ¡Oh, cuán feliz me sentí!

* * *

— ¡Oh, Leida, me haces el hombre más dichoso que existir pueda sobre la tierra!

— ¡Oh, Daniel!, sólo puedo decirte que te adoro con mi corazón.

Un leve suspiro escapóse de su roja boca.

— Déjame que te tome entre mis brazos, amor mío...
susurré dulcemente.

No opuso resistencia y la estreché tiernamente contra mí, sentí su piel cual sutil rosa de terciopelo, su corazón latía aceleradamente, lleno de dicha, la luna se ocultó tras las nubes y todo se oscureció, era como si supiera de aquel amor dichoso que había nacido entre Leida y yo.

* * *

La estreché más y busqué ansioso sus rojos y candorosos labios...

— ¡Oh, Leida, déjame besar tus labios, dame la magia del amor, deja que la beba de tus labios...!

— Daniel, no, por favor.

Su poca resistencia terminó y mis labios se posaron con dulzura sobre los labios de coral de mi amada Leida.

Oh, que dicha más intensa sentí en aquellos momentos, al tenerla entre mis brazos y besándola tiernamente. Quise que el tiempo ahí detuviera su marcha para siempre.

Así tuve sus deliciosos labios entre los míos durante varios instantes, bebiendo toda la magia de su amor. Poco a poco se consumía mi vida en aquella hora de dicha...

— ¡Oh, Daniel, qué feliz soy! Díjome en voz baja.

— Leida, vida mía...

— Vámonos Daniel, que todos empiezan a irse a descansar.

— Sí, vamos, deja que te lleve entre mis brazos.

— Como quieras, amor mío.

Los dos caminamos iluminados tenuemente por la diáfana luna...

Llegamos a su camarote y ella dijo.

— Hemos llegado, adiós amor mío.

— Espera, Leida,

La tomé entre mis brazos y deposité un beso en sus delicados labios.

— Hasta mañana vida mía.

Ella penetró y yo me dirigí al mío, pensando me acosté. Aún sentía el sabor de aquellos labios tan frescos, ¡oh, que dicha tan grande en unos cuantos minutos!

Poco a poco con la imagen de mi amada en mi cerebro me fui quedando dormido confundido con sus caricias, con las delicias de aquel dulce beso.

¡Naufragio...!

La luz del sol iluminó débilmente el camarote y me levanté para salir a dar una caminata por cubierta. El cielo se veía tapizado por negros nubarrones que amenazaban convertirse en tempestad, el viento soplaba con fuerza y el mar estaba inquieto...

Durante algún rato estuve contemplando esos detalles hasta que fui a desayunar, allí estaba Leida radiante de juventud y belleza que al verme sonrió con una sonrisa prometedora.

Después de charlar durante algún tiempo con los demás jóvenes de cosas sin importancia que no vale la pena escribirlas, salimos a cubierta, me dirigí hacia Leida que se hallaba en el mismo sitio de la noche anterior.

Durante dos horas estuvimos conversando de distintas cosas y también de nuestro amor.

El cielo estaba cubierto por nubes cargadas de agua. De pronto un trueno, sí un trueno se dejó escuchar, el sol desapareció tras el grueso cortinaje de las nubes y una violenta tempestad se desató.

— Ven Leida, vamos a refugiarnos en aquel sitio en el cual no penetrará la lluvia.

— Vamos Daniel.

La tomé por un brazo y la llevé al lugar ante el temor de que no fuera una pequeña lluvia.

— Creo que el cielo está en contra nuestra, dije.

— No te has equivocado, mira el mar, las olas empiezan a crecer.

* * *

Mientras tanto el Capitán daba órdenes precisas para poder estar prevenidos, los marinos atendían a todo lo que su jefe les decía.

La lluvia seguía cayendo incesante sin mostrar su ocaso, el frío se dejó sentir de inmediato.

— ¡Oh, Daniel, el frío es terrible!

— Ven amor mío, te estrecharé entre mis brazos. La atraje hacia mí rodeándola con mis brazos por su delicado talle.

* * *

Los minutos pasaban y el aguacero no cesaba, los elementos azotaban con furia la embarcación que parecía iba a ser devorada por las olas, éstas se hacían cada vez más grandes adquiriendo una enorme fuerza.

Todo era tinieblas y sólo los relámpagos iluminaban por momentos el espacio y hacían temblar a mi adorada Leida...

— Daniel, tengo miedo, las olas parecen que quieren devorarnos.

— No temas Leida, ven te estrecharé más.

Mis labios buscaron ansiosos los suyos que no opusieron la menor resistencia.

Un relámpago vino a sacarnos de nuestro dulce embeleso.

Pero las cosas no pararon allí, una vía de agua penetró a la embarcación.

El Capitán se movilizaba, gritaba dando órdenes. Los marinos se dispusieron a enmendar aquella vía de agua mientras que otros, ayudados por algunos muchachos, sacaban el agua en baldes.

Los minutos eran angustiosos y la furia de los elementos parecía no tener fin.

* * *

De pronto, una gigantesca ola barrió la cubierta, el grito angustioso del Capitán se dejó oír...

— ¡¡¡Nos hundimos!!! ...

— ¿Has oído Daniel?

— Sí Leida...

Los marinos corrían de un lugar a otro, voces, gritos que se oían por doquier.

El torrente marítimo era incontenible, una segunda ola puso en peligro la embarcación, quedando a la deriva cual frágil cáscara.

El barco se hundía, un costado empezaba a sumergirse.

— Espérame aquí Leida, no te despegues, aférrate a los maderos, ahora vuelvo.

Corriendo y a veces tropezando llegué a mi camarote y tomé mi botiquín, iba al encuentro de Leida cuando oí una voz que salía del camarote asignado a las mujeres, una muchacha estaba atrapada entre unas vigas, rápidamente la liberé y me dirigí con mi botiquín de emergencia hacia do* se hallaba Leida.

Sus cabellos estaban desordenados, temblaba a la vez que luchaba para no dejarse arrastrar por las olas que barrían continuamente la cubierta.

* * *

— ¡Pronto Leida, sígueme!

— ¡Sí Daniel...!

La tomé por un brazo y nos encaminamos hacia el lugar en que ya todos los muchachos estaban reunidos y desesperadamente trataban de conseguir maderos que les permitieran sobrevivir en el mar, pues ya el barco no tardaría en hundirse. Sólo había una lancha, esa estaba destinada para las mujeres.

La voz del Capitán se dejó oír...

— ¡¡¡Sálvense, que nos hundimos!!!

Rápidamente ayudé a saltar a Leida a la lancha que ya esperaba en las encrespadas aguas.

Después de que hubo saltado mi adorada Leida, me dirigí en busca de algunos maderos para poder lanzarme

*Do, apócope de *donde*.

al mar. Descubrí algunas tablas y desprendí dos de ellas en el instante mismo en que me iba a arrojar al mar, una gigantesca ola nos elevó y nos arrojó hacia las encrespadas aguas.

El impacto fue brusco pero logré asirme a una tabla, El Patricia se hundía irremisiblemente y su tumba era aquel embravecido mar.

Varios muchachos luchaban al igual que yo para no dejarse arrastrar por las olas turbulentas. Las muchachas también estaban en dificultades y trataban de que no se volcara la lancha que las llevaba, mirando angustiadas el tenebroso mar y a la embarcación que se iba a pique, devorada poco a poco por las aguas. También nos miraban a nosotros los jóvenes que luchábamos contra las olas. Nuestra embarcación cedía al impulso del mar y de los elementos y se hundía. El mástil principal fue el último en desaparecer bajo aquellas aguas, luego nada, el mar había cobrado una víctima más...

* * *

Miré ansioso hacia la lancha que estaba a pocos metros de mí, allí mi adorada Leida sufría al verme.

Otra ola nos arrojó lejos, la lancha cedió al empuje de los elementos y se hundió al igual que El Patricia.

Casi inconscientemente vi como Leida era arrastrada por las turbulentas aguas, las demás jóvenes desaparecían bajo las encrespadas aguas.

Los muchachos eran cual frágiles muñecos arrastrados lejos de ahí.

El gran amor que sentía por Leida me dio fuerzas para lanzarme en su búsqueda, era buen nadador y pronto

le di alcance, estaba inconsciente por el golpe, había tragado agua. Con un brazo nadé desesperadamente y con el otro sostenía a Leida, la suerte nos favorecía, un madero que se había desprendido del barco se hallaba cerca de nosotros. Me lancé con Leida hacía él y con mil esfuerzos logré colocarla en la improvisada balsa, luego subí a ella.

* * *

La tempestad empezaba a calmarse, las olas dejaban de ser impetuosas para volver a su tranquilidad.

Dirigí una mirada hacia el mar, ¡nada había! Ni la embarcación, ni los muchachos, habían perecido...

Varios objetos flotaban en el agua, algunos vestidos se habían atorado en los maderos que nos habían salvado, mi botiquín también estaba ahí, atorado en un saliente del madero.

La lluvia cesó, el mar volvía a la calma poco a poco. Los relámpagos y truenos aún retumbaban pero el peligro había pasado.

El mar se calmó por completo, el sol brillante apareció en el cielo.

Nosotros estábamos a la deriva, y en tales condiciones el cansancio y la fatiga me rindieron y pronto me quedé dormido...

¡Tierra a la vista!

Cuando desperté no sabía que decir, era sueño o realidad la tragedia, sí debía de serlo pues ahí estaba en medio del mar junto con Leida. El mar nos había lle-

vado lejos del lugar donde sobrevino el hundimiento. A un lado estaba Leida semiinconsciente, el botiquín se hallaba a un costado de la balsa, pero más grande fue mi sorpresa al levantar la vista, descubrí una línea verde a unos cuantos kilómetros de distancia. Las olas nos llevaban hacia aquel sitio desconocido que tal vez serían las costas africanas o una isla solitaria y perdida en la inmensidad del océano. No podía saberlo...

Mi vista se fijó en Leida que empezaba a volver de su inconsciencia, abrió sus bellos ojos y sin comprender nada dijo:

— Daniel, ¿dónde estamos?

— Serénate Leida.

— ¿Pero qué pasa? Sólo recuerdo cuando el barco se hundía y lo último fue cuando una ola nos arrastró lejos de la lancha que nos conducía.

Calmadamente le relaté lo sucedido, nuestra odisea.

— ¡Oh, Daniel, entonces estamos en medio del mar!

— Sí, pero no hay porque temer, mira hacia allá, ese manto verde significa que estamos cercanos a tierra firme o quizá a unas isla, no lo sé.

— Pero, ¿dónde estamos?

— Me es imposible decirte con cálculo preciso pero según los últimos cálculos del Capitán deberíamos estar cerca de África.

— ¿Y los demás muchachos, qué fue de ellos?

— Creo que todos perecieron.

— ¡Oh, qué horror!

— Serénate amor mío que ahora debemos pensar en nosotros, en nuestra salvación. Las olas nos arrastran hacia aquel lugar, tal vez sean las costas del África o alguna isla.

— Daniel, ¿por qué no miras con los prismáticos?

— Buena idea Leida...

— ¿Qué ves Daniel?

— Nada, sólo la verde maleza que se extiende más allá de las costas.

— ¡Oh, Daniel, tengo miedo!

— No temas vida mía, estás conmigo y no dejaré por nada del mundo que te suceda algo.

Estábamos ya cerca de aquellas costas, las olas iban a morir a los arrecifes produciendo mil ecos y retumbando.

— Hay que tener cuidado al llegar a esas playas, pues no sabemos si hay bancos de arena o si son accesibles para poder desembarcar. Trataré de dirigir a la balsa con este trozo de madero, que me servirá de remo hacia aquel lugar que se ve más tranquilo.

Así, con mil dificultades logré llevar la balsa hacia aquel punto calmado del mar.

Estábamos a unos cuantos metros de la playa y la balsa se enterró en la arena.

* * *

— Vamos Leida, tenemos que saltar.

— Sí Daniel.

— Apóyate en mi brazo

Ambos saltamos al agua y nos dirigimos hacia tierra firme.

— Espérame aquí voy por el botiquín.

— No tardes vida mía.

Regresé a la balsa y tomé mi botiquín de emergencia, además de desatorar las ropas que se habían enredado en la balsa de nuestra salvación.

— Regresé inmediatamente al lado de Leida que me esperaba ansiosa

— Daniel, ¿qué hacemos?

— Tratar de hallar un refugio para poder guarecernos, la noche no ha de tardar en caer.

— Ven, vamos hacia aquel pequeño promontorio, pero espérame.

Abrí el botiquín y extraje mis dos revólveres colocándomelos en la cintura.

Las palmas situadas a todo lo largo de aquella desconocida playa se movían impulsadas por el viento que llegaba del mar, el sol empezaba a ocultarse tras los montes cubriendo de un amarillento matiz aquellos parajes.

— Vamos Leida, hay que estar prevenidos para cualquier peligro.

La tomé cariñosamente por un brazo y nos dirigimos hacia el lugar antes indicado.

Desde allí se dominaba un poco más la extensa maleza. Como el sol estaba en su ocaso decidí buscar un refugio entre las rocas, busqué por todos lados hasta que descubrí una cavidad formada por rocas macizas.

— Allí hay una cueva, Leida, ven...

Era lo suficientemente grande como para albergar dos cuerpos. Examiné palmo a palmo el lugar en el cual nos guareceríamos.

— Creo que aquí estaremos bien por lo pronto, ahora voy a buscar zacate seco que nos servirá de lecho.

— Sí quieres ven Leida.

— Sí Daniel pues tengo miedo.

Durante un rato recogimos hierba seca que acomodé dentro de la cuerva. Como la noche estaba ya encima decidí recuperar las fuerzas.

—Leida, tu dormirás en el rincón y yo aquí a la entrada vigilaré tu sueño.

—Sí Daniel.

—Mañana veremos qué se puede hacer. Ahora descansa amor mío. Cúbrete con mi abrigo y con las ropas que venían en la balsa, ya están secas.

* * *

Leida acomodó su esbelto y delicado cuerpo entre aquellas hierbas y pronto la fatiga hizo que el sueño la venciera.

Yo me quedé semiacostado listo para cualquier sorpresa, a un lado tenía mis revólveres y mi linterna de explorador.

Pronto el cansancio me hizo presa y sin darme cuenta me fui quedando dormido en los brazos de Morfeo.

* * *

Los rayos se filtraron hasta la cueva, la luz de un nuevo día aparecía. Desperté y de un salto me puse de pie.

—Leida, Leida, despierta que ya es de día.

—¡Oh, Daniel!, ¿dónde estamos?

—¿No lo recuerdas?, ayer al atardecer llegamos aquí.

—¡Oh, sí...!

* * *

Ayudé a Leida a ponerse de pie.

—Bien Leida, ahora debemos investigar en qué lugar estamos. Ven, vayamos hacia aquella colina, tal vez desde allí podamos ver algo, algún indicio de vida humana.

— Sí Daniel, vamos pues.

La tomé delicadamente por un brazo y nos encaminamos hacia la parte elevada de aquellas desconocidas tierras. El sol seguía su curso diario, y cientos, miles de pajaritos de diversos tamaños y colores trinaban alegremente por la llegada de un nuevo día, la natura radiaba su don de grandeza, vistiéndose de bellos matices que hacían ver la belleza de aquellos paisajes. El cielo límpido y azul se reflejaba en las cristalinas aguas de aquel mar. ¡Oh, qué belleza jamás vista antes! Aquella isla (me supuse), estaba rodeada de una interminable cadena de arrecifes contra los cuales las gigantescas olas de aquel mar iban a estrellarse dejándose oír el mormullo de las mismas al morir en la playa. En el centro de la isla había altas planicies partiendo de un cráter volcánico. Los valles verdes e interminables escondían la más atemorizante soledad.

Todas las cadenas montañosas iban a morir cerca de la costa. A la derecha se alzaba cual perenne guardián de aquella isla un enorme acantilado de elevados peñascos sobre el cual se batían incesantes la furia del mar. Desde allí se podían contemplar gran parte de aquellas inhóspitas tierras, mas nuestros pasos se encaminaron hacia una verde colina distante 800 metros del lugar.

La maleza volvía difícil el avance, pero poco a poco nos fuimos acercando al pie de aquella colina de 200 metros de altura, aproximadamente.

* * *

Vamos Leida, hay que subir, te ayudaré

— Sí, Daniel.

— Pero, ¿por qué tan triste?

— Es que esta soledad me atemoriza.

— No temas vida mía, estás junto a mí y nada te sucederá.

Trabajosamente empezamos a ascender y a ratos descansábamos para reanudar la marcha hasta que por fin vimos coronados nuestros esfuerzos cuando logramos llegar hasta la cima de aquel promontorio.

Leida se dejó caer fatigada.

— Jamás había caminado tanto.

— ¡Ánimo, vida mía!

Después de reponernos de la fatiga echamos una mirada valle abajo...

— ¡Sólo selva! Esta isla está rodeada por varias cadenas montañosas, Leida, no se ve ningún indicio de vida humana, la vista ya no puede ver más allá de aquellas montañas.

— Estos parajes son aterradores Daniel.

— Observaré con los prismáticos, tal vez descubra algo.

— Nada Leida, sólo flora y fauna, nada de vida humana. Nuestro esfuerzo ha sido inútil, no hay indicios de civilización a varios kilómetros a la redonda. Creo que no pensé mal al decir que estábamos en una isla solitaria y perdida en medio del océano.

— ¡Oh, Daniel, el hambre empieza a torturarme!

— A mi también, trataré de hallar algo que nos sirva para calmar nuestro apetito.

Ya sin ninguna esperanza empezamos a descender aquella colina, llegamos a nuestro improvisado refugio y Leida se dejó caer en la suave arena.

— Espérame aquí Leida, ahora regreso, ten...

— ¡Una pistola!

— Sí, la usarás en caso de peligro.

Me perdí entre la espesa maleza y pronto hallé frutas y algunos cocos. Regresé triunfante...

* * *

— Mira Leida, he encontrado esto,

— Yo también tengo que darte una sorpresa.

— ¿De qué se trata?

— En esta cueva se albergan varias aves marítimas y creo que sus huevos nos ayudarán para poder subsistir.

Me tiré sobre la arena junto a Leida con la vista hacia la playa, hacia aquel inquieto océano.

Ambos saciamos nuestra sed y hambre.

— Mira Daniel qué bello panorama se ve, aquellas verdes palmeras que crecen a todo lo largo de las costas, ese mar inquieto con sus aguas cristalinas, de este lado esas altiplanicies con sus valles verdes en los cuales trinan miles de aves. Mira aquellos pajarillos en pleno romance.

— ¡Oh, Leida me has devuelto la alegría!

— ¡Oh, Daniel, amor mío!

— Ven a mis brazos vida mía que ansiosos esperan estrechar tu bello cuerpo cual pétalo de rosa.

Ella se dejó abrazar sin poner resistencia, era cual frágil paloma asustada que buscaba el refugio seguro de mis brazos. Ambos miramos hacia aquel inquieto mar. Aquella selva era testigo de nuestro tierno amor.

Estábamos sobre la arena a pocos metros del mar, un suave oleaje que provenía del océano acariciaba nues-

tros rostros, yo tenía a la joya más preciada entre mis brazos, a la joya que más amaba y sediento de amor le dije suavemente.

— ¡Oh, Leida, vida mía! déjame besar tus rojos labios que me incitan a beber la magia de tu bello amor. Deja que enfrente de este mar, de esta naturaleza selle nuestro amor con un beso...

— Daniel... te amo y si es tu deseo... bésame tiernamente al arrullo de las olas que vienen y van.

Me ofreció sus labios que me incitaban a besarlos apasionadamente.

Muy juntos uno del otro quedamos tiernamente abrazados, nuestros labios se negaban a separarse. Bebí larga y apasionadamente aquel néctar que tenían sus labios.

— ¡Oh, Daniel! qué feliz soy aunque sea en este lugar...

— Yo también lo soy Leida. Ahora hay que pensar en nosotros, en la suerte que correremos. Ven aquí donde los rayos del sol son más intensos.

— ¿Qué vas hacer Daniel?

— Trataré de hacer fuego utilizando los rayos solares.

— ¿Cómo? No te entiendo Daniel.

— Con el vidrio de mi reloj que es irrompible.

Cuidadosamente le saqué la lente de mi reloj y sobre hojas secas comencé a hacer mi experimento. Dirigí los rayos sobre un sólo punto durante un rato, un leve humo empezó a salir y pronto se convirtió en fuego.

— Lo he logrado Leida, espérame voy por la leña, mientras sigue reuniendo hojas secas.

Pronto reuní varas secas y regresé.

— Encenderemos una hoguera para ahuyentar a las

fieras en las noches.

El problema del fuego estaba resuelto y me dediqué a recopilar leña para alimentar la hoguera.

* * *

Muchos problemas teníamos todavía, entre ellos el del agua; la del mar era salada, debíamos encontrar algún arroyo de agua dulce, de lo contrario pereceríamos.

—Leida, tenemos que hallar agua, la del mar no se puede utilizar, vamos a buscar algún arroyo...

Nos internamos en la maleza y después de algún tiempo de buscar por los alrededores encontramos un pequeño manantial que salía de entre unas rocas y luego se escondía para salir más allá.

—Tenemos resuelto el problema del agua y del fuego y por algunos días el de la comida pues comeremos los huevos de las aves marinas que están en la cueva. Mañana empezaré a fabricar un arco y flechas para cazar, además de un anzuelo para pescar pues esto nos ayudará mucho.

—No sé qué vamos a hacer Daniel.

—Lo mismo pienso, sin embargo, no tenemos otra alternativa que enfrentarnos a la realidad, debemos pensar que estamos en una isla deshabitada. Sin embargo, mañana haré un pequeño recorrido por algunos lugares cercanos para comprobar nuestra situación, también empezaré a construir una cabaña en la cual nos podamos refugiar mejor.

—La noche se viene encima Daniel, pero me tranquiliza el resplandor de la fogata, esto evitará que se acerquen los animales.

—Vamos a descansar Leida que ha sido un día muy

agitado, mañana veremos qué se puede hacer.

—Vamos Daniel.

Nos dirigimos hacia la cueva iluminada por el resplandor de la hoguera. Afuera la noche cubría la naturaleza con su negro manto, las olas iban a morir en el acantilado, los animales aullaban y un silencio envolvía la selva, el cansancio nos venció y pronto dormíamos profundamente.

Un refugio seguro

El sol aparecía ya sobre los montes iluminando a aquellas tierras desconocidas, miles de pajarillos alegraban la natura con su constante trinar...

—Leida, es hora ya...

—Sí Daniel.

—Como te dije ayer, empezaré a construir una cabaña, buscaré troncos, lianas, varas y palmas.

—Será un trabajo pesado, pues no cuentas con las herramientas adecuadas.

—Pero es necesario Leida. Espérame aquí voy a buscar los troncos, ¡ojalá encuentre árboles caídos! Además labraré una vara resistente que nos servirá como barreta para cavar los hoyos.

—Ve Daniel, mientras recogeré algunos huevos y frutos para comer.

—Ten cuidado Leida, no te alejes mucho de aquí y si hay peligro disparas esta pistola al aire.

Me interné en la espesa maleza llevando en mi diestra el cuchillo de explorador.

Anduve por los alrededores hasta que en una zona hallé varios árboles derribados, tal vez por un ciclón. Ayudado con mi cuchillo les quité las ramas menores y cuando tuve una docena empecé a llevarlos a la cueva, cuando terminé me senté sobre la arena suelta mirando al mar.

Leida había recogido algunos huevos de las aves marinas y frutos con los cuales saciamos nuestro apetito, luego nos dirigimos hacia el arroyuelo para calmar la sed. Regresamos a la cueva y ahí...

—Leida, ya tengo los troncos, ahora voy a buscar palmeras caídas, lianas y varas delgadas.

—Daniel, quiero ir contigo.

—Está bien, vamos.

* * *

Nos internamos en el bosque mirando hacia todos lados...

—Allí Daniel hay palmeras derribadas.

—Sí, y sus palmas están verdes y no están maltratadas.

Llegamos hasta el lugar indicado y con mi cuchillo empecé a cortarlas cuidadosamente. Después de haber reunido las suficientes me dediqué a cortar las lianas y varas.

Al filo del medio día había acabado y empecé a llevarlas a la cueva.

Después de descansar un rato comencé a hacer los hoyos, paré los horcones y puse entre ellos las varas

amarradas con los bejucos, luego empecé a techarla usando las palmas y asegurándolas con las lianas.

Era lo suficiente grande como para dar comodidad a dos seres.

La tarde ya caía envuelta en mil matices. Apenas había acabado de techarla cuando las primeras sombras de la noche aparecieron. Sólo faltaban los lados pero ya no había tiempo.

* * *

— Leida, creo que mañana la terminaré, le dejaré una pequeña ventana para poder admirar el mar, además haré dos camastros, en fin, después veremos que más hace falta, ahora vamos a descansar.

— ¿No quieres algo Daniel?

— No Leida, ya he probado algunas frutas.

— Ah Daniel, se me olvidaba...

— ¿Qué?

— Mientras tú estuviste haciendo la choza yo tejí unas canastas, ven, aquí las puse, dentro de la cueva, las llene de huevos.

— Vamos mi amor.

Penetramos a la cueva y sobre la arena estaban tres canastas artificiosamente hechas.

— Te felicito Leida, están muy bellas.

— Pero descansa Daniel, debes estar muy fatigado.

— Sí Leida...

* * *

Otro día más fenecía, otro día que se iba con las esperanzas de ser rescatados. Las sombras envolvían a

aquellos lugares, únicamente el sitio en donde estábamos Leida y yo era rasgado por la luz de la hoguera.

Sólo se escuchaba el rumor de las olas y el viento que mecía las palmeras.

El cansancio acabó con nuestra resistencia y pronto nos quedamos profundamente dormidos.

* * *

Aún el astro rey no aparecía sobre los verdes montes cuando me levanté, las sombras se iban desvaneciendo, tomé mi cuchillo y la pistola y me dirigí hacia la empezada choza para proseguir con mi trabajo.

Hice una zanja de poste a poste para enterrar las varas amarrándolas con bejucos.

Durante dos horas estuve realizando ese trabajo y ya el sol empezaba su carrera diaria cuando había terminado de cubrir los lados: Leida aún dormía en los brazos de Morfeo.

Los melodiosos cantos de los pajarillos la despertaron, cuando yo entraba en la cueva...

— ¡Oh, Daniel me he quedado dormida!

— Es que estabas cansada, pero no te levantes, descansa un poco más.

— Pero Daniel, tú ya has trabajado mucho, y yo no he hecho nada, así que me voy a levantar.

— Nada de eso Leida, sigue ahí.

— Está bien Daniel, te complaceré.

— Mira, ya terminé de cubrir todos los lados, sólo falta la puerta y la ventana.

— Va a quedar muy bien Daniel.

— Creo que sí Leida.

— Pero ven Daniel, has de tener hambre, mira, aquí están unos cocos, ayer los recogí.

— Gracias. Mañana construiré un anzuelo sencillo para pescar. También haré mi calendario para saber la fecha. Ahora espérame aquí, voy a conseguir varas resistentes y lianas para hacer la puerta y la ventana.

Con mi cuchillo y las manos desprendí varias ramas de algunos árboles, además de cortar algunos bejucos.

* * *

Durante un buen rato estuve haciendo la puerta y la ventana, hasta que al fin terminé; las coloqué en sus lugares respectivos asegurados por lianas resistentes.

Cuando había terminado díjeme a Leida...

— Ahora hay que buscar tierra arcillosa para poder hacer las paredes y así la choza resista mejor el paso del tiempo.

— Daniel, creo que en aquel lugar existe esa tierra.

— Bien, en esas hojas gigantes la traeremos.

Nos pusimos a acarrear toda la tierra necesaria, con agua la revolvíamos hasta hacer una mezcla, ese tipo de pared lo había visto en mi pueblo, así que no me fue difícil hacerla. Empecé con Leida a revocar* las paredes con lodo, hasta que terminamos.

* * *

*Revocar: significa, en la jerga de la albañilería, recubrir una pared con cierto material, en este caso, con una pasta de arcilla. Véase la definición del *Diccionario de la Real Academia Española*.

La tarde empezaba a caer, los últimos rayos del astro rey envolvían aquellos lugares pintándolos de diferentes tonalidades.

— Oh, Daniel estoy cansadísima.

-Ya lo creo Leida, pues yo también lo estoy. Desde ahora dormiremos aquí para estar más seguros. Traeré la paja de la cueva. Mañana haré dos camastros de 50 centímetros de altura.

— Sí Daniel, ¿pero quieres alguna fruta?

— No Leida, estoy muy fatigado y quiero sólo descansar.

— Entonces vamos a nuestros lechos Daniel.

— Sí Leida, voy a atrancar la puerta con este tronco.

Regresé y me tendí en la paja. Leida dormía ya profundamente.

— Pobrecita, el cansancio la rindió.

El cansancio no tardó en apoderarse también de mí, confundido con mil pensamientos me fui quedando dormido.

* * *

Otra vez desperté, y aún no salía el sol cuando me levanté para proseguir con mi trabajo.

* * *

Salí de la choza cerrando la rústica puerta y me dirigí hacia el bosque a conseguir ocho horcones pequeños para los camastros, cuatro cada uno. Además de ramas y varas, que servirían para sostener la paja. Este trabajo me llevó dos horas.

El sol estaba empezando su marcha diaria cuando volví a la choza, Leida estaba ya de pie afuera, preguntándose por mi ausencia.

* * *

— ¡Oh, Daniel, al fin te veo!

— Sí Leida, fui por estos horcones y lianas. Empezaré a hacer los hoyos para enterrar los troncos para nuestros camastros. Ahora alcánzame aquella vara con la que hice los otros hoyos.

— Si Daniel, aquí la tienes.

— Comenzaré para no perder tiempo.

— ¿Te puedo ayudar Daniel?

— Sí, tráeme esas lianas y varas.

Cavé cuatro hoyos en forma rectangular para cada camastro. Después coloqué dos resistentes varas de horcón a horcón, luego las fui cruzando con varas más delgadas asegurándolas con los bejucos.

— Ya está, ahora empieza a colocar el zacate, que haré la otra.

Así repetí la misma operación, tiempo después estaba terminada.

— ¡Oh, Leida, qué hambre!

— Mira lo que tengo preparado.

— Cocos y huevos.

— Si Daniel, come que yo ya lo hice.

Después de saciar mi hambre...

— Vamos Leida hay que reunir más paja para que nuestros lechos estén cómodos.

— Vamos Daniel.

Nos dirigimos al bosque y pronto reunimos el zacate, llevándolo hacia la choza y ahí lo acomodé en los camastros.

— Quedaron muy bien Leida.

— Sí Daniel, son amplios y suaves.

— Ahora hay que hacer otras cosas.

— ¿Cuáles Daniel?

— Voy a hacer mi calendario, sobre aquel árbol iré anotando la fecha. El día 1º naufragamos y han pasado cuatro días, es decir que hoy es cinco de abril de 19...

Así hice mi sencillito calendario, para estar al tanto del tiempo que transcurría.

— Aún faltan otros problemas, uno es el anzuelo; con esta vara flexible que hallé en la colina y esta liana lo haré, pero ¿tienes algún alfiler de seguridad?

— Creo que sí, deja que lo busque. Sí, aquí está.

— Es grande y resistente.

— ¿Y qué usarás como carnada?

— Lombrices.

Me dediqué a elaborar el rústico anzuelo. Pronto quedó terminado.

— Mira Leida aquí está ya. Mañana lo usaremos. ¡Ojalá sirva! Pero falta otra cosa.

— ¿Qué es?

— Que teniendo buena arcilla podemos moldear cazuelas y jarros.

— Creo que tienes razón, pero no sé cómo.

— Yo ya lo he hecho antes, en mi casa cuando era niño. Primero hacemos el molde y luego lo ponemos al fuego hasta que esté al rojo vivo, pero eso será mañana, por ahora hemos terminado y como trabajamos mucho te invito a la playa para bañarnos.

— Daniel pero...

— No temas amor mío.

— Bien, vamos pues Daniel.

Tomados de la mano llegamos a la playa, un suave y fresco viento se dejaba sentir arrullando las palmeras. El mar estaba tranquilo y las gaviotas se dedicaban a la pesca, cientos de pajarillos trinaban melodiosamente alegrando aquellos lugares. El sol empezaba a deslizarse silencioso tras los lejanos montes llenando de bellos matices aquel sitio. ¡Estábamos frente a la grandeza de la natura!

— Mira, allí hay una palmera, vamos a recogernos bajo su sombra.

— Tiene cocos Daniel.

— Sí Leida, ¿Quieres uno?

— Me gustaría probarlos.

Sin esperar más me trepé a la palmera y llegué hasta los cocos.

— ¡Hazte para un lado que los voy a arrojar!

Dejé caer varios cocos y luego salté a tierra. Con mi cuchillo los abrí y bebimos su líquido. Después de terminar le dije:

— Creo que ya habíamos olvidado el baño Leida.

— Daniel, creo que debemos...

— No amor mío. No hay nada de malo.

Y sin decir nada más empecé a desvestirme hasta quedar sólo con el traje de baño.

— Eres muy fuerte Daniel, tu figura es atlética y...

— Deja de halagarme y empieza tú...

— ¿Yo?

— Sí, mira, detrás de aquella palmera, yo estaré de espaldas.

— Sólo porque tú me lo pides Daniel...

Se alejó rumbo hacia el sitio antes indicado y pronto vi aparecer a Leida. Mi sorpresa fue inmensa. Jamás había visto un cuerpo tan esbelto y nacarado, sus bellos contornos y su piel levemente quemada por el sol me hicieron suspirar.

— Sabes Leida que eres muy hermosa así como estás ahora...

— Daniel no me mires así, parece que me quieres comer.

— ¡Ja, ja, ja! No temas que soy gente y no león, pero sígueme, vamos a darnos un buen remojón.

* * *

— ¡Oh, qué bella mujer era mi compañera de viaje!, era una exquisita flor que emana dulzura y desvanece la soledad por donde pasa. Así había pasado conmigo, ya que antes de conocerla estaba sumido en una soledad aterradora; ahora, al estar cerca de ella me sentía dichoso.

— ¡Oh, qué pensamientos!, me dije.

Con mi pensamiento puesto en la imagen de la mujer que adoraba, me fui quedando dormido, envuelto en mis bellos sueños de amor.

* * *

Muchas páginas de esta novela se perdieron. Ahora que he vuelto a leerla recuerdo que llegué a vislumbrar el final de ella. Sin embargo, los avatares que viví en mi pubertad me impidieron concluir. Si lo deseas, estimado lector, puedes seguir escribiéndola, y compartírnos cómo te gustaría que terminara esta historia de amor. Las cinco propuestas que reciba, y que más se ajusten a la trama, se publicarán, con los nombres completos de sus autores, en mi página electrónica (www.raulojassoriano.com). Favor de enviarlas a los siguientes correos: raulrojassoriano@gmail.com y raulrojassoriano@hotmail.com (*Nota del autor*).

La princesa enamorada*

Autor: Raúl Rojas Soriano

“El pensador inmortal”

Tetecalita, Morelos, a 10 de agosto de 1963

*Se respetó la redacción y puntuación, así como la grafía y composición original del texto.

Elegía
“A la princesa enamorada”

¡Oh, Princesa Diana, tierna belleza!
en ti todo es dulzura y amor,
conservas de las rosas la pureza
y de virgen la grandeza del candor.

Divina beldad de joven princesa,
Diana, dulce mujer de mis anhelos
eres con esa celestial belleza...
la dueña de todos por ti, desvelos.

Princesa Diana, beldad de estrella
tú posees esa divina pureza,
joven preciosa, radiante y bella...

Eres tierna y única grandeza,
cadenciosa mujer, núbil doncella
eres cual rosa de sutil belleza.

Capítulo primero

La isla de Villa España

Es una isla del continente europeo situada en medio del azul e inmenso mar Mediterráneo. Dicha porción de tierra está rodeada de paisajes exóticos, existe flora poco común, riachuelos que se internan en los bosques para aparecer más tarde en otros lugares, planicies alfombradas de pasto verde, lejanas montañas, colinas que por su escasa altura son propias para pasear. La fauna aquí es muy diversa, hay millares de avecillas de distintas especies y diremos que los animales más peligrosos habitan en el corazón de las numerosas selvas, abundan los árboles frutales como son los manzanos, platanos y muchos más que como es evidente siempre existen en estas regiones.

Las playas a las cuales concurre la población entera están a un lado de la ciudad de Benamar, capital del Reino de Villa España. En estas playas hay anclados algunos barcos de distintas nacionalidades, estas embarcaciones hacen sus viajes del continente a la isla, pero se encuentran más lanchas sencillas, porque éstas se utilizan más y la razón es que en los días inhábiles todos gustan de dar un paseo a lo largo de la costa de la isla.

Además de estas playas hay otras que se encuentran escondidas entre la exuberante maleza de los pequeños bosques, permanecen apacibles, cantan las aves con romántico acento, un cerco de árboles de mediana altura cubren a estas cristalinas y azules playas, por lo general,

siempre hay un cielo azul, y como se dijo antes están silenciosas, es por eso que los enamorados las escogen para mejor amarse.

En uno de los tantos valles encontramos a la capital de un próspero Reino; tiene en sus alrededores varias provincias de fascinante belleza.

Benamar es tranquila y una ciudad hermosa, la mayoría de sus casas están construidas con un recio material, cada casa tiene sus pequeños jardines y fuentes, hay como centro la plaza de armas a cuyo costado se encuentra una grande fuente de agua cristalina y pura que está brotando de los labios de una hermosa mujer que lleva en su hombro un arco y en la mano derecha una flecha, ésta es “La Diana Cazadora” en honor a ella, ya que es venerada por este Reino.

Las calles parten de este lugar en todas direcciones de la ciudad. Éstas son largas y anchas con un suelo macizo.

Los habitantes son muy numerosos y es porque en esta tierra es muy benigna y principalmente porque es especial para la agricultura.

Benamar tiene a varias capitales de las provincias que pertenecen a este Reino, entre las principales tenemos Ciudad Sahagún, Ciudad de las Palmas y la Española. Todos los que viven en estas poblaciones van en días libres a descansar y a otras ocupaciones.

La vida en Benamar se hace más feliz y llevadera por la abundancia de sus preciosas jóvenes que aquí existen.

En el lado Oriente de la población se halla un gran manantial que surte de agua a la ciudad y además sirve para aprovecharla en otros usos y servicios. Todo esto son las evidentes características de cualquier isla ora por su flora, ora por su belleza tan natural.

Los que aquí habitan se dedican a la caza de feroces animales que hay en las intrincadas selvas, esto lo usan como deporte y para fines de lucro, también hay varias minas de preciosos metales tales como el cobre, la plata y el oro, siendo ésta una valiosa ayuda para la región al mismo tiempo que abastece a las arcas del Rey de Villa España.

La pesca es otro deporte de los habitantes, ya que en estas aguas del mediterráneo hay las más variadas especies de peces, habiendo varias clases de ocupaciones más.

El Rey Alfonso Eliazarth es quien gobierna esa isla. Ese gobernante es justo y sencillo para con su pueblo, éste está por sus valiosas cualidades feliz con su gobernante.

El Rey Alfonso tiene un magnifico palacio admirado por los de ahí y por otros muchos extraños que llegan a la isla. Está situado en las cercanías del mar cerca de una pequeña bahía denominada “Bahía del Norte”, por lo tanto, su naturaleza es fascinante para quien lo contempla, y es porque está rodeado de una especie de árboles traídos algunos del Lejano Oriente y otros de las selvas isleñas, bajo estos medianos árboles se encuentra una verde alfombra.

Su jardín que está bien cuidado y cultivado rodea a todo el palacio, en él, existen lo más variados tipos de rosas traídas de los confines de la isla y de otros remotos lugares. Esta clase de encantadora belleza hace que atraiga a cientos de pajarillos, los cuales siempre se hallan cantando colgados de las ramas de los exquisitos y perfumados rosales.

No estará por demás si le damos un rápido recorrido al interior del lujoso castillo.

Existen en él varias habitaciones, entre ellas las habitaciones de los familiares del gobernador de la isla, hay un amplio salón para la corte del Rey Alfonso, existe un salón especialmente para el baile, otro para los distinguidos invitados, una sala de espera, cuartos para familiares o invitados, baños y un extenso corredor al frente, en todos los cuartos hay grandes ventanales que dan paso a la entrada del aire puro de la atmosfera, las habitaciones están lujosamente arregladas con magníficos cuadros y con valiosos tapetes traídos de Europa, existe un tocador para el uso de la joven princesa que aquí habita y que después nos encargaremos de dar mayores detalles. Hacia un lado se halla una cuadra de los mejores caballos, una enorme cochera y en el patio se alza una gran fuente de agua cristalina.

A un costado del palacio se encuentra una colina que servirá de refugio en caso de ataque.

Desde un pequeño arrollo que corre a un lado de la colina lo podemos admirar y decir que está perfectamente construido, esta agua viene del otro extremo de la isla, y para aprovecharla tuvieron que canalizarla.

Desviados un tanto al sur veremos que se halla una imponente fortaleza para defender al Reino por cualquier ataque de algún sedicioso enemigo, está protegida por valerosos soldados reales, los cuales tienen ondeando las banderas del Reino del Rey Alfonso.

Volviéndonos al frente del palacio desde donde corre un turbulento riachuelo en un claro, veremos que está construido muy bien, que es alto e imponente, en las

alturas se enarbolan las banderas del reinado, como símbolo de nobleza.

En el palacio vive la hija del Rey Alfonso Ben Eliazarth, ella es la princesa Diana, preciosa y bella joven diosa, Diana tiene sus lindos ojos como las agua del mar, esta joven es querida por la corte y por su pueblo, porque ella como su padre son sencillos, cuando la princesa se pasea por los jardines perfumados de su mansión se parece según todos los que la han visto a una inocente y tierna virgen con una hechizadora figura, una cabellera negra y larga, cortando las flores y cantando alegremente con los pajarillos, sólo nos falta decir, que era de un matiz un tanto moreno y esto la hacía parecer más hermosa en todos los ámbitos de la isla.

Y a decir verdad los pueblos que componen a este reino viven felices con su Rey.

He aquí unos pobres versos arreglados para este capítulo:

Es esa isla del Mediterráneo feliz
está sobre ese azul e inmenso mar
tranquilo y muy prospero es ese país
con sus silenciosas playas sólo para amar.
Benamar, capital de este reino dichoso
tiene en honor a la Diana Cazadora...
una fuente y un palacio portentoso
desde el cual se mira la blanca aurora.
Muy apacible es esta ciudad hermosa,
sus altas torres de piedra muy bien tallada
un monumento hay a una bella rosa...
ella es la diosa Diana aquí venerada.

Sus habitantes se dedican, de la tierra...
a extraer de ella su enorme riqueza,
a pescar esos peces que el mar encierra,
en fin, explotar toda la naturaleza.

Los existentes de esa isla hermosa
contentos están con su justo gobernante
el cual tiene una preciosa tierna rosa
en aquella pequeña isla fascinante.
Princesa Diana, beldad celestial de flor
tiene de las rosas toda la pureza,
conserva lo inmaculado para el amor,
luce radiante por su tierna belleza.

Capítulo segundo

Amargos recuerdos

Es una tibia mañana de verano, el cielo se cubre de densos nubarrones que amenazan desatar una tempestad, las ramas de los árboles se agitan por el viento y los pajarillos buscan un refugio seguro. En una de las habitaciones del palacio encontramos a la Princesa Diana la hermosa virgen, con ese esbelto y desarrollado cuerpo, es toda beldad de flor con esos labios color manzana, es sencilla para con su pueblo...

Tocan a la puerta de sus habitaciones...

—¿Quién es? Soy yo, tu madre, Diana...

—Pasa mamá, me estaba arreglando un poco.

—¿Cómo estás hija mía?

—Muy bien mamá.

—¿En dónde está mi padre?

—Allá en la sala, arreglando algo con su corte.

—Me parece que tendremos lluvia ¿verdad mamá?

—Así es, pero no deberías de asustarte, en este tiempo es lo más natural.

—Me informaron que esta noche habrá un gran baile en palacio, mamá.

—Sí hija, de eso precisamente venía a informarte.

—¡Oh, mamá, gracias! Tenía tantos deseos de que hubiera una fiesta y desde ahora voy a ponerme a arreglar mi vestido de noche para lucirlo.

—Diana, hay algunos perfumes que llegaron de Francia esta mañana para ti, los puse en tu tocador.

—Gracias, me arreglaré también mi rostro para que luzca hermoso.

Al decir estas palabras se sonrojó, pero no era la vanidad lo que había en ella, solamente lo dijo sin pensarlo. Ella se dio cuenta de esto y rápidamente se disculpó.

—Perdóname mamá, lo hice sin querer.

—Lo sé hija y no tienes porque sentirte apenada, eres bonita y atractiva pero también eres sencilla y aparte de que me agrade esto, le agradas a las personas y principalmente a...

—¿A quién mamá?

—Pues a tu prometido hija mía.

—¿El príncipe Bernardo?

—Sí Diana, a él le agradas más que a ninguno, ya que según sé, está locamente enamorado de ti.

La princesa cambio de color e inmediatamente bajo su hermoso rostro.

—¿Pero qué es lo que te pasa hija?

— ¿Es qué no lo quieres?

— Cuando vi que te alegrabas de la noticia del baile creí que estabas enamorada de él.

Un silencio se hizo entre ellas. Diana se ha recobrado un poco y comienza por decirle a su madre.

— Madre mía, muchas veces le he dicho que Bernardo sólo me simpatiza pero lo que siento por él no es amor.

— ¿Pero por qué cuando te dije lo del baile te pusiste muy alegre?

— Porque creí que iba a venir el príncipe Luis, de él si estoy verdaderamente enamorada y mucho me gustaría que viniera, porque desde hace tres años que él despertó el amor en mi corazón, lo estoy esperando con los brazos abiertos y puedo decirte que con él con gusto me casaría.

— Diana ya te dije que el príncipe Luis no lo podemos aceptar para ti.

— ¿Pero por qué mamá?

— Porque hace varios años sus antepasados trataron de apoderarse de estas tierras, si no ha sido por nuestro antepasado el Rey Antonio, hubieran conquistado esta isla.

— Mamá, otra vez con esa historia, ¿nosotros acaso tenemos la culpa de lo que sucedió antes? —las dos callaron— a sus pensamientos vinieron las confidencias y relatos de hace 20 años.

Diana y su madre la Reina Lucia se vieron de pronto trasportadas al pasado, recordaban la cruenta batalla que se había librado entre los ejércitos del Reino de Villa España y el Reino de Valencia.

En el año de 1832, el 16 de mayo, casi al ocaso del sol un vigía de la armada del Rey Antonio había visto con su

catalejo movimientos sospechosos. Se trataba de grandes masas de soldados que por su lejanía no se distinguían muy bien; se iban acercando a la isla, aprovechando que pronto iba a caer la noche para sorprender y atacar al reino enemigo. El vigía inmediatamente dio aviso a sus superiores, y no era nada bueno porque estas dos islas estaban casi ardiendo en guerra por las enemistades que habían entre ellas, y ambas esperaban de un momento a otro cualquier ataque.

En un momento todo el ejército se puso en guardia, los barcos de guerra alistábanse para el combate, los ejércitos marinos así como los terrestres y las fuerzas reales salían en defensa del país. Los capitanes de los barcos de guerra ya levantaban anclas y las banderas de guerra y las del reinado. Los soldados se habían hecho fuertes en aquella fortaleza construida para cualquier caso de emergencia y que en esos momentos iba a servir de mucho. Las fuerzas de infantería, de caballería y la de los granaderos habían rodeado la isla para defenderla en caso necesario.

La guerra estaba ya declarada, la ciudad había sido puesta en alerta y en armas, los hombres trataban a toda costa de defenderla, el sol había fenecido, la ciudad estaba alumbrada tenebrosamente y las luces se hacían más raras cual si presintiesen algo.

Desde su castillo, el Rey Alfonso y el Conde Manuel daban las trágicas órdenes para la defensa del país y ellos mismos no vacilarían ni un momento en ir a ayudar a los que morirían en la sangrienta batalla.

Media hora después los vigías daban la noticia de que el enemigo venía con poderosas y veloces naves

de guerra. Esto inquietó a la armada que allí los esperaba y no era para menos, los barcos ascendían a 32 provistos cada uno con 12 cañones de largo alcance.

Todos estaban en suspenso permaneciendo callados al ver acercarse la hora fatal para muchos de ellos.

Los enemigos hicieron un disparo en señal de que la guerra había comenzado. Las fuerzas marítimas del Rey Antonio ya empezaban a salir de la playa mar adentro para el sangriento combate, una densa neblina cubría parte de la isla, aparte de la obscuridad profunda que ya reinaba. Los soldados que se habían quedado en tierra y la demás gente de la ciudad vieron con infinita tristeza a los barcos que poco a poco se habían ido alejando de la orilla para el terrible encuentro y algunos que tenían familiares a bordo de las goletas no sabían qué hacer en tal situación.

Los soldados desde sus puestos miraban constantemente hacia el mar en el cual minutos después se desarrollaría cruento choque, todos estaban alertas para ayudar a sus amigos si eran derrotados en el mar. Las fuerzas terrestres no cesaban de organizarse a pesar de la tenebrosa noche que caía sobre la isla y el mar.

Pronto la guerra comenzó, el enemigo empezó a disparar algunos cañones, yendo a caer una mortífera bala a un barco del Rey Antonio en el mástil principal. La corneta del bando del Rey Antonio lanzó al aire su fatídico sonido que era la señal previa para contestarles. Una andanada de fuego alcanzó a dos navíos enemigos hundiéndolo a uno y abriéndole una enorme vía de agua a la altura del casco al otro.

El enemigo al sentirse de esta manera usó todos sus cañones y armas ligeras haciendo fuego contra los barcos adversarios, dieron en el punto que deseaban, hiriendo de muerte a uno, y al otro derribándole el palo mayor, el tercer barco que había sido alcanzado por las balas enemigas hundíase en las encrespadas aguas del mar; los valerosos soldados del último barco que se iba al pique todavía tuvieron tiempo de disparar los cañones barriendo la cubierta de dos barcos provocando la muerte del contingente.

Tres barcos del Rey Antonio y otros tantos del enemigo empezaron a incendiarse, los hombres que en ellos había se arrojaron a las aguas. Ambos bandos con todas sus baterías se hicieron fuego, hundiendo tres barcos pero perdieron dos.

Ambos bandos volvían a la carga, una andanada de fuego hizo trizas las velas de un barco de los enemigos del Rey Antonio; éstos al verse debilitados dieron órdenes por medio de una señal a otra decena de barcos que se hallaban atrás de la neblina y que por la intensa oscuridad no habían sido vistos hasta entonces, los cuales inmediatamente se dejaron ver en la oscuridad de la noche al mismo tiempo que empezaban a disparar sus mortíferos cañones.

El capitán general de las fuerzas armadas del Rey Antonio al ver que venían más enemigos pidió auxilio a sus compañeros ordenando que partieran todos los navíos que se hallaban anclados en una bahía cercana. La orden fue de inmediata recibida y doce barcos levantaron anclas en dirección de la pelea.

La batalla culminó ya cerca de la aurora, las proezas que en ambos bandos se realizaban se hacían comunes debido a muchas luchas que se habían librado. La armada del Rey Antonio iba poco a poco ganando terreno ante el inesperado esfuerzo de los enemigos, éstos iban retrocediendo muy a pesar de sus fuerzas.

El contingente del Rey Antonio iba cada vez más imponiéndose y tiempo después hacía huir a sus enemigos.

Cuando la armada marina regresó a la costa iba mermada por algunos barcos que habían sucumbido en el combate.

El rey los fue a recibir haciendo que se rindieran los debidos honores a los que regresaban con vida y que tocaran luto para aquellos que habían perecido como los valientes.

El capitán general llevaba las noticias al Rey y al pueblo acerca de los pormenores de la batalla.

* * *

Las dos mujeres callaron sus pensamientos.

Su madre le dijo:

— Bueno hija no hay porqué atormentarnos de este modo, quizá alguna vez podamos ver al Príncipe Luis que como tú dices no tiene, ni tenemos la culpa de lo que pasó hace años.

— Bueno ahora voy a ver a tu papá para que ordene que empiecen a preparar el salón...

— Hija mía quítate esas ideas de la cabeza si no quieres que sea más severa contigo..., hasta la noche y arréglate para que no se te note tu amargura, y para que el Príncipe Bernardo te encuentre radiante de belleza.

Su madre salió de las habitaciones de la Princesa Diana y ésta sola se quedó.

Se pasea de un lado a otro sin hallar resolución a su pregunta...

—No siento nada por el Príncipe Bernardo o ¿Acaso lo amo? No, no lo creo, sólo sé que me simpatiza pero no es amor lo que siento por él, pero a Luis sí siento que lo amo y que mi corazón palpita intensamente por él, pero por lo que veo, el azar se empeñó en separarnos...

Su rostro se llena de infinita tristeza al recordar a su amado, se pasea algunos momentos y después vuelven a llamar a sus habitaciones. Ella abre y encuentra al cartero real sosteniendo un mensaje que lo entrega de inmediato a Diana.

Ella sin entusiasmo, ve la carta y la empieza a leer.

Sus ojos brillan intensamente cuando abajo aparece el nombre de Luis, una viva emoción la invade, conteniendo el aliento comienza a leer lo que sigue:

“Diana, Amada Mía:

Llegue hace dos días de España en donde estaba estudiando e inmediatamente me puse a escribir esta carta. Ahora te pregunto:

¿Todavía me amas?

Si me quieres te invito a que vayas a la playa denominada “Bahía del Norte”, allí te esperaré con tantos deseos de mirarte, abrazarte y besarte...”

Diana terminó de leer lo demás pero esta vez su lindo rostro reflejaba toda su hermosura, estaba alegre, y no tratando de contradecir las órdenes de su madre la Reina

Lucia empezó por arreglarse, mas, la verdad no necesitaba arreglarse mucho porque su belleza era tan natural que no necesitaba de perfumes y maquillajes como la mayoría de las mujeres que vivían en la isla, y que por la envidia los usaban para verse hermosas como la joven princesa sin pensar en una frase filosófica que dice: “La belleza no es todo”.

En su cabeza no cabían todos sus tiernos pensamientos y murmuraba una que otra palabra en medio de un éxtasis de encantadora alegría.^[P.]_[SEP] Iré a verlo y trataré de que no noten mi ausencia para poder platicar con él, porque es tanto lo que siento por Luis que no dejaría pasar esta oportunidad.

Elevó una frase de agradecimiento al cielo al ver que su más caro deseo se iba a convertir en realidad.

Princesa Diana, joven sensual y hermosa
son sus lindos ojos como las aguas del mar,
en ella la divina virginidad reposa...
y posee un corazón sólo para amar.

Para besar unos labios color manzana,
un rostro tiene de celestial hermosura,
posee el pelo de “Montemayor la Diana”
con una esbelta y divina figura.

Su madre que platicando está con ella,
le avisa que fiesta y baile habrá...
y le dice con dulzura ¡hija, ponte bella!
que el Príncipe Bernardo también vendrá.
Pero mamá yo quisiera que Luis viniera

por él estoy con pasión enamorada;
pues él no vendrá aunque aquí estuviera
y aunque tú siempre seas de él su amada.

Con el Príncipe Bernardo te casarás;
mamá a él nunca amor le he tenido;
si no lo quieres, después ya lo amarás,
no, yo no me casaré, no lo he querido.

Pero al Príncipe Luis siempre lo he amado
si no soy de él de ninguno lo seré;
¿Diana, crees que de ti esté enamorado?
No lo creo, mas, con el tiempo lo veré.
Y quítate esa idea de la cabeza;
ella salió y muy triste la dejó,
pero por arreglarse el rostro empieza
y al espejo varias veces se miró.

He aquí unos versos a la guerra entre ambos y poderosos reinos.

Los amargos recuerdos del pasado aquel
honda huella dejaban en el pensamiento,
y cuando hablaban de aquella guerra cruel
lo hacían con un triste y grave acento.

Sus antepasados le dejaron un recuerdo,
recuerdo triste y hechos muy gloriosos
porque en los dos países no hubo acuerdo
y fueron a las armas cual grandes colosos.
Soldados que hacen de la lucha la proeza

en medio de aquel embravecido mar
en donde ambos bandos pelean con firmeza
porque muy potentes ellos parecían estar.

El Rey Antonio y sus antepasados...
derrotó en su isla al enemigo...
y dejole a sus descendientes amados
un recuerdo glorioso del que fue testigo.

Capítulo tercero

El baile de palacio

Hace tiempo que se hizo de noche, el ocaso del sol había fenecido y la oscuridad se hacía más densa cada vez.

Estando todo preparado para el baile los invitados comienzan a llegar al suntuoso palacio nombrado “El palacio de la Diana”. El Rey Alfonso está recibiendo a sus amigos, a su lado la Princesa, hija del Rey espera a sus familiares...

Los hombres al pasar junto a Diana saludan a la Princesa con ligero movimiento de la cabeza hacia abajo, todos estos caballeros quedan absortos de tal belleza y figura de la joven, las muchachas llegan pero éstas no quedan perplejas sino por el contrario, demuestran la gran envidia que sienten por la Princesa.

El Rey y Diana siguen recibiendo a sus invitados con la mayor atención.

En estos momentos el sonido de una corneta hace que todas las miradas se concentren en el lugar de donde pro-

vino, y no es para menos, porque el que llega al palacio es el Príncipe Bernardo con una lujosa carreta tirada por briosos corceles de fina sangre, a su alrededor se halla su séquito vistiendo lujosas galas.

El Rey Alfonso los saluda afectuosamente con toda clase de atenciones y después de intercambiar los saludos el Príncipe empieza a hablar.

— Vine invitado por su digna corte a presenciar este gran baile ya que según sé es uno de los más famosos y concurridos del año, pero también vine con el deseo de poder saludar y bailar con vuestra hija la Princesa Diana.

Ella ha oído lo que ha dicho Bernardo y trata de disimular su contrariedad limitándose a contestar:

— Bueno, yo también deseaba platicar con vos Príncipe.

— Si es así te lo agradezco de todo corazón y hasta creo que nos entenderemos mejor que la vez pasada ¿verdad?...

Otra vez Diana se queda sumida en un mar de confusiones y queriendo no dar motivos de tristeza la dice tranquilamente al mismo tiempo con tono burla...

— Veremos Príncipe.

* * *

El Rey interrumpió la conversación.

— Bueno, basta de platicar jóvenes, vamos al salón que ya han de estar esperándonos...

— Vamos majestad.

Los tres personajes atraviesan el pasillo que conduce hasta el lugar donde va a tener lugar la gran fiesta, antes

de llegar a la puerta se oye un cúmulo de voces alegres indicando que el baile será esplendente.

Cuando llegaron al amplio salón en el que se hallaban prendidas un gran número de antorchas en las esquinas, viéndose con esta luz artificial el magnífico adorno de la sala, ésta tiene por adornos coronas y ramos de flores de distintos colores, tapetes europeos, hermosos cuadros y un infinito número de otras cosas. Además el sillón del Rey Alfonso y los grandes personajes están adornados por ramas de laureles y finísimos tapetes de terciopelo.

Mucho tiempo necesitaríamos para describir detalladamente el magnífico adorno del salón pero no seguiremos hablando de todo esto para no molestar al lector, solamente nos concentraremos a decir que estaba maravillosa y ricamente arreglado, como lo eran todas las fiestas del gran palacio ya que cuando había esta clase de bailes el salón se ponía de gala cual pensil.

En la entrada del mismo había una veintena de soldados reales cuidando el orden y el alegre final del baile.

* * *

Al entrar los personajes, todos se paran como indicando respeto y para dar la bienvenida.

Como siempre la Princesa Diana es el centro de las miradas masculinas y es objeto de envidia por parte de las demás jóvenes. Después del magno recibimiento todos vuelven a ocupar sus respectivos lugares haciendo comentarios de distinta clase.

En estos momentos los músicos reales entonan un suave vals, todos lo reconocen porque es uno de los más famosos músicos de Europa y es nada menos que Luis Beethoven...

—¿Me honra la joven y encantadora Princesa con esta hermosa pieza?

La princesa aturdida no sabe qué contestar, mas pronto se repone y dice con acento suave...

—Bailemos Príncipe.

Al compás del ligero vals el Príncipe Bernardo le recuerda el amor que siente por ella. La Princesa Diana trata de esquivar sus palabras pero él no se detiene y sigue recordándole su sentimiento... Diana, yo siempre te he dicho que te amo con todo el corazón pero creo que tú no correspondes a este amor que siento por ti.

—Ahora te pregunto ¿sientes algo por mi Diana?

La princesa ante esta nueva pregunta vuelve a quedar pensativa, su mirada se desvía de la del Príncipe Bernardo para ir a posarse a la imagen del hombre a quien ama apasionadamente, en su interior siente el terrible deseo de gritar su amor por Luis pues tiene la seguridad de que lo quiere a él y no a Bernardo. Ella por un momento no siente donde está, hasta que por fin parece que despierta de la realidad y recuerda la pregunta que le hiciera momentos antes su amante*...

Diana le contesta firmemente:

—Bernardo, lo que siento por ti es una sincera amistad y me simpatizas también, pero no es amor lo que siento por ti.

Un silencio se hace entre ambos y minutos después repuesto el Príncipe por los sentimientos de Diana, le dice...

—Ya sé la razón de todo esto. Supe una vez que amaste a un Príncipe llamado Luis pero él se fue para

*Nota del autor: utilizaba en aquel entonces *amante* como sinónimo de *enamorado*.

terminar sus estudios en España, pero no es sólo eso, sé que tus padres nunca consentirían tus relaciones con él porque sus antepasados quisieron apoderarse de esta tierra.

—Además el reinado de tu padre el Rey Alfonso y el de mi padre el Rey Arturo firmaron un convenio comprometiéndonos para que tú y yo nos casemos en un tiempo determinado. Recuérdalo bien, este compromiso no puede ya deshacerse y tendrás que ser mi esposa.

Diana siente que la sangre le sube hasta las mejillas después de escuchar estas últimas palabras y trata de herir al Príncipe Bernardo diciéndole que todavía ama a Luis y que será con él con quien se case.

—¿Pero acaso estás loca Diana?

—Tú sabes muy bien que tus padres siempre se opondrán a que te cases con él.

—No importa lo que ellos piensen y si mis padres no quieres consentir mis relaciones con Luis me iré con él.

Con ira Bernardo le dice:

—¿Pero acaso no te das cuenta del gran escándalo que armarías si quisieras huir?

—No me importa el escándalo que haga, sólo te digo que nunca aceptaré ser tu esposa porque no te quiero.

* * *

Por fortuna el dialogo concluyó debido a que la pieza había terminado, el Príncipe la llevó a una mesa cercana y le dijo con grave acento:

—Puesto que he venido en mala hora ya que tú me acabas de decir que no me amas, no tengo por el momento nada que hacer aquí, vendré otro día para ver

sí ya entraste en razón y me digas que me quieres y que no supiste lo que ahora me dijiste.

— Buenas noches amada Diana.

— Adiós Bernardo.

El Príncipe se retiró apresuradamente seguido por su séquito para la salida del salón, la fiesta estaba en su apogeo y un gran número de personas hablaban y bailaban no dándose cuenta del acalorado diálogo que hubo entre los jóvenes personajes, y afortunadamente de allí no pasó a mayores problemas.

El salón de baile luce esplendente
adornado con laureles y lindas rosas
hay tapices de un matiz reluciente,
llegan hombres y las jóvenes hermosas.

Mas nadie con la Princesa se compara,
ella con su beldad y linda figura,
la mirada de los hombres acapara
al ver en Diana una tierna hermosura.

El invitado de honor ha llegado,
con la preciosa joven a bailar empieza
y le dice: yo siempre te he amado;
pero yo no, le dice con gran firmeza.

Por segunda vez le declara su amor,
mas, la linda Diana no le hace caso,
con violencia le habla a la dulce flor,
el vals termina y también el embarazo.
El Príncipe al saber lo que piensa ella

le dice ... si tú nunca me has querido
me voy, pero vendré a verte joven bella
y veré que no quedé en el olvido.

Capítulo cuarto

La primera cita

Pasaron los días y se aproximaba la fecha para la cita con el Príncipe Luis, el hombre a quien ella amaba apasionadamente.

Antes del día previsto para su encuentro ella no cesaba de pensar en él, en el jardín se pasaba todo el tiempo contemplando los hermosos pajarillos que trinan en los arbolillos.

Pronto el día de la cita llegó, Diana trató de que todo estuviera normal ya que su natural nerviosismo se le notaba y para que no pudieran ver su ausencia hizo lo siguiente:

Después del mediodía ella llegó hasta donde se encontraba su madre y le dijo:

— Mamá, por favor que ninguno me moleste voy a leer un libro que no terminé hace tres semanas y creo que estaré toda la tarde leyéndolo. Ve pues hija mía y que la lectura te haga provecho aunque mucho me extraña que tengas esa dedicación, pero en fin, ve y trataré que nadie te moleste en lo más absoluto.

— Muchas gracias mamá.

En su cuarto trató de arreglarse lo mejor que pudo y viéndose que estaba realmente encantadora suspiró

diciéndose en su interior: espero que Luis vaya a la cita porque tengo muchos deseos de verlo. El brillo de una misteriosa pasión encendió sus pupilas al mismo tiempo que hacía que su angelical rostro se viera más hermoso y su hechizadora* figura más esbelta y celestial.

La joven Princesa se encaminó hacia la biblioteca real, la cual le quedaba cerca de la salida.

Llegó hasta la puerta y la abrió cerrándola inmediatamente, el pretexto fue para poder salir y también para que no notarán su ausencia y de este modo pensarán que estaba leyendo.

Tardó apenas lo suficiente en la biblioteca para no despertar sospechas y fue lentamente abriendo la puerta cerciorándose de que no había nadie a su alrededor, salió sigilosamente y atravesó rápidamente el pasillo para salir por una puerta trasera y atravesó los jardines del palacio que estaban deliciosamente perfumados por extraños olores.

Ya afuera dirigió sus pasos por una estrecha senda que la llevaría hacia la pequeña bahía denominada “Bahía del Norte” en la cual fue el convenio para la cita y también porque quedaba cerca del palacio. Es una odisea la que acabo de hacer se decía, y no era para menos ya que su corazón y pensamiento no cesaban de ver lo que hacía pues era muy atrevido de su parte salir a lugares alejados de donde ella vivía.

**Hechizadora* era una palabra que yo usaba, poéticamente, en mis tiempos de la pubertad. El término que registra el *Diccionario de la Real Academia Española* es *hechicera*: “Que por su hermosura, gracias o buenas prendas atrae y cautiva la voluntad y cariño de la gente. *Niña hechicera*”

Durante el trayecto no cesó ni un instante de pensar en su amado, la naturaleza estaba tiernamente embellecida por el canto melodioso de sus millares de pajarillos, estaba un cielo despejado y un sol espléndido, a lo lejos se oía el rumor de las olas que azotaban contra la orilla. Las mariposas no faltaban, eran de diversos colores y tamaños que se posaban en las diminutas plantas que crecían al lado de uno de los numerosos arroyos que corrían a lo largo de la isla. Era un arroyo cristalino que iba precisamente a desembocar a la playa hacia donde ella se dirigía, pudo de este modo seguir la corriente del riachuelo para llegar a donde deseaba.

Era una verdaderamente encantadora naturaleza llena de mil matices, en este día estaba hermosamente bella y seductora como si alguien le hubiera dicho que iba a tener lugar una cita una pareja de enamorados. Así pues, la naturaleza estaba muy hechizadora para dos que se aman apasionadamente, esto era lo mismo que pensaba la joven de nuestro relato.

Después de algún tiempo ella llegó a la playa deteniéndose un momento, observó que era temprano para la cita con el Príncipe Luis. Miró por todos lados y vio que todo estaba desierto y sólo ella se encontraba en aquel exótico lugar, hacia un costado estaba un pequeño bosque a corta distancia, en su alrededor había árboles de distintos tamaños y especie de los cuales provenían armoniosos los cantos de los pajarillos que en esos árboles posaban, extasiada por la extraña naturaleza miró a la bahía que se encontraba a unos cuantos pasos de ella. Las cristalinas aguas del arroyo que siguió Diana desembocaban allí y otros muchos que provenían del espeso

bosque. Esas aguas eran azules, azules como sus lindos ojos...

Esta naturaleza animó a la joven.

¡Qué aguas tan cristalinas!, exclamó. Creo que me daré un buen baño, ya que en estas aguas no es peligroso, además esta baja la marea y Luis tardará un poco en llegar, y tanto se extasió que decide por bañarse. Se fue a desvestirse a un pequeño arbusto que daba sombra.

Afortunadamente llevaba puesto un hermoso traje de baño de color azul.

Se contempló en las cristalinas aguas, su hermosa figura se retrataba en las aguas cual virgen pura, mas dicen que lo azul no sienta a las morenas, pero el caso es que ella llevaba puesto un translucidísimo encaje de seda color azul el cual hacía resaltar su hermosa y esbelta figura además de la belleza que poseía, y no creo que poeta alguno hubiese podido describir su seductora y celestial hermosura al verla con tan hechizador encaje muy transparente y dejando ver todos los arcanos de su belleza.

Si alguien hubiera podido contemplar su arcana belleza no saldría de su asombro, porque la figura que se presentaba a la orilla de aquellas aguas cristalinas era demasíadamente bella y de una exótica seducción y tal vez dijera que era la Reina de Egipto, aquella mujer de misteriosa belleza llamada Cleopatra o quizá dijera que era un ángel celestial.

Pero no, ninguna de estas cosas era. Más bien, creo que Cleopatra si hubiese visto a la princesa Diana le tendría envidia.

Después de contemplarse largo rato en las cristalinas aguas comenzó a internarse en la linfa azul, al ver que

estaba deliciosa se tendió sobre las aguas y su pensamiento fue a posarse sobre la figura de su amado, joven de 22 años fino y bien parecido. Siguió con sus recuerdos sin ver que a corta distancia de ella escondido tras unos árboles se hallaba el hombre a quien ella amaba locamente y que en estos momentos era dueño de su pensamiento. Luis no salía de su asombro por la belleza del cuerpo y de su faz angelical, no podía dar un solo paso sino que se quedó hechizado por tal hermosura. Ella absorta en sus pensamientos y él atraído por ella no se dieron cuenta del peligro que amenazaba seriamente a ella.

¡De pronto! una enorme ola arrastró a la joven varios metros adentro, Diana desesperada empezó a pedir auxilio, Luis que ya se había dado cuenta del peligro salió de su escondite y se lanzó al mar, nadó con todas las fuerzas que éstas le permitían, y después de vencer a las olas logró con muchos esfuerzos asir de la cintura a su amada, volvió a nadar para tratar de alcanzar la orilla conduciendo su valiosa presa, después de muchos esfuerzos lograron llegar a la orilla...

Él la tomó entre sus musculosos brazos y la estrechó contra su pecho, ella no opuso resistencia y juntó su linda cabeza al hombro de Luis, después de alguno momentos de permanecer así, Diana levantó la vista al mismo tiempo que unía su linda boca color manzana a la de él, Luis la apretó fuertemente de la cintura y la atrajo cadenciosamente hacia su cuerpo, minutos más tarde de ese hechizador beso, ella murmuró...

—Gracias amor mío por salvarme la vida, si no hubieses llegado tan oportunamente creo que ya nunca íbamos a volver a vernos.

— Calla Diana, no digas eso...

— Gracias por concederme probar tus labios rojos, se volvieron a mirar al mismo tiempo que Diana le decía:

— Espérame aquí Luis, voy por mi ropa para vestirme en aquel arbolito, ella se apartó de él y se encaminó hacia donde estaban sus ropas.

Él la siguió con la vista y suspiró al ver la hermosa figura de su amada que se internaba en el bosquecillo. Entonces se dijo...

— ¡Qué esbelto es su cuerpo! Y ese traje de baño la hace lucir más hechizadora y bella de lo que es.

* * *

Cuando ella regresó cambiada con un hermoso vestido, él emocionado la tomó por la cintura y ambos se encaminaron hacia una pequeña caleta.

Los pajarillos cantaban alegremente, soplaba un tenue viento, ¡todo era dicha y felicidad en aquellos jóvenes!

Llegaron hasta donde se encontraba un bote en el que había llegado Luis, ambos se sentaron bajo un arbusto que servía de sombra a un lado de la orilla...

* * *

Luis empezó a hablar.

— Había llegado hace como una hora y me di cuenta de que era demasiado temprano para la cita, pensé en gastar el tiempo dando una vuelta por los alrededores para estar seguros de que nadie estaba en estos lugares, así pues me senté un rato y cuando vi que se iba acercando la hora para la cita que fijé para vernos me dirigí

para acá...pero casi al traspasar el bosque que circunda este pequeño claro me detuve sumamente asombrado.

Diana que ha seguido con no menos interés del que se le presta al ser amado cuando después de mucho tiempo vuelve al lado de uno, Diana interesada en el relato de Luis le pregunta ansiosa...

—¿Qué fue lo que te asombró, amor mío?

El príncipe Luis se atontó con tal pregunta, pero se repuso de la sorpresa, y con voz romántica le dijo...

* * *

Me preguntas qué fue lo que me dejó sin aliento.

Se quedó pensativo un momento y luego comenzó a hablar.

Venía como loco con muchos deseos de verte y como venía tan distraído pensando en verte de nuevo, imaginándome también lo hermosa que serías que no me di cuenta que te habías adelantado, esto sucedió cuando llegaba a un claro del bosque.

—Pero esto no me asombró sino que...

—Lo que me dejó perplejo fue el verte con ese translúcido traje de baño color azul que se reflejaba en las cristalinas y azules aguas como tus lindos ojos, tu hermosa figura me hechizó, pensé que no eras tú, sino que tal vez era la hija de algún Dios, quizá la Diosa Venus o aquella mujer de Egipto llamada Cleopatra y que ahora recuerdo porque la vi en mis clases de historia hace unos cuantos días. Esto lo pensé porque tiene tanto tiempo de no vernos que no te reconocí de inmediato... Ella sonrojada interrumpió... Pero ya ves que era tu amada y

no la hija de algún Dios, al mismo tiempo que sonreía y dejaba al descubierto sus blancos y finos dientes.

El prosiguió...

—Así te seguí contemplando largo tiempo y no pude apartar de mi vista tu encantadora figura porque ella me atraía cual poderoso imán; pero al ver en peligro la vida de la que más amo en esta vida, desapareció el encantamiento y me arrojé a las aguas encrespadas tratando de alcanzarte y traerte a salvo, ya que si no te hubiera salvado me iba a culpar toda la vida y no iba a poder vivir sin ti Diana.

Ella interrumpió:

—Conseguiste salvarme con tu valor y fortaleza amor mío...

Ambos se estrecharon por algunos momentos y al fin se despartaron lentamente, a una corta distancia de él, Diana le dijo dulcemente.

—¿Volverá mi príncipe para platicar conmigo...?

Él le contesto con no menos dulzura...

—Si la joven princesa me concede la dicha de poder verla... — Ella sonrió dulcemente, diciéndole:

—¿Podrás venir dentro de un mes Luis?

—Claro que sí linda, no sé cómo voy a poder resistir tanto tiempo sin verte y sin... besarte.

—Bueno, ahora tendré que irme.

—Yo también Luis...

Luis con aire poético a su amada le dice esto...

El sol al bosque cubre de ricos matices
porque se despiden dos enamorados felices;
yo sólo quiero probar tus rojos labios,
si es que con esto no te causo agravios.

Ya que tu linda boca
a mi pasión vuelve loca
y besando tus labios rojos
cerca de esos azules ojos
esta pasión se calmará
y este corazón siempre te amaré.

Diana se sonroja tiernamente al escuchar de labios de su amado lo antes escrito.

El resplandor del sol ya terminaba y cubría a la tierra en un haz de bellos matices.

Luis le dice a Diana...

—Después de escuchar esos versos que te dije, te pregunto: ¿Me concedes la dicha de volver a besarte y de este modo probar tus cadenciosos labios?

—Naturalmente Luis, nada te puedo negar, tú sabes que soy tuya para siempre, sólo que no respondí cuando me dijiste esa tierna poesía por estar pensando en lo bello que escribes, me gustaría que mi amado fuera un poeta.

—Claro que sí Diana, lo seré.

—Bueno Luis, aquí tienes el beso que me pides en tu poesía...

Volvieron a juntar sus labios por segunda vez, él la apretó fuertemente y la juntó más, después de varios momentos de permanecer así, Luis le dijo en el oído, yo también soy únicamente tuyo, Diana.

* * *

Luis se encaminó a su bote y subió a él, echó a andar el sencillo motor y partió raudo cruzando las azules

aguas del inmenso mar, volvió la vista hacia atrás y miró en la orilla la esbelta figura de Diana, ésta, al verlo, agitó la mano en el aire, él le contestó el saludo y musitó levemente... adiós vida mía hasta dentro de un mes. Ella se quedó parada hasta que él se perdió con su bote entre las olas, después que él desapareció por completo regresó sobre sus pasos, llevándolo en su pensamiento y en su corazón, volvió la vista hacia arriba y observó que el ocaso del sol había fenecido.

Apresuró el paso y se perdió entre la espesura del pequeño bosque.

La linda joven va a la prevista cita,
se dirige por el bosque hacia la playa
que vean su ausencia en palacio evita
y sus tiernos pensamientos ella no calla.

Llega a la costa por entre la maleza,
las azules aguas invitan a un baño
las contempla y a desvestirse empieza
pensando siempre en su muy amado dueño.

Cubierta apenas con un ligero velo,
blanca, celestial, llena de hermosura
sobre sus espaldas caíale el largo pelo
¡Oh, que beldad de joven tan bella y pura!

¡Oh, que esbelto cuerpo y linda figura!
ese azul encaje de baño transparente
aumenta su tierna y preciosa hermosura
y a cualquiera lo dejaría delirante.

Luis vio de su belleza los arcanos
reflejados en la linfa azul y clara,
aquellos sus lindos contornos soberanos
que Cleopatra a ella se los envidiara.

Mas, repentinamente una enorme ola
la llevó adentro del cristalino mar,
pero Diana no está con el peligro sola
Luis llega para su gran amor salvar.

Del verdoso bosque en la espesura
cubierto por el inmenso azul del cielo
bajo un sol que de matices fulgura
do* canta el ave con amante anhelo.

Cuando juntos en la playa estaban
su amor con un dulce beso lo sellaron
do se decían lo mucho que se amaban
porque juntos ellos volvieron a estar.

Ellos su vida comenzaron a platicarse,
los dos jóvenes sentíanse muy felices
para siempre ellos juraron amarse
en aquella naturaleza de matices.

*Do, apócope de: *donde*.

Capítulo quinto

Trágica noticia

Luego de aquel día en que había visto a Luis después de tres años de no verse, ella soñó con estar de nuevo con él, el día que habían fijado para encontrarse la segunda vez.

En palacio nadie se dio cuenta de la ausencia de Diana y del peligro que corrió, esto tranquilizó bastante a la Princesa Enamorada que siguió su vida palaciana.

Ahora es de mañana, el Rey Alfonso y sus familiares se sientan a la mesa del elegante comedor real. Entre los familiares que allí se encontraban hospedados se hallan dos tíos y un primo de ella (no hicimos mención antes de estos personajes), se encuentran alojados en palacio por largas vacaciones que vinieron a pasar a esta isla del encanto.

—Hija mía, como tú sabes ayer llegó tu tía de España, ella piensa llevarte por una temporada a su país, ahora te pregunto:

—¿Te gustaría ir a pasar unas vacaciones a España con nuestros familiares los Condes de Miramar que allá tenemos?

—Disfrutarás de todas las comodidades, conocerás las hermosas tierras españolas y todas las maravillas que en ese país se encierran.

* * *

Otra vez el destino trata de separar a los jóvenes amantes, Diana quiere persuadir a su padre con todos

los argumentos que se presentan a la mente cuando uno se halla en esa situación y más cuando se va a dejar a un amor en dicha parte del inmenso globo terrestre.

— Padre mío, siempre he visto que ha sido muy bueno conmigo, pero ahora quiere alejarme de su lado, ¿es que usted y mi mamá ya no me quieren como antes, les hice algo para que tomaran esta decisión y que dé lugar para que me alejen de ustedes?

— No hija mía, has sido muy buena, pero no creas que te alejamos porque no te queremos, sólo deseamos que descanses de todo esto y pases unas felices vacaciones olvidándote de lo que aquí se hace.

— Papá, mamá ustedes siempre desean lo más bueno para mí, pero siempre he sido feliz a su lado y si me voy lejos de estas tierras a donde no los pueda ver a ustedes y a mi pueblo al que tanto amo me moriría de angustia y tristeza.

Dos cristalinas gotas de agua rodaron por la mejilla de la linda joven, ella bajó su cabeza, por un momento todos callaron pero el padre insiste...

— Hija mía, sólo te quedarás allá unos cuantos meses y después volverás al lado de nosotros.

— Padre mío, no sabe lo mucho que los voy a extrañar todo el tiempo que por allá pase, pero obedeceré sus órdenes sumisamente.

— Hija, no es una orden la que te estoy dando, sólo trato de que seas feliz y que lleves una vida más desahogada, ya que aquí no te podemos dar la felicidad que mereces, quiero que seas feliz dándote unas vacaciones con nuestros familiares.

— ¿Cuándo partiremos para España, papá?

—Dentro de quince días, vendrá una embarcación de España y en esa partirás.

—Bien, ahora voy a comenzar a preparar lo que llevaré en el viaje, con su permiso.

Salió de allí llevando el corazón herido por tal noticia, al llegar a su aposento abrió la puerta y entró en él...

Se dejó caer en la cama llorando amargamente, todos los recuerdos llegaron a su pensamiento atribulado en este doloroso momento, empezó a recordar lo feliz que fue un mes antes, su ansia por ver al hombre que ella amaba apasionadamente; el día de la cita fue para ella un momento inolvidable, ahora todo esto le parecía lejano como si no hubiera sucedido, las palabras que se habían dicho en la playa y los apasionados besos que se dieron atormentaban el corazón, su vida hasta ese momento había sido hermosa y ahora que tenía la felicidad al alcance de su mano la separaban de la dicha con brusquedad.

* * *

Se sentó al borde de la cama y al contemplarse en el grande espejo que tenía a un lado, nadie hubiera creído la rápida transformación que había sufrido, no era aquella muchacha hermosa y encantadora que antes había sido feliz, su lindo rostro se hallaba marchitado por el dolor y la angustia de alejarse del hombre a quien ella amaba locamente.

Lo primero que pensó fue en escribirle a Luis para darle la noticia, cogió papel y pluma y empezó a redactar su trágica noticia que llevaría la tristeza a otro corazón. Al comenzar a escribir, varias gotas rodaron sobre el blanco papel.

Leamos la sencilla carta que Diana le mandó a Luis...

Ya que es digno de ponerla porque cuando dos corazones se aman una noticia de éstas llegaría hasta lo más escondido del corazón, piensen estimados lectores la reacción de la joven enamorada al escribir un mensaje que tal vez sería de vital importancia para su futuro.

No seguiremos con estos comentarios y he aquí la fatal carta...

Luis Stander

Amado mío

Hoy tuve una noticia que me dio mi padre y que me entristeció el corazón, ayer llegó una tía de España y vino a llevarme para que pase unas largas vacaciones con nuestros familiares que allí se encuentran, por este motivo quiero que vayas a la bahía en donde la vez pasada nos reunimos para platicar, te espero dentro de ocho días para despedirnos, no sabes la angustia que en mí se acumula, te quiero tanto que no puedo pensar en que pronto partiré... te espero amor mío.

Tuya para siempre

La mujer que te ama y que la amas.

Diana.

Cerró el blanco sobre en el cual iba la trágica noticia. Lo puso bajo de su cama para entregarlo al que se encargaría de hacerla llegar a manos del que amaba con todo su corazón...

Su vida se hizo pesada y melancólica, parecía como aquella frase que dice “muerto en vida”, así estaba

Diana, muerta en esta existencia, ya no latía de felicidad su corazón, sus latidos eran de desesperación.

Pronto se fueron acercando los días para la penosa cita junto con la triste despedida, cuando volviera a ver a Luis, ella trataba de demostrar serenidad, ordenaba todo lo que debía llevar en su viaje, pero la tristeza le asomaba en su hermoso rostro.

* * *

Al otro lado del inmenso mar en donde la esperanza humana nace o se apaga por las olas de las aguas cristalinas, existe una isla hermosa parecida a la que en capítulos antes hemos descrito, donde está el Reino de esta isla.

Allá pues, se encuentra otro reinado parecido al que ejerce el Rey Alfonso Ben Eliazarth. Este reinado es del padre de Luis Stander, joven amado por Diana, llamado “Reinado de Las Palmas”.

En estos momentos llega el cartero real que le lleva la fatal noticia al Príncipe Luis. Éste al enterarse de tal determinación una amarga tristeza le invade el corazón, la angustia de pensar que tardarán mucho tiempo para volver a verse escapa de su interior cual latigazos que recibiera en el rostro.

Su padre todavía no se ha dado cuenta del contenido de la carta pero ve reflejarse en el rostro de su hijo la palidez que surge cuando sé es víctima de una fatal noticia, el Rey Alejandro le pregunta ansiosamente al ver descompuesto el rostro de Luis.

—¿Qué te pasa hijo?

—¿De quién es esa carta?

Su hijo, como si hubiera quedado mudo, de inmediato no responde sino hasta después de dominar su voluntad.

— Papá...

— Esta carta es de mi novia, una joven que me avisa que pasará unas vacaciones en compañía de unos familiares de España, y aunque se haya resistido a emprender tal viaje ira sólo por no desobedecer las órdenes de su padre, el Rey Alfonso...

El padre que todavía no ha acabado de comprender la historia que le ha referido su hijo, como si no comprendiera, le pregunta:

— Pero... ¿Quién es esa joven?, ¿de dónde es ella?, ¿en dónde está?

— Papá, quizás no te agraden mis relaciones con ella.

— ¿Pero por qué crees que no me agradarían tus relaciones con esa joven, siempre que tenga todas las cualidades de una mujer para poder hacer feliz a un hombre?

— Ella es Diana, la hija del Rey Alfonso, del Reinado de Villa de España.

Hasta ahora parece que el Rey Alejandro recuerda a la hija de este gobernante y al el mismo Rey Alfonso.

— Si papá, es de la isla que una vez nuestros antepasados quisieron apoderarse de ella teniendo ciertas reyer-tas por causa de las ambiciones de los que gobernaron esta isla, aunque creo que todo esto es ajeno a nosotros, ya que no tuvimos que ver en este caso.

Su padre con cierta incredulidad le dice: “Hijo no estés muy seguro de tus relaciones con esa joven ya que sus padres no lo consentirían fácilmente...”

— Pero cuenta conmigo para ayudarte en todo lo que yo pueda hacer por tu felicidad, y si la amas como tú lo

has dicho haré todo lo posible y trataré de hablar con su padre para que apruebe esas relaciones, ya que según he sabido la joven es hermosa y no es como las otras que se entregan a la vida alegre, ella dicen que es sencilla, tiene concepto de moralidad, tiene una tierna pureza, es noble de pensamiento, no es opulenta y otras muchas cualidades que deben tener las muchachas para hacer feliz a un hombre.

—Y bien, hijo mío cuenta con toda mi ayuda para lo que desees y necesites, ya que sólo me preocupa tu porvenir y felicidad.

—Gracias padre mío, es usted muy comprensible dándome su ayuda que de mucho me servirá para tener relaciones con Diana.

—Ahora voy allá afuera y dentro de dos días iré a la isla de Villa España para despedirme de ella.

—Anda ve a dónde ibas Luis, haré que te acompañen dos hombres de mi guardia real.

—Se lo agradezco mucho padre, siempre le estaré eternamente agradecido por todo lo que hace por mí.

El Príncipe Luis salió del palacio real para dirigirse a la montaña, y contemplar el valle con todo su esplendor y de este modo él iba a poner en orden sus pensamientos.

Describiremos brevemente la geografía, flora, fauna e historia de esta maravillosa isla que se levanta en medio del histórico y legendario Mar Mediterráneo.

Situada a 132 kilómetros de distancia de la otra isla del Rey Alfonso se halla esta majestuosa porción de tierra, llamada Reino de las Palmas y se le aplica este nombre porque según hechos históricos esa isla fue la que estuvo rodeada de palmas de grandes dimensiones,

es por esto que de tantos bosques compuestos esencialmente por palmeras, sus conquistadores decidieron ponerle Ciudad de las Palmas y después se le llamó “El Reino de las Palmas”.

Su historia: se dice que grupos de nativos ya vivían en dicha isla cuando llegaron los europeos a conquistarla, hubo grandes luchas por parte de los nativos y de los colonizadores, y después de feroces contiendas vencieron los europeos, no sin antes sufrir bajas espantosas ya que en aquellos tiempos los europeos tenían miedo de penetrar en los arcanos de esas misteriosas islas en donde sólo el salvajismo lo era todo.

Su geografía: la isla está situada como antes dijimos en el Mar Mediterráneo a 83 kilómetros de las costas italianas, su clima al igual que el de la isla de la que hablamos en otro capítulo, es parecido al de ésta, ya que también es benigno, un poco templado. Está constituida esta isla por numerosos bosques, montañas, valles, llanuras y ríos que riegan las plantas que hay allí. Existen animales peligrosos y toda clase de fauna que puede existir en medio de estos parajes.

* * *

Así pues volvamos a lado de Luis ya que lo habíamos dejado cuando salía del rico palacio que posee, en el cual viven su hermana llamada Rosalinda y su hermano Antonio y su madre que es una distinguida señora que piensa que su palacio es el de Versalles por sus maravillosos adornos.

De este modo Luis prosiguió su camino hacia la parte más alta de un pequeño cerro que se levantaba a unos

600 metros de allí, la angustia que reflejaba su semblante dejaba al descubierto su gran amor por la Princesa Diana y que más tarde inmortalizaría con su “Poema” del que hablaremos después.

Llegó a la cúspide de la pequeña elevación y rendido de caminar acostóse bajo un corpulento arbolillo desde el cual se podía admirar la grandeza de este imperio. Miró a su ciudad la que se levantaba en medio de aquella exuberante belleza de palmeras de distintos tamaños, también se divisaba el palacio de su padre, la tristeza que llevaba en su corazón lo obligaron a cambiar de paisajes y recuerdos, algunos que matan y otros que se veneran; los de él eran de los que se veneran, lo cual le mataba el alma, esa joven que él amaba tiernamente le llenaba de angustia el corazón, quería arrancarse de su mente la encantadora figura de Diana y su faz de una divina hermosura, mas no podía porque lo dominaban sus recuerdos, esos recuerdos tan dichosos.

El joven quedó como si estuviera muerto en vida, creo que la muerte de verdad no aterrará a nuestros queridos lectores que si estuvieran muertos en vida. Luis tenía el cerebro revuelto, al recordar a la Princesa llena de pureza, candorosidad*, belleza y juventud. Quedó con sus pensamientos tan difíciles de explicar pero tan fácil de entender, como antes dijimos muerto en vida, ya que había perdido la noción del tiempo y del espacio, y quedó viendo hacia abajo (al valle) la majestuosa y

*Candorosidad (de *candor*). Aunque dicha palabra no existe en la lengua española, la utilicé en mi pubertad como superlativo de *candor*. (Nota del autor).

fascinante belleza que tenía su ciudad y principalmente su palacio.

Llegó a su cerebro la cruel verdad, ¿para qué tantas riquezas si no se tenía la felicidad, para qué sirve la opulencia cuando el corazón no tiene el verdadero significado que debe darle todo ser humano? Así quedó nuestro amigo viendo la riqueza que tenía, al mismo tiempo que poseía un sublime tesoro máspreciado que es “la felicidad de haber comprendido el valor de la misma”.

Una conversación en este palacio hubo,
ya que de España un visitante llegó
al Rey de esta isla la noticia llevó
y Diana con esfuerzo las lágrimas contuvo.

Y era que su tía la llevaría a su país;
fue este mensaje para Diana tan fatal
porque cuando empezaba la dicha ideal
esta idea vino a turbar su vida feliz.
A Luis le comunica lo que ha pasado
diciéndole que a despedirse él vaya
en aquella hermosa y dulce playa
donde ellos mucho se han amado.

El Príncipe recibe el cruel mensaje
dejando en su corazón amarga soledad,
al cerro sube dando a sus ideas libertad
para que sus tristes pensamientos desgaje.

Allí queda, recordando su tierno amor,
sus dulces recuerdos llegan hasta su corazón
cual terribles dardos que matan su ilusión
para dar paso a un angustioso dolor.

Capítulo sexto

La triste despedida

El día de la prevista cita llegó raudo y temeroso por parte de los jóvenes amantes, la tenebrosa despedida de su amado hombre le llegaba hasta el más profundo confín de su corazón, ella sentía la angustiada sensación de que lo amaba más, su rostro fue adquiriendo un tono marchito (aunque no cambiaba su hermosura), el dolor y la tristeza se reflejaba en su rostro celestial. La tarde era fría y húmeda, no había pajarillos en aquel hermoso jardín, gruesas nubes amenazaban con desatar una escalofriante tormenta, las cuales se dejan sentir en los momentos más desesperados para los jóvenes, todo era soledad a su alrededor.

A ella, le parecía estar muerta en vida ya que en torno suyo no había movimiento alguno y parecía como si la tierra hubiera dejado de girar y se detuviera en la inmensidad del infinito, así como el astro que nos da luz, y anuncia la aurora, hubiere dejado de enviar sus rayos hacia la tierra. Todo era ¡obscuridad! Fuera y dentro de la Princesa Enamorada, la vida parecía que había dejado de existir en este nuestro apasionado mundo en donde todos hallan en él las pasiones que atormentan constantemente a nuestras almas.

* * *

Después de la comida ella se dirigió a sus habitaciones, luego salió por donde días antes había salido con el fin de ver a su amado. Un helado viento silbaba en

derredor de la joven, la tristeza profanaba su alegría, iba a ver a su amado con una angustia que le parecía demasiado para su corazón que tiempo atrás había sentido la felicidad cuando vio a Luis.

Se dirigió rápidamente hacia la pequeña bahía que se hallaba a unos cuantos pasos de su rico palacio, caminó por entre el bosque que estaba a estas horas desierto así como estaba desierto su enamorado corazón. El bosquecillo por el cual caminaba, como antes dijimos, estaba silencioso, parecía que en él toda alegría había muerto (como si presenciase la angustia y tristeza de esta joven bella).

Al llegar a la playa un fuerte viento que había llegado procedente del mar hacia la tierra le dio en pleno rostro, y silbaba espantosamente entre las ramas de los árboles.

Por largo rato contempló las azules aguas como ahora están sus marchitos ojos azules, porque parecía también que estas aguas estaban de luto, ya que se veían calladas y sin movimiento alguno como si presintiesen un trágico desarrollo en la orilla del mar a la vista de ellas. Las gaviotas faltaban para alegrar tan triste corazón. Los pajarillos que estaban parados en las ramas de los árboles y otros en las copas, cantaban pero no dulcemente como la vez anterior, ahora parecían estar muertos, pendientes de aquellas ramas de los árboles por quien sabe qué misteriosa fuerza, sólo de vez en cuando cantaban, o mejor dicho, lloraban, ya que su canto era ¡fúnebre!, ¡triste!

Diana oía el canto melancólico de estos pajarillos, ya que quizá presentían la trágica escena en que se iban a despedir dos jóvenes enamorados.

¡Oh, cuánta nostalgia, amargura y tristeza había en el dolorido corazón de la Princesa Enamorada!

Tenía amargos recuerdos, recordaba que la vez pasada ella gustosa se bañó pero ahora no quiso mirar las muertas aguas.

Su pensamiento tornaba a los momentos felices que había pasado en compañía de su amado, su hermoso rostro estaba marchito por el dolor y por la terrible angustia, pues su corazón reflejaba todo lo que amaba a Luis.

Para alejarse de todos esos recuerdos se alejó allí y se dejó caer en el mismo arbolillo que una vez le había servido de sombra en el cual ella radiante de alegría, se desvistió para ir a sumergirse en las cristalinas aguas del mar.

Allí quedó anonadada con sus dulces recuerdos que más le marchitaban el alma y de los que no podía escapar por completo.

Así quedó por largo tiempo hasta que una voz varonil vino a sacarla de su misterioso letargo.

Ella asustada se incorporó al mismo tiempo que escuchó...

¡Diana, mi vida! Exclamó el Príncipe Luis, al instante ella corrió a sus brazos.

Se estrecharon larga y fuertemente al mismo tiempo que se confundían en un dulce beso.

Quedaron por algunos instantes de este modo y Luis empezó a hablar...

* * *

Mi amor, tu mensaje me llegó hace cinco días y he venido con una profunda tristeza en mi corazón a esta

despedida, no sabes cuánta amargura se encierra en mi pecho al separarnos por algún tiempo, pero hay que ser fuertes, si antes duramos más de tres años sin vernos por qué no podemos soportar estos meses ya que después la felicidad será toda para nosotros cuando nos casemos.

Pero ven Diana vamos bajo aquel árbol que se encuentra allí.

Ambos jóvenes se encaminaron hacia un frondoso arbusto, se sentaron sobre la arena y él empezó de este modo...

¿Verdad amada mía que muy pronto volveremos a estar juntos para toda la vida y el uno será para el otro, compartiendo los amargos momentos, así como ambos compartiremos la felicidad que el destino nos tiene deparada, yo volveré a tenerte en mis brazos y estrechar tu esbelta y hechizadora figura y también acariciaré tu hermoso rostro, besaré tu dulce boca de coral, volveré a oler tu fragante perfume que usas, verdad que esto se me concederá, vida mía?

Ella no contestó nada, sólo se limitó a mirarlo con ternura.

Contesta Diana, ¿volverás a estar a mi lado y serás siempre para mí, sólo a mí me amarás?

Otra vez se hizo un profundo silencio entorno a ellos. Ella empezó a hablar levemente...

Sí amado mío, yo siempre seré para ti, sólo a ti te amaré y volveremos a estar juntos para no separarnos jamás.

¡Gracias amor mío! Exclamó Luis.

Ahora para que siempre me recuerdes hice estos versos que salieron de mi dolor, y de mi amor que este corazón siente por ti, te los doy amada mía.

La Princesa Enamorada con una intensa emoción tomó aquellos versos donde él decía cuánto la amaba, ella empezó a leerlos y una viva alegría iluminó su marchito rostro.

He aquí estos hermosos versos que Luis se esmeró por hacer que fueran los más sentimentales pues salían de buen corazón y vena de poeta; su amor por la joven que él amaba hicieron que él se inspirara profundamente al leer unos sonetos de un Italiano llamado Dante Alighieri (poeta y escritor que escribió “La Divina Comedia”) inspirado en una joven que él amaba y veneraba profundamente llamada Beatriz. Cabe mencionar que Francisco Petrarca (Italiano) fue un poeta inspirado por el amor de Laura de Noves.

Aparte de estos grandes poetas Luis leyó a otros poetas españoles tales como: Lope de Vega, Calderón de La Barca, Cervantes Saavedra, Tirso de Molina, etcétera.

Así pues, Luis estaba muy versado en poesía, he aquí su elegía que él le dedicó a Diana.

Elegía
Diana, joven amada

¡Oh, bella y dulce, joven amada!
con tu amor nació la inspiración
de cantarte cual joya venerada
por este enamorado corazón.

Tu sutil figura y linda boca
¡oh, mi hermosa y tierna Princesa!
a la pasión que siento vuelves loca
de sólo pensar en tu belleza.

Mi amor por ti es ya un martirio
y es que siempre estoy en un delirio
pues siendo doncella y muy hermosa...
siento que roban a mi bella rosa
que es para mí, único tesoro
y también la prenda que más adoro.

Tierna joven, de arcana belleza
tu linda faz refleja ¡hermosura!
Diana, noble hermosa princesa
eres tú, verdadera virgen pura.

Tienes de las rosas todo lo sutil
no falta el aromático perfume,
¡oh, mi princesa, linda joven núbil!
no dejes que la pasión me abrume.

Te vuelvo a repetir mi gran amor,
¡oh, virgen, eres pura y celestial!
en desarrollo estás, cual tierna flor,
que como yo, oye ya el canto nupcial.

Diana, linda estrella
hay en ti “la pureza”
joven y dulce bella...

Eres tierna grandeza
¡oh, preciosa doncella
eres gentil belleza!

Diana tierna grandeza,
en ti todo es amor,
conservas la pureza
y de virgen el candor.

Linda y joven rosa
eres blanca y pura
en tu cara reposa
la sutil hermosura.

¡Oh beldad de princesa!
joven de mis anhelos
eres con tu belleza
dueña de mis desvelos.

Sedoso es tu pelo
joven bella y pura
tu hermosa figura
es celestial desvelo.

Azules son tus ojos
como las aguas del mar
y posees para besar...
tus tiernos labios rojos.

Eres rosal de lirios,
besar tu linda boca
mi corazón invoca
mujer de mis delirios.

Así pues la joven enamorada leyó estos sencillos versos que Luis los compuso para ella, trémula de emoción y olvidando por un momento su angustia exclamó.

Es una poesía muy hermosa, mi vida y mereces un beso.

Ella se acercó a él y unió su linda boca de coral a la de él.

Luis tiernamente exclamó:

Diana, mi vida.

Te quiero Luis, pero dime algo.

¿Serás tú también solamente para mí?

Sí mi amor, yo seré únicamente para ti, te lo juro mi linda princesa.

Gracias amor mío, a tus brazos me entregaría llena de una sublime pasión que siento por ti y aunque este viaje haga sentirme triste, ahora mismo sería tuya, sólo tuya pero quiero llegar virgen al altar, quiero ser pura para cuando nos casemos, vida mía.

Sí Diana me gustaría que fueras una joven pura cuando nos casemos.

* * *

Ahora júrame Luis que nunca me engañarás y que me esperarás para cuando yo vuelva.

Sí Diana te juró que siempre te amaré y te esperaré. También tú dime lo mismo: júrame que nunca serás de otro, y es que el destino a veces nos juega muy mal, es por eso que te lo pido, porque siendo una joven tan hermosa y habiendo tantos hombres puede ser que con el tiempo dejes de quererme.

Ella sonrió levemente, este momento con Luis la había animado.

Luis, no creas que pueda enamorarme de forma tan fácil, te perteneceré en cuerpo y alma porque yo te amo desesperadamente.

Diana, ¿me escribirás muy seguido para poder estar aunque sea de este modo, más cerca de ti? Y dentro del sobre podrías poner un pedazo de rosa como símbolo de que todavía me quieres y el día que dejes de hacerlo quiere decir que has dejado de amarme. Creo que los pétalos de las rosas nunca podrán compararse con tu belleza, te tendrán envidia al ver a una hermosa joven que es más bella que ellas. Besaré esos pedazos de flores y así sentiré que te beso a ti, Diana.

Sí Luis, te mandaré esas flores que me pides y te escribiré seguidamente amor mío.

¿Harás lo mismo, Luis?

Sí Diana, te escribiré muy seguido y te mandaré una rosa aunque creo que no encontraré una flor más hermosa que tú en toda la isla. Porque tú tienes toda la pureza, eres bella, esbelta, tienes dos hermosos ojos azules, un cabello largo y un rostro angelical.

Hasta creo que “La Diana Enamorada” de Gaspar Gil Polo te envidiaría.

Ahora te pregunto, ¿te gustaría que nuestro amor no quedara en secreto para los tiempos posteriores?

¿Te gustaría saber que dentro de algunos años sabrán como si fuera una leyenda que existió en una isla del Mediterráneo una joven Princesa que estuvo profundamente enamorada, y que esta princesa era quizá la joven más bella que ha existido en estos tiempos?

¿Te gustaría esto, mi vida?

Si Luís, me gustaría que nuestro amor quedara grabado para siempre y que se acordaran que hubo un amor casi irreal en estos hermosos paisajes de esta isla. Quedará escrito nuestro amor para que se recuerde eternamente.

Bien, Diana lo haré sólo porque tú me lo pides, aunque ya lo había pensado antes, lo haré en poesía, pero antes quiero hacerte una pregunta Diana, eres princesa, pero...

¿Estás enamorada?

Claro que sí Luis, locamente enamorada por ti.

Bueno, mi vida ahora ya tengo el título de mi obra, se llamará...

“La princesa enamorada”

Allí quedan los dos enamorados platicando, el mar los arrulla en un monótono ir y venir de las olas, ya que cae la tarde por entre las ramas, a lo lejos se divisa que poco a poco los cerros van perdiendo los matices que el sol durante el día los cubrió; el sol avanza, avanza, sin cesar, para perderse en lontananza donde se pierde la esperanza de la humanidad cuando ve que ha fenecido el ocaso del astro que nos alumbra. De este modo, los jóvenes ven al sol desaparecer allá entre las elevadas montañas que circundan la hermosa isla, ven desaparecer la ilusión del amor, ya que ha llegado la hora para que ambos se despidan, quizás por mucho tiempo que ellos ni se imaginan.

Diana no queriendo proseguir en este estado de emoción se desprende de los brazos de Luis, diciéndole con una seña que se alejara, él adivinó el sufrimiento en ella y optó por alejarse, mas apenas había dado unos cuantos pasos, regresó al lado de su amada, diciéndole así:

Diana mía...

¿Me quieres dar un beso como despedida y para otra vez sellar nuestro amor?

Ella no contestó pero obedeció la súplica y lentamente fue acercando sus lindos labios de coral a los de él que la aguardaba ansiosa.

Muchos momentos permanecieron unidos de esta manera hasta que después se despartaron levemente y él exclamó.

Mi amor, espero que no sean los últimos, ni de otro.

Claro que no, sólo serán para ti, vida mía.

Otra vez se despartó bruscamente para internarse en la tenue maleza que apenas traspasaban leves rayos de sol.

El corazón le decía que tardaría mucho tiempo en volver a estar juntos, Luis esta vez no quiso detenerla y solamente se quedó mirando el lugar por donde momentos antes ella había desaparecido.

Luis sentía también que tardaría más tiempo de lo previsto para volver a estrecharla entre sus brazos.

Quedó parado unos minutos y después con gran pesimismo subió a su bote y se alejó del lugar. Todo era soledad y angustia, e internándose en las ahora muertas aguas sintió que el corazón se le hacía pedazos, aceleró su marcha hasta perderse en la inmensidad del mar.

* * *

Diana atravesó el bosque para poder llegar hasta el palacio.

Cuando ya la oscuridad empezaba a hacerse cada vez más densa penetró en palacio y sin que nadie se diera cuenta.

Llegó a su aposento, abrió la puerta y se dejó caer sobre su lecho agobiada por el intenso sufrimiento de que era víctima su corazón.

* * *

Oh, pobre Diana, tan alegre que había sido los días anteriores, antes de que le dieran la triste noticia de que debía ir de vacaciones con sus familiares que radicaban en España.

Su corazón le decía que iban a tardar mucho tiempo antes de verse. Nosotros todavía no podemos opinar sobre si era cierto lo que ella pensaba, puesto que todavía no hemos leído toda la obra. Leámosla pues, y a ver qué sucede queridos lectores.

Todo era tristeza para la bella joven;
sale con cautela de su rico palacio
se encamina por el boque muy despacio
y pensativa va la angustiosa joven.

El silencio llega hasta lo más profundo
Diana siente la más espantosa soledad,
soledad que aterra a la humanidad
cuando siente que inerte está el mundo.

Diana llegó a la playa para la cita,
en su alrededor silba el fuerte viento
y el silencio es ya un tormento
cuando el amor a su corazón agita.

Llega muy triste hasta ella su amado,
la abraza y la besa con gran ternura;
Luis la ama y canta a su hermosura
con palabras que salen de su corazón enamorado.

Ambos platican en una tarde opalina,
los dos se despiden en lontananza
la oscuridad avanza, sin cesar avanza,
muriendo el sol que a la tierra ilumina.

Capítulo séptimo

Diana parte para España

Era una fría mañana de agosto, acababa de llover, la corte, los familiares y el pueblo entero con gran tristeza se encontraban esperando a la princesa para acompañarla hasta la playa para embarcarse hacia España. Los familiares salieron del palacio con la joven, subieron a un carro real tirado por briosos corceles, en medio de aquella muchedumbre partía Diana hacia donde estaba el barco esperándola para conducirla a su destino.

Con ella iba el Príncipe Bernardo que había sido avisado de las vacaciones de Diana y habíase preparado para despedirla.

Tras ellos venía la corte en otro carro del servicio del palacio.

Atravesaron parte de la ciudad y al fin llegaron al muelle en el cual se hallaba el barco de nacionalidad española, su nombre no lo recuerdo muy bien, mas creo que se llamaba “La Faja de Oro”.

El capitán del barco salió a recibir a su distinguida huésped. Era un hombre fornido como lo son la mayoría de los hombres del mar.

La bella joven se despidió de sus familiares y de la corte, con ella subió a la nave su tía.

Su padre se la recomendó al capitán, el cual lo tranquilizó diciéndole:

Pierda cuidado majestad, la Princesa Diana viajará en un buen barco y al lado de un capitán que domina la profesión.

El Rey le contestó.

Gracias... espero que algún día nos visite, tenga la seguridad de que será bien recibido.

Así lo haré majestad y muchas gracias.

El capitán ordenó subir anclas, el trompeta real dio una señal y un nostálgico coro se elevó en el espacio en señal de despedida de la hermosa joven. Ella emocionada se despedía de su pueblo, agitando su linda mano en el aire.

Poco a poco el barco se fue alejando de la orilla, para perderse entre las silenciosas olas del inmenso mar. La sirena del barco rugió con toda su fuerza, diciendo así ¡adiós! a ese puerto.

Diana y su tía permanecieron en cubierta hasta que ya sólo en lontananza apenas si se divisaba una línea verde que era la fascinante isla y que se había perdido poco a poco debido a la lejanía a que se hallaban.

Llegaron hasta el oído de Diana las palabras de amor que le había dicho Luis, sus ardientes besos no la dejaban en paz, y le hacían mella en su corazón. ¡Ah qué dulces recuerdos! convertidos en amargos pensamientos.

La nostalgia llegaba hasta su pecho. El viento helado del mar le dio en su hermosa faz, despeinándola...

Su tía adivinando lo triste que era para ella dejar a su pueblo la llamó.

Ven hija, vamos a nuestro camarote para que descanses, ya que te has de sentir cansada.

Se deslizaron por los pasillos, al llegar a su respectivo aposento, penetraron en él.

Durante la travesía de tres largos días todo era calma, el mar y su tenue oleaje serían una inspiración para cualquier poeta sentimentalista, un sol brillaba sobre un despejado cielo, ¡naturaleza hermosa! Oh, el arrullo de las olas del mar envolvían el alma de la Princesa Diana, durante el trayecto para España no hubo tempestad, borrasca ni otros detalles que demoraran el viaje. Todo este tiempo pasó pensando la joven Princesa en regresar muy pronto para estrechar a sus seres queridos.

Uno, dos días pasaron con viento favorable para poder llegar sin contratiempos a su destino. Todos los días en que amanecía aminoraba el tiempo para volver a su isla en que ella mucho tiempo vivió dichosa con sus familiares.

Así pues, llegaron a costas españolas y el vigía dio la noticia, el Capitán empezó a izar la bandera de España e hizo sonar inmediatamente la sirena del barco.

A lo lejos varios barcos anclados yacen allí, en el muelle, la gente se mueve, todo es movimiento aquí, allá, varias personas están aguardando al buque que se acerca para recibir a sus familiares que quizá lleguen después de tanto tiempo.

Minutos después el barco entró en aguas españolas y un gran júbilo se levantó, tanto en los que llegaban como en quienes los recibían.

Al llegar al muelle, lo anclaron y todos los pasajeros se dispusieron a abandonar el barco.

Diana y su tía fueron de las últimas en dejar la nave, y cuando salieron en el muelle había una gran multitud que la estaba esperando.

La dulce joven y su tía bajaron a tierra y al ver a Diana todos los hombres allí presentes volvían la vista hacia ella, su tía complacida por la belleza de su sobrina, exclamó satisfecha: “mira hija, todos esos hombres te comen con su mirar”.

Al oír tales palabras Diana se ruborizó y sólo bajo su angelical rostro.

Mira Diana allí están esperándonos nuestros familiares, Diana y su tía se encaminaron hacia un grupo de personas distinguidas. Al ver llegar a Diana acompañada de su tía, las van a encontrar, como en toda despedida o encuentro los seres queridos se intercambian los saludos y abrazos.

Después de estas demostraciones de sincero cariño empiezan a caminar rumbo a una ancha calle medio solitaria en la cual se encuentra un lujoso carro tirado por seis briosos caballos.

Sube Diana...

Sí tío.

El carro empezó a retirarse de aquel lugar y tiempo después llegaban a una bella y grandiosa mansión que se encontraba en las orillas de la ciudad.

A dos kilómetros se hallaba un pequeño cerro desde el cual se dominaba con perfección la bahía. Más allá una serie de altas montañas que se confundían con el horizonte. Toda una belleza.

Hija mía, ve a tu cuarto y descansa, pues has de estar muy cansada por el viaje.

Sí tía.

La bella joven se encaminó con su tía hacia una gran habitación con dos ventanales desde los cuales se veía el bello amanecer y el exquisito jardín que ahora se veía más hermoso, pues había rosales con grandes y lozanas flores.

Entra Diana y descansa.

Gracias tía.

Hizo girar levemente el picaporte de la puerta y penetró en él, estaba adornado con sumo y delicado cuidado pues era para hospedar a la Princesa Diana.

Rendida de cansancio se durmió profundamente...

En la noche llamaron a la puerta, era su tía.

Diana, ¿estás bien? Diana, respóndeme.

Un profundo y grave silencio fue la respuesta y por tercera vez su tía insistió y por fin la hermosa Diana dio señas de despertar de su sueño y al oír que la llamaban se levantó y se puso un lindo vestido de largo y sencillo escote con una pañoleta en su negra cabellera.

Tía, perdóname, me quedé dormida.

No te preocupes niña, pues venías rendida. Pero ven Diana vamos al comedor que ya te están esperando, al no bajar vine a ver qué era lo que pasaba.

Tía, me vas a perdonar pero no tengo apetito en estos momentos.

Bueno hija, si no quieres bajar, haré que te suban algo. Por favor tía, no te molestes por mí, pues ahora no tengo apetito y me voy a la cama.

Como quieras pero tal vez te enfermes y eso no nos va a gustar.

Que pases buenas noches y que tengas hermosos sueños con tu príncipe azul. Te prepararás para ir a la playa el día de mañana.

Hasta mañana tía y estaré lista.

Su tía se alejó y la bella joven cerró silenciosamente la puerta y comenzó a desvestirse, luego se puso su bata azul que le sentaba muy bien, aunque no se la había puesto para dormir sino para volver a sus pensamientos que le atormentaban el corazón muy noble que tenía. Su corazón y mente recordaron a su amado Luis y poco a poco su pensamiento volvió a recordar y vivir simultáneamente aquellas escenas de su tierno y puro amor en las playas desiertas de su isla.

La blanca y redonda luna hacía su viaje rutinario sobre el azul y despejado cielo. El tibio oleaje de las olas llegaba hasta aquellos ventanales haciendo mover suavemente las finas cortinas.

Así pasó parte de la noche y la joven princesa sin darse cuenta poco a poco fue quedándose dormida en su mar de tristes y tiernos recuerdos y el héroe principal de esos recuerdos, era el gallardo y sincero Luis que había penetrado en el corazón y en el alma de la no menos noble y bella joven princesa.

* * *

Capítulo octavo

Tiernos recuerdos

Había amanecido completamente y hacía un hermoso día. Los rayos de plata que lanza desde el infinito la estrella que nos alumbra chocaban en las grandes ventanas de la habitación en la que se hospedaba la princesa. Los matices que provocaban los rayos plateados del sol eran fascinantes, dando un realce a la naturaleza. Las avecillas trinaban alegremente en las copas y ramas de los árboles invitando a ponerse en el estado sentimental que en las aves se reflejaba.

La bella princesa Diana que se había quedado dormida por el desvelo que había tenido la noche anterior; despertó y al instante se dio cuenta que hacía un bello día y se dispuso a levantarse pero en ese instante la Condesa Beatrice, prima de Diana llamó a la puerta.

Un momento Beatrice que ya voy.

Os espero Diana.

Se quitó la bata y se puso el mismo vestido de la noche anterior y fue a abrir la puerta.

Perdóname prima Beatrice, pues anoche me acosté tan tarde que apenas si dormí un poco.

¿Y quién es el afortunado?

¿De qué Beatrice?

De tus pensamientos querida Diana.

Es cierto, y a ti no puedo mentirte, te lo diré.

Me gustaría saber quién es el hombre a quien le has entregado tu amor.

Beatrice era una hermosa muchacha, rubia, esbelta de ojos verdes; contrastaba con la no menos bella Diana.

La linda Princesa empieza a hablar.

Beatrice, quiero que me prometas que a nadie dirás lo que te cuente.

Te prometo que nada saldrá de mis labios para decir tu secreto.

Gracias Beatrice, te diré que mi grande y puro amor es el Príncipe Luis, por él siento un apasionado amor.

¿Dices el Príncipe Luis?

Sí Beatrice.

¿Acaso no es el hijo de aquel Rey que es casi enemigo de tu padre?

Sí prima, y esto me aflige mucho pues el rey, mi padre no me permite que vea a Luis.

¿Tú lo amas?

Con todo el corazón.

Diana, trataré de ayudarte para que consientan tus relaciones con Luis.

Gracias Beatrice, eres muy buena.

No prima, sólo trato de ayudarte, pues las mujeres siempre nos tendemos un lazo de ayuda. Ahora prepárate para ir de pesca.

En un momento.

Me voy Diana pero regresaré cuando estés lista, lleva tu traje de baño que lo necesitarás.

La hermosa y noble princesa queda sumida en una profunda soledad, sólo el dueño de su corazón la sacaría de aquel estado de melancolía.

Cada vez que lo recuerdo siento que más lo amo, no podría estar alejada de él por bastante tiempo, trataré de

regresar lo antes posible. Voy a arreglarme y llevaré este hermoso traje de baño.

* * *

¿Diana, estás lista?

Sí Beatrice, vamos...

Las muchachas acompañadas de su tía salieron de la casa y atravesaron el jardín para llegar a la puerta que daba a la calle, allí estaba el lujoso carruaje de aquella honorable familia.

Sube Diana.

Sí tía.

Subieron y el carruaje se deslizó veloz sobre aquella ancha calle.

Hemos llegado hijas. Cochero, aquí estaremos, dentro de dos horas tenga listo el coche.

Como guste señora.

Habían llegado a la playa del sur, el mar formaba una pequeña bahía, soplabla el oleaje de...

* * *

Dejé esta novela inconclusa por los avatares de mi pubertad. Te ruego, estimado lector, que la concluyas. Publicaré en mi página electrónica (www.raulrojassoriano.com) las tres propuestas (con los nombres completos de los autores) que considere que recuperaron los anhelos y sentimientos de mi infancia-adolescencia. Muchas gracias por tus atenciones. Raúl Rojas Soriano. Favor de enviar las propuestas a los siguientes correos: raulrojassoriano@gmail.com y raulrojassoriano@hotmail.com. (*N. del A.*)

Anexo II

Algunas poesías escritas* durante la pubertad

“¡Ven mi niña...!”**

¡Oh, niña de mi ilusión!
mi corazón necesita
para calmar su pasión,
para calmar su desvelo
tener contigo una cita
bajo el diáfano cielo.

¡Oh, ven mi dulce niña,
en esta noche oscura
mi pasión te desea!
dejad que mi mano ciña
por el talle tu figura
y cerca, muy cerca vea
de ti, esos divinos ojos.

*Se respeto la redacción y puntuación, así como la grafía y presentación original de las poesías.

**Algunos versos de esta poesía los publiqué en mi libro *El arte de hablar y escribir*.

Dejadme, tengo ansiedad
de besar tus labios rojos.
¡Oh, María, ten de mí piedad!
y que mis impíos antojos
de ser dueño de tu beldad
no se trunquen en este día.

¡Oh, dejad que os cante...
con ternura, vida mía!
Dejad que con caricias
de enamorado galante
acaricie con caricia impía
tu cabellera ondulante
que es fuente de delicias.

Dejad que estreche amante
tu espléndida silueta
tu figura inquietante
mi dulce paloma inquieta.

Ven, atravesemos este pensil
y entrelazados... los dos,
mi tierna joven núbil
bajo el cielo como abrigo,
de nuestro amor, a Dios
tendremos como testigo.

¡Oh, dejad que con ternura
os conduzca hacia la lejana

playa, do* la gran natura
un haz de grandeza emana!
Vayamos mi tierno amor...
hacia las escondidas playas
do* de ti sentiré el calor...

¡Oh!, ¿por qué callas?
¿Tienes miedo, vida mía?,
tu faz, ¡mira! ya no refleja
esa arcana y pura alegría.

¡Oh, no dejéis que tu belleza
de blanca y cándida flor
se marchite de tristeza!
¡Oh, ven, mi dulce amor...!

Ella dijo con extraño acento
vayamos, si de tu agrado es...
¡Oh, qué dicha, no miento,
sentí en aquella vez...!

Los dos, muy enamorados,
llegamos a la playa
do* se esconden los arcanos
de dos que se han amado.

Puse sobre ella mis manos,
le hablaba de nuestro amor,
de la dicha que sentía

*Do, apócope de *donde*.

al tener ese bello día
a una diáfana y blanca flor
entre mis brazos...

¡Oh, mi vida, os lo ruego calla!
me dijo con voz extraña,
no viviremos de los acasos
¡hay que pensar en el mañana!

¡Oh, mira la hermosa playa
bañada por los lípidos cristales,
de las lípidas arenas!

¡Oh, vida mía, ya calla!
pues he aquí que las bestiales
pasiones suceden plenas
de amor y de ternura...

Mas** luego... las mujeres
lloran su amargura...
ahora de mí tú quieres
que te entregue mis arcanos
que te entregue mi hermosura
y que la deposite en tus manos.

¡Oh, niña de mi ilusión!
no digáis eso, ¡calla...!
y mirad la solitaria playa
que encierra fuego de pasión.

*Mas significa *pero*. Diferente de *más* (con acento).

Ven niña mía, sentémonos allí
sobre la límpida arena
y muy juntos los dos, ¡así...!
en esta noche serena
nos amaremos con ternura.

¡Oh, mirad la oscura playa...
y ese, suave y cálido oleaje
que nos acaricia con dulzura!

¡Oh, mi vida, os lo ruego ¡calla!
me dijo. ¡No, dadme ese brebaje
de pasión que es tu hermosura!,
respondí con falso coraje.
Dadme en esta bella playa
de tu figura las dulzuras...
La tomé entre mis brazos
y al ver tan cerca sus divinos ojos
ya no pude resistir más;
con ternura acaricie su faz
y en sus labios rojos
dejé voluptuoso beso
y quedé en un profundo embeleso...

* * *

NOTA del autor: Las siguientes ocho poesías formaban originalmente parte de una sola, cuyo título era: *¡Lloro por tu ausencia!* La subdividí en varias poesías para facilitar su lectura.

“¡Lloro por tu ausencia...!”

Lloro por tu ausencia
mujer amada,
porque el corazón me dice
que ya nunca jamás
has de volver a mí.

Lloro por tu amor
que en una noche de luna
plena de pasión
me lo entregaste.

Lloro por las delicias
de tu boca nacarada,
por el néctar de tus labios
y tus caricias
que ya nunca jamás
he de volver a sentir.

Lloro por tu espléndida belleza,
por tu soñadora juventud.
que me llena de inquietud
y me mata de tristeza,
pues de sólo pensar
en tu hermosura
y en tu figura radiante,
pienso mil cosas...
que ya no puedo vivir
con este martirio constante.

Lloro por ti
¡oh, dulce mujer amada!
por tu ausencia
que poco a poco me mata
y me quita la existencia;
por este destino
que de mi lado te arrebató
llenando de tristeza mi camino.

* * *

Mi amada ausente *...

Mi amor no se apaga
por la amada ausente,
por la mujer adorada
que me entregó en sus besos
la magia de su amor.
Esta inmensa lejanía
que entre los dos existe
hace aumentar el amor
que apagarse se resiste,
pues ella es mi pensamiento
y de ella es mi corazón
que en una noche de plenilunio
pleno de amor deposité
en sus labios de coral.

* Esta poesía se complementa con otra que escribí, la cual se presenta en la página 143 (*¡Se ha ido!*).

¡Recuerdas...!

¡Oh, núbil doncella!,
recuerdas la noche serena
la noche aquella
en que de dicha plena
en besos me entregaste
tu corazón entero.
Tú estabas mucho más bella
que nunca,
y a la luz de la luna
vi de tu belleza los arcanos
y entre mis brazos tuve
los contornos soberanos
de tu graciosa figura.

* * *

¡Eras... princesa mía!

Eras cual blanca diosa
plena de hermosura,
¡oh, eras cual botón de rosa!
y tu cabellera undosa
caía sobre tus desnudos hombros
cual diáfana cascada,
¡cual aliento de rosa!...
¡Oh, dulce amada!
aún recuerdo aquella luna
que brillaba intensamente
y sus tenues rayos
cual hilos de plata

iluminaban tu faz angelical.
Y en aquella noche ideal
—para amar sin palabras—
tus ojos me decían
del amor que tu cuerpo
con fuerza estremecía.

* * *

¡Oh, tú serás el amor...!

Cuando te conocí
tus labios rojos,
que me incitaban a beber
el néctar de tu amor,
¡oh, me hicieron caer de hinojos!

Yo te miraba extasiado
contemplando tu mágica belleza,
y tú, temblabas emocionada
cual frágil paloma
dulcemente enamorada.
¡Oh, me diste el aroma
de tu delicioso amor!
Tú suspirabas levemente,
y al tomarte entre mis brazos
y besarte tiernamente
me pediste que te amara
por siempre,
que tú jamás olvidarías
pues mío era ya tu corazón,
me dijiste dulcemente...

TÚ SERÁS EL AMOR QUE NO SE APAGA
TÚ SERÁS EL AMOR QUE PERDURE
MÁS ALLÁ DE LA VIDA Y DE LA MUERTE,
MÁS ALLÁ DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO,
¡OH, TÚ SERÁS EL AMOR DE SIEMPRE!

* * *

¡Juramentos!

Yo te juré eternamente
amarte con pasión,
que ni la distancia ni el tiempo
podría alejar el amor que me inspirabas
pues tuyo era ya mi corazón.
Me dijiste con vehemencia:
Tú serás sólo el dueño
de ésta mi existencia,
tú serás el ángel de mis sueños
¡Oh, tú serás el amor de siempre!
¡Oh, amada mía!
¿Qué será de mí cuando te alejes
y mi amor en el olvido dejes?
¿Qué serán de mis quimeras
cuando halles otro nido
en do* depositarás tu amor?
¡Me dejarás en el olvido!
Y me dijiste dulcemente
no pienses en eso, vida mía,
tú serás el amor que no se olvida...

*Do, apócope de *donde*.

* * *

¡Recuerdos tristes!

En sus labios de coral
dejé para siempre impresos
mis apasionados besos
en aquella noche ideal.
¡Oh, qué bellos recuerdos
hanse* tornado llenos de tristeza!
Sólo pienso en ti,
en tu corazón amado
que en una noche de plenilunio
hecha de celestiales cantos
de dicha plena me lo entregaste.

¡Mas luego, el desengaño!;
en sus cartas ya no había
la dulzura de las otras
ni me hablaba de esa
su pasión por mí.
¡Oh, vida mía!
destrozaste mi vida,
otro hombre me quitó
el néctar de tu amor.
¡Oh, cadenciosa flor!,
¡fuiste la esperanza de mi vida,
eres la asesina de mi amor!

* * *

**Hanse*, significa *se han*.

¡Olvido...!

Ha* dos años que olvidé
para siempre a la mujer ingrata,
a la mujer adorada
que me dio en sus besos
el fuego del amor.

¡Ha dos años que vago
por mi senda dolorida!
y de sólo de pensar en el AMOR
tiemblo y me acobardo,
ya no quiero vivir llorando
por un amor ausente.

* * *

Núbil doncella

¡Mujer, sólo por ti mi corazón suspira!
¡oh, virgen morena! Siempre te he querido
yo; un loco que te ama y que te admira
aquí me tienes ante tus pies rendido.

Mas, si no comprendéis esta poesía
subiré al cerro para ver a Cupido,
haré pedazos mi pequeña elegía
y le contaré todo cuánto te he querido
para ver si puedo ahora amada mía...
dejarte para siempre en el olvido.

*Ha, apócope de *hace*.

Cubierta apenas con un ligero velo,
blanca celestial llena de hermosura,
sobre sus espaldas cae el largo pelo
¡oh, qué beldad de joven! Tan bella y pura.

¡Oh, qué esbelto y linda figura!
ese azul de encaje de baño transparente
aumenta tu tierna y radiante hermosura
y a cualquiera lo dejarías delirante.

Yo vi de tu tierna belleza los arcanos
reflejados en el agua azul del medio día,
aquellos hermosos contornos soberanos
que Cleopatra a ti te envidiaría.

* * *

¡Como una reina...!

Como una reina, caminabas majestuosa
y parecía que tus níveos pies,
como en un sueño, no tocaban el suelo;
caminabas serena, toda hermosa.

Respiré feliz y miré al cielo
había miles de estrellas
y pareció que sobre el suelo
una de ellas, radiante caminaba,
eras tú la más esplendorosa
de todas las estrellas.

¡Eternamente!

* * *

A Diana

Hermosa princesa, encantadora flor
tienes de las rosas toda la pureza,
conservas lo immaculado para el amor
luces radiante por tu tierna belleza.

Linda Diana, joven sensual y hermosa
son tus lindos ojos como las aguas del mar,
en ti esa divina virginidad reposa
y posees un corazón sólo para amar.

Para besar tienes unos labios color manzana
tu rostro posee una celestial hermosura
y tienes el pelo de Montemayor la Diana*
y una esbelta, hechizadora** figura.

* * *

*Se refiere a la obra de Jorge Montemayor, con el mismo título. Esta obra, que combina el verso y la prosa, es la primera novela pastoril de la literatura en lengua castellana y ejerció una gran influencia en las letras del siglo XVI.

***Hechizadora* era una palabra que yo usaba, poéticamente, en mis tiempos de la pubertad. El término que registra el *Diccionario de la Real Academia Española* es *hechicera*: “Que por su hermosura, gracias o buenas prendas atrae y cautiva la voluntad y cariño de la gente. *Niña hechicera*”.

Para ti, Diana

Diana tierna belleza
en ti todo es amor,
conservas la pureza
y de virgen el candor.

Linda y joven rosa,
eres blanca y pura,
en tu cara reposa
la sutil hermosura.

¡Oh, beldad de princesa,
joven de mis anhelos.
eres con tu belleza
dueña de mis desvelos!

Azules son tus ojos
como las aguas del mar,
y posees para besar
tus tiernos labios rojos.

Eres rosal de lirios,
besar tu linda boca
mi corazón invoca
mujer de mis delirios.

Sedoso es tu pelo
joven bella y pura,
tu hermosa figura
es celestial desvelo.

Diana, linda estrella,
hay en ti “La pureza,”
joven dulce y bella...

Eres tierna belleza,
¡oh, preciosa doncella,
eres gentil princesa!

* * *

¡Junto a ti...!

Junto a ti el sol
brilla más,
la noche se vuelve día,
la luna se ve más hermosa
y la naturaleza toda
se llena de vida plena.

Junto a ti el desierto
se convierte en oasis,
la tristeza se vuelve alegría
y los sueños se convierten
en una bella realidad.

Junto a ti puedo soñar
en el porvenir,
sin angustias ni temores.

Junto a ti soy capaz
de juntar todas
las estrellas del universo

para hacerte una diadema
que adorne
tu juvenil cabeza
mi bella princesa.

Junto a ti
he vivido el paraíso
del que nunca
quisiera salir.

* * *

¡Lejos de ti...!

Lejos de ti las flores palidecen,
las aves ya no cantan igual,
las noches son más largas
y la naturaleza toda
se vuelve gris.

Lejos de ti el corazón deja
de palpar con fuerza
y la soledad envuelve
todo mi ser.

Lejos de ti no hay ilusión,
por eso yo no quiero
vivir lejos de ti,
pues si no te miro
es muy grande mi sufrir,
y así ya no quiero yo vivir.

* * *

¡Te entrego mi ser!

Te entrego mi corazón,
mi alma y mis sentimientos
porque tú eres mi única ilusión,
pues desde que te conocí,
a cada hora, a cada momento
pienso solamente en ti.

Hoy y siempre te amaré
con ternura y toda mi pasión
pues te llevo dentro de mí,
en mi sangre, en mi piel.

Amada mía, cada vez siento
que se acerca el momento
de nuestra luna de miel,
entonces nuestras almas
y nuestros cuerpos ansiosos
hallarán la verdadera calma.

Nos uniremos tiernamente,
hasta alcanzar temblorosos
la dicha plena, el infinito goce;
entonces nuestras mentes
y nuestros cuerpos se irán al cielo
y se cumplirán nuestros anhelos.

* * *

¡Adorada mía!

Adorada, amada mía,
quiero decirte tantas cosas
que muchos versos escribo
para ofrecerte una poesía
digna de una princesa hermosa.

Solamente para ti vivo,
tú me inspiras, por eso escribo
muchas palabras, ideas
que luego hago a un lado.

En otro momento quizás veas
que esas palabras que sueltas
quedaron, formarán parte
de otra poesía
dedicada a mi amada esbelta,
pues es mi forma de amarte
con ternura, día con día.

* * *

¡Cuando te conocí!

Amada mía, cuando te conocí
me encantó tu forma de ser;
en esos momentos descubrí
que tú eres poesía
convertida en una bella mujer.

* * *

* * *

¡Admiro...!

Admiro tus ojos encantadores
y tu juvenil sonrisa que refleja
la hermosura de tu alma,
que es un vergel lleno de flores
que la tristeza aleja
y me devuelve la calma.

Admiro todas las expresiones
de tu cuerpo pleno de vida,
que me llena de ilusiones
pues no se olvida.

Admiro tu forma de caminar,
tus encantos de mujer
hermosa, sensual y tierna
que me hacen volver a amar,
a sentir que todo mi ser
vive la dicha eterna.

* * *

¡Ven Alicia ...!*

Soneto**

¡Ven Alicia, tierna y dulce niña,
deja que admire tu hermosura
y extasiado mi mano ciña
por el frágil talle tu figura!

¡Oh, hermosa niña de mis ojos,
manantial de mi tierna ilusión
deja que en tus labios rojos
deposite un beso pleno de pasión!

¡Oh, ven que la pálida luna
ya brilla hermosa, ya se refleja
sobre la silenciosa laguna!

¡Oh, dulce Alicia, mi bella princesa,
quiero besarte pleno de ternura,
quiero venerar tu hermosura!

*Protagonista de *La vorágine*, de José Eustasio Rivera. Esta poesía la envié, el 3 de julio de 1964, para su publicación en la sección “Los poetas” de la revista *Confidencias*. Como era difícil comprar en Cuernavaca esta revista, desconozco si dicha poesía fue publicada.

** Soneto: “Composición poética que consta de catorce versos endecasílabos distribuidos en dos cuartetos y dos tercetos” (*Diccionario de la Real Academia Española*). Endecasílabo: “Verso compuesto de once sílabas”. En esta poesía no respeté el número de sílabas, pues mi musa no dejó atraparse por dicha regla.

* * *

¡Podrán...!

Podrán los planetas
dejar de girar
alrededor del sol,
pero mi amor por ti
nunca dejará de girar
alrededor de tu corazón.

Podrán, princesa, marchitarse
todas las flores del mundo,
pero mi amor por ti
jamás se marchitará.

Podrán las aves
dejar de cantar,
pero yo nunca
te dejaré de amar.

Podrán evadirse
al mismo tiempo
todos los presos del mundo,
pero yo nunca dejaré
la cárcel hermosa de tu corazón
donde vivo felizmente aprisionado.

* * *

¡Te amaré...!

Te amaré más allá
del tiempo y del espacio,
pues tu trasciendes
los confines del universo.

Te amaré aunque el sol
nunca más salga,
pues tú eres el sol
que da vida a mi ser todo.

Te amaré hasta el último
momento de mi existencia,
pues amándote viviré
más allá de la muerte impía.

Te amaré siempre
sin pedirte que me ames...

* * *

¡Adorada mía!

Adorada mía, luego de platicar
contigo, me diste la espalda;
entonces me hiciste soñar
pues pensé: tu ajustada falda
hace más notoria la esbeltez
de tu juvenil y hermosa figura,
coronada por tu núbil cintura.

Me imaginé tu desnudez,
y desee acariciar con mis manos
tu ser,
tu encantadora beldad
y penetrar en los arcanos
de tu añorada intimidad.

* * *

¡El amor convierte al hombre en poeta!

¡Mas*, ay! ¿qué es un poeta?
Un ser que llora y ríe,
que vive lleno de ilusiones,
pero ¡ay!, a veces las ilusiones
matan el alma,
quitan la calma y el sueño,
y cuántas veces nos traen
amargura y desengaños.

Pero vivir sin ilusiones,
sin sueños, ni quimeras,
es dejar de existir en vida,
es vivir sin saber vivir,
es ignorar de la vida
los sublimes encantos;
ignorar que existe el amor
y mujeres soñadoras.

*Te recuerdo, *mas*, sin acento significa *pero*.

¡Mas, ay! cuántas veces con el amor
se derrumban ilusiones
y se pierden las demás
quimeras de la vida.

* * *

¡Termina el día!

¡Oh! , ya el sol termina su jornada
y tras los montes esconde sus arcanos,
ya cae la tarde monótona y pesada
y sólo se oyen murmullos muy lejanos.

Ya cae la tarde y con ella mi esperanza;
solo aquí estoy, perdido en este monte
viendo como la noche avanza
impávida, cubriendo el horizonte.

Ya las sombras esconden la belleza
que en el día refleja la natura,
¡oh!, ya también esta gran tristeza
confúndese con la espantosa negrura.

Ya puedo llorar mi desventura,
llorar por el amor que no viene
para quitarme la amargura* .

* Ésta y la poesía anterior se complementan con las que aparecen en las páginas 102-104.

Aquí mi alma se detiene
y contempla la soledad
en que condenada vive,
por eso mi alma tiene ansiedad
por tener una ilusión
que dé aliento al corazón.

* * *

Leida, ¡mujer hermosa!

Leida, hermosa y tierna mujer,
desde que te conocí
cautivaste todo mi ser,
la vida adquirió otro sentido.

Todo cambió en mí,
y a pesar de no verte,
olvidarte no he podido;
al contrario, mi sentimiento
se ha hecho más fuerte
pues lo que por ti siento
terminará sólo con mi muerte.

Mientras el tiempo sigue
sin detenerse jamás,
sólo pienso estar a tu lado
para que mi sufrimiento
al verte se mitigue;
¡oh, recuerdo tu rostro amado!

* * *

¡Dejad, oh, reina mía!

Oh, dulce amor de mi vida,
dejad que con mi canto
pleno de dicha y de dulzura
envuelva tu figura,
envuelva tus encantos
coronados de hermosura.
dejad que os cante
con diáfana ternura
palabras melodiosas
que adornen tu hermosura.

* * *

*A Zapata **

Zapata hombre que la suerte quiso
como el libertador del campesino,
rebelose contra aquél que hizo
la esclavitud del pobre mexicano.

Un pueblo tuvo por humilde cuna,
creciendo bajo el yugo del tirano,
se dedicó sin ayuda alguna
a devolver la tierra del mexicano.

*Otras de mis poesías relativas a las luchas sociales y a la escuela están, respectivamente, en las páginas 157-158, y 75-77.

El campesino a él se le unió
siguiéndolo cuál apóstol en la guerra
hicieron lo que Zapata persiguió;
al hacendado quitáronle la tierra.

El fogonazo de la revolución
por doquier se levantaba,
hasta en los confines de la nación
el campesino a Zapata amaba.

Fatal desenlace del suriano,
negro día fue cuando murió,
el pueblo campesino mexicano
lloró y de luto se cubrió.

¡Oh, mártir de la “Tierra y Libertad”!
ante tu sepulcro de honor estamos,
¡mexicanos con orgullo izad...
el símbolo del que ahora recordamos!

* * *

Diosa de seda

¡Oh, Bandera Mexicana, Diosa de seda!
vengo ante ti para decirte ufano...
estas pequeñas frases que anhela
decirte mi fiel corazón de mexicano.

El himno de la tierna primavera,
la brisa con su tenue murmullo
o el canto de las fuentes yo quisiera
para venerarte con mi mexicano orgullo.

Mas si de estos dones nada tengo,
ni siquiera un ápice del arte
al menos recibe mis elogios que vengo
con sublime afán a entregarte.

Oh, bandera que altiva y majestuosa
luces siempre una sutil diadema,
eres, con la fragante seda, una diosa,
y de nuestra nación un emblema.

Enseña mexicana, símbolo de paz,
estandarte de libertad, de unión
gloria y honor, en tu bella faz
se refleja la historia de una nación.

México entero con febril unión
idolatra tu fúlgida arrogancia;
en los momentos críticos nuestra nación
venció a los ejércitos de Francia.

* * *

*¿Qué es poesía?**

Poesía son tus ojos bellos,
tus labios rojos
y tus hermosos cabellos.

Poesía es tu cuello soberano
de grácil paloma.

*Escrita para Amparo, la novia mía. 29 de junio de 1973.

Poesía son tus blancas manos,
y el sutil aroma
que de tu cuerpo emana.

Poesía eres tú, princesa mía
que llenas de alegría
mis noches de tristeza.

* * *

*¡Para ti Amparito!**

Amparito, amor mío:
Hoy más que nunca te amo,
te admiro y te llevo
dentro de mí.

Hoy y siempre estaré junto a ti
y velaré por tu felicidad.

Recuerdo cuando te veo dormida,
apacible y bella
y siento deseos de amarte más y más,
de rescatar ese tesoro que llevas dentro:
tu amor, honestidad y ternura.

Te amo por siempre.

*Escrita para Amparo, la esposa mía y madre de mis bellas hijas. 30 de julio de 1982.

Anexo III

Algunas poesías de mi padre, Francisco Rojas García

*¡Maestro!**

Con la reverencia que siempre simboliza
la palabra que en sus oídos ahora suena,
¡oh, Maestro!, la frase, el tiempo la eterniza:
no es maestro el que sabe, sino el que enseña.

La Patria no se equivocó depositando
en sus manos la simiente de la ciencia,
como un jardinero que está cultivando
delicadas rosas a base de paciencia.

Este examen será su primera orquídea
que rinde ya tributo a su sacrificio,
el que no aproveche sólo por su desidia
tarde lamentará perder este beneficio.

Lo despedimos no con el adiós postrero,
sino con un grato: hasta luego cariñoso,
la esperanza para el año venidero;

*En las poesías de mi padre respeté la redacción y puntuación, así como la grafía y presentación original de ellas.

arduo para usted y para nosotros provechoso.

No tengo palabra que llene la inspiración
porque nos falta de la elocuencia la virtud,
quisiéramos rosas ofrecer a su abnegación
y en vez de aroma, impregnarlas de gratitud.

* * *

¡A la naturaleza!

Ningún estadista del mundo alcanzar podría
calcular las riquezas que en tu seno aprisionas,
estadista, álgebra, todo inútil resultaría,
como inútil pensar, sólo en lo que donas.

De tus entrañas sale desde el río más caudaloso
que risueño riega las más grandes sementeras*
copiando a su paso con su pulso tembloroso
todo el margen de las verdosas praderas.

La enorme riqueza de tus incalculables mantos
aceitíferos, que son de las fábricas el orgullo,
cuyos silbatos entonan como si fueran cantos,
o himno al trabajo, de los obreros el murmullo.

¡Oh! ¡Naturaleza! ¡A todos brindas generosa
tu fértil dádiva, cuando se ruega tu entrega,
lo mismo das acero para una guerra espantosa
por los imbéciles que la ambición los ciega!

*Sementeras: “Tierra sembrada” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

¿Cómo culparte de los instintos de la humanidad,
si ésta, desobedece del hacedor el mandato?
te ve tan generosa y abusa de tu bondad
y mira los mandamientos como un abstracto.

Pero no todo es sólo para la destrucción,
incontables beneficios el acero abarca,
el doctor ocupa el bisturí para la operación
y quitarle al arcano, su presa de la parca.

Produces en abundancia oro, plata y cobre
para fines inconfesables, o generosos;
para dádiva que mitiga la sed del pobre,
o para hacer más déspotas a los portentosos.

Produces el árbol del hombre, fiel amigo,
el químico le extrae su savia para dar salud,
cuando niño, él es su cama, le brinda abrigo,
y lo acompaña hasta la tumba, es su ¡¡ATAÚD!!

* * *

¡Voluntad!

Palabra mágica dotada de energía sublime
que se une a la acción del pensamiento,
esta última abarca, pero no comprime
sin la primera que es el triunfo, el complemento.

Con la voluntad, ¿quién pensar atreverse podría
que el hombre superase a la naturaleza?
¿Mentira?, ¿quién el fiero huracán burlaría?,
la voluntad rompe lo que crea su grandeza.

El pensamiento es el fuego que enrojece al hierro,
la voluntad es el martillo que a su orden funde
lo que en la mente se grabó soberbio y fiero,
ya no es un sueño, con la realidad se confunde.

Rompe al parecer, invencible y dura roca
para arrebatarle de su seno el fino tesoro,
no teme al abismo, porque su fe es la broca,
que lo conduce a arrebatarle su filón de oro.

La musculatura del futbolista causa engaño
en una copa finca su presente y su futuro,
se convierte en un holgazán de gran tamaño,
y su flaca voluntad, riñe con el trabajo duro.

Se admira la voluntad del sucio minero
te asombra el buzo, mide el aviador el reto,
te deja consternado el valiente marinero,
y deja petrificado del inventor, el secreto.

Por todos esos hombres la patria se orgullece,
la brisa acaricia el sudor del rudo peón,
y al ver a los futbolistas se entristece,
ROBUSTOS, ¿pero qué sería de mí con puro campeón?

¡Voluntad! El ser que te posee es un gigante,
la perseverancia está unida a tu grandeza,
los que te cultivan son de la patria el baluarte
porque tienen la constancia por FORTALEZA.

* * *

¡Seré!

Seré fiel a mi jornada en pos de mi destino
sin temor escalaré la cuesta de la cima;
¿qué me importa lo largo y duro del camino
si al fin la fe, es el resplandor que me ilumina?

Conoceré la ciencia que da ese esperar tardío
cerraré mis oídos a la necia murmuración,
y si me espera un porvenir que al final sea mío,
sin jactarme, a los que intrigan les daré mi perdón.

Søñaré, porque del sueño la inspiración nace
y en mi mente el fruto de ese sueño grabaré,
como el soldado, en la batalla más fuerte se hace
derrotado o victorioso, mi ideal conservaré.

Tu consejo será mi faro en la conquista;
por lo osado al insano yo conoceré;
cuando borrar mi sacrificio insista,
satisfecho mi constancia yo le demostraré.

Y bravo cual pantera en terrible lucha;
necio incansable como peregrino caminante
que dormitado en medio del silencio escucha;
esa enérgica voz que le grita, ¡¡sigue adelante!!

Despreciaré las turbas que manchen mi decoro
ascenderé la cuesta peldaño por peldaño;
fe y esperanza del cielo imploro
sin importarme de un fracaso el desengaño.

Seré bueno y necio luchador en este mundo
ahuyentando de mí ese cobarde y vil azoro,
contaré el minuto segundo por segundo;
y bautizo tu gran “SÍ” con el nombre de “TESORO”.

* * *

¡Al árbol!

La literatura del poeta ha sido poca
para hablarle cual merece su belleza,
y sólo al gran Creador de lo divino toca
conocer el misterio que puso en tu grandeza.

Fuiste el Árbol que diste en tu follaje
la tentadora fruta en que nació el pecado,
y fuiste sin embargo el primer ropaje
para ocultar así lo que estaba vedado.

Tu fruto cual mágico cofre tentador
en él estaba aprisionada la maldad;
pues te toca arrullar el fruto de ese amor
que es pecado y también huele a santidad.

Con culpa, o sin ella, parte te ha tocado,
de esa maldición sublime, con savia de placer,
por él conocemos el perdón de lo pecado
y así pone a prueba el amor de la mujer.

De ser compañero del hombre inseparable,
maldición bíblica te ha tocado en suerte
y cúmplase pues la sentencia perdurable,
de ser su fiel compañero hasta la muerte.

De tu follaje nació la fruta del pecado
sí, pero diste también la rama del madero
donde el Nazareno expiró crucificado,
para mostrarnos la gloria de su sendero.

* * *

¡La golondrina!

¡Niño!, ¿viste acaso la golondrina partir
que se retira inquieta a país lejano?!
Se va lejos ¿a qué distancia? No puedo decir,
porque cruza sierras, y una parte del océano.

Jamás como ella, arquitecto ha habido;
construye su obra sin ocupar madera,
como se le quiera llamar, casa o nido,
no ocupa escuadra, ni adobera.

No trina, y es mundialmente conocida,
busca siempre la eterna primavera
para seguirla, deja la casa que anida.

Llega el otoño y vuela; se va veloz,
por su ausencia se nota su partida
dice hasta luego, pero nunca dice ADIÓS.

* * *

¡Trabajo!

¿Conque para pobre ya naciste? ¡Qué error!
el que te lo dijo, es mentecato, necio
tampoco digo que veas el *sino** con pavor,
pero si lo repite, dale tu desprecio.

Estudiar debes el porqué** de tus fracasos:
¿obedece a trabajo, falta economía?;
¿templa tu espíritu, mírate tus brazos!,
¿dudas? ¿Crees un mito la Teología?

No hace gracia el que con fortuna nace,
como no lo hace el que vence a un cobarde
se admira al que fortuna, terco, hace,
¡vence obstáculos y triunfa, aunque tarde!

Como el valiente soldado en batalla,
invencible la derrota nunca acepta,
no tiembla al duro tronar de la metralla
se acaba el parque, cala su bayoneta.

Si ésta fuere de mal templado acero,
no desmaya, no piensa jamás en ser muerto
como todo invencible, al fin guerrero,
tiene esperanza: luchar cuerpo a cuerpo.
El valiente no piensa jamás en la muerte,
el trabajador no pierde un momento;
en él la victoria está ya en su mente,
la esperanza, la fe, es su complemento.

* Mi padre entendía *sino* como: “tu destino, ser”.

** Porqué: motivo, razón; diferente de *por qué*.

* * *

¡Así es mi tierra!

Al fondo de una verde colina serpenteada
se encuentra cual doncella en el regazo
Tetecalita, como durmiendo recostada
mirando ocultarse el sol en el ocaso.

Canta el ave en su baja y verde cima
cuando la aurora rasga el horizonte,
surcando el espacio la golondrina
al canto lírico, melodioso del sinsonte*.

La mirada vaga hasta donde alcanza,
en el valle, la agricultura en progreso,
las nubes juegan en lontananza
cerros que parecen al cielo darle un beso.

En la colina, la tonificante brisa
fresca, juega con las perlas del rocío,
verde alfombra por la falda se desliza
y, desde ahí, miro ese colegio que fue mío.

*Sinsonte: *Cenzontle* en México (*Diccionario de la Real Academia Española*).

Cual príncipe receloso que está parado,
de su doncella es firme y fiel centinela,
ese colegio, por alfombra tiene un prado
por cortina, verde y fresca arboleda.

En ese colegio el velo de mi ignorancia
quedó rasgado por las tenues lancetas
que esculpieron mis maestros con constancia
el grande tesoro de las primeras letras.

A la izquierda, como relicario el templo
el fiel, para su pena, la oración escoge,
inclinado, musita su plegaria adentro
que el infinito, con su piedad recoge.

Adelante, en respetuoso silencio queda
el panteón de piedra rústica, no labrada
lugar que nadie, creo yo eludirlo pueda,
quiera o no, será su última morada.

Cuando anochece, cual tenue nacimiento
en sus torcidas calles, no hay melancolía,
sus focos son su más bello ornamento
aunque se reiría de este trazo MOTOLINÍA*.

*Motolinía, famoso arquitecto del que nos hablaba mi padre. No he podido hallar referencias a ese personaje en enciclopedias ni en Internet.

Si la verdad desmiente a mi fantasía
acepto; yo que sin preparación alguna
quise hacer con esto lo que no es poesía
al lugar donde está mi humilde CUNA*.

*Aunque mi padre no nació en Tetecalita, vivió cerca de 40 años en ese poblado, y por eso consideraba al pueblo como su terruño.

Nota del Autor: la poesía que mi padre nos dedicó, a sus hijos, aparece en las páginas 189-191.

Anexo IV

Glosario

Vocablos de uso poco frecuente que utilizo en esta obra para aumentar el caudal léxico. Las definiciones están entre comillas, y provienen del *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE), excepto una, cuya fuente se indica en su momento.

Cuando hay dos o más acepciones del vocablo, incluyo sólo la(s) que resulta(n) pertinente(s), de acuerdo con el contenido de este libro.

Absorto. “Admirado, pasmado. Entregado totalmente a una meditación, lectura, contemplación”.

Afán. “Pretensión, deseo, anhelo vehemente”.

Ahínco. “Eficacia, empeño o diligencia grande con que se hace o solicita algo”.

Allende. “Más allá de, de la parte de allá de”.

Amenidad. “Cualidad de ameno”.

Aminorar. “Disminuir o menguar”.

Antaño. “En tiempo pasado. En el año pasado, o sea en el que precedió al corriente”.

Antedicho. “Dicho antes o con anterioridad”.

Añorar. “Recordar con pena la ausencia, privación o pérdida de alguien o algo muy querido”.

- Ápice.** “Parte más ardua o delicada de una cuestión o de una dificultad”.
- Apócope.** “Supresión de algún sonido al final de un vocablo; p. ej., en *primer* por *primero*. Era figura de dicción según la preceptiva tradicional”.
- Arcano.** “Dicho especialmente de las cosas: Secretas, recónditas, reservadas. Secreto muy reservado y de importancia. Misterio, cosa oculta y muy difícil de conocer”.
- Arrobadora.** “Que causa arrobamiento (éxtasis)”.
- Arrogancia.** “Cualidad de arrogante. Altanero, soberbio”.
- Avatar.** “Fase, cambio, vicisitud”.
- Avezado.** “Ducho, experimentado en algo”.
- Azoro.** “Azoramiento (conturbación, sobresalto)”.
- Balbuicir.** “Hablar o leer con pronunciación dificultosa o vacilante, trastocando a veces las letras o las sílabas”.
- Beldad.** “Belleza o hermosura y más particularmente la de la mujer”.
- Bidón.** “Recipiente con cierre hermético, que se destina al transporte de líquidos o de sustancias que requieren aislamiento”.
- Bizarro.** “Valiente (esforzado). Generoso, lucido, espléndido”.
- Candidez.** “Calidad de cándido: sencillo, sin malicia ni doblez”.
- Canícula.** “Periodo del año en el que es más fuerte el calor”.
- Catalepsia.** “Accidente nervioso repentino, de índole histérica, que suspende las sensaciones e inmoviliza el cuerpo en cualquier postura en que se le coloque”.

- Cavilar.** “Pensar con intención o profundidad en algo”.
- Cerviz.** “Parte dorsal del cuello, que en el hombre y en la mayoría de los mamíferos consta de siete vértebras, de varios músculos y de la piel. NOTA del autor de la presente obra: El sentido en el que utilizo dicho vocablo es *cabeza*”.
- Ciberpágina o página electrónica.** “En lugar de *página web* (*Diccionario panhispánico de dudas*, Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española)”.
- Clamor.** “Grito o voz que se profiere con vigor y esfuerzo. Grito vehemente de una multitud. Voz lastimosa que indica aflicción o pasión de ánimo”.
- Compungido.** “Atribulado, dolorido”.
- Congénito:** “Connatural, como nacido con uno mismo”.
- Connotado.** “Distinguido, notable”.
- Convivio.** “Reunión informal de personas para festejar un hecho, por ejemplo, el nacimiento de un bebé, el cumpleaños de un familiar o amigo, la fiesta de fin de año, la terminación de actividades, etcétera. (Definición del autor de la presente obra)”.
- Cortapisa.** “Condición o restricción con que se concede o se posee algo. Obstáculo, dificultad”.
- Consagrado.** “Conferir a alguien o algo fama o preeminencia en determinado ámbito o actividad”.
- Consonancia.** “Relación de igualdad o conformidad que tienen algunas cosas entre sí”.
- Cristalizar.** “Dicho de las ideas, los sentimientos o los deseos de una persona o de una colectividad: Tomar forma clara y precisa, perdiendo su indeterminación”.
- Culmen.** “Cumbre. Mayor elevación de algo”.

Culminar. “Dar fin o cima a una tarea. Dicho de una cosa: Llegar al grado más elevado, significativo o extremado que pueda tener”.

Dable. “Hacedero, posible”.

Dechado. “Modelo; ejemplo”.

Dejo. “Modo particular de pronunciación y de inflexión de la voz que acusa un estado de ánimo transitorio o peculiar del hablante”.

Denuedo. “Brío, esfuerzo, valor, intrepidez”.

Derredor. “Circuito o contorno de una cosa”.

Desaguisado. “Hecho contra la ley o la razón. Inconveniente, injusto, contrario a razón”.

Desapartar. “Apartar”.

Devenir. “La realidad entendida como proceso o cambio, que a veces se opone a *ser*. Proceso mediante el cual algo se hace o llega a ser”.

Dicción. “Manera de hablar o escribir, considerada como buena o mala únicamente por el empleo acertado o desacertado de las palabras y construcciones. Manera de pronunciar”.

Dispendioso. “Costoso, de gasto considerable”.

Encrespar. “Levantar y alborotar las ondas del agua”.

En ciernes. “Estar muy a sus principios, faltarle mucho para su perfección”.

Endilgar. “Encaminar, dirigir, acomodar, facilitar. Encajar, endosar a alguien algo desagradable o impertinente”.

Enjundia. “Parte más sustanciosa e importante de algo no material. Fuerza, vigor, arrestos. Constitución o cualidad connatural de una persona”.

Enhiesto. “Levantado, derecho”.

Enhorabuena. “Felicitación”.

Epilogar. “Resumir, compendiar una obra o escrito”.

Epilogo. “Recapitulación de lo dicho en un discurso o en otra composición literaria. Última parte de algunas obras, desligada en cierto modo de las anteriores, y en la cual se representa una acción o se refieren sucesos que son consecuencia de la acción principal o están relacionados con ella. Peroración (última parte del discurso)”.

Escollo. “Peligro (riesgo). Dificultad, obstáculo”.

Espetar. “Decir a alguien de palabra o por escrito algo, causándole sorpresa o molestia”.

Esplendente. “Que esplende. Usado más en lenguaje poético”.

Esplendor. “Resplandecer. Úsase más en poesía”.

Etiología. “Estudio sobre las causas de las cosas. Estudio de las causas de las enfermedades”.

Eufemismo. “Manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante”.

Exaltación. “Acción y efecto de exaltar o exaltarse. Gloria que resulta de una acción muy notable”.

Exultar. “Saltar de alegría”.

Fenecer. “Poner fin a algo, concluirlo. Morir”.

Fúlgida. “Brillante, resplandeciente”.

Funesto. “Aciago, que es origen de pesares o de ruina. Triste y desgraciado”.

Galante. “Atento, cortés, obsequioso, en especial con las damas”.

Galeno. “Médico (hombre autorizado para ejercer la medicina)”.

Gazapo. “Yerro que por inadvertencia deja escapar quien escribe o habla”.

Grácil. “Sutil, delgado o menudo”.

Grafía. “Modo de escribir o representar los sonidos, y, en especial, empleo de tal letra o tal signo gráfico para representar un sonido dado”.

Guajiro. “Persona que vive y trabaja en el campo o que procede de una zona rural. Persona de modales rústicos. Persona tímida. Canto popular cubano de tema campesino”.

Guarecer. “Refugiarse en alguna parte para librarse de un daño o peligro, o de las inclemencias del tiempo”.

Hito. “Persona, cosa o hecho clave y fundamental dentro de un ámbito o contexto”.

Horcón. “Madero vertical que en las casas rústicas sirve, a modo de columna, para sostener las vigas o los aleros del tejado”.

Iconoclasta. “Se dice de quien niega y rechaza la merceda autoridad de maestros, normas y modelos”.

Ignoto. “No conocido ni descubierto”.

Impávida. “Libre de pavor, sereno ante el peligro, impertérrito”.

Impía. “Falto de piedad. Falto de religión. Contrario, hostil a la religión”.

Impronta. “Marca o huella que, en el orden moral, deja una cosa en otra”.

Impropio. “Falto de las cualidades convenientes según las circunstancias”.

Inapreciable. “Que no se puede apreciar, por su mucho valor o mérito”.

Incólume. “Sano, sin lesión ni menoscabo”.

- Inculcar.** “Infundir con ahínco, en el ánimo de uno, una idea, un concepto, etcétera”.
- Indeleble.** “Que no se puede borrar o quitar”.
- Inédito.** “Escrito y no publicado”.
- Ineluctable.** “Dicho de una cosa: Contra la cual no puede lucharse”.
- Insano.** “Perjudicial para la salud”.
- Insólito.** “Raro, extraño, desacostumbrado”.
- In extenso.*** “Latinismo. De manera amplia o completa”.
- Intermisión.** “Interrupción o cesación de una labor o de cualquier otra cosa por algún tiempo”.
- Intitular.** “Poner título a un escrito. Dar un título particular a alguien o algo”.
- Introversión.** “Acción y efecto de penetrar dentro de sí mismo, abstrayéndose de los sentidos”.
- Jerga.** “Lenguaje especial y familiar que usan entre sí los individuos de ciertas profesiones y oficios, como los toreros, los estudiantes, etcétera”.
- Jocoso.** “Gracioso, chistoso, festivo”.
- Labriego.** “Labrador rústico”.
- Lanceta.** “Instrumento que sirve para sangrar abriendo una cisura en la vena, y también para abrir algunos tumores y otras cosas. Tiene la hoja de acero con el corte muy delgado por ambos lados, y la punta agudísima”.
- Legar.** “Dejar una persona a otra alguna manda en su testamento...”.
- Legajo.** “Atado de papeles, o conjunto de los que están reunidos por tratar de una misma materia”.
- Léxico.** “Vocabulario; conjunto de las palabras de un idioma, o de las que pertenecen al uso de una región, a una actividad determinada...”.

Lexicón. “Diccionario, léxico”.

Lontananza. “A lo lejos; solo hablando de cosas que, por estar muy lejanas, apenas se pueden distinguir”.

Límpida. “Limpio, terso, puro, sin mancha”.

Linfa. “Agua”.

Lirón. “Persona dormilona; dormir mucho o de continuo”.

Lúgubre. “Sombrio, profundamente triste”.

Malicioso. “Que por malicia atribuye mala intención a los hechos y palabras ajenas”.

Mas. “Pero (para contraponer un concepto a otro)”.

Melaza. “Líquido más o menos viscoso, de color pardo y sabor muy dulce, que queda como residuo de la fabricación del azúcar de caña o remolacha”.

Mentecato. “Tonto, fatuo, falta de juicio, privado de razón. De escaso juicio o entendimiento”.

Mentora. “Consejero o guía”.

Misceláneo. “Mixto, vario, compuesto de cosas distintas o de géneros diferentes. Mezcla, unión de unas cosas con otras. Obra o escrito en que se tratan muchas materias inconexas y mezcladas. Tienda pequeña de esquina”.

Misiva. “Dicho... de una carta que se envía a alguien”.

Mole. “Cosa de gran bulto o corpulencia; bulto grande”.

Morfeo. “En la mitología griega, el dios de los sueños”.

Mortaja. “Vestidura, sábana u otra cosa en que se envuelve el cadáver para el sepulcro”.

Musa. “Inspiración del artista. Ingenio poético propio y peculiar de cada poeta”.

Motu proprio. “Voluntariamente; de propia, libre y espontánea voluntad”.

Natura. “Naturaleza”.

Níveo. “De nieve, o semejante a ella”.

Nobel. “Nombre de los premios instituidos por el químico sueco Alfred Nobel. En su lengua de origen, sueco, es palabra aguda, Nobél, y así se recomienda pronunciarla en español, a pesar de que la pronunciación llana, Nóbél, está muy extendida, incluso entre personas cultas. No debe confundirse con *novel*, que significa principiante (Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, *Diccionario panhispánico de dudas*)”.

Nosocomio. “Hospital de enfermos”.

Novel. “Que comienza a practicar un arte o una profesión, o tiene poca experiencia en ellos”.

Núbil. “Mujer que está en edad de contraer matrimonio”.

Numen. “Inspiración del artista o escritor”.

Orondo. “Lleno de presunción y muy contento de sí mismo”.

Osadía. “Atrevimiento, audacia, resolución”.

Ostentación. “Jactancia y vanagloria; magnificencia exterior y visible”.

Opíparo. “Copioso y espléndido, tratándose de banquete, comida, etcétera”.

Otrora. “En otro tiempo”.

Palaciana. “Palaciego: perteneciente o relativo a palacio”.

Párvulo. “De muy corta edad; inocente, que sabe poco o es fácil de engañar”.

Parangón. “Comparación o semejanza”.

Pendencia. “Riña o contienda”.

Pénsil. “Jardín delicioso”.

- Perenne.** “Continuo, incesante, que no tiene intermisión. Que vive más de dos años”.
- Pizcador.** “Trabajador del campo encargado de la pizca, es decir, de la recolección o cosecha, sobre todo de granos: café, maíz...”
- Poetizar.** “Embellecer algo con el encanto de la poesía; darle carácter poético. Hacer o componer versos u obras poéticas”.
- Portentoso.** “Singular, extraño y que por su novedad causa admiración, terror o pasmo”.
- Preceptivo.** “Conjunto de preceptos aplicables a determinada materia”.
- Preceptor(a).** “Persona que enseña”.
- Pregonero.** “[Persona] que en alta voz da los pregones, publica y hace notorio lo que se quiere hacer saber a todos”.
- Preludio.** “Lo que precede y sirve de entrada, preparación o principio a una cosa”.
- Prepotencia.** “Cualidad de prepotente. Que abusa de su poder o hace alarde de él”.
- Promontorio.** “Altura muy considerable de tierra”.
- Proseguir.** “Seguir, continuar, llevar adelante lo que se tenía empezado”.
- Primigenio.** “Primitivo, originario”.
- Prócer.** “Eminente, elevado, alto. Persona de la primera distinción o constituida en alta dignidad”.
- Pubertad.** “Primera fase de la adolescencia en la cual se producen las modificaciones propias del paso de la infancia a la edad adulta”.
- Pudorosa.** “Llena de pudor (recato)”.

- Pueril.** “Perteneiente o relativo al niño o a la puericia. Propio de un niño o que parece de un niño. Fútil, trivial, infundado”.
- Puritanismo.** “Doctrina de los puritanos. Exagerada escrupulosidad en el proceder. Cualidad de puritano”.
- Pusilánime.** “Falto de ánimo y valor para tolerar las desgracias o para intentar cosas grandes”.
- Quimera.** “Aquello que se propone a la imaginación como posible o verdadero, no siéndolo”.
- Raudo.** “Rápido, violento, precipitado”.
- Reacio.** “Contrario a algo, o que muestra resistencia a hacer algo. *Juan es reacio a las fiestas*”.
- Receloso.** “Que tiene recelo; recelar: Temer, desconfiar y sospechar”.
- Rémora.** “Cosa que detiene, embarga o suspende”.
- Revocar.** “Enlucir: poner una capa de yeso o mezcla a las paredes, techos o fachadas de los edificios”.
- Savia.** “Energía, elemento vivificador”.
- Sementeras.** “Tierra sembrada”.
- Simiente.** “Semilla”.
- Solazar.** “Dar solaz, es decir, placer, esparcimiento, alivio de los trabajos”.
- Sucedáneo.** “Dícese de la sustancia que, por tener propiedades parecidas a las de otras, puede reemplazarla. Ocultación de un hecho para obtener lo que de otro modo no se conseguiría”.
- Subrepticio.** “Que se pretende u obtiene con subrepción”.
- Subrepción.** “Ocultación de un hecho para obtener lo que de otro modo no se conseguiría”.

- Tácito.** “Que no se entiende, percibe, oye o dice formalmente, sino que se supone o infiere”.
- Tamizar.** “Pasar algo por tamiz. Depurar, elegir con cuidado y minuciosidad”.
- Tenor.** “Por el mismo estilo”.
- Tesitura.** “Actitud o disposición del ánimo”.
- Tesón.** “Decisión y perseverancia que se ponen en la ejecución de algo”.
- Tétrico.** “Triste, demasíadamente serio, grave y melancólico”.
- Tilde.** “Rasgo... y cualquier otro signo que sirva para distinguir una letra de otra o denotar su acentuación”.
- Trama.** “Disposición interna, contextura, ligazón entre las partes de un asunto u otra cosa, y en especial el enredo de una obra dramática o novelesca”.
- Translúcido.** “Dícese del cuerpo que deja pasar la luz, pero que no deja ver nítidamente los objetos”.
- Undosa.** “Que se mueve haciendo olas”.
- Veliz.** “Maleta de mano”.
- Vergel.** “Huerto con variedad de flores y árboles frutales”.
- Vislumbrar.** “Conocer imperfectamente o conjeturar por leves indicios algo inmaterial”.
- Vorágine.** “Remolino impetuoso que hacen en algunos parajes las aguas del mar, de los ríos o de los lagos. Pasión desenfadada o mezcla de sentimientos muy intensos. Aglomeración confusa de sucesos, de gentes o de cosas en movimiento”.

NOTA: Como señalé al principio de este glosario, las definiciones de los conceptos o vocablos anteriores están entre comillas, y provienen del *Diccionario de la Real Academia Española*, excepto una, cuya fuente indiqué en su momento.

Bibliografía

- Castaneda, Carlos, *Las enseñanzas de Don Juan*, Fondo de Cultura Económica, México, 2006.
- Castaneda, Carlos, *Viaje a Ixtlán*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.
- Castaneda, Carlos, *Relatos de Poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.
- Chateaubriand, Francisco Renato, *Atala o los amores de dos salvajes en el desierto*, edit. Novaro-México, México, 1959.
- Darwin, Carlos, *Autobiografía*, edit. Científico-Técnica, Ciudad de La Habana, Cuba, 1986.
- Devi, Indra, *Yoga para todos*, edit. Diana, México, 1965.
- Diccionario panhispánico de dudas*, Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, Santilla Ediciones Generales, España, 2005.
- Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, edit. Espasa Calpe, Madrid, 2001. (En línea, edición actual 22º publicada en 2001).
- Flores Magón, Ricardo, *Epistolario y textos*, edit. Biblioteca Joven, Fondo de Cultura Económica y el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (CREA), México, 1984.

- Gramsci, Antonio, Cuadernos de la cárcel. *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, Juan Pablos editor, México, 1975.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel. Literatura y vida nacional*, Juan Pablos editor, México, 1976.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la Cárcel. Los intelectuales y la organización de la cultura*, Juan Pablos editor, México. 1976.
- Isaacs, Jorge, *María*, edit. Cruci-mes, sin lugar de edición y fecha.
- Rojas Soriano, Raúl, *El arte de hablar y escribir*, Plaza y Valdés editores, México, 2013.
- Samaniego, María Eustolia, *Los grandes. Leonardo Da Vinci*, Grupo Editorial Tomo, México, 2005.
- Segarra, Tomás, *Poesías populares*, edit. F.A. Brockhaus, 1862.
- Velázquez, Catalina, *Santería Cubana*, Editores Mexicanos Unidos, S.A., México, 2007.

Apéndice I

(Versión electrónica de esta obra)

Comentarios de los lectores sobre el libro

17 de marzo de 2014

De: Profra. Luz María Ortiz Espinosa

Estimado Dr. Raúl Rojas Soriano:

Me fue muy grato leer su libro; sus aventuras me hicieron recordar mi infancia y adolescencia. Sus historias son muy parecidas a las mías, no sé si por la época o porque también somos de provincia, o por las dos; al leer sus relatos me encontraba acordándome de los míos, porque yo también viví algunos parecidos, estudiaba cursos de inglés por correspondencia, escribía acrósticos, y también llegué a viajar en esos “destartalados camiones”; no salía de mi casa ni a la esquina porque mi papá tampoco nos dejaba y por esa razón nunca tuve amigas a esa edad.

Su libro es muy sencillo de leer; la manera como nos da a conocer las muchas experiencias de su vida, como la de su hermano Boni que me hizo llorar por la forma

de escribirlo, hizo que yo lo viviera, como si fuera el momento de lo sucedido. Al igual que es la sorprendente llegada de “la negra” que siempre se encontraba junto a su padre; al principio pensé que era una mujer; la forma de describirla hace que uno piense que es una persona y no una máquina de escribir. Me hizo recordar la época cuando yo quería estudiar la universidad pero en ese entonces todo me parecía muy lejos y peligroso, me hubiera gustado tener un hermano que me llevara en moto.

Sus poesías me parecieron muy originales para su corta edad; están muy bien escritas y ¡qué decir de las poesías de su padre! La forma como los padres de antes educaban a los hijos dista mucho de lo que ahora son las cosas, yo lo veo a diario con mis alumnos. En mis tiempos casi todos los padres eran como su abuela, personas muy estrictas, no había tantas libertades como las que tienen ahora los niños, y eso afecta su comportamiento en el aula.

Algunas cosas que usted comenta las comparto, como son ver la televisión y los videojuegos, para mí también son una pérdida de tiempo pues los niños de ahora ya no hacen la tarea por estar viendo la televisión todo el día y se pierden horas y horas. Otro de sus relatos que me gustó fue el de las limpias; en mi pueblo también se acostumbran, yo he realizado algunas limpias a mi nieto para el “mal de ojo o aire” cuando está muy inquieto y no puede dormir.

Me gustó mucho leer su libro, fue muy interesante conocer parte de su vida, la manera como describe las cosas hace que uno viva lo que usted está contando,

o recordar cosas de nuestro pasado y decir “a mí también me pasó eso”. Asimismo, recordé que había leído sus otras obras cuando realicé mi tesis en la Escuela Normal de Ecatepec, Estado de México. Buscaré esos libros.

Atentamente
PROFRA. LUZ MARÍA ORTIZ ESPINOSA

* * *

18 de marzo de 2014

De: C.D María Elena Islas Balderas

Siendo estudiante del Colegio de Ciencias Humanidades de la UNAM, al buscar bibliografía que me ayudara a desarrollar trabajos de investigación tuve la oportunidad de leer el libro del doctor Raúl Rojas Soriano, *Guía para realizar investigaciones sociales*, que ahora como profesionalista, considero una obra básica para el desarrollo de cualquier indagación científica. Posteriormente leí el texto *Metodología en la calle, salud-enfermedad, política, cárcel, escuela...* el cual despertó en mí la curiosidad de conocer más sobre la obra académica del autor. Vi entonces que dentro de sus títulos había uno que avivó mi interés: *Una estudiante... Erika Zamora acusada de guerrillera* (en coautoría), lectura que me conmovió hasta las lágrimas por lo acontecido. Me doy cuenta de la amplitud de temas que aborda el doctor Rojas Soriano desde el enfoque sociológico.

Al leer el currículum vitae del autor me salió a flote de nuevo la curiosidad, ahora, de conocer su lado humano...

(como cuando leí al *Che*). Se me ha brindado la oportunidad de leer *Evocaciones. Vivencias personales*, y quiero comentar que la lectura me transportó de manera sencilla y amena a su pasado; me conmovió su sencillez, sus aventuras. Es una fuente de motivación saber que su padre fue su mayor empuje para su formación, en toda la extensión de la palabra; sin quitarle el mérito a su mamá, ya que con su amor, comprensión y todo lo que envuelve a una madre para que sus hijos se forjen... vale la pena leerlo y releerlo..., me intriga conocer qué pasó en su etapa política y académica. Como quien dice: “así se forjó el acero”.

Este texto logra tocar fibras sensibles pues cada capítulo, en cuanto a forma y contenido, transporta diferentes emociones, tales como la tristeza, la incertidumbre, la impotencia, lo “chusco”, hasta la alegría, aspectos que recuerdan que cada quien tiene su propia historia, en este sentido recomiendo tomar en serio la propuesta del doctor Rojas Soriano de escribir y compartir nuestras vivencias con la finalidad (al menos para mí) de establecer un tipo de comunicación que, aunque sea indirecta, nos sirva como un ejercicio terapéutico y a valorar nuestro pasado, pues en la actualidad cada vez más se rompen esos lazos de convivencia y aprendizaje que nos hacen ser más humanos.

Agradezco que el doctor me haya permitido leer este libro antes de su publicación.

Atentamente
C.D. MARÍA ELENA ISLAS BALDERAS

Comentarios de Pedro Ticas y Lissette Monge

Sin duda, *Evocaciones. Vivencias personales*, la obra que nos aporta el doctor Raúl Rojas Soriano, contiene tanta diversidad de saberes y experiencias que se hace muy difícil reunir en un prólogo todas las ideas necesarias que den cuenta fielmente de sus vivencias.

Ahora, nos acercamos un poco más a conocer directamente al autor desde sus anhelos, triunfos, sensaciones y emociones que son expresiones de su calidad humana. Desde luego, que en honor al mérito de su trayectoria académica e intelectual, estas líneas no significan ni siquiera un acercamiento al tiempo que le ha tomado construir y acumular su pensamiento. Sin embargo, habremos de acotar que sus letras conducen al saber y al hacer, a enseñar y aprender, a producir y transformar; a la humanización del conocimiento.

Precisamente, respecto al título del libro, *Evocaciones*, es necesario destacar el complejo mundo de lo imaginario y lo real que establece el doctor Rojas Soriano, y de cómo su obra se inserta en el cometido de la misma historia. Pierre Vilar refiere en su tercera observación sobre la diferencia entre el historicismo y la historia que “la evocación literaria ha respondido también, al margen de toda regla científica, a la necesidad instintiva de conocimiento del pasado..., de la

misma manera, en la historia hay grandes obras evocadoras que todavía dominan con provecho nuestra visión del pasado...” (*Iniciación al vocabulario del análisis histórico**, p. 31).

Raúl Rojas Soriano inicia su obra expresando con sentido emotivo que “avivar la imaginación me ha llevado a recordar pormenores de antaño que me dejaron una impronta indeleble, la cual marcó para siempre mi forma de ser, de pensar y, en consecuencia, de actuar, teniendo en mente los anhelos de los otros, de quienes incluso sin conocerlos, sé que están ahí, deseando un mensaje de aliento, como yo, que también espero el suyo” (p. 20). Igual nos dice que “[...] escribir es sin duda, un proceso profundamente humano” (p. 22). Aquí encontramos a un Raúl decididamente apasionado de las letras, del pensamiento, del conocimiento, preocupado por mostrar cómo se enseña, algo que parece le viene desde adentro, del razonamiento profundo e intenso por explicar lo que se aprende, lo que se conoce, lo que instintivamente sentimos y que de pronto nos lleva a la acción con cometido o sin él.

Ya metidos en la obra, es muy difícil ofrecer una síntesis de la vida de una persona, sobre todo cuando se trata de lo que ha producido para el mundo. Con tal preámbulo, vale la pena aclarar que este intento de prólogo sobre un mundo tan disímil y complejo creado por el doctor Rojas Soriano (o doctor Soriano Rojas

* Edit. Crítica, Barcelona, 1980.

como él indica también que le complace que le llamen), resultará insuficiente para recorrer algunas de las evocaciones que con tanta calidad narrativa nos relata. Así las cosas, sin menoscabo de la importancia de todos los capítulos, hemos tomado algunos de ellos a manera de epílogo referencial.

En “El patriotismo avasalló mi infancia” encontramos coincidencia entre los nacimientos de los héroes patrios y el del doctor Rojas Soriano. La importancia de la fecha no consiste en el calendario, sino en el simbolismo de compromiso con su patria (México) y su soberanía; con los ideales de José María Morelos y Pavón, segundo Padre de la patria mexicana. Sin duda, el espíritu patriótico de su progenitor ha llevado a Raúl Rojas Soriano al compromiso social ininterrumpido de su producción en las distintas esferas de la vida, con ahínco, con temple, lo cual sólo reafirma que “hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. *Pero hay los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles*”. (Bertolt Brecht, *Frases célebres*).

En “Mi padre un trotamundos, poeta y sabio” retomamos los versos del poema de Don Francisco, padre del autor, que resultan repletos de sabiduría sobre su propio destino y comprensión del mundo, y citamos: “no hace gracia el que con fortuna nace, como no la hace el que vence a un cobarde, se admira al que fortuna, terco, hace, ¡vence obstáculos y triunfa, aunque

tarde!” (“*Sin triunfo*, no emprendan el regreso”, p. 36), versos que, desde luego, no quedan en prosa, se acomodan y surgen de las mismas vivencias de Don Francisco como se relata en “El encuentro de mi padre con un cacique cuyo poder le permitía invitar a su casa a un ex presidente de México” en donde el progenitor de Raúl Rojas Soriano construye su destino a pesar de las inclemencias de la vida misma.

Por su parte, “Una muerte infantil que hoy quizá se hubiera evitado” nos relata su experiencia y amor por su hermanito *Boni*, su trágica muerte determinada por el destino, la naturaleza o la misma incapacidad médica. De este capítulo tomamos dos líneas que reflejan profundamente el sentimiento hacia el ser humano que se ama: “cuando ha muerto algún familiar y lo entierran en el mismo panteón [...], me doy mi tiempo para visitar la tumba de *Boni*. Los ojos se me nublan y para que no asomen las lágrimas me alejo del lugar donde aún reposan los restos de mi hermanito” (p. 56).

Pero también su narrativa está llena de esperanza, de sentirse, saberse cerca de los otros y, particularmente, de actuar como ser humano en medio de este mundo deshumanizado. Esto lo encontramos en “Evo-caciones que aún me provocan nostalgia, las cuales comparto contigo para caminar juntos por el sendero de la vida” en donde el autor nos transfiere el gusto por la vida, el recuerdo y hasta añoranza de lo que hicimos en nuestra niñez, con juegos y maldades inocentes que compartimos con nuestros amigos más cercanos

y, sobre todo, eso que nos hace sentir realmente seres humanos.

Esa imaginación y creatividad de niño, enriquecidas en el autor con la experiencia a través de los años, se manifiesta en el capítulo “Al fin tenía una *amiga en casa*” relato que utiliza para presentarnos a la *Underwood*, compañera de su padre, sobre la cual el doctor Rojas Soriano elabora una sutil poesía erótica. La *Underwood* que más tarde se convierte también en su inseparable colaboradora, adquiere vida en su pensamiento cuando nos expresa que “[...] el ruido que hacían las teclas era como una caricia para mi alma [...] al terminar de escribir una página me sentía cerca del cielo, siempre soñando en que algún día alguien se interesaría por publicar el producto de mis delirios” (p. 110).

Dicho sueño no sólo se ha cumplido sino que, además, ha generado miles de ideas, de “delirios” de todos aquellos para quienes las letras del doctor Rojas Soriano han sido y serán sustento de conocimiento.

Con toda seguridad, como dijimos al principio, *Evocaciones. Vivencias personales* nos introduce a las añoranzas, pero también a conocer la calidad humana del doctor Rojas Soriano. Así, en el capítulo “Rescate de una joven secuestrada en el estado de Morelos” describe su hazaña al perseguir en su carro a los secuestradores que llevaban en un *Volkswagen* a la novia de su amigo de secundaria. La decisión de rescatar a la joven fue intrépida y, cerrarle el paso a los delincuentes, fue

aún más. Pero, su verdadera hazaña consiste en eso, en haber tomado la decisión sin medir las consecuencias. Eso denota la calidad humana de su espíritu, de su ser.

La facilidad de palabra y escritura le caracteriza en “Víctima de un secuestro exprés. Estrategias para sobrevivir y, luego, sonreír”, capítulo en el que el doctor Rojas Soriano logra colocarnos desde nuestro imaginario en el lugar de los hechos. Su narrativa estimula la creatividad del lector y hace posible que le acompañemos, durante esos momentos, en tan difícil experiencia. Pero, como siempre, el autor resuelve con toda magia su propia narración de manera que en la lectura, la espera por saber el desenlace de tan dramática situación, se vislumbra al describir sus *estrategias para sobrevivir y, luego, sonreír*. Gracias Raúl Rojas Soriano por el obsequio de sus letras, de su vida; por recordarnos e ilustrarnos que las ideas, la ciencia y todas las formas de producir el mundo sólo pueden ser comprendidas desde lo humano.

*Dr. Pedro Ticas
Licda. Lissette Monge*

Evocaciones. Vivencias personales

Se terminó de imprimir en abril de 2014
en los talleres de Ideas Creativas Kmc, S.A. de C.V.
Av. Guadalupe 125, Pantitlán 08100
Iztacalco, Distrito Federal, México.
La tirada consta de 2 000 ejemplares.